CRUZ SÁNCHEZ DE LARA

Las gobernadoras



ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

XXXVIII

XXXIX

XL

XLI

XLII

XLIII

XLIV

XLV

XLVI

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

Créditos

LAS GOBERNADORAS

CRUZ SÁNCHEZ DE LARA



A mis padres, a mi madrina,
a mi tío Antonio y a mi tía Carmela,
la generación anterior, por legarnos
los valores que aún nos sostienen.

A Álvaro y Gonzalo,
la siguiente generación.

A mi primo Juan Antonio de la Fuente,
por cuidar nuestros orígenes.

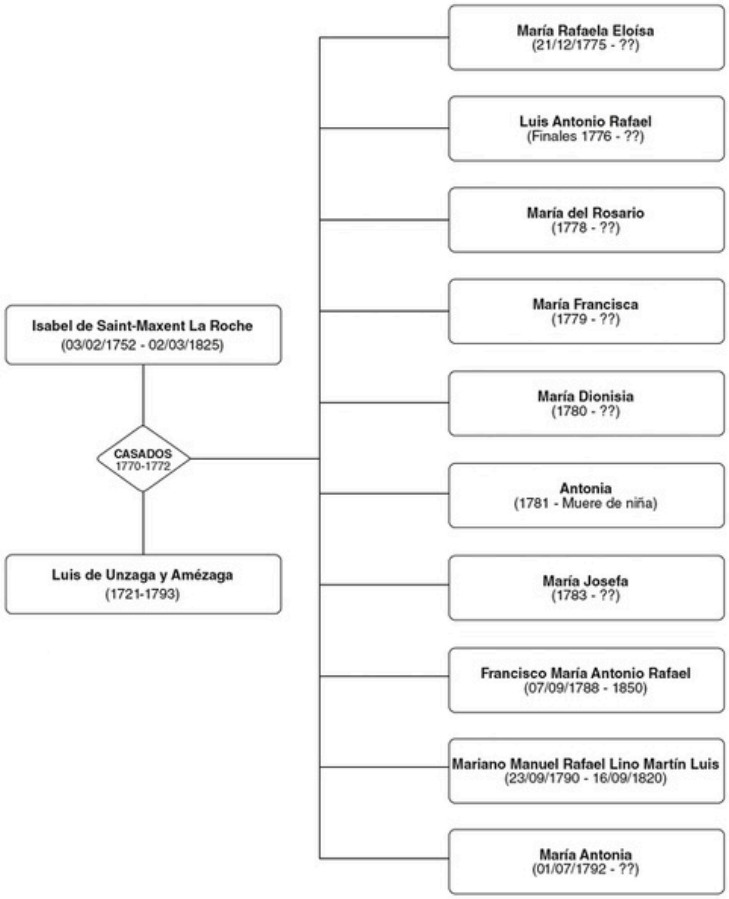
A Málaga, por mantener vivo el drama.

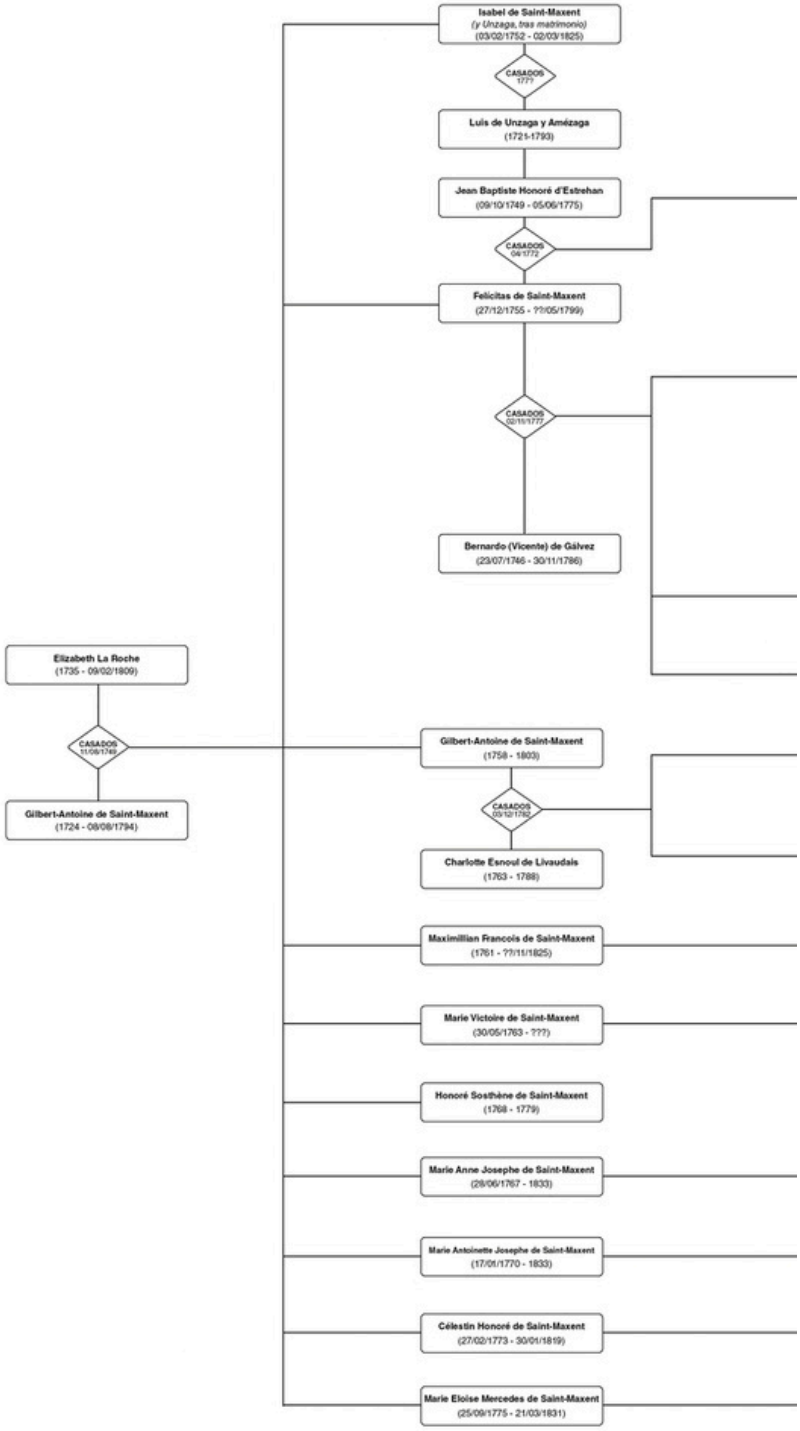
A Luz Gabás, la biógrafa que
Gilbert-Antoine de Saint-Maxent habría querido
tener.

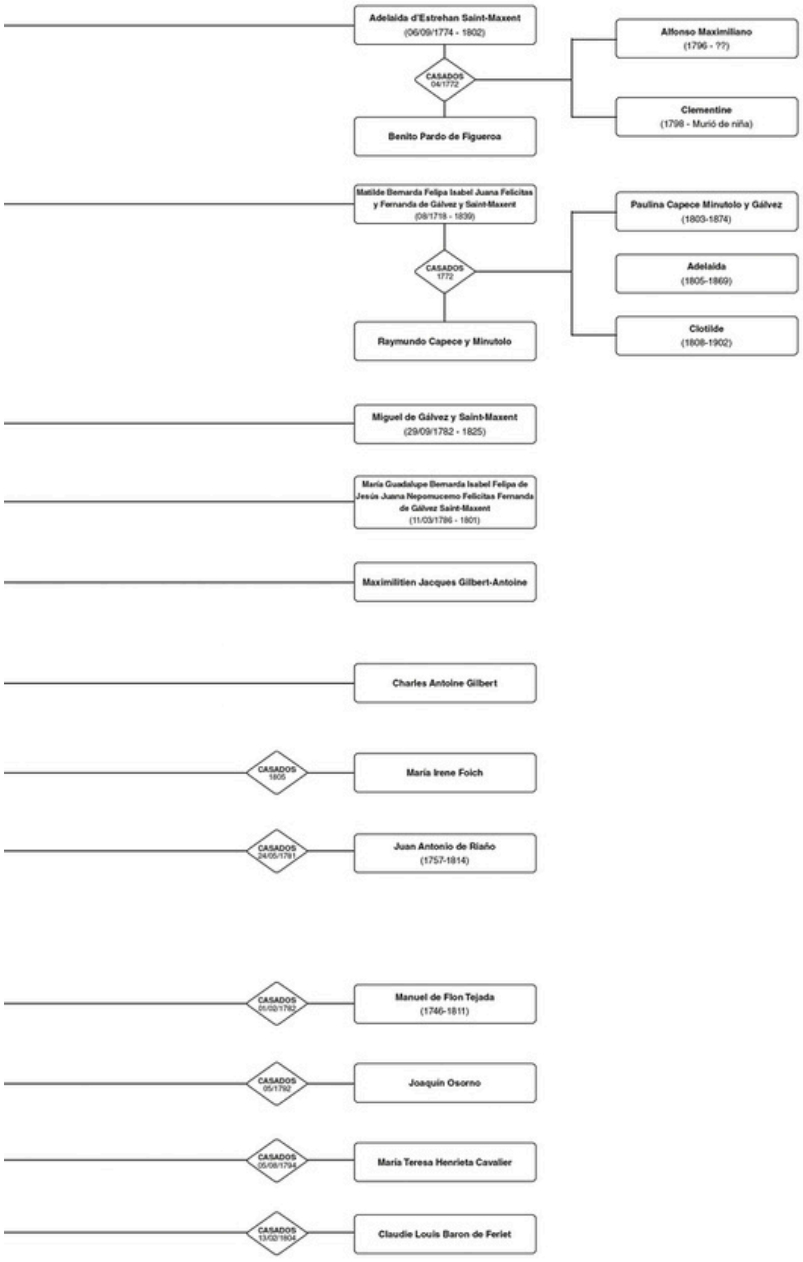
Y, como siempre, a Pedro J.

... Después de que De Soto vislumbró el río, transcurrió casi un cuarto de siglo, y entonces nació Shakespeare, vivió un poco más de medio siglo, luego murió; y cuando llevaba bastante más de medio siglo en la tumba, el segundo hombre blanco vio el Misisipi.

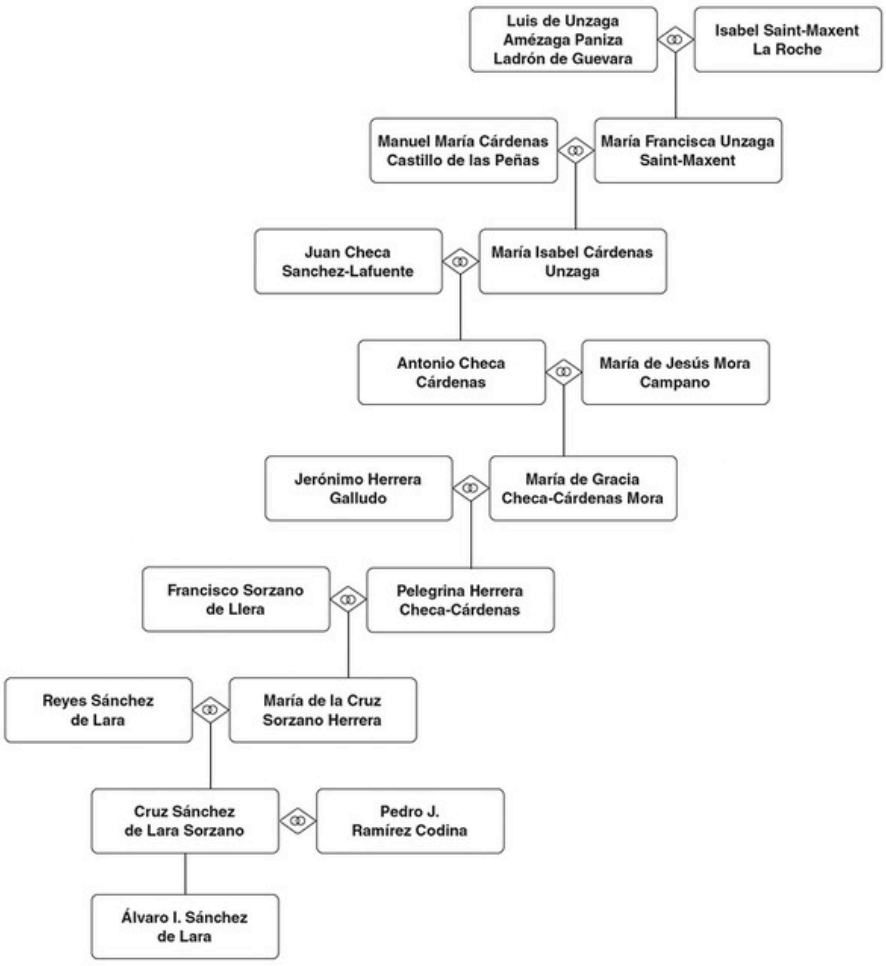
MARK TWAIN, *La vida en el Misisipi*.


Isabel de Saint-Maxent La Roche
(03/02/1752 - 02/03/1825)
CASADOS
1770-1772
Luis de Unzaga y Amézaga
(1721-1793)
María Rafaela Eloísa
(21/12/1775 - ??)
Luis Antonio Rafael
(Finales 1776 - ??)
María del Rosario
(1778 - ??)
María Francisca
(1779 - ??)
María Dionisia
(1780 - ??)
Antonia
(1781 - Muere de niña)
María Josefa
(1783 - ??)
Francisco María Antonio Rafael
(07/09/1788 - 1850)
Mariano Manuel Rafael Lino Martín Luis
(23/09/1790 - 16/09/1820)
María Antonia
(01/07/1792 - ??)


Isabel de Saint-Maxent
(y Unzaga, tras matrimonio)
(03/02/1752 - 02/03/1825)
CASADOS
1771
Luis de Unzaga y Amézaga
(1721-1793)
Jean Baptiste Honoré d'Estrehan
(09/10/1749 - 05/06/1775)
CASADOS
04/1772
Felicitas de Saint-Maxent
(27/12/1755 - ??/05/1799)
CASADOS
02/11/1777
Bernardo (Vicente) de Gálvez
(23/07/1746 - 30/11/1786)
Elizabeth La Roche
(1735 - 09/02/1809)
CASADOS
11/09/1749
Gilbert-Antoine de Saint-Maxent
(1724 - 08/08/1794)
Gilbert-Antoine de Saint-Maxent
(1758 - 1803)
CASADOS
05/12/1782
Charlotte Esnoul de Livaudais
(1763 - 1788)
Maximillian Francois de Saint-Maxent
(1761 - ??/11/1825)
Marie Victoire de Saint-Maxent
(30/05/1763 - ???)
Honoré Sosthène de Saint-Maxent
(1768 - 1779)
Marie Anne Josephe de Saint-Maxent
(28/06/1767 - 1833)
Marie Antoinette Josephe de Saint-Maxent
(17/01/1770 - 1833)
Célestin Honoré de Saint-Maxent
(27/02/1773 - 30/01/1819)
Marie Eloise Mercedes de Saint-Maxent
(25/09/1775 - 21/03/1831)


Adelaida d'Estrehan Saint-Maxent
(06/09/1774 - 1802)
CASADOS
04/1772
Benito Pardo de Figueroa
Alfonso Maximiliano
(1796 - ??)
Clementine
(1798 - Murió de niña)
Matilde Bernarda Felipa Isabel Juana Felicitas y Fernanda de Gálvez y Saint-Maxent
(08/1718 - 1839)
CASADOS
1772
Raymundo Capece y Minutolo
Paulina Capece Minutolo y Gálvez
(1803-1874)
Adelaida
(1805-1869)
Clotilde
(1808-1902)
Miguel de Gálvez y Saint-Maxent
(29/09/1782 - 1825)
María Guadalupe Bernarda Isabel Felipa de Jesús Juana Nepomucemo Felicitas Fernanda de Gálvez Saint-Maxent
(11/03/1786 - 1801)
Maximilitien Jacques Gilbert-Antoine
Charles Antoine Gilbert
CASADOS
1805
María Irene Foich
CASADOS
04/05/1781
Juan Antonio de Riaño
(1757-1814)
CASADOS
01/02/1792
Manuel de Flon Tejada
(1746-1811)
CASADOS
05/1792
Joaquín Osorno
CASADOS
05/08/1794
María Teresa Henrieta Cavalier
CASADOS
13/02/1804
Claudie Louis Baron de Feriet

Línea directa de la autora



I

Málaga, julio de 1795

—Ser hija póstuma de un virrey no te convierte en princesa.

La mujer que dejó a la niña en la puerta de los Unzaga, sin mirarla siquiera, pronunció la frase como sentencia. Luego se evaporó en la Alameda Principal con la ligereza con que se apagan las sombras que nacen del demonio.

La criatura fijó sus ojos en los del portero. Él le tendió la mano y le regaló una sonrisa amplia y luminosa. Guadalupe nunca había visto un rostro tan parecido al chocolate: un hombre marrón, muy oscuro, que la observaba con ternura. Ella quiso imitar su sonrisa, aunque el miedo le cerraba los labios.

A los nueve años, Guadalupe jugaba a la vida con la sensación de llegar siempre tarde. Apenas entendía qué hacía entrando en el patio de aquella casa solariega, en la que vivía su tía Isabel. Nunca le explicaban nada, aunque tampoco había conocido el hambre, el frío nocturno ni la fatiga extrema. Los adultos parecían conjurados para evitarle todo dolor, ya fuera del cuerpo o del alma. Antes que la necesidad, la hija de Felícitas de Saint-Maxent, condesa de Gálvez, encontraba siempre el remedio. Una costumbre peligrosa para una huérfana cuya madre, desterrada y señalada, había caído en desgracia. La privación en la vida rara vez llega con antídoto.

La casa de Málaga se parecía más a un palacio que a la austeridad de la de Aranjuez. Allí la riqueza se palpaba en el presente, no solo en la memoria. Guadalupe avanzaba seria, los ojos atentos, buscando respuestas para preguntas que todavía no sabía formular. Su sino no era estar en el lugar correcto ni en el momento oportuno.

La tercera hija de Bernardo de Gálvez —aquel virrey de Nueva España convertido en héroe de la independencia de los Estados Unidos de América— había nacido envuelta todavía en el halo de la muerte de su padre, de la que solamente habían transcurrido once días.

Hay personas que pasan la vida marcadas por las circunstancias de su nacimiento. La situación de la niña fue tan excepcional que el Ayuntamiento de México pidió ser el padrino de María Guadalupe Bernarda Felipa de Jesús Juana Nepomucena. El 19 de diciembre de 1786, en la Catedral Metropolitana de México, el arzobispo Alonso Núñez de Haro y Peralta la bautizó y confirmó en la misma ceremonia. Actuó en nombre del ayuntamiento el corregidor Francisco Antonio Crespo y para no hacer de menos al padrino elegido inicialmente por la familia, Fernando José Mangino, intervino como padrino de la confirmación. El ayuntamiento regaló a su ahijada una fuente de plata, ricos brocados y joyas de oro, perlas, carey y diamantes. Y a Felícitas, su madre, le entregaron un aderezo con pendientes de diamantes y collar de perlas.

Felícitas había regresado a España con sus hijos, primero con éxito en Madrid y pronto fue desterrada a Valladolid y Zaragoza por su vinculación con los afrancesados y por haberse convertido en la anfitriona de una de las tertulias ilustradas más famosas en la capital. Así había recalado en Aranjuez, buscando un lugar al que regresar y en el que, sin embargo, no había estado nunca. Aunque fue absuelta cuando el conde de Aranda ascendió al poder, su nombre nunca quedó limpio: en la Corte de Carlos IV las absoluciones eran espejismos, y el señalamiento contra los ilustrados afrancesados permanecía como una marca indeleble.

La vida de Guadalupe ya era azarosa: seis ciudades en menos de una década, pero sin tiempo para conocer la nostalgia. Solo añoraba lo que sucedía en sus sueños. Esa es la bendición de la infancia, la que los adultos persiguen hasta la muerte.

—Gabriel, ¿ha llegado ya la niña? —preguntó Isabel de Unzaga desde el segundo piso, apoyada en la barandilla.

—Aquí está, ma'am.

—¡Ay, qué alegría! —respondió la viuda, bajando presurosa las escaleras mientras recitaba de corrido los nombres de sus nueve hijos, y entonaba una letanía aprendida de memoria—. ¡Rafaela, Luis, Rosario, Francisca, Nisia, Josefa, Francisco, Mariano, Antonia!... bajad todos, vuestra prima ha llegado.

—Ya está aquí la niña —dijo Marilú, la esposa de Gabriel, mientras asomaba con la pequeña Antonia en brazos.

El matrimonio de esclavos vivía aún en la casa. Lo sabían, sería solo por poco tiempo, o al menos hasta que ellos decidieran marcharse. El difunto Luis de Unzaga había dejado en su testamento que, tras tres años más de servicio a Isabel, obtendrían la libertad. Era un gesto raro y piadoso en tiempos en que la esclavitud sostenía la riqueza de las colonias. De los siervos de Nueva Orleans solo quedaban cinco: Gabriel y Marilú, junto con Vicente, Felisa y Úrsula. El legado de don Luis les otorgaba el derecho a elegir, seguir o marchar. La libertad era un privilegio casi tan valioso como la vida.

Guadalupe, al ver a su tía, sonrió. La reconocía en la fuerza de su porte, en la elegancia que le recordaba a su madre. En su casa siempre se repetía que las mujeres Saint-Maxent encontraban orden y táctica en cada gesto.

«Es mayor, pero se parece a mamá. Y otra señora de color chocolate... y una niña más pequeña que yo... La tía es como las reinas de los cuentos. ¿Será buena? ¿Por qué sonríe tanto al verme?», pensaba atónita, viviendo un teatro donde desfilaban cabezas nuevas que le resultaban familiares. Todo de golpe, sin poder digerirlo.

—La prima se parece a la tía Felícitas —gritó Rafaela desde lo alto.

La joven aún recordaba la imagen de su tía, la virreina viuda, en Málaga, de camino a instalarse a Madrid. Estaba recién llegada de Nueva España y deslumbró tanto a Rafaela que no podía olvidar su belleza y su elegancia.

Los hermanos bajaban acariciando la baranda, entre mármoles blancos, paredes pintadas en celadón y macetas de azahares. El patio malagueño olía a romero y a jazmín. Y sonaba, sobre todo, a familia.

Guadalupe apenas sonreía. Lo justo, porque su madre le había enseñado que así se mostraba la buena educación en una visita. Su atención estaba en Isabel, lo demás era ruido.

—*Ma précieuse petite fille*... por fin en casa, mi pequeña —dijo la viuda, arrodillándose para abrazarla.

La niña dio un paso atrás y se inclinó con reverencia solemne.

—Ay, Guadalupe, eso son cosas de tu madre —rio Isabel—. Ella siempre tan ceremoniosa... Dame un abrazo, que casi no te reconozco.

Al estrecharla, enmudeció. La criatura la miraba con los mismos ojos penetrantes que antaño su madre, Elisabeth, la abuela de la niña; y la exploraba con los dedos, palpando la geografía de su rostro, en busca de recuerdos de esos que no se nombran y que graban el alma. Isabel tembló por dentro.

—Gabriel, suba el equipaje de la niña a su cuarto, que va a conocer a sus primos.

Los nueve Unzaga y Marilú estaban en los primeros peldaños, como espectadores en un anfiteatro privilegiado. Hasta los más pequeños sintieron la barrera de un momento íntimo y especial que no se podía destruir, dejaron que su madre lo viviera en solitario.

—Señora, no trae baúles. Una dama, con malos modos, la dejó en la puerta sin nada.

—¿Y su equipaje? Me lo temía... Marilú, busca toda la ropa que le pueda quedar bien a Guadalupe y prepararemos su armario. Eso no será un problema.

Se giró hacia la pequeña.

—Déjame quitarte ese casquete, hace calor y quiero ver tu rostro —dijo al fin, para romper el silencio.

Guadalupe obedeció y, como en un gesto secreto, levantó la falda de su vestido. En las enaguas asomaba un bolsillo cosido con delicadeza.

—Esto lo hizo mamá.

Isabel, desconcertada, abrió la costura. Había una carta y varios pliegos cosidos con el cuidado de un documento notarial. Eran mensajes ocultos. Felícitas había aprendido en Luisiana el arte de camuflar cartas entre ropas y dobleces, una práctica común en una

época en la que las familias criollas de Nueva Orleans ayudaban discretamente a los colonos norteamericanos en su lucha contra Inglaterra.

La viuda se retiró a una habitación contigua y dejó a los niños con su prima recién llegada. Desde allí, escuchó las risas de sus hijos y Guadalupe se dejó contagiar, respondiendo con tímidas sonrisas que aliviaban la pesadumbre del viaje. Isabel se sentó en un sillón de roble, tapizado con seda teñida con índigo, traído de Luisiana, y acarició la tela como quien acaricia un recuerdo. Allí, en soledad, se permitió una lágrima. La llegada de su sobrina era la constatación de un destino truncado. Su hermana Felícitas, a la que siempre amó y envidió a la vez, seguía marcada por la desgracia.

Acercó la carta a su nariz buscando el leve perfume de jabón de índigo que Felícitas guardaba en su escritorio de Nueva Orleans. «El olfato es el más seductor de los placeres; los mensajes se leen mejor con un buen aroma de fondo», recordaba su voz, joven y vibrante, recién casada con Jean Baptiste d'Etrehan, el criollo más codiciado y atractivo de la región. Entonces volvieron a su memoria las palabras de su madre, Elisabeth La Roche, durante los días de costura en el Cabildo de Nueva Orleans.

—Hijas mías, ya somos gobernadoras: tú, Isabel, desde el poder político; tu hermana, desde el poder económico. Juntas seréis imbatibles.

No eran solo reuniones de aguja y bordado. Eran consejos secretos donde las mujeres, sin voz pública, tejían la política en la sombra.

—Por supuesto que hacemos política —decía su madre—. La hacemos cuando ellos se ausentan... y también cuando están. Nuestros maridos son los altavoces, aunque las palabras, hijas mías, las escribimos nosotras.

II

Málaga, julio de 1795

La hambrienta soledad es el refugio del pensamiento. Isabel buscaba el repliegue para su congoja entre cuatro paredes, tal vez solo con las hojas de una puerta. Cerrar la puerta es mucho más que un gesto; es un paso hacia las burbujas en ebullición de la melancolía.

«¿Dónde había quedado aquella juventud?». La viuda de Unzaga escuchaba las risas de su familia en el patio malagueño y el grito agudo de Marilú. Ella pensaba que aquella mujer no iba a cambiar nunca y que no había conseguido que Europa la dulcificara. El ruido de fondo abría ideas, que eran un paréntesis en su sentimiento de añoranza en bucle.

Isabel sentía el peso de las palabras sobre el papel, sólidas e indelebles, como un río en el mapa de la vida. Soltó los documentos sobre su regazo y se acarició la cara. Ya no quedaba ningún vestigio de la mocedad en aquel cuarto, mucho menos, el aroma del índigo en el papel.

Olía a jabón, sí, pero a mezcla de romero y lavanda, allí no olía al camino hacia los manglares. Los manglares eran como el purgatorio del pantano, que debía de ser algo así como el Averno. Nunca fueron a los pantanos. Su hermana y ella dejaron de ser niñas para ser damas. Una, gobernadora; la otra, la heredera más rica de Luisiana.

—Malditos sean todos aquellos buenos recuerdos que me hacen sentir este vacío —dijo Isabel en voz alta—. *Au diable ton manque de prudence, ma sœur, Feli...*

Un triste destino marcó la vida de su hermana pequeña. Jean Baptiste d'Estrehan, su primer marido, murió unos meses antes de que Felícitas cumpliera los veinte años. Se quedó sola con Adelaida, la única hija con la que había sido bendecido el matrimonio unos años atrás.

Marilú llamó a la puerta y abrió sin preguntar.

—Ma'am, ¿está hablando sola?

—Ay, no quiero que los niños me vean así. ¿Recuerdas la tristeza de mi hermana cuando se quedó viuda? La muerte de su marido la hundió por completo. Era la más feliz cuando amaba, la más melancólica cuando no y la más beligerante e idealista cuando percibía el cambio. Si hubiera sido de otro modo, Guadalupe estaría con ella.

—Ma'am Felícitas es como un junco. Cuando está tirada en el suelo doblada por el dolor, se endereza de golpe... Pum, sin más. Ahí su madre fue muy sabia, ma'am... Menuda era la señora... ja... Ella siempre decía que una mujer sin un hombre debía vivir en un convento o con sus hijos si ya pueden cuidarla. Ja... Las criollas siempre olvidan a un hombre por otro... Ma'am Felícitas dejó de ser una viuda triste y estuvo ilusionada cuando el otro empezó a rondarla...

—Tienes razón. Fue ahí cuando nos tocó separarnos. Enseguida nos marchamos de Luisiana. Nunca pensé que no podría acercarme a consolarla en su cama los días de llanto o sentarnos bajo el roble del camino, o frente a la Iglesia de San Luis para contarnos nuestros secretos. Nueva Orleans está tan lejos... Aranjuez, también. Y ella cayó en desgracia.

«Caer en desgracia». Qué expresión tan corta para tantas y tan grandes consecuencias. Aún recordaba Isabel aquellas décimas que se cantaban en la Corte cuando murió su cuñado.

Los Gálvez se deshicieron
como la sal en el agua,
y como chispa de fraguas,
fósforos desaparecieron.

Bajaron como subieron
a modo de exhalación,
Dios le concede el perdón,
sin que olvidemos de paso
que este mundo da cañazo
a quien le da adoración.

—Ma'am, me voy a organizar el cuarto de Guadalupe... —Marilú chistó y negó con la cabeza.

Isabel sabía que no podía estar así. Tenía que confiar en que su hermana sobreviviría y cumpliría su compromiso con Guadalupe. La criatura era una Saint-Maxent y merecía las mismas oportunidades que sus propios hijos. Debía confiar en la fuerza de Felícitas. No sería la primera vez que cambiaría su destino. Cuando llegó mustia a casa de sus padres con la pequeña Adelaida, nadie habría imaginado que dos años después celebraría la boda más bonita de la ciudad.

Su familia siempre había preferido fantasear sobre el futuro, incluso cuando el presente les obligaba a ver la realidad tras el cristal de la letal objetividad.

Isabel aún recordaba la llegada del sucesor de Luis en el cargo. Sucedió unos meses antes de que los Unzaga partieran hacia La Habana y desde ahí a Venezuela. Congeniaron desde el principio. El recién llegado era un hombre mucho más joven que él, aunque con mucho arrojo. Gallardo y valiente, lo tenía todo para que fueran grandes amigos. Además, también era malagueño y las raíces comunes tan lejos de casa se escriben en el corazón con tinta indeleble.

Mientras miraba al techo, hundida en aquel sillón lleno de recuerdos, Isabel sonreía al pensar que Bernardo era perfecto a los ojos de sus padres. Gilbert-Antoine de Saint-Maxent y Elisabeth La Roche formaban la pareja perfecta, unida en una misma estrategia para ascender socialmente y controlar todos los ámbitos. Aquel recién llegado era nada menos que Bernardo de Gálvez, sobrino de don José de Gálvez, ministro universal de las Indias. A Elisabeth le pareció un regalo caído del cielo.

En aquellos momentos, Isabel recordó las decenas de cartas que había cruzado en los últimos tiempos con su madre. La llegada de Bernardo a Luisiana fue el acelerador para que Felícitas superara el duelo. Era bella, culta y, sobre todo, inteligente. Y tenía a su madre al lado. Elisabeth La Roche sabía que los lutos deben acortarse ante una oportunidad única.

Los siete años durante los que su yerno Luis había representado al Gobierno español en la provincia habían supuesto un paraíso para su familia. De repente, los astros se alinearon para que no perdieran ese privilegio, su sustituto era otro español y soltero. No tuvo ninguna duda, ese sería el segundo marido de Felícitas. Y eso sí que representaría un éxito para el proyecto que tenía para sus hijos. Las dos primeras viviendo en el Cabildo. La casamentera se lanzó sobre su presa. Dicho y hecho. Con su segundo marido, Felícitas de Gálvez se convirtió en la nueva gobernadora de Luisiana al marcharse su hermana y con el tiempo, llegaría a ser virreina de Nueva España.

A veces, la historia se repite. Casi siempre en los desastres. Bernardo murió a los cuarenta años y su hermana volvió a quedarse viuda. En esta ocasión, con cuatro hijos: Adelaida, Matilde, Miguel y Guadalupe, que nació al poco de morir su padre. El testamento de su marido dispuso que sus hijos fueran educados en España y ella estuvo de acuerdo. Entonces puso rumbo a Madrid.

—¿En qué mala hora subiría a aquel barco con sus hijos? —musitó Isabel mientras recordaba las desdichas de su hermana de los últimos años. Abrió la carta, vio la letra de Felícitas y supo que iba a llorar. Y las Saint-Maxent no lloran en público; ni siquiera en familia.

Aquella frase quedó en el olvido tras ser espetada por la mujer que acababa de entregar a Guadalupe en su casa: «Ser hija póstuma de un virrey no te convierte en princesa», igual que ser su viuda no te convierte en virreina ni te garantiza una bula eterna. Y Felícitas era un torbellino. Cuando llegó a Madrid en 1787 se estableció en una casona de la Corredera Baja de San Pablo. En apenas unos meses, adquirió notoriedad como una de las más solicitadas anfitrionas de las tertulias madrileñas. En las de la viuda, se hablaba francés y se compartían publicaciones francesas. En su casa se daban cita políticos, artistas y escritores como Jovellanos,

Sabatini, Cabarrús, Leandro Moratín, el conde de Aranda y, pronto, entabló una gran amistad con Ignacia Clemente, también viuda, en su caso, del ministro de Hacienda Miguel de Múzquiz, conde de Gausa.

Todo parecía ir bien, pero apenas un par de años después, en pleno receso político marcado por el temor a la Revolución francesa, las tertulias y sus asiduos estaban bajo la sospecha de Floridablanca, el secretario de Estado. En junio de 1790 detuvieron a Cabarrús, mientras la condesa de Gálvez y sus hijos le visitaban. Dos meses después, Campomanes ordenó vigilar la tertulia de la condesa. Y otros dos meses más tarde, ya en septiembre, fue desterrada a Valladolid primero, y a Zaragoza después.

No recobró la «libertad» hasta que se dictó su sentencia absolutoria en junio del 93, apenas cuatro días antes de la muerte de su cuñado, Luis de Unzaga. Hacía tiempo que todo para ella marchaba mucho mejor. Su amigo, el liberal conde de Aranda, a quien llamaban «la mula aragonesa» por lo terco que era, había accedido a la Secretaría de Estado en febrero del año anterior. Felícitas se había instalado en Aranjuez y Guadalupe no tendría las oportunidades en la Corte que su tía podía procurarle en la floreciente sociedad malagueña.

Los hermanos mayores de Guadalupe no vivían en la casa familiar con su madre. La mayor, Adelaida d'Estrehan, a la que Bernardo siempre trató como hija propia, se había casado tres años atrás en Zaragoza con el mariscal de campo Benito Pardo de Figueroa. El único hijo varón de Bernardo de Gálvez, Miguel, había ingresado casi al tiempo del matrimonio de Adelaida en el Real Seminario de Nobles de Madrid, la institución educativa de élite en la que se preparaban los hijos de los linajes distinguidos para la carrera militar. Miguel ingresó interno a los trece años, tras acreditar la limpieza de su sangre y su título nobiliario. Él había heredado el condado de Gálvez tras la muerte de su padre gracias a la habilidad para moverse en ambientes cortesanos.

Matilde llevaba idea de casarse en Madrid apenas unas semanas después de la llegada a Málaga de Guadalupe. Su futuro esposo era Raimondo Capece Minutolo. Era miembro de la familia de los

príncipes de Canosa y se marcharían a Nápoles, donde tenían su palacio. Matilde formaría parte de la Corte borbónica napolitana. Cruzar el Mediterráneo podría haber sido una opción para la pequeña, aunque su madre siempre valoró más el criterio de Isabel.

Felícitas pensó que era la mejor fecha para que se marchara. Ya en la casa solo estaban ellas y había tenido fuerzas para dejar encaminados a sus hijos mayores. Y no le quedaba ni la salud, ni el empuje, ni más joyas por vender.

En España, la matriarca, la sucesora de Elisabeth, era Isabel. Aquella condición implicaba llorar mucho a escondidas y pasar noches de preocupación que se volvían una tortura insufrible. Consciente del momento, aquella mujer abrumada por las circunstancias reclinó su cabeza en el respaldo, sacó su pañuelo de hilo, sabía que tendría que secarse las lágrimas y comenzó, por fin, a leer.

Aranjuez, junio de 1795.

Hermana mía, Isabel:

No estás loca. A mí me pasa continuamente. Si estás leyendo esta carta es que ya has estado frente a frente con Guadalupe. Es como mamá. De hecho, yo creo que es mamá. Si fuéramos huérfanas, pensaría que es su reencarnación. No solo se le parece, también acribilla igual con la mirada y estoy segura de que sus pensamientos son tan largos como los de ella.

Piénsalo. Estoy segura de que esa forma suya de guardar silencio mientras te observa te ha helado el corazón sin poder esperar a su primera palabra. Soy poco soñadora, mas esta niña no es como yo. Es más como tú, es una «gobernadora».

Yo fui «gobernadora» por decisión de todos vosotros y fui muy feliz con Bernardo. Mas mi pose es menos pragmática y más intelectual. Soy más idealista y tú has sabido recoger el legado. Mírate, en tu casa maravillosa, la perfecta esposa para Luis durante tantos años, casi un cuarto de siglo; ya fuera gobernador de Luisiana, capitán general de Venezuela, gobernador de Cuba o teniente general de las costas del reino de Granada. Tú estabas impecable siempre.

Da igual dónde te haya colocado el destino o la voluntad de Dios. Eres la hija deseada por nuestros padres. O tal vez, esculpida. Quizás te cincelaran y tu mármol estuviera preparado para continuar su legado. Ambición y estrategia en

la vida. No es una crítica, no, es envidia y rabia porque a mí me puedan más las tripas que el cerebro. Nueve hijos vivos y ya has empezado a casarlos tan bien como hizo nuestra madre con los siete suyos. ¡Y tu patrimonio! ¡Cómo lo llevas! Siempre ayudándonos a todos, hasta en el ostracismo y a la enfermedad llegan tus gestos piadosos. Dios te guarde por hacer llegar tu gentil gracia a mi desgracia.

¡Qué bien lo has hecho siempre! Aún me parece escuchar a mamá contar con alharacas cuando recibiste la visita del príncipe William, el futuro rey de Gran Bretaña, Irlanda y Hannover, en tu casa y lo agasajaste como solo lo haría una reina: un banquete, un baile, la orquesta y un aparato de luces... eres capaz de hacer que hasta un rey se sienta en tu casa como en su palacio. Nos educaron para ser gobernadoras con gestos regios.

No sé cómo lo harían... hay que reconocer que ha funcionado. Sobre todo contigo. Siempre fui menos disciplinada, más rebelde, como cuando me escondía en mi árbol favorito de la plantación al caer la noche porque me gustaba cómo olía el peligro y todos me buscaban. Todos menos tú, que sabías dónde estaba y que necesitaba sentirme diferente. Guadalupe me mira y me gustaría poder escaparme al viejo roble para hacerme invisible.

Cada vez me hace más feliz pensar en las anécdotas de la infancia. De lo bueno, solo me quedan los recuerdos. Nuestros amigos criollos seguían llamando «la barba de los españoles» a las ramas colgantes de aquellos robles gigantes y nuestros padres nos animaban a que dijéramos «la melena de los franceses» pese a haber llegado papá desde Lorena y mamá ser criolla, hija de canadienses llegados de Dunquerque. Fuimos los primeros en Nueva Orleans en tener profesor de español y tú eres más española que la mayoría de las damas de la Corte. Yo sigo teniendo alma francesa y no me gusta España tal y como avanza ahora. Son pueblos tan distantes y tan distintos que parece que están condenados a alternarse en el mando. Son como los hijos de un hidalgo, el heredero y el sacerdote. Pasan la vida empeñados en imponer la propiedad o la moral o al revés para ser poderosos en la familia.

Mis otros hijos ya son mayores. Adelaida, Miguel y Matilde hacen su vida. Matilde se casa en agosto y es la última de los mayores en marcharse de casa. Y yo te agradezco que aceptes criar a mi pequeña. No soporto su sabiduría muda, su forma de preguntarse todo desde tan niña. No lo entiendo. ¿Cómo podría explicarle yo quiénes somos? ¿Cómo podría ayudarla a recuperar el patrimonio de su padre que le corresponde? ¿Cómo podría darle buenas oportunidades? Si te paras a pensar, llevo más tiempo sin Bernardo del que pasé con él. A ti se te dan bien las cuentas. Nos conocimos en el 77 y murió en el 86. En qué pocos años vivimos tanta vida.

Me empeñé en amar. Y he sido una buena amante. Adoro todo lo que me entusiasma, cuidé los detalles para que Jean Baptiste y Bernardo fueran felices. Papá, mamá, nuestros hermanos, mis hijos, todos. Cuidé a mis amigos y velé por mis ideas, mas nunca fui como vosotras. Mamá y tú buscáis la parte

estratégica de la vida, la táctica en todo. Yo, en cambio, solo amo, y quien ama sin visión, se sacrifica y casi siempre pierde. Guadalupe debe ser una gobernadora como vosotras. Mamá y tú seguís mirando al futuro y yo tengo todo el futuro por detrás.

Aranjuez es un nido de víboras. Los muñidores de la Corte hacen que no puedas bajar la guardia en ningún momento. Aquí la vida no vale nada, hermana. Y mis esperanzas de volver a ser alguien importante no son más que delirios punzantes que me encadenan a un mundo que ya no existe para mí. Mas este es mi sitio. Lamentablemente, aquí me han confinado las leyes españolas, las no escritas que son las peores. Y no, no intentes llevarme a Málaga contigo. Todos pasaríais a estar bajo la estrecha vigilancia de quienes disfrazan sus miedos en autoridad. Nuestros hijos no lo merecen.

Probablemente tú seas de la opinión de que me ha confinado mi ingenuidad. Y puede que sea verdad. Pensar que la libertad, la razón y las razones valen más que la fuerza es una aspiración, un valor que anestesia las privaciones en las que vivo. Hermana, ¿recuerdas a nuestro padre encerrado en la plantación y vigilado por esos amigos de toda la vida que en aquel momento le traicionaron? Madre siempre lo describía como algo insoportable. Así vivo yo ahora.

Te preguntarás por qué ha llegado el momento. El primer motivo es la boda de Matilde. Al menos Guadalupe tenía a alguien joven y alegre en la casa. Hasta ahora, era diferente. Además, mi querido amigo y protector, el conde de Aranda, que tanto valoraba nuestros años en las Indias, no va a volver nunca. Dicen que se va a Sanlúcar, mas no es verdad. Le ha pedido a Godoy que le dispense del destierro en Granada y le permita regresar a Épila, que es su pequeño pueblo en Zaragoza, y es casi un hecho que se lo va a conceder. Irse a esos páramos es equivalente a desaparecer de la faz de la tierra. Ya ni en sus peticiones el Conde se permite soñar con la Corte. Él no va a volver y eso me condena al peor de los ostracismos, al de no estar entre los que te ven. Hacen que no te ven y, sin embargo, te vigilan. No eres «nadie», solamente un riesgo.

Algunos me miran como una proscrita y otros son pusilánimes para relacionarse conmigo y considerarme digna. Temen que se les identifique como afrancesados. Aun así, hoy por hoy estoy segura y he conocido el frío en el destierro. No estoy mal, mas este no es ambiente para una niña como Guadalupe. Críala como a una hija tuya. Quiérela y dale un hogar. Sobre todo, edúcala para ser una «gobernadora». Ese es su sitio, que sea una Gálvez facilitará que le abras más puertas si cabe. A mí ya no me queda nada de lo que merece para ofrecerle.

Y, sobre todo, ten paciencia, Isabel. Es una réplica exacta de tu madre, con todo lo que eso implica. Paciencia.

Te quiere tu hermana y un abrazo enorme para todos mis sobrinos,

La Condesa de Gálvez

PD: Tú tienes cuarenta y tres años y eres más joven que yo. Tienes muchas ilusiones. Yo apenas llego a los cuarenta y tengo la vida vieja y el alma arrugada. Y el cuerpo enfermo. Desde aquella parálisis del brazo mientras viví en Valladolid, las bajas temperaturas siguen siendo mi letal enemigo en vida. Se me hiela el corazón y los pulmones se duermen de frío. El doctor me pide que rece y no sabe si serán meses o años de buena vida los que me queden.

Hago verdaderos esfuerzos para que no haya ni una palabra en mi carta en nuestra lengua materna. Ya hasta eso pesa como una sospecha sobre mí y no quiero volver al destierro, hermana. Y más que nada, me prohíbo a mí misma que mi hija crezca marginada. Nosotras no sabemos ver eso en nuestros hijos. Hemos pertenecido siempre a los que decidían quién estaba dentro del círculo y no sabría vivir si Guadalupe no tuviera la oportunidad de crecer dentro. Yo me dejaré hasta mi último aliento en Aranjuez intentando que recuerden que no soy un peligro. Soy nada más y nada menos que la condesa de Gálvez.

III

Nueva Orleans, diciembre de 1776

Las campanas sonaron lentas en la torre de San Luis y marcaron, sin que nadie lo hiciera en voz alta, el inicio de un tiempo nuevo. Luis de Unzaga seguía siendo gobernador de Luisiana y Bernardo de Gálvez ya estaba en la ciudad. En el aire había esa tensión discreta que precede a los relevos de poder. Un hombre todavía firma los decretos, pero otro ya concentra las miradas.

Bernardo de Gálvez llegó a Luisiana porque la historia, esa corriente que arrastra tanto la gloria como la sangre, lo empujó hasta allí con la fuerza de los elegidos. Había sido pupilo y soldado bajo el mando de Alejandro O'Reilly, el irlandés de fuego que, tras la amarga derrota de la expedición española en Argel, vio en el joven Gálvez un espíritu indomable, un soldado de alma luminosa incluso entre las sombras del fracaso. O'Reilly, cuando regresó a Nueva Orleans para apaciguarlo, no había olvidado aquel gesto de valor, el muchacho que, herido y cubierto de polvo, se negó a abandonar la línea. Fue él quien primero habló de Bernardo ante los oídos atentos de José de Gálvez, entonces ministro de Indias y, además, su tío, y sembró la idea de que su sobrino tenía la madera de los hombres que hacen historia.

La Corona escuchó. Luisiana, después del buen hacer de Luis de Unzaga, necesitaba un gobernante que comprendiera ambas sangres. Y Bernardo, que dominaba el idioma de los criollos y el de los soldados, parecía hecho a medida para esa frontera líquida entre dos mundos. Así fue como, tras el relevo de Unzaga, su nombre se alzó con la naturalidad de las cosas inevitables: el soldado que había

aprendido de la derrota, el sobrino del ministro que regía las Indias, el discípulo del general que lo vio brillar entre la ruina, ese hombre fue llamado a gobernar una tierra donde la pólvora y el destino todavía olían a promesa.

El nombre del joven no fue un brindis al sol, ya había demostrado su habilidad militar y su liderazgo también frente a los apaches. Y, aun así, se concedió un tiempo de transición para tomar el relevo de Unzaga conviviendo con él en Nueva Orleans.

Unzaga lo recibió en el cabildo con la serenidad de quien ha visto demasiado para dejarse impresionar.

—Coronel —dijo al tenderle la mano—, bienvenido a esta tierra húmeda y áspera.

Gálvez inclinó apenas la cabeza. Había llegado desde México, donde su tío lo había preparado para empresas mayores. Venía de guerrear contra los apaches en los desiertos del septentrión, de aprender la lengua de los pueblos indómitos y de negociar con ellos treguas que duraban lo que dura la palabra de un hombre. Antes de eso, había pasado por Navarra, donde conoció el frío cortante de los Pirineos, y por la campaña de Argel, donde la fiebre se llevó a muchos más que las balas. Cada destino le había dejado cicatrices invisibles y la convicción de que el mundo se sostenía por la mezcla del valor y la astucia.

—Excelencia —respondió—. Vengo a servir. Por supuesto, también a aprender de su mano mientras la Corona disponga que la llave siga en la suya.

Unzaga sonrió con la calma del que ya ha pensado esa frase antes de escucharla.

—Aquí la Corona manda desde lejos. Más cerca mandan el pan, la harina, el tabaco, la paciencia de los vecinos. Lo aprenderá pronto.

Se miraron un segundo más de lo protocolario. No había desafío, aunque sí la conciencia de que, durante unas semanas, ambos ocuparían la misma silla invisible. El viejo que aún manda y el joven que ya decide.

Al caer la tarde, las calles se llenaron de murmullos. La noticia del recién llegado corría más deprisa que los pregoneros: «Ha venido el nuevo gobernador». Algunos lo decían con esperanza, otros con

recelo. La ciudad entera, levantada sobre la orilla del gran río Misisipi, parecía contener la respiración.

En el patio del cabildo esperaba la familia Saint-Maxent. Gilbert-Antoine vestía con sobriedad y todo en él olía a seguridad: el corte del paño, la plata de los botones, el modo de sostener el bastón. A su lado, como una estampa de dignidad silenciosa, estaba su hija Felícitas, de luto riguroso y con la niña en brazos. Su madre la había colocado estratégicamente al lado de su padre para que el nuevo gobernador reparara en su candor y su belleza.

—Excelencias —dijo Gilbert-Antoine—. La ciudad saluda al que se despide y se lleva a mi hija y a su descendencia sin piedad y saluda también al que llega. —Unzaga correspondió con extrema complicidad; Gálvez se inclinó, con un orgullo que nunca rayaba en insolencia, aunque nadie podía confundirlo con humildad.

—Don Gilbert-Antoine —dijo—, he oído hablar de su casa como quien oye hablar de la columna que sostiene el techo.

El patriarca se permitió un gesto mínimo de satisfacción. Luego señaló a su hija.

—Mi hija, Felícitas.

Ella levantó la vista. Tenía los ojos oscuros, hondos, de esos que no se pierden en la primera impresión.

—Bienvenido a Nueva Orleans, señor.

La niña se agitó y lanzó un gemido leve, como un eco diminuto. Gálvez sonrió.

—Y bienhallada también vuestra hija. Que crezca en una tierra donde no siempre manden otros sobre los que aquí nacen.

Unzaga lo miró de reojo. Había en esas palabras un filo altanero, pero también una intuición certera; aquellas tierras necesitaban que alguien hablara de dignidad tanto como de obediencia.

Esa noche, la casa de los Saint-Maxent abrió sus puertas con un despliegue de mensajes. Las lámparas de aceite ardían en los corredores como centinelas, los criados se movían sin ruido y los patios respiraban olor a hierbas frescas y a carnes que se asaban lentamente. Todo en aquella velada estaba dispuesto para enseñar al nuevo huésped que en Nueva Orleans el poder no era solo el que

emanaba del cabildo, sino también el que se cocía en las casas donde se reunían los notables.

—Pasen, excelencias —dijo Gilbert-Antoine con una sonrisa de hospitalidad y advertencia—. Aquí se entiende mejor la ciudad que en cualquier mapa.

Unzaga entró primero, con paso tranquilo, como quien se sabe todavía dueño del sello real y de su propia casa. Gálvez lo siguió, y aunque caminaba con respeto, no pudo ocultar una energía contenida, la altivez natural de quien no llegó para mirar de lejos. Los ojos de todos se posaron en él, unos lo midieron con recelo, otros con la esperanza de un cambio, y más de uno con la curiosidad de quien presiente que el muchacho del uniforme nuevo traerá una tormenta.

En un rincón, Felícitas sostenía a su hija dormida. Había cambiado el luto severo por un vestido gris, y esa leve variación en el color parecía una grieta de luz en medio de la pena. Cuando Bernardo entró en la sala, ella levantó los ojos; no los apartó enseguida. Él inclinó la cabeza, sin palabra, y esa breve inclinación, casi un saludo secreto, fue suficiente para que ambos quedaran en la memoria del otro.

La mesa larga aguardaba con manteles blancos y copas que brillaban a la luz de las velas. Se sentaron siguiendo un orden que era mitad protocolo, mitad cálculo. Unzaga a un extremo, Gálvez al otro; el anfitrión en el centro, y en torno a ellos una constelación de comerciantes, abogados, oficiales y parientes.

—Señores —dijo Gilbert-Antoine al levantar la copa—, que esta cena sea memoria del buen gobierno de don Luis y augurio de la ventura de don Bernardo.

—Que así sea —respondieron todos, como un coro desigual.

El vino corrió y con él, la conversación. Se habló del precio de la harina, de los barcos ingleses que acechaban en la costa, de los rumores que llegaban del norte sobre rebeliones y batallas. Nadie lo decía en voz alta. Cada frase giraba en torno a una misma pregunta: ¿cómo se comportaría el nuevo gobernador cuando le llegara el turno?

Un abogado criollo, con gesto inquisitivo, lanzó la primera embestida.

—Don Luis, ¿cuál diríais que ha sido la clave de vuestra paz en estos años?

Unzaga dejó la copa en la mesa y respondió sin titubeo.

—Escuchar más que ordenar. Y permitir que los hombres hicieran negocios, aunque los reglamentos dijeran lo contrario. No hay paz sin pan.

El abogado arqueó una ceja.

—¿Y no teme que esa flexibilidad sea recordada como debilidad?

Unzaga se encogió de hombros.

—Prefiero debilidad con trigo que fuerza con hambre.

Las risas fueron contenidas. Gálvez no rio. Lo observaba con atención porque sabía que cada palabra del gobernador saliente sería una pieza que luego tendría que recolocar. El abogado, entonces, volvió la mirada hacia él.

—Y vos, coronel, ¿qué esperaríais que dijera la ciudad de vuestro gobierno cuando pasen los años?

El silencio fue inmediato. Todos querían escuchar la primera confesión del hombre que, aunque aún no firmaba, pronto lo haría. Gálvez apoyó las manos en la mesa y habló sin bajar los ojos.

—Que aquí se respiró con dignidad. Que Luisiana fue obediencia y orgullo. Y que cuando la guerra nos rozó, supimos defendernos sin temblar.

—Altanero —en un extremo de la mesa, una mujer anciana murmuró con voz áspera.

Felícitas, que mecía suavemente a su hija en la cuna de mimbre, corrigió sin levantar la voz:

—Seguro de sí.

La frase cayó como un aceite que suavizó las aristas. Gálvez la escuchó, y por primera vez en toda la velada, sonrió de verdad.

Las lámparas se habían consumido hasta el alma y en la casa Saint-Maxent el aire estaba cargado de un perfume denso de tabaco, vino y confidencias. Los invitados iban desapareciendo como sombras saciadas, y dejaban tras de ellos la estela de su ambición y susurraban los primeros rumores que aquella misma noche

recorrerían la ciudad: el nuevo gobernador había hablado con voz firme, había respondido con altivez y la viuda más notable del linaje criollo le había respondido con una sonrisa que no estaba escrita en ningún protocolo.

En el gran salón solo quedaban los hombres que seguían midiendo el pulso de la política y la mujer que, sin proponérselo, se había convertido en el centro de gravedad de todos los ojos. Bernardo de Gálvez permanecía erguido, con esa manera suya de ocupar el espacio que parecía pertenecerle desde siempre. Sus botas resonaban en las tablas al avanzar hacia el mapa colgado en la pared. Era un plano de la Luisiana con líneas gruesas, incompletas, que parecían la caligrafía de un niño. Bernardo lo miró en silencio y apoyó la mano sobre la región de la costa.

—Aquí vendrá la prueba —dijo, sin girarse—. Los ingleses no dejarán de olfatear por estas aguas. Y si la rebelión al norte se mantiene, estas tierras dejarán de ser frontera y se convertirán en el escenario central.

Unzaga, sentado aún a la mesa, lo observaba con la paciencia de quien sabe que los jóvenes necesitan hablar en voz alta para escuchar el eco de su propia determinación.

—Y usted, ¿qué hará? —preguntó, sin énfasis.

Bernardo se volvió despacio. Tenía la frente despejada y el gesto endurecido por las campañas en que había aprendido a no esperar misericordia del clima ni del enemigo.

—Haré lo que deba.

El tono no era soberbio ni humilde, era absoluto.

Felícitas, que estaba junto a la cuna, levantó la vista al escuchar aquellas palabras. Había en ellas una resonancia que pertenecía a un destino. Lo miró, sosteniendo en brazos a su hija, y en ese instante la comprendió, esa criatura crecería en una tierra regida por hombres como él, hombres capaces de sostener su voluntad, aunque todo a su alrededor se viniera abajo.

El patriarca se aclaró la garganta, devolviendo a todos al terreno práctico.

—El futuro se resolverá con trigo y barcos. Aquí las guerras se ganan antes en los almacenes que en los campos.

Bernardo asintió sin apartar la mirada de Felícitas.

—Lo sé. También se ganan en la mesa donde alguien decide con quién comparte su pan.

El silencio se tensó un instante. No era solo una reflexión política, era una confesión disfrazada de sentencia. La viuda bajó la vista hacia la niña y acarició el cabello oscuro de la pequeña. Sus labios se curvaron en una mueca imperceptible, y ese gesto, apenas visible, fue leído por todos como una respuesta velada.

Unzaga, que había sido soldado y gobernante, entendió al instante. Se levantó, apoyándose en el respaldo de la silla, y se acercó al joven.

—No olvide, don Bernardo —le dijo en voz baja, casi paternal—, que el poder también se mide en los silencios que guardamos.

Bernardo lo miró con respeto.

—Lo tendré presente, excelencia. También hay silencios que son un crimen.

La frase quedó flotando en el aire y nadie intentó borrarla.

Cuando salieron al patio, el aire nocturno traía el rumor lejano del Misisipi, un murmullo grave, como de animal dormido. La luna iluminaba los balcones de madera y las paredes encaladas, y los últimos carruajes se alejaban hacia las calles polvorientas. Bernardo caminó junto a Unzaga bajo el portal.

—¿Le ha gustado lo que ha visto? —preguntó el gobernador, con tono ambiguo.

—He visto mi nueva casa y un proyecto que continuar. Es una ciudad floreciente y un lienzo sobre el que seguir pintando.

Unzaga no insistió. Sabía leer entre líneas mejor que nadie y veía tras el halago, la ambición solapada. Una ambición que le gustaba, esa de los grandes que necesitan perpetuarse en todo lo que empiezan.

Felícitas apareció tras ellos, con la niña dormida. La luz de la luna caía sobre su rostro y lo hacía resplandecer como una pintura. Bernardo se detuvo y se inclinó con una reverencia breve.

—Señora —dijo—, gracias por su hospitalidad.

Ella respondió con una inclinación mínima, suficiente para mantener la distancia. En su mirada había una intensidad que

ningún gesto pudo disimular.

—Buena noche, señor.

El carruaje de Gálvez lo esperaba. Cuando subió y el cochero arreó los caballos, Bernardo giró la cabeza una última vez hacia el patio. Allí seguía ella, de pie, con la niña pegada al pecho y el rostro iluminado. La imagen quedó guardada en su memoria como un emblema, la mujer y la hija que podían sellar su unión con la ciudad.

Días después, en las calles de Nueva Orleans, ya se murmuraba lo que había quedado escrito en aquella velada. «El joven gobernador y la viuda de d'Estrehan se miraron como quien reconoce un destino». Nadie lo decía en público. Todos lo repetían en los portales, en los cafés, en los corredores de las casas.

Unzaga, mientras tanto, se preparaba para su partida. Reunía papeles, firmaba decretos, dejaba instrucciones. Lo hacía con la serenidad de quien no teme al olvido. Sabía que su tiempo había sido de paz, y que la historia, cuando se contara, lo recordaría como quien evitó incendios en una tierra de pólvora.

Bernardo, en cambio, escribía cartas, pedía informes, revisaba mapas. Su ambición no cabía en los muros del cabildo. Y, sin embargo, cada tarde encontraba un motivo para acercarse a la casa de los Saint-Maxent, con excusas distintas: un asunto de provisiones, una consulta sobre comercio, un saludo a la familia. Siempre terminaba en el mismo salón, donde Felícitas lo recibía con una sonrisa velada.

No se hablaba de matrimonio, pero todo en la ciudad lo anunciaba. El orgullo de él y la dignidad de ella parecían piezas destinadas a encajar. En los banquetes se hablaba de política y de barcos y los ojos de todos seguían ese juego callado entre la viuda y el coronel. Era un cortejo que no necesitaba palabras, bastaba con el modo en que él se inclinaba al saludarla, o el modo en que ella giraba la cabeza al escuchar su voz.

La mañana en que Bernardo recibió la notificación oficial de que, al comenzar el nuevo año, asumiría el Gobierno en nombre del rey, salió al balcón del cabildo y miró la ciudad. El sol doraba los tejados y el Misisipi resplandecía al fondo, ancho y definitivo. Los soldados

formaban en el patio, los notables aguardaban en silencio. El escribano le entregó el bastón de mando y los pliegos sellados.

Bernardo levantó el cetro para sellar el momento. Sus ojos, altaneros, recorrieron la multitud. No era solo un nombramiento, era el comienzo de un destino que se cruzaba con el de la mujer que lo había mirado aquella primera noche.

Unzaga se adelantó y le tendió la mano. Se habían convertido en buenos amigos y tenían gran simpatía el uno por el otro.

—Gobierne con firmeza y no olvide que esta tierra se gana con paciencia.

—Lo recordaré —dijo Bernardo—. También recordaré que la paciencia tiene un límite.

Los aplausos resonaron. Las campanas repicaron con más brío que nunca. Y sobre la multitud, en un balcón de la plaza, Felícitas sostenía a su hija en los brazos y lo miraba con la misma serenidad de aquella noche. Él, desde abajo, la reconoció. No hubo palabras ni gestos. En ese cruce de miradas, la ciudad entera comprendió lo que los rumores ya habían tejido, que el nuevo gobernador y la viuda de d'Estrehan estaban destinados a unirse, y que ese enlace sería una alianza entre el poder recién llegado y la sangre criolla que llevaba generaciones arraigada en el Misisipi y que era también la sangre criolla que eligió Unzaga.

IV

Málaga, 2 de agosto de 1795

Desde que Guadalupe llegó, Isabel no dejaba de pensar en su madre y en su hermana Felícitas. Tenía una desazón interna que no sabía cómo disimular. Todos la notaban triste y, aunque sonreía, tarareaba y pretendía aparentar normalidad, se le notaba demasiado. Siempre le pasaba cuando no entendía algo y los ojos de esa niña le habían acercado todas las inquietudes del mundo. De hecho, había recuperado ese frío en las entrañas que le producía el miedo a su madre, a defraudarla. Le aterraba volverse loca o morirse sin haber dejado colocados a los suyos y con el futuro asegurado.

Cada día pensaba que, si no supusiera tantas complicaciones y tantos meses de viaje, cruzaría el océano para abrazarla y encontrar respuestas en su regazo. Las tenía todas siempre, las que gritaba y las que callaba. Nunca pronunciaba una de sus sentencias importantes en un tono de voz razonable. Las mejores las guardaba para sí y las otras las decía en un volumen tan alto que parecía que quería que fueran provechosas para todo el que pudiera ser alcanzado por sus chillidos. Ay, su madre, les enseñó lo mismo a todos en casa y cada uno había aprendido las lecciones de un modo. Tenía la sensación de que no podía defraudarla; en ese momento, menos que nunca.

Su hermana Mariana ya era condesa de la Cadena y su marido el intendente de Puebla; Felícitas y ella fueron gobernadoras, aunque su hermana, además, virreina y condesa; Marie Antoniette estaba muy bien casada en Nueva Orleans con Joaquín Ossorno; sus hermanos Maximilian, Gilbert y Célestin Honoré tenían carreras

brillantes en el ejército español; y, Marie Eloise seguía viviendo en la casa familiar. Ni que decir tiene que sus padres habían pensado en sus futuros. Su madre estaba convencida de que Maximilian sería el cuarto de sus hijos que llegaría a gobernador y que, de todos, era al que mejor carrera le pronosticaba. Fuera o no verdad su augurio, les instruyeron, les enseñaron modales e idiomas y todo lo que podían necesitar para salir ilesos de los cambios políticos y de las guerras.

Isabel estaba en la cama aquella mañana. No tenía fuerzas para levantarse y fingió una jaqueca para no tener que ver a nadie. Se tomó una infusión de manzanilla, aunque la detestaba, para dar credibilidad a su coartada.

«¿Cómo es posible que habiendo hecho lo mismo con todos, yo me pase el día recibiendo cartas encabezadas por un "Excelentísima Señora" y mi hermana Felícitas tenga que mandarme a la única hija que le queda a su cargo para que yo haga posible su ascenso social?». Ese pensamiento la atravesaba día y noche. No encontraba otra respuesta que no estuviera en aprender a lidiar mejor con las expectativas. Tal vez, su madre se hizo mayor demasiado pronto y abandonó ese discurso tan suyo. Quizás tuvo que repetírselo tanto para que asumiera felizmente su compromiso con Luis que no le quedaron ganas de decirlo nunca más.

Isabel, sin embargo, lo había entendido pronto. Tenía diecisiete años y le gustaban los chicos más guapos de Nueva Orleans, los criollos un poco mayores que ella a los que veía los domingos en la iglesia o en la plantación de los d'Estrehan. Algunos eran bien parecidos y solía fantasear con la polvareda que levantarían sus carruajes. Se deleitaba imaginándose con su vestido favorito, el amarillo, sentada al lado de Jean Louis o de Antoine y luciendo las mejores sedas de los más de tres mil habitantes que tenía la ciudad en aquel momento. Entonces nadie de la familia podría haberse imaginado cómo iba a crecer Nueva Orleans.

Su madre le hizo comprender que todo aquello eran expectativas y dinero. Ella ya tenía pensado emparentarlas con los d'Estrehan, aunque era fácil y se lo tenía reservado a Felícitas, de quien esperaba menos que de ella. «Pero ni aquello le duró a mi pobre hermana... las lágrimas de la viudedad la esperaban a la vuelta de

su maternidad», pensaba mientras se ponía de lado en la cama y recordaba las conversaciones con su madre y sus mensajes sabios, tan desagradables para ella.

—Ya sabes, Isabel, que ella es guapa y tiene muy buena conversación y tal vez en unos años pueda con más. Sin embargo, tú eres capaz de gobernar ya... y, además, lo harás con mucha determinación.

A Isabel le hablaba de poder. Decía que a ella su padre siempre le gustó porque era bien parecido. Le explicaba que, sin embargo, el tiempo hace más daño a los más bellos en la juventud y que un día te despiertas de madrugada y escuchas los ronquidos y el olor a vino y a rancio similar al de los demás.

—Roncar, roncan también los reyes. Y los humores del cuerpo son igual de desagradables los de los amos que los de los esclavos. No esperes que un hombre por el que suspiras sea un ser celestial a todas horas. Deja las expectativas de lo que quieres que sea él y piensa en qué quieres ser tú.

—Mamá, no entiendo —recuerdo responderle sin saber lo que quería decirme.

—Hija, Luisiana ya es española, tu padre francés y tu madre criolla. Hablas castellano perfectamente, tienes una educación propia de la aristocracia europea y criollos hay muchos. Gobernador español, solo uno. Y una vez que venga este, no sabremos cuándo llegará el siguiente. Tu padre ha apalabrado su matrimonio contigo.

—¿Conmigo, mamá? Si no lo conozco... ¿Es guapo?

—Es de belleza distraída y viejo. No puedo engañarte, hija, es feo tirando a horroroso. Tu marido tendrá más edad que tu padre. No obstante, no tiene hijos, vivirás en el cabildo y gobernarás sobre todos. Tu familia estará a tu lado para ayudarte a subir y para medrar contigo. Eres la esperanza de la casa.

En aquella cama de Málaga sonreía bajo los dictados acuosos de la nostalgia. Recordaba llorar aquel día sin consuelo, imaginando a sus amigas en los carruajes de los mozos por los que suspiraba. Mientras, se veía teniendo hijos con un abuelo feo al que se le caería la baba mientras durmiera. Se sentía destinada al fondo de la ciénaga y odiaba a sus padres por haber decidido por ella. Sabía que

no podía protestar porque era su deber acatar su decisión, pero le parecía una crueldad similar a la de los capataces con el látigo desahogándose en las espaldas negras y deshidratadas bajo el sol de justicia del verano. Recordó a su madre acercándose y abrazándola. Recordó contenerse hasta notar cómo Elizabeth la apartaba de ella, no quería aplacar su rechazo.

—Tienes los mejores ingredientes para hacer una tarta. Con lo mismo puedes hacer un engrudo para alimentar a las bestias. Las expectativas son tan bajas sobre tu futuro marido que puedes llegar a verlo bello, inteligente, brillante y enamorarte de él. También puedes detestarlo, repudiarlo en silencio y convertirte en una amargada para el resto de tu vida.

Después de noches de rebelión y cientos de vueltas bruscas en la cama, Isabel se tranquilizó y dejó de llorar. Ahora, todo le parecía dulce e infantil al recordarlo y se le hacía mucho más dura su situación actual. Ahora ya le quedaba menos futuro. Le hacía gracia recordar cómo su madre esperó a que se le secara el lagrimal y cuando llegó el ansiado momento, una mañana en el desayuno, se puso en pie y la cogió por los hombros.

—Serás la gobernadora, piénsalo, solo tú. Las escalinatas de la sociedad se abren para ti. Aprovecha la ocasión y siente que tu marido es el mejor y el más especial y que no lo cambiarías por otro. A mí me ha funcionado y sigo amando a tu padre, sin esperar más de él que lo que puede darme.

Aquello fue lo que nunca entendió Felícitas. Después de ser la viuda de d'Estrehan, llegó al cabildo como gobernadora con Gálvez y luego fue una aclamada virreina, aunque perdió la brújula de las expectativas en España y quiso convertirse en una referencia intelectual, sin un hombre al lado, sin un escudo con el que proteger su talento ante la sociedad.

Isabel comprendía perfectamente por qué mandaba a la niña. «*Foi de Dieu, je le sais*. ¿Dónde iba a estar mejor que en esta casa? Luis la mandó construir grande y no fue solamente para dejar evidencia en Málaga de nuestra excelente situación. Él era consciente de la diferencia de edad y quería que aquí pudiera vivir alguno de nuestros hijos de manera independiente. Tuvo mucho celo en la

elección del mejor marido para Rafaela. Joaquín es un gran *époux*, un hijo perfecto y un tutor inmejorable para los pequeños».

En Málaga tenían de todo. Su única labor era reunificar el patrimonio familiar y asegurar la dote para sus hijas y el futuro para sus hijos. Desde que se instalaron en la ciudad, Luis había ocupado los puestos más deseados por los militares de renombre. Ser capitán general de la Costa del Reino de Granada y gobernador militar de Málaga. ¿Qué más podría desear su hermana si además la mejor sociedad adoraba a la familia? «El clima, el mar, no se me ocurre qué le puede faltar. Esa cabeza suya de conspiradora... *Mon Dieu*... este espíritu francés de padre y haber crecido entre contubernios y estrategias. *On ne peut pas jouer avec le destin... On ne peut pas*». Isabel pensó que realmente acabaría teniendo jaqueca de tanto dar vueltas a los recuerdos.

La torturaba la idea de que Felícitas tuviera que estar en Aranjuez, después del destierro. Aunque hubiera sido absuelta, no había cambiado nada. Para los conservadores solo era una mujer sola, un peligro afrancesado e ilustrado en contra del Imperio de España, una condesa alocada con un virreinato en su biografía. Una insignificante nota de exotismo en la Corte de Aranjuez. Quizás fuera solo eso. El futuro de su hermana se había estancado, víctima de sus expectativas, y con el suyo el de su hija Guadalupe, que necesitaba llegar a ser una dama a su lado. Por suerte, había podido casar bien a Adelaida y Matilde.

«¿Qué podría hacer para que Felícitas viniera a vivir conmigo? Alguien tiene que poder firmar un permiso. Godoy podría hacerlo como lo ha hecho con el conde de Aranda. Ese desánimo es síntoma de que calla lo que no quiere que sepa. Es incomprensible. Málaga es la tierra de los Gálvez, estoy yo y su hija Adelaida vive en Cádiz. La vería mucho más. Si no fuera terca como una mula, todo sería más fácil... Ay, Luis, amado Luis, cuánta falta me haces. Esta hermana mía y su círculo intelectual van a echarlo todo a perder. Con lo que nos ha costado llegar hasta aquí».

Seguía en su bucle con la idea de que alguien debería permitir que Felícitas fuera a Málaga con ella. Expectativas, expectativas, expectativas. Estos pensamientos la hacían odiarse por infeliz.

Estaba sumergida en la dinámica traicionera de sentir lástima por ella misma, alimentando las expectativas que solo conducen al fracaso.

«Nadie lo resolverá por mí. Nadie. Ya no soy una niña y ni mis padres ni mi marido están a mi lado. *Attentes*, esa es la palabra maldita en la que mamá me prohibió instalarme más de un minuto. "Las expectativas se ahuyentan, no se alimentan"», se repetía en silencio martilleando su cerebro.

V

Nueva Orleans, mayo de 1785.

El sobre llegó con las aristas aún tibias. Parecía haber cruzado el océano sosteniendo en su interior un soplo del rey. La cera, de un rojo oscuro, relucía al borde del sello. El mensajero, un mulato de voz serena y mirada firme, lo depositó sobre la mesa con el respeto de quien sabe que transporta un destino.

Bernardo alzó la vista desde los papeles del despacho. Felícitas, que cosía junto a la ventana, lo observó sin decir palabra. La habitación se llenó de una quietud que pesaba como un presagio.

—Gracias —dijo él, y con un gesto breve deslizó una moneda en la mano del hombre.

Cuando el emisario se marchó, el silencio se quedó de pie entre ambos. Hacía ya unos meses que la muerte de su padre, Matías de Gálvez, había dejado un vacío en Nueva España. Bernardo palpó el sello real, lo sostuvo ante la luz como quien mide el pulso de la historia y, con la punta de la navaja, cortó la cera. Leyó sin mover los labios. Su expresión no cambió, salvo por un temblor apenas visible en las cejas.

—Felícitas... —murmuró.

Ella se acercó despacio. Sabía que esa forma de pronunciar su nombre presagiaba un giro en la vida.

—El rey me nombra virrey de la Nueva España.

Las palabras cayeron con un peso que ni el aire se atrevió a interrumpir. Felícitas no habló. Aceptó el pliego, lo leyó despacio y, al terminar, lo dejó junto al azucarero de plata.

—Entonces... partimos. *Mon Dieu*... Tengo que aprender a dejar esta tierra, mi familia y todo lo que conozco bien. Lo haré por amor y por futuro. Más que por el mío, por el tuyo, por el de mis hijos.

—Partimos —repitió él—. No tenemos elección. Buscando el futuro de tu familia, encontrarás el mejor para ti. Antes, nos despediremos.

La casa pareció agrandarse con esa certeza. En el patio, los geranios se encendieron con el sol de la tarde y el aire olía a café recién tostado.

—¿Llamo a los niños? —preguntó ella sin mostrar más emoción que el presagio de la melancolía.

—Ahora, cuando esa pena en la que te estás recreando, te permita pensar que seremos los virreyes. Tú, esposa mía, serás la virreina y todas las cabezas se inclinarán a tu paso. Y acariciarás el poder de verdad. Y podremos hacer cambios. Alégrate, mujer.

Felícitas sonrió para cortar la situación. Ella necesitaba hacer el duelo por la pérdida antes de celebrar con ilusión el futuro. Él no lo entendería y ella lo sabía. ¿Cómo explicarle que ahora le importaba oler el Misisipi y echarlo de menos ya antes de partir y que eso pesaba más que los sueños de la grandeza del porvenir? Para ella era el aroma de su vida. Él no llevaba ni ocho años allí. Ella hizo sonar la campanilla una vez. Matilde fue la primera en entrar, con el cabello recogido y la solemnidad de quien comprende sin entender del todo. Miguel la siguió con las manos sucias de tierra y dos piedras escondidas en los bolsillos. Adelaida, más alta y reservada, los alcanzó en silencio.

—Vuestro padre ha recibido carta del rey —dijo Felícitas—. Iremos a la Ciudad de México.

Matilde, con apenas siete años, se irguió igual que si acabara de recibir un nombramiento propio.

—¿Cuándo?

—Pronto, hijos míos —respondió Bernardo—. Hay caminos que no esperan. Debéis estar felices.

Miguel levantó la mano, expectante.

—¿Habrá caballos?

Felícitas sonrió por fin.

—Caballos, soldados y patios donde el eco corre más que los niños. —La madre corrió a abrazar a su hijo disimulando su ataque de intuida nostalgia con un abrazo y unas cosquillas agitadas.

El niño asintió satisfecho. Adelaida bajó la vista y murmuró:

—Allí no tenemos abuelos.

Bernardo la miró con ternura.

—Tendremos historia, hija. Y eso también se hereda —Bernardo siempre la trató como al resto de su prole y la quiso igual pese a no ser de su sangre.

Los niños marcharon y el matrimonio volvió a quedarse solo. El recuerdo del día de la boda acudió a ellos sin invitación. Desde entonces, su vida había sido una casa edificada sobre promesas cumplidas. Felícitas abrió su cuaderno de tapas negras y escribió la fecha: «mayo de 1785». Debajo, una lista precisa: «baúles, sábanas, libros de devoción, retratos, medicinas, catecismos de niños».

—Habrá hambre —dijo sin levantar la vista—. Me han hablado de malas cosechas.

—Abriremos graneros —respondió Bernardo—. Y cocinas. Ningún decreto alimenta mejor que una olla encendida, mi querida y dulce esposa. No prestes argumentos a tu mente para cebar tus miedos, te conozco y estás como una niña pequeña cuando le quitan su juguete. Tu familia estará allí contigo y harás grandes a los que se quedan aquí. Tus padres serán los padres de una virreina. Mira lo orgullosos que están de tu hermana Isabel y cómo presumirá tu madre en la iglesia. Se comprará mejores vestidos para ser la madre de una virreina.

Felícitas sonrió, pillada en su absurdo enfado por la noticia. Sus miradas se encontraron; bastó eso. En su matrimonio, las promesas no necesitaban juramentos y las rencillas no precisaban de reconciliaciones.

Afuera, la tarde se llenó de pasos. Entró un fraile con recado de oración, un comerciante con tabaco y un capitán a presentar mulas para el futuro viaje.

Felícitas los recibió serena. Bernardo, entretanto, escribió cartas a Veracruz, a La Habana y al arzobispo Núñez de Haro. Su pluma avanzaba con la precisión de una espada. Al caer la noche, los niños

dormían y el pliego real reposaba sobre la mesa. Felícitas doblaba una sábana con la misma delicadeza con la que el rey firmaba un decreto.

—¿Qué temes, Bernardo? —preguntó ella.

—La soberbia. Y la lentitud de los que no escuchan.

—¿Qué soberbia, la tuya o la ajena? —su esposa bromeó burlona, sabiendo ambos que era una flecha con la punta dulce.

Él no contestó siguiendo el juego.

—¿Y qué esperas allí?

—Paz —dijo él—. Que mi firma pese menos que mi palabra.

Ella torció el gesto con la dulzura de quien conoce la guerra del poder.

—Descansa. Mañana volveremos a empezar. Y será una sorpresa para mí si vivimos en paz. Tú siempre triunfas en la guerra.

La madrugada trajo el olor del río. Bernardo se vistió sin ruido. Felícitas ya lo observaba desde la cama.

—Dormí poco —dijo ella—. Soñé con nuestra boda.

—No fue un sueño, fue recordar nuestro otro principio.

En el patio, Matilde escribía palabras sueltas en su cuaderno.

—Mírala —susurró Felícitas—. Ya intenta domar el mundo con la tinta.

—Será lo que quiera ser —respondió él—. No tendrá miedo de firmar.

Miguel irrumpió con su caballo de madera. Bernardo lo alzó y lo sentó sobre su hombro.

—¿Listo para viajar?

—¿Tardaremos mucho?

—Solo lo suficiente para que te canses de preguntar.

El desayuno fue breve. Felícitas miró a los niños y luego a su marido.

—Tendremos que enseñarles a callar entre los espejos del palacio. Estos niños son de Luisiana. Aquí saben moverse como un pez en el agua. Aquello será diferente. Es más una corte.

—Aprenderán. Como lo hicimos nosotros, mi amada esposa. Tendrán a la mejor maestra.

Gilbert-Antoine, el padre de Felícitas, llegó al amanecer. Traía el bastón más por costumbre que por necesidad.

—Ya sé lo que trae ese pliego —dijo—. Y vengo a recordaros que el poder no pesa solo en mapas.

Miró a su hija y vio sus ojos vidriosos esperando la compasión de la despedida. No las habían formado como a frágiles damiselas. Elisabeth se había encargado de educarlas como reinas, preparadas para encarar su destino sin llantos absurdos.

—Honrarás tu nombre, niña, con pan más que con abanicos.

Felícitas asintió.

—Con pan y con obras, padre. Siempre estaréis en mis pensamientos y en mis oraciones.

El viejo acarició su mejilla y se volvió hacia Bernardo.

—Cuidarás de ella. Te llevas un pedazo de mi ser. Te casaste con prisas, sin música ni cortejo, y la Santa Madre Iglesia bendijo tu unión con una criolla. Ahora, mi hija parte para ser virreina.

Cuando se marchó, la estancia quedó impregnada de su sombra buena.

Los días siguientes fueron una corriente de visitas, encargos y despedidas. La ciudad murmuraba la noticia como una oración compartida. En los portales se hablaba del gobernador nacido en Málaga, del soldado que había vencido a los ingleses, del hombre que marchaba a gobernar la Nueva España. En las cocinas, las criadas decían que la señora mandaba con los ojos; en los pasillos, los mozos juraban que la casa olía a despedida.

La víspera del viaje, la familia salió a la calle y se fue a contemplar el río. El Misisipi corría majestuoso, indiferente a reyes y decretos. Adelaida tomó una mano de su madre y Matilde la otra. Miguel, en brazos de su padre, señalaba los barcos del puerto.

—¿Cuándo volveremos? —preguntó la mayor.

Felícitas suspiró con una serenidad antigua.

—Siempre, cada día. Aunque solo sea con la memoria.

Bernardo la miró. En sus ojos estaba el mismo brillo de aquel «acepto» febril del día de su matrimonio. Su esposa era una virreina de alma y cada día le parecía más bella. La sabiduría y los retos la embellecían.

Cuando el carruaje avanzó por las calles silenciosas, el aire parecía retener su respiración. Felícitas se inclinó y susurró a su marido.

—No olvides que fuimos casa antes que palacio.

Bernardo la miró con ternura.

—Y seremos memoria antes que historia.

El carruaje siguió su rumbo y el río, con su rumor grave, los despidió sin volverse.

VI

Málaga, 6 de agosto de 1795

—Ma’am no está buena, mi negro.

Marilú estaba poniendo flores malvas en un jarrón para la capilla de la casa. Miró a Gabriel con su cara de circunstancias, con las venas marcadas en los ojos y tan torcidas como sus intenciones. A Gabriel le asustaban los miedos de su esposa. Siempre acertaba como lo hacía su suegra.

—Nunca lo estuvo desde que murió el gobernador. No hace falta ser bruja para saberlo, ni siquiera muy espabilada.

—Ahora es distinto. Ja. La niña Guadalupe le está haciendo pensar en su madre.

—No leas sus cosas. Los señores no nos han enseñado a leer para eso. Eso son sus cosas. Lee un libro o las coplillas esas para aprender andaluz. No metas tu nariz chata en las cosas de la señora. Y no escuches detrás de las puertas.

—Ay, negro, no me molestes. Se estará acordando de cuando conoció al gobernador de joven y de lo feo que le parecía entonces.

—Marilú, deja de husmear, por favor. Los de nuestra condición no saben leer, ¿así agradeces que te hayan enseñado? Cuando se casó, ma’am no podía ni imaginar lo lejos que llegaría en la vida.

Gabriel había salido de la cocina y había vuelto. Se dio cuenta de que su esposa seguía moviendo de sitio las flores en el jarrón porque tenía la cabeza en otro sitio. Marilú era bruta, muy bruta y no había manera de que pareciera una señora. Todo eso lo compensaba con que no había otra más noble y leal. Y quería mucho a su señora.

También al señor. El matrimonio de sirvientes no se había repuesto aún de la pérdida de don Luis. Sabiendo que no eran de la misma clase habían vivido siempre con ellos, desde niños cuando Unzaga los compró nada más llegar al cabildo. Los señores no apoyaban la esclavitud y nunca les habían tratado mal. Eso les había convertido en parte de la familia, salvando las distancias.

—Marilú, no seas terca. Si tú no has olvidado al señor, ¿cómo va a estar ella bien? Lleva dos años de luto con este jaleo de casa. Y ahora encima, la niña. Y para los señores perder prestigio es duro, aunque sea el de su hermana. No le des más vueltas. Anda, lleva eso a la Virgen y vete a cantarle una canción.

—Ay, negro. Son ricos, aunque no siempre son felices. Ja. De hecho, con tantas cosas para estar riendo todo el día y se pasan la vida con cara de acelga y los ojos chiquititos, así... —Marilú hizo una mueca imitando a las personas sin salud y sin ganas de vivir—. Qué cuento le echan. Ja. Ma'am no, pobre. Ella bastante tiene con la vida y aún canta en francés cuando está peinándose.

—Negrita... hablas sola... contente, granito de café, que me vas a levantar dolor de cabeza...

—Pareces una blanca rica protestando... calla ya... He leído algo que no he entendido muy bien. Ja, estaba pensando que ma'am siempre pone buena cara como si nada le importara... a la señora siempre le cuesta mucho todo. Recuerda el principio cuando no se pudo casar porque era criolla. Ja. Un día me dijo que una criolla para casarse con un español lo tenía casi tan difícil como una negra.

—No empieces, Marilú. No hagas la lista de todos los sufrimientos de la familia. Se casó cuando pudo. La ley no es justa ni para los gobernantes.

La sirvienta tenía las ideas claras, aunque no entendía muy bien qué pasaba. Sabía que los cinco primeros años en los que los señores estaban juntos no estaban casados por la iglesia. En aquellos momentos, los matrimonios mixtos entre españoles y criollos estaban muy limitados y necesitaban la autorización del Rey a través del Consejo de Indias.

—Ay, negro, que decían que estaban casados en «gisilo» y ma'am lloraba por las noches.

—No seas bruta, Marilú.

No era bruta. Sabía de lo que hablaba, porque ella misma había estado en la boda en la iglesia de San Luis, en la plaza que estaba cerca del Misisipi. Fue una boda bonita en enero. Todos se compraron ropas nuevas y a ella la señora le dio uno de sus vestidos usados. El padre Cirilo cantó la misa. ¡Qué cascarrabias era aquel capuchino!

La criada siguió rumiando aquellos pensamientos. Quería ayudar a la señora y no sabía cómo hacerlo. Fue a la sala de bordado. Las señoritas aún no estaban allí. Se encontró por la escalera con Rafaela, la mayor de las hijas de Isabel.

—Ay, niña Rafaela, ¿por qué no habla usted con su madre sobre Luisiana? Pregúntele cosas. Ya sabe que a ella le gusta contarles cómo era la vida allí, sus casas y las cosas de sus abuelos. Ja. Pídale que le cante las canciones de cuando ella era pequeña.

—¿Pasa algo, Marilú?

—Nada, niña. Cosas de negra vieja. Su madre no se ríe mucho, creo que querría volver a ser joven como usted y quitarse eso de estar a cargo de la familia. Ayúdela con su prima, tiene usted menos arrugas y más brío que ella. Y también un hombre a su lado.

Rafaela tomó el relevo en la preocupación. No le gustaba que nadie le confirmara lo que ella estaba viendo con sus propios ojos. Su madre no estaba con ánimo. Tenía esa facultad cuidadora heredada de las mujeres Saint-Maxent y cambió el rumbo para ir a buscarla. Vivir en aquella casa todos juntos había sido una sabia decisión de su padre. Joaquín Tentor, el marido de Rafaela había hecho suyo el encargo de Unzaga de ayudar a Isabel a reunificar el patrimonio de su familia, porque también había tierras en Granada y en el norte de España. El patriarca confiaba en que su yerno garantizaría que la buena gestión diera una vida desahogada a su mujer y a sus hijos. El edificio era apabullante en espacio y estaba pensado para que siempre se pudiera encontrar el abrigo del aislamiento.

Las disposiciones testamentarias de Unzaga fueron amplias: dos albaceas, instrucciones expresas en todos los sentidos y el amor por su esposa declarado. Isabel nunca debería arrepentirse de haberse

casado con un hombre treinta y siete años mayor que ella. La devoción de Luis y sus posesiones en la tierra serían el aval para ella y las generaciones venideras.

Rafaela llegó hasta el despacho y pegó la oreja a la puerta para comprobar que su madre estaba allí. Entró con cautela y se sentó sin más.

Dentro, Isabel respondió a su sonrisa con otra. Recorría con los dedos la madera pulida de su escritorio, accediendo al tiempo detenido en aquel mueble. Aquella mesa le había servido desde sus primeros días como gobernadora de Luisiana. Su marido se la regaló para que fuera un espacio de recogimiento y allí estaba parte de su esencia femenina. Cada cajón, etiquetado con cuidado en su mente, contenía un fragmento de su alma: dos cajones llenos de nostalgia, otros dos cargados de decisiones firmes y tres dedicados a organizar el patrimonio familiar. Luego estaba el compartimento secreto, cerrado con cuatro llaves, donde guardaba lo más íntimo, el amor. Ese compartimento era un altar donde conservaba la memoria de su difunto esposo.

La luz cálida del Mediterráneo entraba a chorros por la izquierda desde el balcón. La vivienda era una de las más aristocráticas de la ciudad, una mezcla perfecta de sobriedad y esplendor. Había sido terminada en 1790, apenas tres años antes de la muerte de Luis, y desde entonces se había convertido en el eje central para los Unzaga. Las paredes del salón principal estaban adornadas con tapices flamencos que narraban escenas bucólicas, y en la chimenea de mármol blanco descansaba un retrato de Luis, con su porte sereno y su uniforme militar. Sin embargo, aquella estancia era Luisiana en estado puro: un cuadro de la casa de la plantación familiar, el retrato de su padre con el uniforme de las milicias, las cajas labradas de madera de roble y los utensilios coquetos de carey.

Isabel pasaba allí las horas de reflexión. La sala estaba revestida con papel pintado en tonos verde oliva y dorados, y los balcones altos enmarcados por cortinas de brocado. Un jarrón con lirios frescos llenaba el aire con su fragancia, mientras un biombo japonés ocultaba un rincón íntimo donde Isabel guardaba libros, diarios y pequeños objetos personales. Era contigua a la sala de bordado. Así

podía escuchar de fondo a sus hijas cuando bordaban e, incluso, cuando venían a visitarlas sus amigas. Rafaela golpeó la puerta con sus nudillos.

—Mamá, ¿puedo quedarme?

—Claro, Rafaela, *je suis hereuse de ta compagnie*.

Solo se oía el ruido de la calle, un murmullo sinuoso o un griterío cantarín, sin eses finales, sin consonantes muy sonoras, sin todo aquello que pudiera robar el sonido poético de la ciudad, de las vendedoras de jazmines y de los soldados que paseaban cuando sus barcos atracaban en el puerto. A los lobos de mar les gustaba mirar hacia el interior de las casas. Coleccionaban imágenes para nutrir sus sueños en las largas travesías. Un gazpacho fresquito hecho con tomates de la huerta por una muchacha lozana y sonriente era un sueño fascinante en alta mar, donde no hay mujeres ni verduras recién cortadas ni olor a hogar.

—Ole, ahí esas niñas bonitas y salerosas... ole, ole y oleeee... —un piropo de buena mañana se colaba por el balcón.

—Qué animada está la calle —dijo la joven mientras tomaba asiento.

Isabel se limitó a sonreír. Estaba pensativa, con toda la carga sobre los hombros que implica el hogar que otros sueñan, ese por el que mataría cualquier marinero. Su perfecto vestido negro y su peinado simétrico hasta la micra lucían como en una postal. Sobre su escritorio, de caoba con incrustaciones de nácar, descansaba una hoja de papel color sepia, en la que no había conseguido escribir nada.

—Mamá, ¿dónde tienes la cabeza? ¿En qué piensas?

—¿Tanto se me nota?

Rafaela asentía con una mueca.

—La vida, hija. La vida pesa. No es más que eso.

Sonreía pensando que, siendo una niña, ya sentía que el mundo era inabarcable y que Nueva Orleans era el corazón de todo. La ingenuidad de los primeros años de la vida pasa por no cuestionar lo que escuchas en casa. Su padre, Gilbert-Antoine de Saint-Maxent, solía recordarle que esa ciudad, con sus diferencias y tensiones, era un puente entre culturas, un lugar donde los sueños y los desafíos

convivían en cada esquina y a la hora siguiente, se batían en duelo dejando desesperanza en muchos. Pasear entonces era una aventura, un descubrimiento constante para ella.

Ahora la aventura era llevar el timón de la familia. Málaga no era Nueva Orleans, y a finales de siglo, ya tenía otro propio ritmo, más solemne y contenido, más señorial. Los paseos por las calles empedradas estaban llenos de una calma que, aunque distinta, Isabel había aprendido a amar. En otoño, el aire olía a sal y a madera quemada, un recordatorio de las chimeneas encendidas en los hogares. Las hojas caían suavemente, dibujando en las piedras regueros ocres y dorados.

Unos pasos ligeros en el pasillo interrumpieron sus pensamientos. La puerta se abrió lentamente y Guadalupe apareció, con los ojos brillantes y un vestido que parecía sacado de otro tiempo. Isabel lo reconoció de inmediato, ese vestido lo llevaba Rafaela cuando tenía su misma edad. Era una joya y estaba bordado a mano con hilos de seda azul y detalles en marfil. La pequeña lo había hecho suyo al heredarlo. A Isabel le pareció que lo llevaba con elegancia natural, pese a que ya no era la última moda.

—Mira, Rafaela, tu prima luce tan bien como lucías tú con ese vestido.

—Mi prima Guadalupe es preciosa y no se puede negar que tiene las buenas hechuras de la familia —bromeó Rafaela.

—Tía, ¿puedo salir contigo hoy? —preguntó la niña con miedo a la negativa, sosteniendo con sus manos un sombrero de ala ancha que completaba el atuendo.

Isabel sonrió. La idea de salir a la calle, de respirar el aire fresco de Málaga y compartir un momento sencillo con Guadalupe, le pareció más valiosa que cualquier carta que pudiera escribir en ese momento.

—Por supuesto, querida. Vamos a dar un paseo. El día está perfecto para eso.

Rafaela estaba allí de convidada de piedra. Entendió que su madre se estaba zafando de una conversación incómoda como quien rehúye la confesión mientras se regocija pecando. A veces, la presencia y la ausencia se apoderan de una para hacerle percibir

que hay que pasar a la acción. La joven vio cómo Isabel disfrazó su melancolía ante su sobrina. Entonces entendió que había llegado su hora, ya no valía seguir siendo una niña; su madre la necesitaba.

Cuando Isabel y la pequeña salieron de la casa, la brisa otoñal las envolvió suavemente. Isabel tomó la mano de Guadalupe mientras caminaban. A medida que avanzaban, la bella dama no pudo evitar comparar aquellos paseos con los de su infancia en los que justo había pensado esa misma mañana. Sintió, en una exhalación, que las ciudades moldeaban a quienes las habitaban. Nueva Orleans le había mostrado el caos y la vitalidad; Málaga, en cambio, le había ofrecido la serenidad y el espacio para reflexionar. Ambas le habían dado algo esencial, algo que ahora veía reflejado en los ojos curiosos de Guadalupe.

—¿Sabes, Guadalupe? —dijo Isabel, deteniéndose un momento para observar las hojas que caían de los árboles—. Cuando era pequeña, los paseos eran mi momento favorito del día. Tu madre y yo íbamos como dos caramelitos, perfectamente vestidas por la abuela. En Nueva Orleans, las calles estaban llenas de colores, sonidos y olores que parecían querer contarte historias. Aquí en Málaga todo es más tranquilo y sin embargo, igual de hermoso. Cada lugar tiene su magia, si sabes dónde mirar. Es muy importante que aprendas a mirar. Cualquier dama inteligente se distingue de las demás por eso... además de por otras cosas.

Guadalupe, con toda la curiosidad que le cabía dentro, trataba de imaginar esa ciudad lejana que su tía describía.

—¿Y cuál te gusta más, tía?

Isabel sonrió y apretó su mano con suavidad.

—Ambas, querida. Una me enseñó a soñar y la otra me ha enseñado a amar lo que tengo.

El sol brillaba tímidamente como suele hacerlo en otoño. La niña sentía que estaba al lado de una Saint-Maxent, una de esas mujeres importantes, como su madre, que no permitiría nunca que le hicieran daño. La mujer la miraba y sentía esa confianza como un rayo que pasaba entre sus manos con electricidad. Mientras caminaban de vuelta a casa, la densidad de sus pensamientos se aligeraba. No siempre había que tomar decisiones trascendentales ni

escribir palabras que cambiaran el curso de las cosas. A veces, bastaba con vivir un día normal, disfrutar de una brisa otoñal y descubrir la belleza voraz de la vida a través de los ojos de alguien más joven.

De vuelta a casa, Isabel se permitió una última mirada al cielo antes de entrar. El aliento caliente del verano le había regalado un instante valioso, un momento de conexión, de brío, de vida, un remanso de contenido ímpetu. Y eso, pensó, también era parte del legado de Luis.

VII

Nueva Orleans, marzo de 1770

El calor era un animal dormido y sudoroso que respiraba despacio sobre la ciudad. A esa hora, cuando el sol se filtraba por las celosías del cabildo, las mujeres de los criollos hablaban en voz baja, temiendo que las paredes oyeran su idioma. El español era todavía una lengua recién llegada, un huésped al que había que ofrecer cortesías sin permitirle colarse en el corazón.

Isabel miraba por la ventana del despacho de su padre y observaba el reflejo del Misisipi, vasto y lento, pensante y pensativo. Era la tarde en que Luis de Unzaga y Amézaga, gobernador interino de la Luisiana por voluntad del rey, llegaría a cenar en su casa. Y, aunque apenas lo había visto dos veces, la joven ya sabía que aquel encuentro sellaría una forma de poder.

Su madre, Elisabeth La Roche, se movía entre los criados como un general en campaña. Su voz marcaba el ritmo de los platos, del vino, del perfume y hasta de las flores que debían adornar la mesa.

—Recuerda, Isabel —le susurró mientras ajustaba los encajes de su vestido de muselina azul—, los hombres gobiernan con decretos; nosotras, con gestos. Y piensa en lo que hemos hablado sobre escribir tu destino decidiendo si estarás feliz o te comerá la frustración toda tu vida.

Isabel no respondió. Había aprendido desde niña que el silencio era su mejor escuela. Miró sus manos, largas y serenas, las mismas que más tarde firmarían cartas, recibirían embajadores y abrirían puertas que ningún gobernador habría podido franquear solo.

La primera vez que lo vio, Unzaga le pareció una figura más salida del rigor que de la aventura, era delgado, con una mirada de estratega y un rostro donde la edad no ocultaba la calma. Le pareció grotesco y feo, todo lo contrario a los príncipes con los que le habían enseñado a soñar. Sobre todo, le pareció viejo. En su mente, un esposo no debería nunca ser mayor que un padre. Eso no estaba escrito en los libros de poemas, aunque sí en las almohadas de todas las solteras.

La voz del gobernador era firme, poderosa. Por el contrario, su tono era inusualmente gentil. Hablaba con la templanza de quien comprende la fragilidad del orden.

Aquella noche, cuando él la miró por encima de la copa de vino, Isabel supo que era una alianza.

No se pudo celebrar el matrimonio en un principio. Estaba prohibido. No era conveniente para él pedir la dispensa nada más llegar y las normas morales estaban por escribir para los ricos y poderosos cuando la Iglesia decidía hacer la vista gorda para beneficiar a quien interesaba. La unión se consumó sin la bendición de Roma y con el beneplácito del padre Cirilo, que hasta les permitía ejercer de padrinos en la pila bautismal de la iglesia de San Luis pese a la falta del sacramento de matrimonio.

El sacerdote, aunque representara a la Santa Inquisición, era consciente de que el gobernador era mayor y no traía familia. Los Saint-Maxent habían pagado con creces su derecho a casarse bien con los representantes de la Corona, españoles de raza. Al menos, eso pensaba el padre que era quien tomaba las decisiones por Dios en Nueva Orleans. La paz era necesaria. Los franceses de la ciudad aún recordaban la represión del alzamiento apenas unos meses antes, cuando O'Reilly, el primer gobernador español efectivo, hizo fusilar a los criollos rebeldes en la plaza. La herida estaba abierta, y la palabra *español* olía todavía a pólvora y miedo.

Luis de Unzaga lo comprendió mejor que nadie. Desde el primer día de su mandato decidió gobernar con la espada, pero también con el oído. Isabel, en la sombra, fue su espejo más nítido. Mientras él negociaba con comerciantes y oficiales, ella recibía en el salón a las esposas de los caballeros franceses, les ofrecía chocolate

caliente, escuchaba quejas disfrazadas de cortesía y, sin levantar la voz, tejía la reconciliación más profunda que conoció Luisiana, la de las mujeres.

«Gobernar es apaciguar», solía decir Elisabeth La Roche. Isabel aprendió que una sonrisa podía ser un tratado y que una cena bien servida podía evitar una guerra. Aquellos fueron los años del pan y del sosiego.

Luis de Unzaga, consciente de la pobreza que la guerra había dejado, permitió el comercio con los ingleses, pese a las estrictas órdenes de Madrid. Isabel lo alentó. Sabía que los criollos necesitaban harina más que banderas. Pronto, Isabel empezó a hablar del gobernador con admiración de enamorada.

—Mamá, Luis gobierna con pan. Y el pueblo lo bendice en la misa como a un santo.

—Hija mía, de todos mis hijos eres la más lista. Serás feliz. Ya le admiras y el amor viene casi a la vez. ¿Ya le amas?

—Estoy a punto, mamá. Estoy en capilla. Lo amaré hasta el día que me muera.

—Qué orgullosa estoy de ti, Isabel.

En las noches, cuando los criados se retiraban, Luis le contaba las discusiones con los capitanes y los alcaldes del cabildo. Ella escuchaba con interés, hilando los pensamientos con la misma paciencia con la que bordaba los manteles del altar. Empezaba a mirarle entornando los ojos, con esa fórmula infalible con la que se consigue enamorarse.

—Los míos dicen que cedo demasiado a los franceses —murmuró él una noche, con el cansancio en la voz—. No entienden que es preferible un enemigo perdonado que un amigo humillado.

—Entonces no escuches a los tuyos —respondió ella, sin levantar la mirada del bordado—. Escucha al río. El Misisipi también se mezcla antes de llegar al mar. O escucha a mi padre, que supo hacerlo cuando nadie lo entendía. O escúchame a mí, que seré tu aliada de por vida.

Unzaga sonrió. A veces pensaba que su esposa tenía alma de diplomático y temple de sacerdote. Fue Isabel quien convenció a Luis de que las familias criollas eran una oportunidad. Fue ella quien

organizó los bailes en los que españoles y franceses compartieron mesa por primera vez. Fue ella, también, quien intercedió ante los capellanes para que las misas se celebraran en ambas lenguas.

En cada gesto se adivinaba la política. En cada mirada, una estrategia. Y así, sin títulos ni proclamas, se convirtió en gobernadora. Los hombres del cabildo la llamaban «la señora del gobernador». Las mujeres, en cambio, la llamaban «Madame Isabel», con el tono reverencial reservado a quienes ejercen un poder que nadie les ha concedido y que todos reconocen.

Cuando nació su primera hija, Rafaela, los cañones del fuerte dispararon salvas de honor. La ciudad entera se detuvo. Unzaga lo había dispuesto para honrarla. Isabel lo entendió como una metáfora. «La paz también tiene su himno, su música». Aquel día, al tomar a la niña en brazos, pensó en el linaje que la precedía y el que estaba fundando. No era solo esposa de un gobernador, era el puente entre dos mundos, la sangre criolla que legitimaba al poder español. Siempre se sintió gobernadora sin corona. Si alguna vez la historia olvidara su nombre, a ella le bastaría con que se recordara que la paz en Luisiana tuvo acento de mujer.

VIII

Málaga, 10 de agosto de 1795

Mi queridísima *bonne-maman*, abuelita añorada:

No te escribo desde que murió mi padre y, cuando hayas visto llegar esta carta, habrás sabido que necesito consejo para ayudar a mamá. Para ella eres su faro, su guía y hasta tus cualidades más histriónicas le parecen dulces. Imagino que a mí me pasaría lo mismo con ella si viviera tan lejos como vivís vosotras. Tenemos suerte de ser mujeres La Roche... y de haber sido educadas buscando en lo más profundo de nuestro cerebro y nuestro corazón.

Llevo meses deseando darte las gracias. Desde que fui madre entendí que tenemos un tesoro con nuestra educación. Os habéis empeñado en que sepamos tomar nuestras decisiones y tener la confianza con nuestros maridos para que nos apoyen. Mis amigas empiezan a casarse y no sabes los disgustos que tienen en sus casas. Se han pasado la vida leyendo novelas de amor y creían que la vida era una historia de princesas con todos sus deseos cumplidos por los hombres o por las hadas. Los más grandes, se los siguen confiando a Dios en sus oraciones. Eso no pasa y ellas no dejan de llorar. Gracias por haber educado a mi madre para ser artífice de su destino y que ella haya sabido trasmitirme eso a mí.

Gracias por explicarnos que no se puede delegar en un hombre la construcción de la felicidad propia. Eso solo se consigue trabajando desde nuestra propia alma. Intento explicárselo a mis amigas y me dicen que nuestros ancestros criollos nos han criado en la brujería que nos alejará de Dios.

No sé si mamá lloraría cuando era una niña. Ahora no lo hace o, al menos no lo hace delante de nosotros. No sé por qué está triste desde que llegó la prima Guadalupe. La mira en silencio y me ha confesado que la pequeña se parece tanto a ti que no sabe si es nostalgia o miedo. Está muy impresionada por verte en el cuerpo de una niña. Me lo ha dicho un par de veces cuando nos hemos quedado a solas.

También murmura sobre la tía Felícitas. No me lo deja muy claro. Necesito saber qué hacer. Estoy muy preocupada porque mamá se haya quebrado

después de la muerte de mi padre y esto lo haya agudizado. Desde entonces está empeñada en unificar todas las propiedades de la familia y pasa muchas tardes entre papeles con Manuel Centurión, uno de los albaceas de papá. Le gusta participar en todo sin que él sienta que tiene mil ojos encima. Y luego, ya sabes, le aterra defraudarte y quiere educar a mis hermanos con las mejores de las formaciones y casarlos tan bien como tú hiciste con ella y con los tíos.

Además, ya la conoces. Nuestra casa es el centro de la sociedad y todos la reconocen como una gran dama y una de las personas más reputadas de Málaga. Me atrevería a decir que ya veo a algún soltero y varios viudos que están esperando que pase un tiempo prudencial para hacerle la corte, aunque ella dice que no tiene ojos para otros hombres que no sean sus hijos y sus futuros yernos. Está cansada, no conoce el descanso.

Se empeña en que me sume con ella y sus amigas a la Sociedad de Damas que van a crear dentro de la Sociedad de Amigos del País y quiere que me signifique en la vida social con una labor benefactora para los niños expósitos. Quiere ayudarme a ser como ella.

Ya ves que todo lo que te cuento es lo de siempre: «hacer, hacer, hacer...». Yo no digo que eso no os haga felices. Ella dice que tú eras igual y que, en el conflicto de los franceses cuando llegaron los españoles a Nueva Orleans, tú siempre ibas por delante del abuelo Gilbert-Antoine para manteneros a flote. Yo comprendo que nuestra familia ha ganado una posición importante porque vosotras erais las estrategas, pero eso solo vale cuando hay chispa en los ojos y los de mi madre tienen un velo delante. Marilú dice que es «la maldición del lodo del Misisipi que cuando se le pone a una mujer blanca en la mirada no vuelve a ver nada claro». No me preocupan las supersticiones, sí me preocupa que mamá se deje ganar la batalla.

Bonne-maman, ya soy mayor y soy la otra mujer de la familia en Málaga. Ayúdame a entenderlo todo. Mamá nos cuenta solo lo positivo y me da miedo perderme nuestra historia.

Con amor, tu nieta

Rafaela de Unzaga Saint-Maxent

—Gabriel, Gabriel... ¿puedes mandar esta carta a Puebla, a casa de la tía Marie Anne? Es para la abuela.

—Ay, niña, ¿qué pasa? ¿Usted escribiendo a *Madame* Elisabeth?

—Me gustaría tenerla aquí. La he conocido tan poco. Siéntate conmigo y cuéntame algo de ella.

—Pues claro. Yo la conocí cuando su padre, don Luis, llegó a Nueva Orleans. Yo hablaba francés porque mis padres habían llegado a Luisiana y ya éramos la segunda generación. En aquella época, había tres mil almas en la ciudad y las leyendas sobre las historias de las familias criollas corrían como la pólvora.

—Eso es lo que quiero saber... lo que se decía, no lo que me han contado siempre.

—Vuestra abuela, ma'am Elisabeth La Roche, era de una de las familias más ricas. Habían llegado desde Quebec, aunque ellos eran del norte de Francia, una ciudad que se llamaba... perdone mi memoria, niña, me hago viejo.

—Dunquerque, eso sí lo sé.

—Será. La cabeza de este negro ya está como un silbido. Ay, qué lástima... Cuando llegó su abuelo, el señor Gilbert-Antoine, solo era un oficial del ejército francés en la época en que éramos propiedad de Francia. ¡Ay!, todo el mundo se dio cuenta de que era un tipo listo. No sé si fue antes o después de casarse con su abuela, el señor consiguió el comercio en exclusiva de las pieles con los indios. Con la dote de la señora, pusieron el primer comercio de pieles en una de las calles principales de la ciudad, que se llamaba la calle Conti. Créame, niña, ahí la que dirigía era la señora. La criticaban mucho las otras mujeres por los excesos, eso se lo oía contar al grupo de esclavas con las que se divertía mi madre.

—¿La criticaban? ¿Y por qué?

—Niña Rafaela... es su abuela.

—Ya, Gabriel. En esta casa no hay quien se entere de nada y no saber de dónde vienes cuando te han enseñado tantas cosas de los demás, es frustrante.

—¿Frus...?

—Nada, Gabriel. Me da mucha rabia no entender lo que pasa.

—Decían que su abuela se empeñaba en que se viera lo que tenía, que le gustaba mucho presumir. Era de las más ricas. Cuando se casó, llevó una dote de cinco mil pesos. ¡Una barbaridad! Por eso también la criticaban. La envidia, niña, pura envidia. Las lámparas más grandes y las más brillantes que llegaban de Europa eran las de sus casas. Llegó a tener cinco plantaciones y sus ropas eran las más

apetecidas de la ciudad. Las novedades de fuera llegaban siempre a Nueva Orleans porque ellos tenían lo último de todo. Su madre de usted es más discreta.

—Será discreta, porque austera mi madre no es. Es verdad que cuenta que mi abuela encargaba a París los patrones y las telas del atelier donde se los vestían a la emperatriz de Francia. Mi tía Felícitas le dijo en una ocasión a su primer marido que tenía suerte porque María Antonieta no iba mejor vestida que su esposa.

Marilú entró. Había estado escuchando detrás de la puerta y, con su voz chillona, se sumó a la conversación.

—Niña Rafaela, su abuelo tenía fama de sinvergüenza entre los criollos. Ja.

—Marilú. Perdónela, niña —interrumpió Gabriel.

—Déjala seguir, Gabriel.

—Su abuelo Gilbert-Antoine, que Dios lo tenga en su gloria, era el hombre más listo que había pisado Luisiana. Se casó con la criolla más bella y la que más ganas tenía de convertirse en la reina de aquellos territorios. Como no podía ser reina, ella quería llegar al poder y casó a su madre, ja, con el gobernador que venía a poner paz y a convertir aquellas tierras en suelo español. Ja.

—Marilú, no seas bruta.

—A su familia la conocen en Nueva Orleans, entre los envidiosos, como «Las gobernadoras». Ma'am Elisabeth decidió que su linaje la llevaría al mundo entero. Ya era rica. Además, quería ser poderosa y lo consiguió. Ja. Durante toda la guerra de los colonos, su casa y la de sus padres fueron el nido de los espías para los españoles. Niña, créame, yo no soy negra de mentiras. Ja. Averigüe la historia de su familia y lo entenderá todo. Usted no es solo una señorita con dinero. Es mucho más, ja, para lo bueno y para lo malo.

IX

Nueva Orleans, agosto de 1766

En los balcones de madera y en las galerías floridas de Nueva Orleans, las mujeres hablaban en voz baja. Las barcazas descendían cargadas de pieles por el río y subían con cañones, provisiones y oficiales de uniforme. En aquel horizonte temblaba el fin de una era.

La ciudad seguía pareciendo francesa con sus calles estrechas, sus parroquias, el perfume del pan recién hecho y los ecos de los violines en las noches de fiesta. Sin embargo, algo invisible parecido a un arrullo la estaba transformando.

Desde hacía meses se hablaba de un tratado firmado en secreto cuatro años antes, de un rey lejano que había cedido la tierra entera a otro rey, como quien entrega un naipe en una partida. Luis XV, el nieto del mismísimo Rey Sol, fatigado de guerras y deudas, había entregado Luisiana a su primo, Carlos III, para protegerla de los ingleses, con la firma del Tratado de Fontainebleau. Ninguno de los colonos franceses había sido consultado.

Francia había cedido la Luisiana a España sin una guerra, sin una proclama, sin una despedida. El tratado se firmó en 1762 en secreto. Francia había perdido la Guerra de los Siete Años frente a Inglaterra, y el rey, temeroso de que los ingleses reclamaran el territorio, decidió entregarlo a su primo español «en compensación por los sacrificios hechos por la Casa de Borbón». En Versalles se dijo que era un gesto fraternal. En Nueva Orleans se sintió como una traición. Y los colonos franceses, orgullosos de su linaje y de su lengua, se sintieron vendidos, abandonados como hijos sin patria.

Las noticias llegaban al puerto y salían multiplicadas en los rumores y las advertencias: los españoles venían. El primero en llegar fue el marino don Antonio de Ulloa. Decían que su fragata, El Volante, apareció una mañana de marzo de 1766, cruzando las aguas del golfo como un presagio. Traía consigo solo noventa soldados, tres funcionarios y la convicción de que la obediencia bastaría para gobernar. Los criollos lo recibieron con cortesía glacial. Ulloa se instaló con su esposa en una casa modesta y, sin atreverse a hacer público su nombramiento, esperaba refuerzos que no llegaban nunca.

En las calles, el nombre del nuevo gobernador se pronunciaba con ironía o desprecio. Los comerciantes murmuraban en las tabernas que «el español» venía a arruinar sus negocios; los nobles criollos lo veían como un intruso; los marineros franceses, como una ofensa. Solo unos pocos, más cautos o más sabios, comprendieron que oponerse a España sería inútil. Entre ellos, estaba Saint-Maxent.

Gilbert-Antoine era un hombre de voz rota y mirada impenetrable. Francés de origen, criollo de convicción, había hecho fortuna en el comercio de pieles y ganado, y conocía el pulso de la colonia mejor que ningún gobernador. Cuando otros se conjuraban en las sombras, él decidió tender la mano al nuevo poder. Fue uno de los pocos que visitó a Ulloa con respeto. Le habló de la necesidad de mantener la paz y del valor del comercio con los indígenas. Algunos lo llamaron traidor; él prefirió pensar que defendía la prosperidad de su tierra.

Su esposa era lista y avispada y se preocupó por visitar a la esposa de Ulloa, a la gobernadora, que era criolla como ella. Había una gran diferencia, la señora de Ulloa era criolla y también noble en el virreinato de Perú. Se llamaba Francisca Rosa de Ramírez y podría llegar a ser la mujer más poderosa de Luisiana.

—Por si acaso tenemos que conocerla, Gilbert-Antoine.

—No te precipites, con que yo visite a su marido es suficiente.

—No seas torpe. Sabes que las listas que hacemos las mujeres son las más temidas. A mí no me gustaría estar en la suya si consigue estabilizarse como gobernadora.

Saint-Maxent tenía perdidas ese tipo de batallas frente a la terquedad de su esposa. Calló con el porte de quien sabe medir los

tiempos y el peso de las palabras. Ella tenía razón. En misa, los fieles seguían rezando en francés, pero las oraciones parecían no encontrar un destinatario claro. ¿A qué corona se elevaban ahora? ¿A la de Francia, que se marchaba sin despedirse, o a la de España, que llegaba sin presentarse?

Con el paso de los meses, la tensión se volvió un rumor constante. Los comerciantes se negaban a aceptar las nuevas disposiciones de Ulloa; los oficiales franceses que quedaban en la ciudad conspiraban en los salones; los sacerdotes pedían calma desde los púlpitos. La cólera de Nueva Orleans se desbordó, como solía hacerlo el río. Las calles se llenaron de voces que gritaban «¡Viva el rey de Francia!» y «¡Fuera los españoles!». Los líderes criollos como Lafrenière, Milhet, Marquis, Villeré, Caresse y Noyan redactaron proclamas, reunieron milicias y marcharon hasta la casa del gobernador. Ulloa, sin ejército y sin aliados, embarcó en silencio con su esposa y abandonó Nueva Orleans bajo una lluvia fina.

En la oscuridad, se escuchaba el galope de los caballos y el rumor del río y la tierra entera contenía la respiración. Aquella noche, Gilbert-Antoine reprochaba a su esposa el exceso por su visita y ella le respondía: «¿Qué he perdido? Dos horas de mi vida. Esto podía pasar y que se quedara también». Su esposo, desde la ventana, observó el cielo, no había estrellas. Sabía, sin comprender del todo, que los pueblos que festejan demasiado pronto su libertad suelen pagarla con sangre. No sabía que en breve recibiría el reproche de sus vecinos de forma brutal por su acercamiento, no por el de su esposa.

El júbilo duró poco para los franceses. Meses después, cuando los criollos aún celebraban su victoria, una flota de veinticuatro navíos apareció en la desembocadura del Misisipi. En sus cubiertas ondeaban las banderas blancas con la cruz roja de Borgoña. La comandaba el general Alejandro O'Reilly, el enviado de Carlos III, un hombre de disciplina férrea y voz de acero. Venía a restaurar el orden y cumplió con su cometido.

Las tropas españolas entraron en Nueva Orleans con la solemnidad de un ritual. Los cañones saludaron la nueva bandera, las campanas repicaron y las calles se llenaron de silencio. Los

rebeldes fueron arrestados, juzgados y condenados. Seis de ellos fueron ejecutados en la Plaza de Armas. Las mujeres de la familia Saint-Maxent no acudieron a verlo. No pudieron evitar escuchar los disparos desde su casa. El eco se repitió tres veces sobre el río, y cada estampido pareció borrar una sílaba del antiguo idioma de la ciudad.

Gilbert-Antoine asistió a la ceremonia desde el balcón del cabildo. Lo hizo por sentido del deber. Y con su orgullo bizarro, sabía que aquel sacrificio era el precio inevitable de la paz. O'Reilly lo nombró su representante en la entrega oficial de los bienes franceses a la Corona de España. En los registros quedó escrito que aquel hombre francés se había convertido en el criollo que evitó un déficit de ciento diecisiete mil pesos para la Hacienda Real. En la memoria del pueblo, quedó su nombre dividido entre el respeto y la sospecha.

A partir de entonces, Nueva Orleans cambió de rostro. Los oficios comenzaron a escribirse en español, los uniformes se tiñeron de rojo, las campanas repicaron a nuevas horas, los hombres aprendieron a inclinarse con el gesto castellano. Bajo esa nueva forma, seguía latiendo la nostalgia de la Luisiana francesa, una melancolía que ni el oro ni la disciplina de O'Reilly lograron disipar del todo.

Los franceses lo sintieron con las tripas, con el coraje, con la fuerza de quien ve morir algo más que una patria. En los bailes ya se escuchaban fandangos; en las cartas, las palabras *mon cher ami* fueron reemplazadas por *mi querido amigo*. Los niños crecieron bilingües, los sacerdotes recitaron nuevos himnos y la vida siguió su curso. Para los franceses que pensaban con el estómago y las emociones más viscosas, aquel año quedó grabado como una herida. Habían visto caer una bandera y alzarse otra, habían aprendido que los imperios cambian, aunque el corazón de las gentes permanece en el mismo lugar.

Una tarde, Elisabeth La Roche cruzó el atrio de la iglesia y vio ondear la bandera española bajo el sol. No sintió odio, ni miedo, ni siquiera tristeza. Solo comprendió que el tiempo seguía su cauce como el río que todo lo arrastra. Detrás de las columnas, escuchó los

pasos de unos soldados jóvenes hablando en castellano y en su voz descubrió una promesa de continuidad.

Aquella misma noche, Elisabeth encontró a su hija mayor escribiendo en silencio junto a la ventana.

—¿Qué haces, hija?

—Aprendo la nueva lengua.

—Ya lleváis tiempo con vuestro profesor de español, Isabel. ¿Por qué las prisas? —insistió la madre con ternura.

—Antes decías que era un lujo para nosotras ser las primeras. Ahora es una necesidad hablarlo tan bien como los que mejor lo hagan.

—¿Y eso por qué, Isabel?

—Hoy he escuchado cómo decía papá que las banderas cambian y que aun así, las palabras pueden unir lo que la política separa. Tenemos que ser más españoles que los que lleguen de la Corte.

Elisabeth sonrió. Sabía que el destino de su familia y el de toda Luisiana seguiría latiendo entre dos mundos: el francés y el español. El amanecer del día siguiente fue claro. El sol se reflejó en los tejados, en el agua, en las hojas verdes del jardín. Sobre la ciudad aún resonaba el eco de los cañones y repicaban las campanas que anunciaban una nueva misa, una nueva era.

En el puerto, un barco se preparaba para zarpar rumbo a La Habana. En la cubierta, el estandarte rojo y dorado ondeaba con calma. Y mientras los marineros ajustaban las velas, podía leerse en las nubes que el curso de la historia no es más que eso, el cambio del viento sobre una bandera. Bajo aquel cielo de septiembre, Luisiana dejaba atrás su acento francés para hablar en la lengua de Cervantes. O en ambas, para que aquel cambio supusiera ganar y no perder.

X

Málaga, 15 de agosto de 1795

No hay mejor conspiración que aquella que se trama en beneficio de una madre. Las hijas de Isabel tenían el firme propósito de ver brillar la recóndita sinceridad de la sonrisa de su madre de nuevo. Sabía tener el gesto amable cuando tocaba. A pesar de todo, los músculos de la cara son los peores delatores, son los que soplan traicioneramente si se finge la felicidad o siquiera, si se pretende improvisarse.

Rafaela había pedido a sus hermanas que le ayudaran a tirarle de la lengua sobre los orígenes de su familia para así entretenerla y alegrarla.

La sala de bordado estaba empapelada con un sutil estampado en color crema y se vestía con sedas de tono empolvado en las cortinas y los sillones. Era rosado con unas ligeras variaciones entre el púrpura y el *beige*, pero en su gama nada desentonaba. Como todas las casas «que se preciaban», que era la forma elegante de referirse a las de la burguesía y la aristocracia, estaba bien orientada para que toda la luz de la Alameda Principal entrara sin piedad por los balcones.

Isabel de Saint-Maxent rindió homenaje a la última que decoró su madre en la plantación en la que pasaban más tiempo. Quería que sus hijas aprendieran allí una mínima parte de lo que ella había aprendido en casa de sus padres. Los detalles eran refinados y elegantes. Los techos parecían más altos que los de Luisiana, y estaban decorados con molduras de estilo neoclásico con detalles en oro, que ponían la nota de opulencia junto a la lámpara de cristal de

La Granja. «El techo grandioso y la tierra humilde», así era en aquella casa como en muchas otras, entendiendo, dentro de los límites de la humildad, el refinamiento que había sumado la vida en los dos continentes. Lo exótico siempre desconcertaba. Podían ser más o menos extravagantes y fuera cual fuera su destino, los oriundos admiraban su singularidad. El morbo se alimenta y se inspira en la diferencia.

En el centro de la sala estaban los bastidores de diferentes tamaños, algunos eran mayores para las piezas elaboradas como los manteles o los tapices; otros, pequeños, para las labores delicadas y menudas, como los pañuelos y detalles de indumentaria. Las tres hermanas mayores estaban sentadas esperando a su madre.

Rafaela tenía un bastidor manejable en el que adornaba un babero para su hijo Joaquín, mientras las otras dos preparaban unas fundas de almohadas para rematar así sus juegos de sábanas, bordados laboriosamente por las monjas agustinas recoletas del convento de la Encarnación. La riqueza de la dote era elocuente sobre la familia de la novia y, sin lugar a dudas, el esmero en la preparación del ajuar decía mucho de la futura esposa.

Las salas de bordado no solo eran un lugar de creación artística, también se concebían como un lugar para el recogimiento, la reunión y... las confidencias. Entre los utensilios se encontraban agujas finamente elaboradas de acero pulido y plata, con empuñaduras adornadas con detalles de nácar o marfil. Las tijeras pequeñas, con las hojas curvas estaban guardadas en finísimos estuches de madera tallada y en otras de esmalte, junto a los coloridos hilos de seda. El orden y la limpieza de las cajas de costura era tan vital como la higiene íntima, un síntoma inequívoco de la virtud de las mujeres que se valían de aquellas herramientas, y «la virtud» se cuidaba de manera considerada en casa de los Unzaga.

—Cuando llegue mamá, disimulad. Intentad que parezca normal todo. En especial, ten cuidado tú, Rosario, que eres más transparente que el cristal de la ventana —musitó Rafaela con tono marcial.

De las tres hijas mayores que estaban cosiendo, Rosario era la más espigada y la que tenía la cara menos bonita. Parecía que

habían escuchado los dictados de la abuela Elisabeth durante el tiempo que había convivido con ellas. «Una mujer debe ser armónica toda su vida. La armonía envejece mejor que la belleza. De los guapos uno se cansa antes que de los que te hacen sentir bien».

—Ya sabéis que como cómica no podría ganarme la vida —comentó resignada la joven Rosario.

Rafaela había advertido a sus hermanas sobre el bochorno que agitaba la cabeza de su madre. Marilú era la «hechicera» de la casa, la que anunciaba las grandes tormentas. Las hijas mayores decidieron sacar su parte más adulta para poner en pie la historia familiar, las intrigas y todos los secretos que la soberbia y el miedo a la crítica y el reproche escondían bajo la alfombra, algo de la pelusa delatora de las debilidades de la moral y de la «honra».

Francisca, la más pequeña de las tres —tenía quince años y pretendía tapar con unos cabellos las espinillas de su frente—, apostó por lo más fácil.

—Mamá va a llegar de un momento a otro. Recitemos su poema favorito de Sor Juana Inés de la Cruz. No le extrañará nada encontrarnos así... con el esfuerzo que le costó que lo memorizáramos.

Los muebles eran de caoba y nogal, con líneas sobrias y elegantes. Amplias sillas de respaldo alto y sillones tapizados con terciopelo o damasco permitían que las damas se acomodaran cómodamente durante largas sesiones de bordado. También había pequeñas mesas auxiliares para apoyar los utensilios y taburetes para descansar los pies. Al fondo, un armario de puertas de vidrio exhibía las piezas terminadas o en proceso, desde pañuelos bordados hasta mantones que eran luego usados como muestra de habilidad y buen gusto.

Las dos hermanas sonrieron en señal de conformidad con la idea y con el mismo tono para la poesía que para la oración, recitaron en voz alta y al unísono.

¿En perseguirme, mundo, qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando solo intento

poner bellezas en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas?

Isabel estaba ya en la puerta, pero no quería interrumpir aquello. Decidió esperarse a que terminaran y abrió una rendija para escucharlo. Sus hijas habían adivinado que necesitaba sabiduría poética en esos días. Poética y pía.

Yo no estimo tesoros ni riquezas,
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento
que no mi entendimiento en las riquezas.

No pudo evitarlo y entró para terminar de recitar el poema las cuatro juntas.

Yo no estimo hermosura que vencida
es despojo civil de las edades
ni riqueza me agrada fementida,
teniendo por mejor en mis verdades
consumir vanidades de la vida
que consumir la vida en vanidades.

—Vaya, vaya, vaya... qué bella imagen de estas señoritas. Bordado y poesía. *Poésie et broderie*. El cielo debe de ser algo así con Dios como compañero *consumiendo vanidades de la vida.*

—Hola, mamá —dijo Rafaela—. A ver si conseguimos que estas muchachitas que tenemos por casar nos cuenten algún chisme interesante.

—¿Yo, por casar? —inquirió Francisca con un tono perverso—. Si solo tengo quince años y no voy a ningún sitio en el que no esté pegada a vuestras faldas. Cómo no os cuente que me encanta hablar de «mamá» en el colegio. Todas las que no han salido nunca

de Málaga me miran como a la más afortunada. Aquí siguen diciendo «madre».

—¡Oh, la, la! Hija mía, no presumas de eso. Nosotras no hemos podido seguir en Luisiana que era nuestra tierra de origen y eso no es precisamente un privilegio. Yo lo noto, ahora que empiezo a sentir *le poids de la vie sur les épaules*. No presumas de ser extranjera porque yo he visto el odio en los ojos de quienes creen que no perteneces a su tierra. No juegues a sentirte más que nadie, la vida da muchas vueltas.

Se hizo el silencio y las tres hijas se miraron entre sí sabiendo que tenía que parecer una pregunta inocente, como las de cualquier día en ese ambiente tan delicado, como cualquiera en el que conversaban sobre la vida cotidiana, compartiendo pequeños secretos e intentando aprender nuevas técnicas. El bordado era visto como una actividad virtuosa que era una exhibición de sensibilidad, rigor y paciencia, precisión y sensibilidad.

—Mamá, ¿cómo sabré distinguir el odio en los ojos de alguien? —preguntó Francisca sin mirarla.

Isabel recibió la bofetada de la pregunta, cambió la cadencia de la puntada y enseguida retomó la labor. Pensó en el consejo de Manuel Centurión, uno de los albaceas de la herencia de su marido que le había recomendado que no les siguiera ocultando la realidad, lo que habían vivido juntos como matrimonio y cerca de sus padres. Era un victorioso camino que los había llevado a donde estaban.

Desde que se lo dijo, aquello había hecho reflexionar mucho a Isabel. Ella sabía poco de sus antepasados europeos. Tenía leves recuerdos de sus abuelos maternos y no conoció a los paternos.

«¿Qué sabrán de nosotros cuando hayan pasado siete generaciones? ¿Qué les importaremos a los tataranietos de nuestros nietos? ¿En qué justificarán los rasgos de su carácter que vean que son de familia? Yo nunca he pensado qué parte de mí vendrá condicionada por los antepasados de mi madre... Qué poco sabemos de nosotros mismos y cómo nos diluye la muerte en la pasta aceitosa del olvido... Me han enseñado a sentirme parte de un linaje y, a la vez, a callar las cuitas para la supervivencia que impiden escribir un relato fidedigno». Isabel había llenado unos pliegos con

pensamientos inconexos en los últimos tiempos. Le dolía la incoherencia y sabía que, en algún momento, tendría que tomar la decisión de librarse de ella, de curar ese mal recurrente. Quizás lo que le había pasado a Felícitas es que había asumido la inconsistencia como un achaque incurable y ella, al pararse a pensar, se había situado frente al espejo de su propia realidad.

La viuda, tras la pregunta de su hija y tantas horas de devaneos, decidió no medir sus palabras. Aunque fuera en un único gesto intentaría romper la primera pieza de la barrera. No tenía nada de qué avergonzarse. Los suyos siempre habían perseguido lo excelso, lo debido, lo honorable y lo habían hecho en cada detalle, salvo algunos que siempre encontraban justificación.

—Tenéis el privilegio de no haber conocido la guerra. La peor es la que se da en un pueblo entre familiares y amigos. Espero que nunca tengáis la visita inesperada del odio. Los abuelos tenían varias plantaciones y yo veía el rencor de los esclavos que curaban sus heridas al final de la jornada de trabajo. Eso era diferente. Los jóvenes vivíamos intentando sortear lo que los adultos nos habían dado como inamovible. Aquello no era la soflama del odio, era solo impotencia, rabia y dolor. El odio lo vi por primera vez en los ojos de los criollos amigos de mi padre.

—¿Y a quién odiaban, mamá? —preguntó Rosario, que ya había cortado el hilo y dejado la aguja en el acerico, embebida por el relato solemne de su madre.

—A nosotros, hija. A los Saint-Maxent. El abuelo Gilbert-Antoine y vuestra abuela Elisabeth fueron avispados y, cuando Francia cedió Luisiana a España, a ellos se les presentó una elección difícil de tomar. No sé qué habríais hecho vosotras, pero no hay una única respuesta. Os pregunto, ¿hay que aferrarse al sentido de pertenencia, a la tradición y a lo que os han dicho que sois? ¿O, tal vez, creéis que hay que abrazar lo que no se puede cambiar y remar a favor de la corriente con ilusión e intentando aprovechar la oportunidad?

—No lo entiendo, mamá —interrumpió Rafaela—. ¿Puedes hacerme la pregunta como si tuviera que tomar yo una decisión sobre mi vida?

—Claro. En Málaga ahora hay muchos franceses ¿verdad? —las hijas asintieron con la cabeza—. Pues imaginad que don Carlos, nuestro rey, le regalase el reino de Granada a los reyes Luis y María Antonieta de Francia y mandasen aquí a un representante que no se haga con el Gobierno, nadie le tomara en serio y el pueblo se sublevara. *Que feriez-vous*? ¿Qué defenderíais? ¿Seríais leales a los franceses o intentaríais seguir siendo españolas?

—Yo, mamá, soy española. Me apellido Unzaga, mi marido Tentor y tenemos previsto que el pequeño Joaquín reciba educación militar con el ejército de la Corona —dijo Rafaela.

—¿En serio me lo dices, hermana? —replicó Rosario—. *Je suis français* y le sacaría todo el partido a la nueva situación.

—Sois un par de vendidas —increpó Francisca, la más parecida de carácter a Felícitas—. Yo defendería Málaga y a nuestra familia.

Las tres se enzarzaron en una discusión en la que no podía entenderse a ninguna porque todas hablaban a la vez.

—¿Sabéis lo peor, hijas mías? Que todas y ninguna tenéis razón. Cuando te tocan la patria, el futuro, la vida y la familia, los sentimientos se apoderan de uno mismo y pocos son los que saben pensar en sus propios intereses y en los del porvenir de todos. En los momentos de máxima vehemencia y desesperación, a la capacidad de adaptarse los más emocionales la llaman traición. Así conocí el odio, en los ojos de alguien que nos miraba como a traidores.

—¿Traidores nosotros, mamá?

—Sí, Rafaela, nosotros. La misma cosa puede llamarse con palabras antónimas según quien la nombre. Fue en Nueva Orleans. Hace veintisiete años.

XI

Nueva Orleans, otoño de 1768

El azul en Nueva Orleans no llegaba a la tierra. Era un color reservado a lo intangible, tan solo se encontraba en el cielo y en el índigo, ese cultivo preciado que teñía las telas más caras de Europa y que era cuidado con esmero en los campos de las plantaciones de Luisiana.

Todo lo demás, la tierra fértil, el agua del Misisipi, los manglares y los pantanos, vivía entre tonos de marrón y verde y ese azul, único y ajeno, solo pertenecía a lo que no podía tocarse. Aquella tarde, el cielo sobre la plantación de los Saint-Maxent brillaba con intensidad, con tanta que parecía anunciar un cambio inminente.

—En la ciudad no asumen que somos españoles, nos guste o no nos guste. Francia nos ha regalado y España nos gobierna. No ganarán cuestionando su soberanía. Lo tengo claro desde el principio y por eso, ya toda la familia se defiende en español —la dueña de la casa hablaba consigo misma en la soledad del atardecer.

Elisabeth estaba de pie en la galería de la casa principal, observando los campos que se extendían más allá del horizonte. Llevaba una seda celeste hecha vestido, importada de París, con encajes delicados y botones de nácar que reflejaban los últimos rayos del sol. Su cabello oscuro estaba recogido en un peinado elegante, adornado con cintas de satén, tal como dictaba la última moda francesa. Aunque había crecido en medio del lujo de la clase criolla, en ese momento no encontraba consuelo en medio de su opulencia.

Desde el corredor podía ver a los esclavos terminar su jornada, sus cuerpos encorvados por el peso de los sacos de algodón e índigo. Los capataces, con látigos colgando de sus cinturones, caminaban entre ellos, asegurándose de que el trabajo no se detuviera hasta el último minuto de la tarde. El sonido de las órdenes secas y el ocasional silbido de los látigos rompía la serenidad del campo, un recordatorio constante de que la riqueza de los Saint-Maxent estaba construida sobre las espaldas de aquellos que trabajaban bajo el implacable sol del delta.

Los esclavos gritaban en sus idiomas africanos y eso promovía que los encargados abusaran de su poder. Solo ellos hablaban en francés con los amos, los demás no tenían posibilidades de comunicarse. Salían de los barcos y llegaban a los campos, pasando únicamente por el mercado de carne.

Llegaron dos de sus hijas. Isabel, su hija mayor, de dieciséis años, se mantenía erguida y firme, con la misma expresión tranquila y decidida de su padre. Un poco más prudente, Felícitas, una bella quinceañera más discreta que su hermana.

—Vuestro padre llegó a Luisiana desde Francia, trayendo en su equipaje poco más que un nombre respetable, un uniforme del ejército francés y el dinero justo para empezar su nueva vida. Sin embargo, su astucia y su capacidad para ver más allá del caos de una colonia recién establecida lo llevarían a construir uno de los imperios comerciales más grandes de la región.

—Ya, mamá —dijo Isabel—, tú aportaste tu dote como nosotras daremos la nuestra a un marido.

—Sí, hija, y procuraremos que sean hombres que sepan multiplicarla como tu padre. Él comprendió que nuestro futuro residía en el comercio de productos como el algodón, el azúcar y el índigo. Comenzó por lo que los demás no veían y arriesgó su vida y su cabellera durante los primeros tiempos, cuando consiguió tener la exclusividad en el comercio de las pieles con los indios.

—Mamá, ¿nunca encuentras nada malo en papá?

—No. Hay que domesticar las emociones para el propio beneficio y la tranquilidad. Y solo ver lo bueno es el cauce de la felicidad.

Aquel hombre había tenido que jurar en muchos documentos legales que su apellido era de buena familia y que, durante al menos tres generaciones, sus antepasados no habían practicado oficios, ni siquiera mecánicos. También que eran de buena reputación y que no habían ofendido a la Santa Iglesia de Roma y que siempre la habían defendido con celo. La presencia del *de* en su apellido sonaba a nobleza. Quizás incluso a aristocracia. A su pesar, todo el abolengo que pudiera tener en Europa, no le daba categoría alguna en Luisiana.

Gilbert-Antoine fue consciente de eso y nada más casarse, ingresó en la vida comercial de Nueva Orleans. Inició el negocio más próspero de la colonia como comerciante de suministros para los traficantes de pieles. En aquel momento, eran más de mil quinientos los hombres que comerciaban con la rica región de Illinois con un gran potencial; al llegar la primavera, hasta cincuenta toneladas por embarcación descendían por el río. Eran las pieles y los cueros de castor, de ciervo, de lince, de nutria, de oso, de búfalo, de marta, de mapache y de zorro. A finales del verano, Gilbert-Antoine y algunos comerciantes más, enviaban cargamentos con baratijas para el comercio con los indios. Además, enviaban arroz, azúcar, melaza, tafia, tabaco y productos fabricados en Europa. Todo aquello no era fácil. No solo surcar los mares es peligroso. El río, con sus inmensos afluentes, era una magnífica arteria de comercio, aunque los barcos estaban expuestos al ataque de los indios hostiles y viajaban en grupos para protegerse.

Pasó el tiempo y aquel francés que supo aprovechar las oportunidades combinaba su actividad como militar y como comerciante. Hacía ya quince años, cuando gobernaba Kerlérec, había formado una tropa de milicia y le nombró coronel. Con el tiempo, le concedió el derecho exclusivo de comerciar con los indios del río Misuri, con todo lo que eso implicaba. El Misuri era el mayor afluente del Misisipi y el segundo río más grande del norte del continente. Sus aguas drenaban una cuenca de selva tan vasta, unas praderas de búfalo y bosques montañosos tan desbordantes que llegaban hasta las Rocosas canadienses.

—Hijas mías, muchos decían entonces que nuestra fortuna estaba garantizada solo con el hecho de explotar el monopolio y que Francia ganaba sabiendo que sería administrado por un comerciante francés con valores y no por un impresentable sediento de dinero que solo buscaba beneficios sin pensar en las consecuencias.

—Mamá, ¿no dices que hay que hacer oídos sordos a la envidia?

—Sí, hija, pero las maledicencias a veces se cuelan en el oído y no dejan de martillear. Hay que aprender a evitarlo, que es lo que siempre he procurado enseñaros.

Aquello ya quedaba atrás, como la fundación, junto a Lacléde, del asentamiento de San Luis. Papá no era tan libre como Pierre Lacléde. Tampoco quería serlo.

Elisabeth y él tenían otras ambiciones, las mayores, las inconfesables, las del pecado capital rayano en la avaricia. El lujo y el bienestar eran dos innegociables para la pareja con más proyección ante los españoles. Ya en aquel tiempo, los Saint-Maxent habían adquirido tierras y esclavos y presumían de ser una de las familias más poderosas del territorio.

Isabel tenía razón. Sus padres ya eran conscientes de hacer un trabajo en equipo. Elisabeth tenía una astucia y unas dotes de estratega que no podía aparcar para dedicarse solo al cuidado de sus hijos. Su pecado era soñar con lo más alto y saber que estaba a su alcance. Se había criado ya como una niña rica y caprichosa, y sabía las ventajas de pertenecer a la influyente familia criolla La Roche. Llevaba a gala que sus raíces le habían dado una consistencia frondosa y un largo alcance para sus ramas.

Elisabeth, antes de casarse, ya tenía el estatus social que necesitaba, los conocimientos y las conexiones que le permitieron establecerse entre la élite. Acostumbrada al poder y al lujo, había aportado estabilidad a la vida de Gilbert-Antoine y también había reforzado su posición en aquella compleja sociedad.

Sin embargo, los tiempos habían cambiado. La cesión de Luisiana, por parte de Francia a España seis años antes, tras el Tratado de Fontainebleau, transformó el panorama político y social de la colonia. Durante mucho tiempo, los colonos franceses habían luchado por adaptarse al nuevo dominio español. La marcha del gobernador

Ulloa había desatado el resentimiento. Y marcaba un punto de no retorno. El descontento contra el dominio español había llegado a su punto álgido y aquellos que se aliaron con los españoles, como él, estaban en peligro.

El sonido de cascos de caballos rompió la calma de la tarde. Elisabeth levantó la vista hacia el camino que serpenteaba desde la carretera principal hasta la casa. Sus hijas ya se habían recogido. Una nube de polvo se levantaba a lo lejos, y pronto el retumbar de los cascos de los caballos se hizo más fuerte. Los esclavos en los campos dejaron de trabajar brevemente para observar el grupo de jinetes que se acercaba. Pronto volvieron a sus tareas, conscientes de que cualquier distracción podría costarles cara.

—Lo sabía. Esta maldita intuición mía...

Elisabeth bajó los escalones de la galería cuando sus hijos corrieron hacia ella, alertados por el sonido de los caballos. Junto a las dos hijas mayores estaban sus hermanos. Gilbert Jr., de catorce años, mostraba una mezcla de furia contenida y confusión en su rostro. Mariana lloraba. El más pequeño, Maximilian, de doce años, se abrazó a su madre, demasiado joven para comprenderlo, pero lo suficientemente perceptivo para sentir el peso de la tensión en el aire.

Los caballos se detuvieron bruscamente frente a la casa, y Charles Philippe Aubry, el comandante interino francés, desmontó con rapidez. Con el rostro endurecido por los acontecimientos de las últimas semanas, caminó con paso decidido hacia la casa. Un grupo de colonos franceses enfurecidos, muchos de ellos armados, lo seguía de cerca. Entre ellos estaban algunos de los líderes de la rebelión contra Ulloa, hombres como Nicolas Chauvin de La Frénière, que exigían el control total de la colonia y la expulsión definitiva de cualquier influencia española.

El dueño de la plantación salió del despacho en cuanto escuchó el sonido de los cascos. Sabía que ese momento llegaría. Durante semanas, había oído rumores de la rebelión que se gestaba en Nueva Orleans. Los colonos franceses, liderados por Aubry y otros notables, se habían cansado de las imposiciones de Ulloa y habían decidido actuar. Ulloa ya había zarpado. Gilbert-Antoine, por su

parte, había intentado mantenerse al margen de las disputas políticas, concentrándose en sus negocios. Su alianza con los españoles lo había convertido en un objetivo.

—Gilbert-Antoine de Saint-Maxent —pronunció Aubry con voz firme y tono elevado—. Se os acusa de traición por colaborar con los españoles y comprometer los intereses de los colonos franceses. Seréis llevado ante el Consejo para responder por vuestros actos.

Elisabeth sintió que el mundo se detenía en ese momento. Sabía que su esposo había tomado decisiones difíciles, pero nunca imaginó que llegaría a nada tan grave. Su esposo había trabajado incansablemente para construir una vida próspera para su familia y ahora era tratado como un traidor por aquellos que alguna vez lo habían considerado uno de los suyos.

—Esto es una locura —replicó la mujer, con la voz temblorosa y llena de determinación a la vez. Dio un paso al frente, interponiéndose entre su marido y los hombres armados—. Mi marido ha hecho lo necesario para proteger esta tierra. No es un traidor. Todo lo que ha hecho ha sido para el bien de esta provincia.

Aubry la miró con una mezcla de compasión y firmeza.

—Las decisiones ya están tomadas, señora. No podemos permitir que aquellos que se venden a los españoles sigan en pie mientras nuestro futuro está en juego.

Gilbert-Antoine sabía que no tenía sentido resistirse. Cualquier intento de lucha solo empeoraría la situación. Se acercó a Elisabeth y le tomó las manos con suavidad.

—Cuida de todo —le dijo en voz baja, con una serenidad que no reflejaba la tormenta que sentía en su interior.

Elisabeth temía no poder hacerse cargo de las plantaciones de la familia y de sus hijos, pero su marido sabía que era mucho más fuerte de lo que ella misma creía. Ella asintió, y contuvo las lágrimas que amenazaban con desbordarse. Debía mantenerse firme por sus hijos que la miraban desesperados, buscando una explicación que ella no podía darles.

Los hombres que acompañaban a Aubry se acercaron y esposaron a Gilbert-Antoine sin ceremonias. Gilbert Jr. vio cómo se llevaban a su padre. Apretó los puños y comenzó a avanzar hacia ellos.

Elisabeth lo detuvo, tomándolo de los hombros. Maximilian rompió a llorar, incapaz de contener la angustia.

Isabel mantuvo la calma. Sus ojos verdosos brillaban con las lágrimas sujetas por la ira. Se mantenía erguida, decidida a no derrumbarse, intentaba ser un pilar de fortaleza para sus hermanos, pero la impotencia de ver a su padre apresado y humillado ante sus propios ojos la desgarraba por dentro. A su lado, el joven Gilbert tragaba saliva con fuerza, luchaba contra la urgencia de intervenir. Sabía que cualquier intento de resistencia sería inútil. Maximilian, más pequeño y menos contenido, sollozaba en silencio mientras se aferraba a las faldas celestes de su madre como quien intenta sujetarse al cielo.

Gilbert-Antoine miraba a su familia con pesar y resignación. No había palabras que ofrecerles, solo una mirada cargada de promesas que no sabía si podría cumplir. Elisabeth lo observaba con una angustia contenida, intentaba comprender cómo aquel hombre, que había sido tan fuerte y sabio para mantenerlos a salvo durante tantos años, podía verse reducido a la condición de prisionero en el mismo lugar donde había construido su vida.

Los hombres de Charles Philippe Aubry no lo arrastraron lejos de la plantación. No fue necesario. Sabían que con su presencia y su arresto público ya habían quebrado el espíritu de poder que representaba Gilbert-Antoine de Saint-Maxent. Le mantuvieron bajo vigilancia, rodeado por soldados, sin permitirle moverse libremente en su propia casa.

A Elisabeth le costaba respirar, aunque no podía permitirse perder la compostura. Los soldados vigilaban a su esposo de cerca. Las tierras que habían sido el símbolo de su éxito ahora parecían una prisión para él. A pesar de que no lo habían llevado a la cárcel en Nueva Orleans, el mensaje estaba claro, el poder de su esposo sobre su propio destino estaba quebrado.

—Volveré a ser libre —dijo Gilbert-Antoine en voz baja, mientras miraba a Elisabeth a los ojos. Era una promesa dirigida también a sí mismo. No sabía cuándo ni cómo. En cambio, la fe en que las cosas podían cambiar era lo único que lo mantenía en pie en ese momento. Isabel asintió con suavidad, sabiendo que no podía

permitirse dudar de él, no delante de sus hijos, no delante de los soldados.

Cuando el silencio volvió a llenar la plantación y los soldados se replegaron para mantener vigilancia, Elisabeth guio a sus hijos de vuelta al interior de la casa. Gilbert-Antoine, aún bajo custodia y sin ser alejado de su hogar, lo llevaron hacia las cuadras los hombres de Aubry, donde permaneció bajo estricta vigilancia. El golpe suponía la pérdida de su libertad y la humillación de ser confinado en el lugar que él mismo había construido con tanto esfuerzo. La plantación, que durante tantos años había sido su reino, ahora parecía una cárcel abierta.

Elisabeth, al pie de la escalera, abrazó a sus hijos, que aún no entendían lo que había ocurrido.

—¿Papá va a estar bien? —preguntó Maximilian con los ojos enrojecidos.

—Sí, mi amor. Vuestro padre es fuerte. Saldremos de esto juntos. —Elisabeth respiró hondo tras una respuesta en la que no sabía si podía creer.

La vida debía continuar. La plantación debía seguir funcionando, y sus hijos necesitaban a alguien que los guiara. Con una última mirada por la ventana hacia los establos en los que mantenían a su esposo prisionero, Elisabeth subió las escaleras con los niños, sabía que su mayor desafío aún estaba por venir.

La luz del atardecer comenzó a desvanecerse, y las sombras cubrieron los campos de algodón y de índigo. A pesar de todo, el azul profundo del cielo permanecía inmutable, indiferente al dolor y a las luchas que se desarrollaban bajo él. Mientras la noche caía, Elisabeth se prometió que mantendría todo en pie. Saint-Maxent resistiría, porque ella lo haría resistir.

XII

Málaga, Nochebuena de 1795

—Felisa, Úrsula, que luego querréis aguinaldo y la cocina da pena. Ja —los gritos de Marilú se escuchaban a lo lejos.

En las cocinas, Úrsula, la cocinera principal, daba instrucciones precisas con la autoridad de quien conoce cada rincón de su dominio.

—¡Cuidado con esas bandejas! Si una sola gota de almíbar cae en la porcelana, no sé quién va a limpiarlo después —dijo, mirando a una joven criada que llevaba una fuente de frutas confitadas.

El aire estaba lleno de aromas: carne asada, almendras tostadas, especias y el dulce perfume del vino caliente que hervía en una olla de cobre. Los cucharones apoyados en los platos tenían restos de las masas y de las salsas. Una niña muy joven fregaba en la pila. Las criadas mayores cortaban hogazas de pan mientras las más jóvenes se encargaban de preparar pequeñas cestas con dulces para los criados y sus familias, que celebrarían en el patio más tarde, cuando la familia se fuera a la misa del gallo.

La casa de los Unzaga temblaba de expectación aquella tarde de Nochebuena. Dos años habían pasado desde la muerte de Luis y, aunque la herida seguía presente, Isabel se aferraba a las tradiciones navideñas, buscaba en ellas la conexión con sus recuerdos y la fuerza para seguir adelante. Aquello era un remanso de belleza y solemnidad que combinaba el luto discreto con la celebración de la Navidad.

El patio andaluz se había convertido en un auténtico escenario bíblico. Isabel, con la ayuda de artesanos locales, había dispuesto un

belén monumental, digno de los palacios de la aristocracia, que crecía año a año con nuevas adquisiciones. El portal estaba elaborado en corcho y piedra, con un río serpenteante hecho de espejos que reflejaban la luz de las velas. Pequeñas figuras de pastores, ovejas y artesanos poblaban el paisaje, realizadas en barro pintado a mano en Antequera. Las montañas de fondo, de corcho y musgo, parecían cobrar vida bajo la tenue iluminación de lámparas de aceite.

Una estrella dorada, suspendida de un delgado hilo, pendía sobre el pesebre donde descansaban las figuras del Niño Jesús regordete, la delicada Virgen María y San José, todas vestidas con ropajes bordados en hilo de oro y plata. A unos palmos de distancia, un molino giraba lentamente, impulsado por un pequeño mecanismo de agua, y en la lejanía, los Reyes Magos avanzaban con sus camellos, trayendo oro, incienso y mirra en cofres adornados con minuciosidad. El olor a musgo fresco y romero llenaba el aire, junto con el aroma dulce de las naranjas que decoraban las esquinas del patio.

Isabel pasó corriendo hacia la cocina porque los gritos de Marilú la habían preocupado. Quería que todo estuviera perfecto. En sus prisas, advirtió que Guadalupe estaba inmóvil frente al nacimiento, agarrada con sus manitas blancas a los corchos nevados que ponían límite a aquel despliegue. Se detuvo a darle un beso y a intentar sacarle esos pensamientos de adulta que tanto le impresionaban.

—¿Qué pasa, *ma belle fille?*

—El Niño Jesús tenía mucha suerte.

—Pasó mucho frío y era pobre, Guadalupe.

—Ya. A mí me gustaría ser más pobre, tener más frío y que mis padres estuvieran mirándome todo el día.

Para entonces, Isabel ya se había arrepentido de haber preguntado. La niña tenía desgarrado el corazón por la nostalgia y por ese desarraigo que se prendía con alfileres a su alma.

—No digas eso. Tu padre te habría mirado así toda la vida. Estaba muy ilusionado con verte la carita cuando nacieras.

—Por eso, el Niño Jesús tiene suerte. Conoció a su padre y vivía con su madre.

—Mamá vendrá pronto para estar con nosotras. Y, además, el Niño Jesús no podía contar a todos que su padre había sido virrey.

—Tía Isabel, eso no es verdad. Su padre era Dios.

La mujer estrechó entre sus brazos a aquella réplica de su madre. La niña respondía mejor que muchos adultos. Por un momento, pensó en hablarle de los Gálvez, un orgullo para Málaga. Su familia había salido del pequeño pueblo de Macharaviaya y se había convertido en una de las más ilustres de la época. En aquel abrazo comprendió que la sensación de soledad de Guadalupe no encontraría consuelo en el relato de las hazañas y las victorias de su padre.

De poco le serviría a esa niña que su tía le contara que su familia paterna había sido una de las más importantes en España en el último siglo. A ella poco le importaba que su abuelo Matías hubiera sido virrey de la Nueva España y que su padre le hubiera sucedido en el cargo hasta su muerte. Tampoco le importaba ese día de Navidad que su tío abuelo José hubiera sido ministro de Indias y se hubiera tomado como algo personal impulsar la carrera de su sobrino Bernardo; ni que su tío abuelo Miguel fuera embajador de Rusia y Prusia en la época de Catalina la Grande y que la hubiera aficionado a los vinos de Málaga. Tampoco le importaba que su tío abuelo Antonio fuera comandante de Rentas en Cádiz.

Guadalupe solamente pedía a gritos un beso de sus padres, no batallitas sobre los años de su padre como gobernador de Luisiana ni sobre las exitosas campañas militares contra los ingleses en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos; ni siquiera sobre la época en la que sus padres fueron virreyes de Nueva España. La pequeña pedía calor de hogar y su tía lo había entendido.

—Vente a la cocina, Guadalupe, ya verás lo graciosas que son todas nuestras negritas cantando villancicos en andaluz. Y luego tienes que ir a vigilar a tu prima Antonia para que esté contenta para la cena y no nos dé la noche. Tiene que aguantar hasta la misa del gallo y necesita una siesta. Eres mayor que ella.

—No te preocupes, tía, yo te ayudo.

Guadalupe sonrió, se cogió de su mano y sintió que tenía una suerte parecida a la del Niño Jesús. Su tía era la estrella del portal

para ella y con eso, estaba contenta.

En el comedor principal, la mesa ya estaba dispuesta con una suntuosidad que mostraba el linaje y la sofisticación de Isabel. Parecía una imagen sacada de un lienzo flamenco. Sobre un mantel de lino blanco bordado con motivos florales, relucían candelabros de plata con velas de cera pura, cuyas llamas parpadearían en unas horas con la brisa ligera que se colaba desde las ventanas abiertas al patio.

Los platos eran de porcelana fina, decorados con motivos florales y dorados que los Unzaga habían traído de Francia años atrás, y los cubiertos de plata estaban grabados con el escudo familiar. Los centros de mesa estaban hechos con ramas de olivo, laurel y romero, con pequeños frutos como granadas y naranjas, símbolos de abundancia. Entre ellos, pequeñas figuras de ángeles sostenían cintas de seda roja y dorada, un toque celestial a la escena.

Isabel, de pie frente a la mesa ya dispuesta, ajustaba con precisión milimétrica la posición de un candelabro de plata, mientras las sombras de las velas danzaban sobre su vestido de tafetán gris perla. La seda crujía apenas cuando movía el brazo y la leve sonrisa en su rostro era el único indicio de que, bajo su mirada serena, todo estaba perfecto.

El exterior de la casa era un reflejo del espíritu generoso de la familia. Las puertas de madera oscura estaban entreabiertas, y dejaban escapar la luz cálida que iluminaba el zaguán, decorado con ramas de olivo y pequeños faroles que colgaban de las vigas. Los vecinos que pasaban por allí intercambiaban saludos, sabiendo que aquel hogar, pese a su abolengo, era también un lugar de acogida. Nadie que tuviera hambre y pidiera comida encontraría allí un no por respuesta.

Cuando sonaron las campanadas del reloj que anunciaban las siete y media, todos tomaron asiento. Presidían la mesa, a la francesa, Isabel y Joaquín Tentor, sentados frente a frente en el centro. El joven malagueño estaba flanqueado por su mujer Rafaela, sentada a su derecha, y por su cuñada Rosario. La matriarca estaba rodeada por sus hijos Luis y Francisco. En los extremos de la mesa se había sentado a Guadalupe y a la pequeña Antonia para que se

sintieran protagonistas. Francisca y Mariano se sentaban a los lados de su prima, mientras que Nisia y Josefa acompañaban a Antonia, la benjamina.

Hacía ya dos años que no se sentaban doce en aquella mesa. Guadalupe había venido a completar el número mágico de la familia desde la muerte de Unzaga. Isabel pidió silencio, cruzó sus manos para bendecir y, antes de comenzar, comprobó que todos tenían la misma posición que ella y el apoyo de todos sobre el mantel era un mínimo roce de una línea fina de las muñecas, que las cabezas se agachaban en señal de respeto y que nadie rozaba la vajilla con la piel. Pasada la debida inspección, rezó.

—Bendito sea Dios, que nos concede estos alimentos que vamos a tomar en la víspera del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Te damos gracias por tu infinita bondad y misericordia, que ilumina nuestros hogares y llena nuestros corazones de esperanza. Que este pan, este vino y todo lo que hoy compartimos sean símbolo de tu amor eterno. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

El murmullo mientras todos se santiguaban a la vez y ponían fin a la oración era la premonición de la algarabía. Isabel sonrió.

—El año próximo, cuando el pequeño Joaquín se siente a la mesa, no podremos ser trece. No podemos invocar a la mala suerte. Así que a ver si alguna más viene con un marido... —Su sonrisa más pérfida atravesó a Rosario y Francisca.

—Tía, mejor que venga mamá.

—Eso, eso, la tía Felícitas mejor —dijo Rosario aliviada.

La cena tenía que terminar a las once de la noche para llegar puntuales a la misa del gallo. Los aperitivos estaban dispuestos desde las cinco: bandejas de almendras, higos secos, pasas de la Axarquía, y dulces conventuales elaborados por las monjas del cercano Convento de San Agustín. Las botellas de vino de Málaga estaban listas en un aparador cercano para acompañar el banquete.

El comedor tenía el aroma de las almendras tostadas, el jazmín y el humo de las chimeneas, que se mezclaba con los ecos festivos que llegaban desde las calles. Las panderetas marcaban el ritmo de una ciudad que vivía la Navidad como un ritual desbordante de vida.

Málaga no dormía, ni siquiera descansaba; en cada esquina se escuchaban villancicos, el tintineo de los vasos al brindar y el crujir de las castañas asadas de los puestos ambulantes.

Algunos vecinos formaban grupos en la calle, entonaban villancicos populares acompañados de guitarras, panderetas y el sonido grave de las zambombas que daban nombre a esas reuniones. Una niña cantaba con voz clara:

Los pastores a Belén, corren presurosos,
llevan de tanto correr los zapatos rotos...

Cuando la comida comenzó, los cuencos de porcelana llenos de sopa de almendras perfumaron el aire con un aroma que parecía traer consigo memorias de tiempos pasados. En la mesa, Joaquín Tentor quiso rendir homenaje al gran ausente de la noche y se puso en pie.

—Un año más y como hombre de la familia quiero rendir homenaje a mi suegro, que hizo posible esta familia. Por tercer año consecutivo, no nos acompaña. Nos dejó todo el honor, la honra, el orgullo y los privilegios.

—Joaquín, ¿dónde están los «privilegios» de papá? Yo no he visto ni a papá ni a sus... sus... colegios... —Antonia, con tres años y lengua de trapo, dejaba claro que no se enteraba de nada.

—Yo tampoco me acuerdo de mi padre, prima, mas fueron dos hombres muy importantes —recogió el testigo Guadalupe, cumpliendo con la misión de prima mayor que le había encargado su tía esa misma tarde.

—Ya ves, Antonia, cuando tu papá tenía la edad de tu hermano Luis Antonio Rafael ya era militar. Después de la reconquista de Orán y de ir a Italia, se marchó desde Guipúzcoa hasta América en plena Guerra del Asiento y combatió con tres fragatas a dos navíos de guerra ingleses. Y llegó y reorganizó a las tropas supervivientes, fundó el Regimiento Fijo de La Habana —continuó Joaquín, acompañando la historia de sonidos de barcos, disparos y todo lo que su boca intentaba imitar.

—Ya sabemos todos cuánto querías a papá —le interrumpió su esposa Rafaela—, pero los niños no te entienden.

Todos asumieron que no servía de nada glosar las hazañas familiares. La conversación pasó a ser intrascendente, sobre la comida y el vino, los villancicos y lo bien que lo iban a pasar en la iglesia. Isabel miraba a su yerno y sabía que se quedaba con las ganas de contar cómo su marido sintió la necesidad de apoyar secretamente a los colonos norteamericanos en su independencia y, poco antes de la Masacre de Boston, empezó a trazar una red de espías.

Joaquín no volvió a abrir la boca y su suegra, para evitar la discusión conyugal que se le venía encima a su hija, le devolvió el protagonismo al joven. Bien sabía ella que en las pascuas una anfitriona debe evitar el malestar porque ha habido familias rotas por una discusión tonta en estas fechas.

—Yo creo que lo que sí le debe contar Joaquín a Guadalupe es la historia de su tío Luis y el nombre de los Estados Unidos. Ella no lo sabe.

Guadalupe, para agradar a su tía y para que todos la quisieran, clavó los ojos en los del marido de su prima, dispuesta a demostrar todo el interés del que fuera capaz. Su plan en la vida era que la quisieran. Mientras, Antonia ya jugaba con el pan, murmurando en un juego solitario para matar su aburrimiento.

—Pues sí, pequeña. Ese nombre se lo puso tu tío.

—No seas exagerado —interrumpió Francisca.

—No le quites mérito a tu padre. En 1776, el general Charles Lee solicitó su apoyo, como tantas veces lo habían hecho los americanos y él siempre atendió a sus peticiones.

—Es verdad, Francisca —dijo Mariano—, si no se lo reconoces tú a tu padre, imagínate los que quieran que la historia se cuente solamente con el nombre de los colonos. Si no lo reivindicamos, llegará un día en que nadie se acuerde. Papá contestó al general y le reconoce como «general de los Estados Unidos Americanos».

—No digáis tonterías —irrumpió impertinentemente la joven—. Lo importante no fue que nuestro padre lo escribiera. Eso se convirtió

en el nombre de un país porque los americanos le reconocieron la autoridad que se había ganado durante tantos años.

—Cierto es —retomó Joaquín su defensa—. El general se la envió a Joseph Reed, que era el ayudante de campo de George Washington y a quien le habían encargado la creación de la bandera de la nueva nación. Por el contrario, te diré que quien contesta a Reed es Washington y le dice que le ha parecido extraordinario y halagüeño que vuestro padre, que entonces firmaba como gobernador de Cuba, fuera el primer gobernador de un país extranjero que los reconocía como nación y lo hace como Estados Unidos Americanos.

—Eso es verdad —cedió al fin Francisca, dando su brazo a torcer —. Hasta que el primero te reconoce como nación, todos los demás te consideran rebelde. Y no es uno cualquiera. Es el gran Imperio español.

Superada esta crisis familiar efímera, todo fueron risas, cánticos y hasta algún que otro susto por un amago de atragantamiento con un polvorón. Aunque el bullicio de la ciudad se filtraba por las ventanas abiertas, en el comedor principal reinaba una calma luminosa, el tiempo hubiera decidido detenerse un momento para contemplar la belleza de lo que allí ocurría.

—Mamá, ¿es cierto que papá y el tío Bernardo ayudaron como espías a los colonos en América? —preguntó Francisca—. ¿Por qué lo hicieron? No me gusta la palabra *espía*. Eso es ser malo.

—¿Espías? No digas tonterías. Servían al imperio y solamente acataban las órdenes del rey que llegaban desde la Corte.

—Lo hicieron porque entendieron que los ingleses eran enemigos de España y de todos los pueblos que buscaban libertad. Ayudar a los colonos era debilitar a los británicos, proteger nuestras tierras, Luisiana, Florida... todo estaba en peligro —Isabel sabía que las palabras de Joaquín en la cena habían soliviantado a los chicos.

—¿Y cómo lo hicieron? ¿Qué pudieron hacer desde tan lejos? —preguntó José.

Isabel esbozó una sonrisa, consciente del peso de sus palabras.

—Con valentía e inteligencia. Enviaron armas, alimentos y dinero. Y, sobre todo, información. Fue un esfuerzo silencioso y pese a ello,

cambió el curso de la historia.

—¿Espionaje? ¿Como en los libros? —Guadalupe se deshacía en curiosidad.

Isabel negó con resignación.

—Nuestra familia siempre cumplió con su deber, pequeña. Esa es una historia que contaré otro día.

Tras la cena, la familia marchó con sus mejores abrigos hacia la misa del gallo. Un recorrido breve, pero lo suficientemente largo para sentir que procesionaba la tradición y la familia como una institución, con la solemnidad que marca la unión y el escudo de la buena fortuna. Málaga aquel año fue Belén para Guadalupe. Las Saint-Maxent habían planeado que la benjamina del virrey sintiera un renacimiento a las oportunidades.

XIII

Nueva Orleans, mayo de 1769

La mañana avanzaba y arrastraba el olor a mar hasta los rincones más profundos de las dependencias en las que se encontraba Reggio. El sol, que tocaba la piedra con la paciencia de los siglos, se dejaba ver como un simple reflejo dorado. La ciudad sonaba a primavera entre el crujido de los barcos en el río y el eco lejano de las voces de la gente.

En la esquina donde la brisa encontraba refugio entre las fachadas, el teniente general de la Real Armada y comandante general de la escuadra de las Antillas y de la Costa Firme, Andrés Reggio y Brachiforte, revisaba algunos documentos. Sobre los mapas, las rutas de los barcos británicos estaban marcadas con trazos de tinta negra y las posiciones de las defensas españolas se superponían sinuosas.

Aquella cita tenía su origen en los palacios de Madrid, entre papeles que olían a tabaco añejo y a órdenes redactadas con la solemnidad de quien pacta con fantasmas. Allí, José de Gálvez, el visitador general de Nueva España, había comprendido que Luisiana era un rompecabezas en el que cada pieza podría ser un aliado o un traidor. Tenía clara la misión que le había encomendado Carlos III y había que reorganizar las intendencias en Nueva España para hacer valer el poder de la Corona y reducir la corrupción. Quería promover la colonización de la Alta California y hacer más fructíferas las transacciones comerciales en las colonias para elevar los ingresos.

Aquella visión había reunido a los dos hombres esa mañana en aquel despacho.

—Buenos días, teniente general, Reggio —saludó ceremonioso y ufano Luis de Unzaga.

Aquel habitáculo estaba situado en la parte más alta del edificio, y en poco tiempo se había convertido en una cueva de mapas, cartas de navegación y modelos de barcos que parecían flotar en la penumbra. El polvo en las estanterías, disciplinado por el hábito de la rutina, se removía apenas cuando el ayudante de cámara anunció la llegada de Luis de Unzaga y Amézaga. Desde su asiento de cuero curtido, Reggio observaba la entrada del hombre que, en breve, tomaría las riendas de la Luisiana española. El oficial cruzaba el umbral con la precisión de quien conoce su destino, sin prisas, sin titubeos y con el peso de una responsabilidad que aún no tenía forma concreta. Reggio, con la calma de quien ha trazado rutas sobre mares inexplorados, lo invitó a tomar asiento.

—Bienvenido, gobernador. Esperaba ansioso su visita.

Luis de Unzaga y Amézaga había nacido en Málaga, en el seno de una familia aristocrática de origen vasco profundamente vinculada al servicio del Estado. Su bisabuelo, su padre y un tío habían ocupado y aún ostentaban altos cargos en la Corte real, y su abuelo Tomás de Unzaga Gardoqui había sido alcalde de Bilbao.

Aquel legado familiar forjó en Luis un sentido innato del deber y la lealtad al rey. Se decía que corría por sus venas la vocación de servicio y no extrañó a nadie que con apenas trece años ingresara como cadete en un regimiento del Ejército. El joven observaba con admiración los retratos de antepasados ilustres en los salones familiares, y soñaba con inscribir su propio nombre en la historia de España.

Con quince años, Luis de Unzaga había tenido su bautismo de fuego en la guerra, en la reconquista de Orán de 1732, la plaza fuerte española en el norte de África que había caído en manos de los otomanos. Aquella campaña temprana le curtió el carácter y le ganó el respeto de sus superiores por su madura serenidad, abriéndole las puertas a nuevas misiones.

Años después, fue enviado a Italia, donde España libraba duras batallas en defensa de sus derechos dinásticos. Allí sirvió con el Regimiento de Portugal, al lado de las tropas del entonces infante

don Carlos de Borbón, y contribuyó a las victorias españolas que aseguraron el trono de Nápoles. Había recorrido los campos, envuelto en el humo de la pólvora y el clamor de la caballería. En aquellos lares, forjó su disciplina militar y amplió sus horizontes culturales.

Entre campaña y campaña, Unzaga absorbía las ideas de la Ilustración que circulaban por Europa, soñando con aplicar algún día esos ideales de progreso en las tierras bajo su gobierno. Cuando solo tenía veintitrés años, cruzó el océano Atlántico rumbo a las Américas. Como teniente, había sido destinado a Cuba, en los albores de la Guerra del Asiento, que enfrentó a España con Gran Bretaña.

Desde el principio de su carrera le había tocado vivir con prevención contra los ingleses. Después, vinieron otras responsabilidades: el gobierno de Puerto del Príncipe, la gobernación de Santiago de Cuba, la defensa de la isla en la Guerra de los Siete Años. Luego, fue nombrado coronel, por su actitud valiente en la contienda y por su impecable gestión administrativa. Unzaga se había destacado al asegurar el pago puntual de los soldados de su regimiento y reorganizando las finanzas militares después de la guerra, lo que le ganó la confianza de sus superiores. Cuando ya era coronel del Regimiento Fijo de La Habana, parecía destinado a mayores empresas. Él mismo, en la intimidad de sus reflexiones, sentía que estaba preparado para grandes desafíos. Y ese gran desafío no había tardado en llegar.

Sobre el buró esperaban impacientes los documentos con nombres de lugares que Unzaga apenas había oído en boca de los veteranos: Pensacola, Natchez y Mobila. En esos lugares, la frontera era un pulso constante entre diplomacia y pólvora. El saludo se había producido con formalidad y Unzaga mantenía fija su mirada en el oficial, con cálculo silencioso. Callarse y fijar la atención en un punto había sido un aprendizaje crucial para él cuando las palabras eran tan importantes como las armas.

Reggio también sabía jugar al silencio. No quería romperlo de cualquier manera. Deslizó unos documentos sobre la mesa. Miraba al recién llegado y era consciente de que tenía una hoja de servicios

impecable, además de la consideración de O'Reilly, Pollock y Bouligny con los que había llegado a la ciudad.

—Ahora que vas a ponerte al frente de Luisiana, te hará falta conocer cuál es la situación real más allá de lo evidente.

Luis se mantuvo prudente mientras ojeaba los papeles que le habían sido entregados. Andrés Reggio continuó con su puesta en escena y deslizó un papel en blanco, lo giró sobre la mesa y lo dejó ahí, entre los dos, huérfano.

—Amigo Unzaga —dijo enfatizando con unos segundos de silencio —. En América no se pelea solo con cañones. Se pelea también con ojos y oídos.

Y entonces desplegó frente a su visita un mapa de nombres. Oliver Pollock. Francisco de Estachería. Miguel Enríquez. Antoine Landry. A algunos los conocía. Hombres que no aparecían en los registros oficiales de Madrid, pero que tejían las verdaderas fronteras del imperio. Espías, comerciantes, corsarios, sacerdotes. Algunos a sueldo, otros por lealtad, unos pocos por pura supervivencia. Ellos conocían antes que nadie cuándo se movían los barcos británicos, los acuerdos que se fraguaban en las tabernas de Charleston y hasta quién estaba dispuesto a vender pólvora al mejor postor en La Habana.

Unzaga no hizo preguntas. Sabía que en aquella lista había más silencios que nombres. Los hombres más peligrosos no se escribían en tinta, se mencionaban en susurros.

—Aquí, más que en ningún otro lugar, la información llega primero en los barcos. Algunos de nuestros mejores ojos han sido capitanes con más cicatrices que pergaminos —continuó Reggio, deslizando hacia él un documento sellado.

Dentro, instrucciones cifradas, contactos, rutas. Los nombres que no se pronunciaban en público y las señales que solo unos pocos sabrían interpretar.

Reggio ya quedaba relegado al triste papel de mensajero y las cuestiones escritas se elevaban a las altas esferas de la Corte, desde donde se habían dictado las instrucciones.

El ministro Gálvez hablaba día tras día con el marqués de Grimaldi, la sombra que caminaba sin dejar huella, diseñando las estrategias

con la precisión de un relojero. «Una Corona con un ejército invisible es un poder muy poderoso», solía murmurar el marqués en medio de cada conversación, en un intento por perforar el cerebro ajeno con una idea constante. Habían encontrado la complicidad de un vasco, Diego de Gardoqui, un rico diplomático y comerciante con negocios con las Indias, que tejía la tela invisible del espionaje, desde la cual hilaba mentiras que se convertían en certezas y que mutaban, sin pudor en secretos.

—Gardoqui es pariente mío —musitó Unzaga al escuchar el nombre de su primo.

Luisiana era un hervidero de descontento y oportunidades. Una mezcla agria si no se trabajaba con fineza. Sus habitantes, herederos de un pasado francés y un presente español impuesto, miraban con la cautela de quien sospecha de un huésped no invitado.

Hacía apenas dos años había tenido lugar la revuelta que acabó con la marcha de Ulloa. Se había sofocado con brutal elegancia. Aunque los incidentes aún latían en los corazones de los colonos. Esa conversación comenzaba a ser intensa para Unzaga.

—Haré lo que sea menester para mantener la paz y la prosperidad en esta provincia —quiso zanjar el asunto, a modo de declaración de intenciones.

—Esto es solo una parte. Lo demás ya lo aprenderás aquí, sobre el terreno. Hay lecciones en los muelles, en las noches sin faroles y en los pasillos donde no hay testigos.

—Teniente, no creo que haya más espías de los que me imagino —espetó con ingenuidad el recién nombrado gobernador.

—No te equivoques, Unzaga. Tienes que estar prevenido. Esto es un nido de víboras en el que no se sabe quién es quién. No confíes en nadie. Aún estás solo, sin familia y eso me preocupa. Aquí es recomendable estar pertrechado de afectos y no fiarse de las mujeres. Los infiltrados no siempre llevan pantalones —Reggio hizo un gesto lo más parecido a una sonrisa que le permitía su carácter.

—Lamentablemente, tanta dedicación a España me ha impedido construir una familia. Y ahora ya me parece tarde para organizarlo.

—Deberías resolverlo antes de pensar en nada más. Nunca tendrás la certeza de quién es cada uno aquí. Será difícil poder confiar si no tienes esos anclajes. El espionaje es casi una forma de vida en una tierra con capas de antiguos dueños. Ahora esta es nuestra provincia, pero hasta hace unos años era Francia y los ingleses y los colonos independentistas amenazan con mover las fronteras. Hay que tener vigilados a todos, al igual que ellos nos tienen controlados.

—¿Cómo sabré distinguir a un espía, teniente?

—Lo peor es que, en la mayoría de las ocasiones, no podrá hacerlo. Un comerciante, un militar, un corsario, un líder local... grandes conspiradores disfrazados de pequeños hombres. Seguro que habrás oído hablar del corsario portorriqueño Miguel Enríquez. Ya a principios de siglo, contaba con una flota de treinta naves, que defendían las aguas caribeñas de incursiones enemigas, aunque también eran plataformas móviles de recolección de inteligencia, que interceptaban comunicaciones y obtenían información valiosa sobre las actividades de potencias rivales.

Reggio conocía bien el asunto y Unzaga escuchaba con atención. La utilización de barcos como medio para el espionaje era una práctica común. Los capitanes de navíos recopilaban información en los puertos y durante sus travesías. Además, los guardacostas españoles estaban autorizados para interceptar embarcaciones sospechosas, lo que les permitía obtener datos sobre actividades enemigas y contrabandistas. Estas operaciones marítimas eran complementadas por una red terrestre de informantes y agentes que operaban en las colonias y territorios fronterizos.

En la red de espionaje, la jerarquía estaba bien definida. La lideraban en cada territorio los altos funcionarios coloniales y militares, como los gobernadores y comandantes de plazas estratégicas. Por debajo de ellos, operaban agentes locales que podían ser comerciantes, líderes indígenas, miembros del clero e incluso civiles con acceso a información relevante. La comunicación entre estos agentes se realizaba mediante mensajeros de confianza, documentos cifrados y hasta con señales preestablecidas.

La red permitía a las autoridades españolas tomar decisiones estratégicas para proteger sus territorios y contrarrestar las acciones de potencias rivales. La conversación se prolongó en la penumbra de la sala hasta que la luz de la tarde proyectó sombras largas sobre la mesa. Cuando Unzaga salió del despacho, la ciudad seguía latiendo al ritmo de los pasos apresurados. Ajustó su casaca, respiró el aire denso con ecos de música y agua marrón. Caminó hacia su destino con la certeza de que, a partir de ese día, su guerra se pelearía con palabras nunca escritas y verdades nunca dichas.

En aquella habitación se aleccionaba al gobernador que remplazaría a O´Reilly. La autoridad española había sido restaurada en Luisiana en apenas unos meses y ya quedaban en el recuerdo los nueve meses de vacío de poder que se produjo entre la marcha de Antonio de Ulloa y la llegada de las tropas españolas desde Cuba. El miedo era ya solo el rescoldo de la inseguridad de antaño. Nueva Orleans respiraba una paz cada vez más cierta.

XIV

Nueva Orleans, mayo de 1776

—Señora gobernadora, a sus pies.

Un caballero europeo, muy bien vestido, abandonaba la sala de las visitas del cabildo en la que Isabel, la joven y bella gobernadora de Luisiana se despedía de él sin acompañarlo a la puerta. Un criado lo escoltaba. La gobernadora parecía una reina con su vestido rosado que se perdía en la musgosa seda de la alfombra oriental. El oro recorría su cuerpo desde el lóbulo de la oreja hasta la altura obscena donde la cadera se cruza con la muñeca, adornada por un brazalete con esmeraldas.

En la puerta, el hombre se cruzó con la madre de la gobernadora. Ante la serenidad arrogante del porte de la señora, el inglés hizo un gesto cortés al tocar su sombrero. No la conocía y, aun así, uno sabe cuándo se cruza con alguien que lleva la influencia guardada en la enagua. La contradicción se esconde bajo las faldas. Por mucho que quienes pretenden aparentar pongan brocados y condecoraciones sobre la ropa, las mujeres camuflaban el poder real, bajo las telas y las entretelas. Eso del poder, en ellas, era un tirano ubicado entre los muslos; si no lo sentían, era porque no lo poseían.

—¿Quién es ese joven tan distinguido, Isabel? Aún tienes hermanas por casar.

—Mamá... no digas bobadas, no corren tiempos para emparentar con ingleses.

—¿Cuándo aprenderás, Isabel? Si tuviéramos poder en todos los frentes, siempre saldríamos victoriosas.

—Creo que ya es tarde, madre. Hace tiempo decidiste que todos nos pasáramos al bando español.

Era cierto. Los Saint-Maxent se habían posicionado claramente. Y no solo eso. Libraban las batallas que se podían dar en ese tiempo. Todos, al servicio de Unzaga. Todos al servicio de Carlos III, el rey de España.

Seis años antes, cuando O'Reilly se había hecho con las riendas de la desbocada Luisiana y le había entregado el Gobierno a Unzaga, en el caluroso verano de 1770, el río Misisipi avanzaba con la insolente parsimonia del que ignora ser la arteria vital de un imperio. Entre las aguas marrones y el cielo azul se podían oler los restos de un añejo duelo de desconfianzas. España había extendido su manto sobre la provincia con la liturgia obligada, desplegando su sotana desnuda en una iglesia vacía. Sin más, bajo el sopor húmedo de los pantanos, se tejía la trama secreta del reino silente de los espías.

Un presagio. Así suele comenzar todo, con un presagio disfrazado de necesidad. Unzaga quería volver a la península. Su salud empezaba a resentirse, se sentía mayor y quería que sus hijos tuvieran una vida en España. Seguía llevando Málaga en lo más profundo de sus entrañas y les pedía a sus superiores periódicamente un destino para volver. El entorno del ministro Gálvez estaba tranquilo con Unzaga al frente y los cambios agitaban el resquemor de la incertidumbre. Aunque la gobernadora y su madre sabían quién era cada persona que tenía que ver en aquel tablero de ajedrez del poder, nada podía hacerles pensar entonces que el sobrino predilecto del influyente Gálvez llegaría ese mismo año a gobernar su tierra y a formar parte de su familia.

La gobernadora y su madre ya tenían servido el té. Cada vez que se mencionaban los bandos, se hacía un silencio largo con algún disimulo trivial. Hasta las paredes guardaban la memoria de épocas de bifrontismo.

—Los bandos son solo un recuerdo, hija mía. Elegimos juntas el mejor marido posible, el que ha sabido lidiar con la empresa más difícil —dijo la madre.

—Eso es cierto, madre. Todavía me acuerdo de cuando dudaba si podría enamorarme de él. Hoy lo venero y lo amo.

—Tienes motivos —sentenció Elisabeth—. Tu esposo ha sabido moverse con la paz de un náufrago que sabe que solamente podrá beber agua salada.

—Madre, no hace falta que me vendas a mi marido. Ya lo compré y es el padre de mis hijos. De hecho, papá y tú lo habíais concertado. Si no pude elegir entonces, no pretendas darme ahora la libertad de escoger que no tuve.

Era cierto. Unzaga era un hombre de gestos cautelosos y mirada larga, un tejedor de alianzas con apariencia de mero administrador. Supo que para gobernar Luisiana no bastaba con desplegar tropas ni imponer decretos; había que escuchar las voces de los pantanos, el susurro de las tabernas y el quejido del río. Como un cazador nocturno empezó a construir una red de informantes, espías y aliados, comerciantes que cruzaban fronteras con mercancías y rumores, sacerdotes que deslizaban confesiones a medio camino entre la fe y la política, y navegantes que sabían que cada puerto tiene una historia que contar.

Y mujeres, grandes mujeres que bordaban en salas de palacios mientras urdían planes brillantes, que traficaban con su sexo en las tabernas y arrancaban de las entrañas secretos inconfesables que se resistirían a los fusiles. Meretrices y señoras, venas y arterias del escape a la tiranía de los británicos. Unzaga lo sabía, él vivía con una gran mujer, la gobernadora, brillante hija de su brillante madre y cómplice aventurera hasta en las tareas más secretas. Socia de secretos, socia de planificación y perfecta ejecutora.

—Hija mía, hoy estás desconocida. Esta conversación de bobas no es para nosotras. Me gusta más cuando te deleitas leyéndome las cartas de tu esposo al ministro, esas en las que le escribe con la delicadeza de un amante poeta que habla sobre el aroma del peligro.

Elisabeth recitaba la burla a su hija e intentaba sazonar la conversación. Entre risotadas pretendía ridiculizar a los hombres. Era su único modo de sentir el peso de su vida. Hablaba del gobernador delante de su hija como jamás consentiría que nadie lo hiciera en su presencia. Era una leona defendiendo a su familia de puertas para

afuera, pero en el hogar, necesitaba regocijarse parodiando a los suyos.

—Madre, todo sigue su curso. Gardoqui cada vez trae más ayuda de la Corona desde España. Ese sí que sería un buen partido si enviudara para alguna de las niñas. Despliega poder en cada nave que manda. Buques con armas, mantas, abrigos... Y es pariente de Luis, tu amado yerno.

Diego María de Gardoqui era un ilustre caballero de Bilbao, muy conocido en los círculos comerciales de España. Dirigía, junto con sus hermanos, la Casa Gardoqui e Hijos, una compañía mercantil que hacía tratos con diversas naciones, incluso con las colonias británicas de América. Era ya un hombre de gran fortuna, discreción y fidelidad a Carlos III.

Suponía una pieza fundamental en el auxilio a los colonos. Les proporcionaba pólvora y vituallas, a instancias del ministro Floridablanca y con la anuencia del conde de Aranda.

—Isabel, no te lleves a engaños. Lo mejor de ese hombre es que es el contrabandista de los secretos del ministro y el rey. Cada moneda, cada mensaje en clave es una puntada más en el tapiz que mantiene a Luisiana bajo control español.

—Bueno, madre, no creas que es el único que se está ganando una peana en el altar. Francisco Bouligny, por poco que te guste, cada vez es más poderoso. Vino con Luis, es mucho más ambicioso que los demás y, aunque sea nacido en España y sirva a nuestro ejército, ha sido criado en la cultura francesa en su casa. Eso le da muchas ventajas.

—No compares el trigo con la paja. Solo es un militar con tono bronco que sabe que la guerra no siempre se libra con espadas. A ese bribón le basta con multiplicar los oídos allí donde la lengua pueda traicionar.

—No cambiarás jamás, ya lo dice papá. Destrozas el nombre de cualquiera que no te gusta.

—Solamente soy consciente de mi buen gusto. El día que no vienen tu hermana Felícitas y Margaret acabamos discutiendo. Menos mal que mañana estarán aquí las dos.

—A ver si Oliver sale esta semana de viaje, que la pobre Margaret parece la criada cuando él está aquí.

—Hija, qué joven eres... ella se hace imprescindible y escucha todos sus secretos. Margaret es la voz de su conciencia y la que le manda con las debidas instrucciones cuando sale de viaje. Forman un equipo imbatible y ambos son conscientes de eso.

Se referían a Oliver Pollock y Margaret O'Brien, ambos de ascendencia irlandesa. Cuando el rey español envió a Nueva Orleans tropas desde Cuba tras la revuelta de los franceses, el general O'Reilly estaba al frente y el comerciante Pollock le siguió y se instaló allí para abastecer a las tropas españolas. Cuando consiguió la autorización para crear una casa de comercio en la ciudad, hizo que su familia se trasladara desde La Habana y se había convertido en uno de los negocios más prósperos de la región.

Pollock era amigo de los colonos y compartía intereses con ellos. Los impuestos de los ingleses se hacían imposibles para todos. Hacía apenas unas semanas, había recibido en Nueva Orleans a un grupo de soldados rebeldes capitaneados por George Gibson. Habían llegado para recoger las armas, la munición y el avituallamiento que les facilitó la Corona española a través de Unzaga. Oliver fue el conseguidor de esa audiencia con el gobernador y allí mismo, Luis de Unzaga le hizo el encargo de que llevara aquel cargamento río arriba.

—Pollock, esto te convierte en agente suministrador americano. Carga toda la mercancía, usa tus barcos y hazlo lo mejor que puedas. En esto va el futuro y los ingleses acechan. Si te apresan, confío en tu silencio y tu lealtad al imperio.

—Yo lo llevo, pero las mercancías que tengo que comprar, más allá de las que me facilites, tendré que pagarlas hasta que los colonos me las reembolsen. Me va a pagar el Congreso Continental aunque no sé cuándo. Para ser claro, tendrás que ayudarme con mis negocios.

—No te preocupes, Oliver. Dios proveerá —dijo zanjando la cuestión.

Margaret veía su fortuna en riesgo y quería aleccionar a su esposo antes de su partida.

Madre e hija devanaban las palabras en una conversación sin nostalgia de los años anteriores. Conocían estas y casi todas las conversaciones importantes de sus maridos y se referían a ellas sin necesidad de reproducirlas. Una simple mención llevaba a ambas a definir el contexto. Eso sí, sin nostalgia. Hacía apenas unos años, en los rincones más oscuros de Nueva Orleans, el aire era una mezcla de humedad y desesperanza y las voces se entrecruzaban. Los británicos, esos vecinos incómodos del otro lado del río, espiaban con la avidez de quien se sabe vigilado. Los franceses añoraban un pasado que no era otra cosa que polvo, mientras que los españoles caminaban con cuidado, midiendo cada palabra y cada paso. En aquella caldera de emociones y ambiciones, la red de espionaje era la verdadera forma de gobernar de Unzaga, un reguero de poder que se movía como la niebla entre los cipreses.

El gobernador no mandaba solo. Gilbert-Antoine de Saint-Maxent y las mujeres de la familia decidían el presente y el futuro de la provincia de Luisiana. Cada informe que se enviaba a Madrid era un relato cargado de metáforas y muchas eran criollas. La familia del gobernador ejercía con el impío rumor de la diplomacia. Los británicos acechaban con la mirada azul de las hienas, los franceses gruñían como fieras encerradas y así, bajo la diestra batuta de Unzaga, las alianzas se tejían con la destreza de las arañas. Los espías no solo eran agentes; eran poetas de los silencios, tenores del disimulo y varaderos de la historia que jamás contarían los libros.

España mantenía Luisiana en sus manos por la sutileza de sus palabras, por la valentía de quienes trabajaban en las sombras y por la certeza de que, en un mundo gobernado por secretos, el verdadero poder reside en saber escucharlos. En eso, las gobernadoras eran auténticas contorsionistas.

XV

Málaga, 7 de enero de 1796

—Niña Rafaela, niña Rafaela... carta de la señora Elisabeth... tu abuela te escribe. ¿Dónde se habrá metido esta mujer? El niño Quinito con su abuela y Rafaela que no aparece. No tiene fuste de madre y esta negra de eso sabe. —Marilú subía las escaleras en busca de la primogénita de los Unzaga quejándose, y con la tristeza sureña que le subía desde los muslos cada vez que llegaba una carta de Luisiana.

—Dámela, dámela...

La joven salió al paso en el rellano de la escalera.

—Déjame que la lea contigo y te la daré —contestó escondiendo las manos detrás de su cintura.

—No digas tonterías. La carta es para mí.

Rafaela desapareció sintiendo que no sabía si estaba preparada para leerla ella misma. Qué torpe ha sido Marilú al creer que había una posibilidad de leerla juntas, pensó. Cogió el abrecartas, rompió el sobre con cuidado y se sentó en una mecedora de rayas ocres y verdes a leer sintiéndose invisible.

Puebla, 17 de octubre de 1795.

Ma douce Rafaela:

Recién acaba de llegar tu carta. Me gusta que os preocupéis por mamá. Ella también me escribe y percibo que está necesitada. Le escribiría a diario como lo hace una doncella enamorada, porque así he querido siempre a mis hijos. No lo hago porque sé que no le haría bien.

Hay ocasiones en la vida en las que una mujer no puede permitirse que la compadezcan y vuestra madre está en uno de esos difíciles y dolorosos momentos en los que el alma se hace carne y salen llagas. Llagas que asustan, que escuecen y que impiden dormir de seguido porque te muerdes la herida.

Espero que tardes mucho en averiguarlo, aunque habrás podido tener una primera sensación, casi como un roce, cuando murió tu padre. Cierra los ojos y piensa por un momento cómo se está llenando tu vida desde que naciste. Tú eras una niña cuando te fuiste de Nueva Orleans y no tuviste que enterrar a nadie de los que nos quedamos aquí. Tu vida se comenzó a llenar: hermanos, amigos, pretendientes... Es verdad que perdiste a una hermana siendo pequeña. A pesar de aquella tragedia, tu vida seguía llenándose y la ilusión de la niñez y la juventud lo colmaba todo.

De hecho, hasta tu momento más trágico, la pérdida de tu papá, que era un auténtico patriarca, llegó casi a la vez que el asentamiento de tu marido en tu vida y el nacimiento de tu hijo.

Ahora sí. Cierra los ojos y piensa en tu madre. Mi hija se marchó de aquí dejando su tierra, a sus padres, a sus hermanos, a sus amigos. Os fuisteis a Venezuela y tu madre ya había perdido. Luego perdió a tu hermana. No se puede explicar lo que significa eso. Piensa en el pequeño Joaquín, piensa si te lo arrebataran y no pudieras volver a abrazarlo.

Eduqué a mis hijas para que subieran a las montañas. Tu madre sigue haciéndolo cada día. Ahora le suceden dos cosas importantes a la vez. La primera es que, aunque tu marido viva con vosotros, ella es quien lleva el timón de ese barco. Día y noche. También en las tormentas. La responsabilidad es tan pesada, tanto, que cuando se siente que no hay nadie en quien delegar y que todo recae sobre una misma, el mundo se vuelve gris y pequeño para poder escapar y esconderse.

La llegada de Guadalupe ha zarandeado su alma. La conozco bien y desde pequeña ha sido así. Cualquier contratiempo se lo echaba a la espalda como un saco pesado. Le pesa la desgracia de tu tía Felícitas. Estoy convencida de que vive con la losa de no poder llevarla a Málaga, de no poder darle lo que siente que se merece su hermana y me jugaría lo que tengo a que le duele no encontrar la forma de trasmitirle a la pequeña la grandeza de su familia.

Tú lo decías en tu carta «tenemos suerte de ser mujeres La Roche... y de haber sido educadas buscando en lo más profundo de nuestro cerebro y nuestro corazón». Eso también tortura. Nunca fui capaz de que tu madre asumiera que ella no era responsable de los actos de su hermana. Tu tía Felícitas ha corrido muchos riesgos y tiene suerte de estar viva.

También soy su madre y me da pudor escribirlo. Siempre se ha sabido diferente, ha hecho bandera de su intelecto como un hombre, queriendo perseguir ideales. Eso tiene un precio y ella está pagando el suyo. Vive en la Corte sin ser nadie. A veces me escribe y de la tinta de sus palabras caen las lágrimas de la rabia por estarse perdiendo protagonizar las conversaciones de

los mentideros. La condena a no ser nadie es un pesado lastre que arrastrar y que te arrastra. Nosotras no hemos nacido para ser invisibles.

Tu madre tampoco. Aunque ahora, le gustaría. Estoy convencida. Le toca otro momento. Ella es la que adorna la mesa, elige la música y agasaja a los demás. Es la parte del brillo y de la fantasía. Lo del legado familiar, elegir qué queremos que sepáis de nosotras es difícil. De hecho, no sé qué te habrán contado sobre tu padre.

Empiezo una historia con estas letras y tienes que conseguir que tu madre la continúe. Hazle hablar sobre lo que más le cuesta. Dile que quieres conocer lo que jamás contará la historia sobre nosotras.

Era el fin de 1775 o quizás hubiera empezado ya el nuevo año. Vuestro padre era consciente del espíritu independentista que se estaba fraguando. Tenía a toda su red de informadores funcionando como un reloj. Acababa de recibir normas proteccionistas de sus superiores para evitar que se relajase el control del contrabando en el Misisipi con los ingleses. Ya soplaban vientos de guerra y él era un hombre francamente cabal. Le propuso al cabildo un edicto para ser aplicado en cada transacción comercial: las mercancías que excedieran las medidas lógicas serían llevadas a la Casa Capitular para ser inspeccionadas y registradas. Si se comprobaba que las medidas eran falsas, toda la mercancía se decomisaba y se donaba al hospital de la Caridad.

Vuestro padre era un genio. No sé si tanto por su talento como porque, pese a su vanidad, supo rodearse de los mejores. Y ahí nos incluyo. No sé qué habría sido de tu padre sin tu abuelo en América y no sé qué habría sido de mi marido si se hubiera casado con otra mujer. Los Saint-Maxent no somos una familia. Tu abuelo y yo sabíamos desde que nos conocimos que nuestro proyecto era fundar un clan.

Rafaela, tienes que conseguir que tu madre te hable de los secretos de tu padre, sobre todo del espionaje. Tiene que liberarse de ese miedo a la verdad. No hicimos nada de lo que haya que avergonzarse. Los Saint-Maxent y los Unzaga solamente hemos contribuido a mantener a la Corona y al Imperio. Todos trabajamos por el Imperio.

Tu padre utilizó Filadelfia como base de operaciones. Desde allí conseguía tener una red para espiar a los ingleses y a sus agentes. Peinaba los mapas para no dejar ningún área sin cubrir. En el otoño del 76, mandó allí a comprar harina en un paquebote a un espía, amigo nuestro, Bartolomé Toutant Beauregard, que era de una de las familias más importantes de comerciantes de Nueva Orleans. En Filadelfia, Toutant se reunió con algunos de los que después han sido altos cargos en los Estados Unidos de América.

Cuando volvió, trajo a tu padre valiosísima información que serviría para lograr la independencia. Tu madre estaba muy orgullosa de cómo lo manejó todo. Se disculpó ante el ministro de Indias por haber contravenido las políticas mercantilistas. Prometió contentarse para el futuro con los suministros que llegaban a Veracruz y de La Habana.

Conociendo a tu madre, necesitarás entrar por alguna anécdota curiosa para que te lo cuente y se abra a vosotras. Ser la mayor de todos sus hermanos la ha condicionado siempre de una forma exagerada. Tiene esa extraña necesidad de protegernos a todos, aunque sea a costa de ella misma. Sufre y no protesta. Eso no es bueno.

Habrás oído, Rafaela, que tengo carácter y que soy caprichosa. No es eso. Haz caso a tu abuela. Desahógate siempre con los tuyos, con tu familia. Llora y muéstrales tus miserias. No pasa nada. Protestarán, dirán que eres insoportable, pero todo eso se quedará entre las paredes de tu casa. Nadie consiente fuera que se hable mal de la familia. Desde luego, vosotras no lo haréis y espero que vuestros hijos tampoco. La familia es una fortaleza que hay que proteger con los cañones de la educación y la dignidad.

Cuida a tu madre si ves que flaquea y ayúdala a que saque todo esto. Hacedle ver que no hay nada malo en nuestra historia. Al contrario, somos grandes y lo que hemos hecho es grande. Muy grande. Yo me levanto cada día con un agradecimiento a Dios por haber conocido al abuelo Gilbert-Antoine y deseo que tú hayas tenido la misma suerte con tu marido. Los hijos son una empresa y la nuestra fue un gran éxito, a pesar de los incendios, los embargos y las pérdidas.

Aunque te haga pensar que estoy loca porque escuches a tu madre lamentarse y sufrir también por tu tía Felícitas, ella, y también es mi hija, ha jugado sus cartas y ha perdido. No te creas que no me duele saberla enferma en Aranjuez, olvidada de todos, sola con sus criadas en una casa mucho peor que la que tenemos todos. Vuestra tía ha vivido, ha sido gobernadora, ha sido virreina en Nueva España, ha estado en los círculos más afrancesados de la Corte española, ha tenido el favor del ministro Aranda... ha vivido..., pero te repito, ha jugado sus cartas y ha perdido. Aun así, ha podido elegir. Somos mujeres en un mundo en el que nosotras no elegimos. Y mis hijas han vivido y han elegido.

Te pido, por eso, que tus hermanas y tú ayudéis a tu madre a que elija dejar viva la historia de estas generaciones para vuestros hijos y vuestros nietos. Explicadle que no todo es bueno o malo, que no todo es blanco o negro, que hay muchas opciones intermedias que son necesarias en la vida.

Rafaela, las he educado como a gobernadoras. Coge las riendas de tu casa y no dejes que los miedos de tu madre maten nuestra historia familiar. Escribo esto y lloro. Me cae una lágrima y no quiero. He vivido de forma concienzuda para que ahora mi hija pretenda pasar el filtro de sus miedos por lo que hemos conseguido. No quiero llorar, vuelvo a la historia para que podáis sonsacar a tu madre.

En aquellos tiempos sobre los que te escribía más arriba, tu padre hizo que España tuviera la más sofisticada de las redes de información. El servicio de inteligencia pasaba por el Misisipi mercancías e información útil para el ejército contrario. Se usaba a algunos agentes comerciales como espías en un complejo

sistema de tráfico comercial y de información. El ministro José de Gálvez, que era tío de tu tío Bernardo y tío abuelo de Guadalupe, respaldó las estrategias de tu padre. Y no solamente eso, animó al Consejo de Ministros del Reino de España para que usara sus redes de inteligencia secreta con el fin de que los norteamericanos pudieran hacerse más fuertes para resistir mejor frente a los ingleses.

Lee con atención a tu abuela. Ellos no lo hicieron solos. En la sala de bordado las mujeres gobernábamos también. Todas éramos las confidentes de nuestros maridos y cuando ellos partían de viaje, quedábamos al mando de las haciendas, pero también de los encargos más comprometidos. Nosotras hemos atendido agentes, los hemos escondido en las plantaciones, nos hemos sentado con ellos, les hemos alimentado. Incluso puedo decirte que algunas (ni tu madre ni yo porque éramos leales a nuestros maridos) obtuvieron información de forma inconfesable, poniendo trapos sobre las imágenes de la virgen que había en los dormitorios. Si nos llamaban «las gobernadoras» era por algo.

Pregunta a tu madre por Margaret O´Brien, la mujer de Oliver Pollock, seguro que se le relaja el corazón y te cuenta anécdotas. Aunque en aquella sala de bordado solíamos traer a otras mujeres, mis dos hijas mayores, Margaret y yo, movíamos los hilos de aquella provincia en la que no se ponía el sol. Ay, Rafaela, no sé cuándo me tocará morir, pero no quiero ser invisible para vuestros hijos ni para vuestros nietos. Me ha costado tanto construir esto... no permitas que los temores de tu madre borren nuestro esfuerzo de un plumazo.

En el Cabildo de Nueva Orleans, que fue vuestra casa durante tus primeros años de vida, vuestro padre estaba perfectamente informado sobre lo que sucedía en la otra orilla del río hasta de Boston o Virginia. Había algunas ciudades cercanas a la nuestra que ya eran de los ingleses y además estaban las zonas indias en la Florida. Tu padre informaba de todo a Madrid. Se escribía mucho con los consejeros de Carlos III, porque la información era delicada y no podía pasar por tantas manos si se pretendía que llegara a través de La Habana.

En el cabildo se recibían las noticias sobre los barcos ingleses que estaban en el Caribe o que llegaban por el Golfo de México. Cómo va a avergonzarse tu madre si hasta los sacerdotes eran parte de la red de informantes. Pregúntale por el padre Pedro Camps, sin ir más lejos. Tiene que contároslo todo. Ella lo vivió en primera persona. Cuando vuestro padre ya llevaba dos años allí, envió agentes secretos a las Trece Colonias para conseguir información directa.

Dale nombres propios. Así creerá que sabes más de lo que preguntas. Juan Surriret fue un rico comerciante que tejió su propia red de espías y la coordinó. Era el propietario de muchos almacenes repartidos en distintos puertos de la costa y los agentes le mantenían al tanto de todo lo que tuviera que ver con los ingleses, sobre todo, en lo referente a los ejércitos y las mercancías. En

aquella época, había mucho movimiento británico en las costas del sur, pero en una ocasión tuvo un gravísimo error, porque Surriret informó de manera confusa y cuando tu padre recibió las noticias, aquello se había convertido en un ataque inglés contra Nueva York.

Son pequeñas pinceladas para que puedas empezar a sacar a tu madre de su error. Me estoy haciendo vieja y me cuesta ordenar los recuerdos. Sin embargo, no quiero que tardes en recibir esta carta porque es urgente que la zarandees en sus adentros y que no ceses en tu empeño hasta que lo consigas.

Esa carta que me enviaste, solamente la habría escrito una gobernadora como nosotras. Qué placer me da saber que eres una de las nuestras, más allá de la sangre.

Te escribiré y te contaré más cosas. Tenme al tanto de tus avances.

Tu abuela, que te quiere y que espera tanto de ti.

Elisabeth La Roche de Saint-Maxent

XVI

Nueva Orleans, octubre de 1795

Elisabeth terminó de escribir la carta y se acomodó en sus pensamientos. Las diferencias entre sus hijas las conocía desde sus entrañas. Necesitaba argumentos para entenderlas. Los distintos destinos de sus dos hijas mayores debían tener su explicación en una ecuación en la que se pusieran en valor los caracteres de sus esposos.

Los recordaba en distintos momentos y sabía cómo era cada uno. Solo tenía que cerrar los ojos y pensar en el elegido para la primogénita.

Las velas del despacho temblaban con la corriente cálida que subía del río, y sobre el escritorio de Luis de Unzaga reposaba una carta cuyo contenido, a simple vista, no prometía más que un intercambio de mercancías. Nadie podría adivinar que aquellas líneas anodinas escondían un mensaje cifrado que cruzaría océanos y fronteras para alimentar una revolución. El gobernador era un hombre astuto y curtido en el arte del medio tono, ya había autorizado pólvora y pertrechos para remontar el Misisipi bajo cubiertas inocentes, de la mano de Oliver Pollock. Luis de Unzaga cumplía órdenes reservadas de Madrid.

Las colonias británicas del norte ardían en guerra. En Filadelfia, los hombres del Congreso Continental habían declarado su independencia, pero sus ejércitos se sostenían con hambre, esperanza y pólvora escasa. Ejercían desde el año anterior como gobierno en armas, así organizaba la asamblea de las Trece Colonias los ejércitos, nombraba comisionados en Europa y sostenía la causa

con créditos y remesas encubiertas, mientras proclamaba la independencia que habría de legitimar aquel empeño. Francia fingía neutralidad, aunque jugaba sus cartas. También tenía infiltrados como Beaumarchais, el célebre dramaturgo que había escrito *El barbero de Sevilla* y *Las bodas de Fígaro*. Al mismo tiempo ejercía de agente oficioso de Luis XVI. Ese mismo año había constituido, con el beneplácito del ministro Vergennes, una empresa fantasma llamada Roderigue Hortalez y Cía. para hacer llegar a los insurgentes mosquetes, pólvora y dinero. En agosto, España aportó un millón de libras a través de su embajador, prueba de una complicidad que entonces permanecía oculta.

España prefería las sombras por cálculo, deseaba herir a Gran Bretaña y recuperar posiciones como las Floridas o Menorca, quizá un golpe de fortuna en Gibraltar, pero temía encender, con un reconocimiento precipitado, la pólvora de sus propios reinos de ultramar. De ahí las órdenes de discreción eficaz y el uso de los cauces mercantiles que camuflaron la ayuda.

Así continuó todo. Con los vientos de España soplando en la oreja de los gobernadores.

Elisabeth dejó de ser la madre de una gobernadora para ser la de la siguiente. Tras escribir esa carta a su nieta, los recuerdos le sabían a miel. Qué lejos quedaban ya esos tiempos. Después de Unzaga vino Gálvez y la Corte también se renovaba.

Desde Madrid, el conde de Floridablanca actuó como primer secretario de Estado desde febrero del 77. Era un arquitecto con una diplomacia extrema que pretendía romper a Gran Bretaña sin bendecir una república contagiosa. Aquello era muy complicado, aunque desde España le favorecieron las ayudas ocultas por Bilbao, La Habana y Nueva Orleans. La consigna tácita fue el sigilo, debilitar al enemigo y, si el sino lo permitía, recobrar Florida y vigilar la roca de Gibraltar. Floridablanca y José de Gálvez enviaban las instrucciones, ayudar sin dejar rastro. «Con discreción, pero con eficacia», decía en una nota lacónica. Esa frase bastaba para que Unzaga entendiera que debía moverse en el filo entre la obediencia y la audacia.

Aquel equilibrio se había convertido en su arte. Elisabeth y su marido estaban en todo. La nostalgia la invadía cuando recordaba aquella época. Cada carta, cada envío, cada decisión formaba parte de un tablero de inteligencia donde la prudencia valía tanto como el valor. Desde los muelles de Nueva Orleans partían barcazas cargadas de harina y mantas. Bajo los sacos dormían fusiles franceses sin marca y barriles de pólvora disimulados entre toneles de vino.

Las rutas ascendían el Misisipi hasta los puestos de Illinois y las márgenes de Natchez, donde los hombres del rey y los del Congreso se cruzaban en silencios convenidos. Oliver Pollock, el irlandés de Filadelfia, hacía de intermediario. Su oro compraba víveres, pero también fidelidades. Unzaga confiaba en su cautela; Pollock, en la palabra del gobernador. Así se tejía aquella alianza invisible que sostenía a Washington sin que allí lo supieran. Y su querido marido, Gilbert-Antoine, era quien hilvanaba las estrategias que ella soñaba junto a él en la cama. A Elisabeth los recuerdos la mantenían viva. No permitiría que se borrara la huella de aquella época.

En los registros aparecían «harina», «mantas» y «vino». Nadie escribía «fusiles», «pólvora» o «balas». El río era el testigo mudo de ese comercio de sombras. A veces, los convoyes se retrasaban. Otras veces, una tormenta o un rumor ponían en riesgo meses de cálculo. Sin embargo, la red resistía.

Elisabeth se acordaba de Juan de Miralles. Solo le vio en un par de ocasiones, aunque sabía lo importante que había sido aquel comerciante alicantino que vivía en La Habana. Era un hombre de bolsa ágil y oído fino, enviado oficioso de la Corona para estar cerca del Congreso en Filadelfia. Aquel español espiaba movimientos, trabajaba en las más extrañas relaciones y oficiaba de puente entre los rebeldes y las arcas hispanas. Su trato con Unzaga fue de mutua conveniencia y respeto. Cada cual, a su orilla del secreto y del río, mantenía los nudos del hilo de la red tensos y bien cosidos con la sutileza necesaria.

Miralles, desde Filadelfia, informaba a Madrid de los progresos de la guerra y de los caprichos del Congreso. En sus cartas, a menudo cifradas, se adivinaba la inquietud de un hombre que caminaba entre la lealtad y la simpatía. Pese a tener setenta y siete años, su

muerte sorprendió a todos, incluso a Washington, que lo lloró como a un amigo.

El peso de aquella maquinaria clandestina recaía sobre pocos hombres, y todos sabían que un error podía costar más que un ejército perdido. Las cartas cruzaban el océano con meses de demora, los barcos eran inspeccionados y los espías británicos merodeaban en los puertos del Caribe. Por eso, cada orden debía ser ambigua y cada acción, negable.

Sus yernos eran muy diferentes. Bernardo de Gálvez observaba todo aquello con atención. Como gobernador de Luisiana, su espíritu era menos prudente y más audaz que el de Unzaga. Donde Luis negociaba, Bernardo atacaba. Ambos, sin embargo, compartían el mismo propósito, el de debilitar el poder inglés y fortalecer la mano de su rey.

Ninguno de los dos dejaba rastro de su colaboración. Las órdenes verbales se disolvían en la humedad del trópico. Las cartas se quemaban tras leerse. Solo quedaba la certeza de haber movido los hilos de una revolución ajena, de haber contribuido, sin bandera ni trompeta, al nacimiento de una nueva nación.

Elisabeth no podía borrar la sonrisa de sus labios. Se balanceaba en la mecedora e iba recordando a todos. A José Juan de Estachería lo vio poco también, aunque era un seductor de los que no se olvidan fácilmente. Aquel aragonés de armas y también de pluma, brigadier de los Reales Ejércitos, era un hombre de expediente y campaña, una pieza clave del engranaje borbónico. Siempre se mostraba fiel al espíritu de la Corona y coordinaba las rutas del istmo y vigilaba que nada comprometiera los intereses de Madrid. Era el guardián invisible del orden, también el escribano de las sombras.

Su favorito, sin duda, fue Unzaga. Era un amigo además de un yerno. Él lo hacía todo con la conciencia de que, al final de sus días, su obra no tendría monumentos. Su gloria era de papel y silencio. Nunca le importó la gloria más que cumplir con su misión. Los cargamentos que salieron de Nueva Orleans, disfrazados de mantas, harina y vino, habían nutrido el sueño de libertad de los hombres del norte. Solo eso importaba.

Y así, aunque los cañones de Yorktown todavía dormían en la imaginación de los generales, en las bodegas mohosas del Misisipi la historia ya se había puesto en marcha. A veces, el destino del mundo también se decide entre hombres que firman con tinta invisible.

XVII

Málaga, enero de 1796

El sonido rítmico de las agujas atravesando la tela parecía estar acompasado en la sala de bordado de la casa de los Unzaga. Era enero, y el frío se hacía presente incluso en Málaga, aunque la chimenea mantenía el ambiente cálido y acogedor. Las hijas de la familia, Rafaela, Rosario, Francisca, Nisia y Josefa, estaban sentadas en semicírculo, concentradas en sus bastidores. Guadalupe también tenía su labor, más sencilla, todavía tenía que aprender como sus primas. Solo faltaba la pequeña Antonia a quien aún no habían iniciado en la costura. Todas vestían elegantes trajes de terciopelo y seda, adornados con encajes traídos de las mejores casas de Europa.

Isabel de Unzaga, la matriarca, se encontraba de espaldas a sus hijas, arreglando un jarrón de porcelana fina con flores de temporada. Había elegido camelias blancas y rosas. Pese a su fragilidad, resistían el frío y a ella le parecían delicadas y preciosas. Las mezclaba con ramas de madreselva de invierno. Pensaba que eran una combinación tan perfecta como su familia. La madreselva aportaba un aroma dulce y penetrante; las camelias, la belleza; el jarrón, la fuerza y los límites. Las manos de Isabel, cubiertas en finos guantes de encaje, manipulaban las flores con destreza y delicadeza. Todo parecía una estampa deliciosa. La voz de Rafaela, como una flecha directa al corazón, rompía la armonía del instante:

—Mamá, ¿me puedes explicar quiénes eran Margaret O'Brien, Oliver Pollock y Juan Surriret?

El jarrón tembló en las manos de Isabel, y una camelia cayó al suelo. Los pétalos se deshojaron sobre la alfombra persa como un mal augurio. Sus dedos se crisparon alrededor de la porcelana blanca, y se clavó las uñas a través del encaje para contener su ira. El pasado, que había intentado mantener oculto, regresaba inesperadamente a través de la nada inocente curiosidad de su hija.

Isabel cerró los ojos un instante, en un intento por controlar la marea de emociones que la habían invadido. Pensaba que había logrado seleccionar qué parte de su historia familiar había cruzado el Atlántico con ellos y cuál se había quedado en Luisiana, enterrada entre las ruinas de antiguas plantaciones y documentos olvidados. Esos nombres resurgían de la nada, y amenazaban con desenterrar secretos que había jurado proteger. La reputación entre criollos tenía un concepto diferente al que se estilaba entre los españoles de bien. Vivían en Málaga y la situación de su hermana había demostrado que el apellido Saint-Maxent no te libraba de nada en España. No había salvado ni a la condesa de Gálvez, que pertenecía a una de las sagas políticas más importantes del siglo en todo el imperio.

—¡Rafaela, respeta a tu familia!

Isabel gritó, como nunca lo había hecho en presencia de sus hijas. Todas soltaron las agujas, abrieron los ojos lo más que pudieron y clavaron la mirada en ella, que continuaba de espaldas. Un escalofrío grave y seco recorrió su cuerpo. De repente, supo que detrás de esa pregunta estaba la mano de su madre.

Intuyó que había llegado una carta de la abuela para Rafaela, una carta que Isabel habría interceptado si hubiera conocido de su llegada, para proteger a sus hijas de verdades dolorosas. Maldijo en silencio a los que ya no estaban, incluido a su esposo, que la había dejado sola al frente de una familia cuya historia sentía que se desmoronaba entre sus dedos.

Respiró hondo, intentaba recuperar la compostura. Sin volverse hacia sus hijas, respondió con voz tensa:

—Creo que deberías hacer esa pregunta a tu abuela.

Dejó el jarrón sobre la mesa con movimientos controlados y salió de la sala, dejando tras de sí una estela de perfume floral y tensión

contenida. Las hermanas se miraron, sorprendidas por la reacción de su madre.

—¿Qué le has dicho a mamá? Nunca la había visto así —le reprochó Francisca, la que más carácter tenía de todas.

Rafaela suspiró y dejó su bordado a un lado.

—La abuela me escribió una carta. Me dijo que mamá no quiere que conozcamos la verdad sobre nuestra familia.

Rosario frunció el ceño, intrigada.

—¿Qué verdad?

—Prima, la verdad de nuestras familias —dijo la pequeña Guadalupe—. Mi madre me dijo que me tenía que venir aquí para que la verdad no me persiguiera. Debe de ser una verdad muy mala, porque la tía Isabel ha huido como mi madre cuando cerraba la puerta de casa porque venía la guardia.

—¿La guardia? ¿Qué guardia? —preguntó Nisia.

—Mi madre no quiere que la vuestra se entere de que está bastante enferma ni de que nadie quiere estar con ella en Aranjuez. En casa, hace que es importante aún, pero ya no tiene casi amigos. Está triste y sola. Y vienen a vigilarla para saber lo que hace. Ella cree que, como soy pequeña, no me doy cuenta.

—Seguro que no es para tanto. Solo estás preocupada por ella al estar lejos —intentó consolarla Francisca, pasando su brazo sobre su hombro.

—No, prima, el doctor le dijo un día que se moriría pronto, que no me vería hacerme mayor. Lo oí todo.

—Ahora están inventando nuevos ungüentos que lo curan todo. Ya verás cómo viene a tu boda —interrumpió Rosario, intentando que Guadalupe no llorara—. ¿Qué será eso de «la verdad de la familia»?

Rafaela bajó la voz.

—Creo que papá fue quien canalizó la ayuda de la Corona española a los colonos que buscaban la independencia en América. Y no lo hizo solo. Había una red de espionaje en la que estaban papá, mamá, los tíos y los abuelos.

Un silencio pesado cayó sobre la sala. Las agujas volvieron a las manos de las Unzaga y el crepitar de la chimenea parecía más fuerte en la quietud que las envolvía.

—Tenemos que conseguir que mamá nos lo cuente —musitó Rafaela—. Necesita liberarse de ese peso y nosotras tenemos derecho a conocer nuestra historia.

Las hermanas asintieron, comprendían la magnitud de lo que acababan de descubrir. Afuera, el viento de enero agitaba las ramas desnudas de los árboles, mientras dentro de la casa, las semillas de una verdad oculta comenzaban a germinar.

Aquellas niñas inocentes desconocían que antaño, los ministros españoles leían informes ingleses interceptados y enviados por los gobernadores porque servían a la Corona para tomar decisiones estratégicas finales. No sabían nada sobre las tácticas con técnicas de cifrado o sobre los mensajes codificados del ejército británico y no sabían quiénes eran los padres de los Estados Unidos nada más que por su nombre y por las conversaciones de su padre. ¿Cómo iban a saber ellas que Franklin era un experto en comunicaciones o que Thomas Jefferson era experto en criptografía? Ellas tenían una formación exquisita y los mejores maestros. Nada de eso se enseñaba en las escuelas.

Solo conocían lo que habían aprendido de sus maestros sobre la independencia de los Estados Unidos. En las Trece Colonias, Boston era la que más había protestado por los impuestos que los británicos le ponían al azúcar; los ingleses los castigaron con la dura masacre de 1770; tres años después, justo antes de Navidad, la misma ciudad volvió a amotinarse por los impuestos del té. Ellas se liaban porque decían que primero era el té y luego el azúcar, como en la taza. Poco más les enseñaban. Tendrían que investigarlo y aprenderlo, porque eso debía de tener mucho que ver con «la verdad de la familia».

XVIII

Málaga, 20 de enero de 1796

Queridísima *maman*:

Espero que la llegada de la presente te encuentre bien. Empiezo con formalidad, aunque el corazón me late con furia y por más que intento calmarme, no lo consigo. Maman, ¿cómo has podido hacer esto? ¿Cómo has podido escribir a Rafaela y contarle lo que tanto he intentado mantener en la sombra? ¿Acaso no comprendes que hay cosas que no pueden decirse, ni siquiera susurrarse en la penumbra de nuestra propia casa?

Desde que llegó la carta, no he tenido sosiego. He subido y bajado por la casa como un alma en pena, incapaz de escribirte de inmediato, incapaz de poner en palabras el enfado, la angustia... *Mon Dieu,* la traición al pacto silencioso que hemos mantenido durante años, al esfuerzo de guardar las apariencias, de proteger lo que siempre hemos sabido, pero nunca hemos reconocido en voz alta.

Mon Dieu, escribo estas páginas como quien se arrodilla ante un altar invisible. He llegado a pensar que el silencio es un sacramento no escrito. Me exiges que no deje morir la historia, pero yo me pregunto si contarla sería servicio a la memoria o pecado de soberbia.

Lo que vivimos en aquellos años de la guerra secreta fue obediencia al rey y riesgo de la Corona. Yo llevé cartas ocultas entre telas, escuché nombres que solo podían pronunciarse en susurros, atendí a emisarios y agentes dobles, vi cómo la voluntad de España se abría paso en un continente que buscaba romper las cadenas de Inglaterra. Y, sin embargo, lo que para mí fue lealtad, la sociedad podría llamarlo conspiración. *C'est la vie!,* me digo, aunque la vida pese como un secreto.

Mamá, España no es como Luisiana. Ya sabes que Luis nació de una familia fuerte en Málaga. De sobra conoces la historia familiar de tu yerno. Cuando volvió de América, volvió con más gloria de la que partió y ese brillo encendió recelos. Eso y que actuaba en el Reino de Granada era en nombre del rey y sin intermediarios. La nobleza estuvo celosa de sus privilegios, no soportaba que

alguien de los suyos regresara con el peso directo de la Corona en las manos. *Oh là là,* qué odio tan antiguo es la envidia disfrazada de decoro.

Además, están mis hijos. Son jóvenes, inexpertos y no han conocido las conspiraciones ni las intrigas en las que yo, a tu lado, viví envuelta casi desde la cuna. Si yo les confiara esta verdad, ¿qué me asegura que no la repetirían fuera de casa, tal vez con el orgullo torpe de la juventud? Lo que para mí es carga, para ellos podría ser motivo de vanidad. *Les enfants...* no miden el filo de las palabras.

La historia de *ma sœur,* arrastrada ante los jueces, me persigue cada día. La sociedad perdona el silencio, nunca la osadía. Y aunque aquella red de espías se tendió por mandato real, el pueblo y la nobleza la verían como una mancha.

Me atormenta también la fe. ¿Es callar falta de verdad, o hablar pecado de vanidad? El Evangelio dice que la verdad nos hará libres y también alaba la prudencia. ¿No es más humilde aceptar que la gloria se la lleven otros? *Mon Dieu, guide-moi,* porque no sé si el cielo quiere palabra o silencio.

Así vivo, dividida entre el deber de la memoria y el deber de madre. Entre la tentación de contarles para que sepan y el miedo de que mis hijos hereden un estigma. He visto el baile de alianzas de España. Unas veces, Francia; otras, Inglaterra. Ahora todo hace presagiar que firmaremos un tratado con Francia. Pese a ello, quién dice que los ingleses no vuelvan a tener una presencia más firme y esto vaya en contra del futuro de mis hijos. *Quelle dilemme*.

Callar es mi cruz. Callar para que mis hijos caminen libres. Callar para que los recelos contra Luis no se conviertan en cadena contra ellos. Quizás el verdadero heroísmo de una mujer como yo sea custodiar la verdad en silencio y llevarla conmigo hasta la tumba. *C'est mon destin*.

Mis hijas me miran de una forma extraña. Algo se ha roto entre nosotras y ni siquiera me atrevo a preguntar hasta dónde les has contado. No tengo el tiempo de decirte lo que pienso y esperar una respuesta. ¡Estoy tan enfadada contigo, madre! Siempre has conseguido que sintiera que no era nadie en mi vida. Esta vez, has ido más allá. ¿Cómo te has atrevido con mis hijas? También con la pequeña Guadalupe. Pobre criatura... Las fanfarronadas de su madre la han traído a esta casa. Y las tuyas, porque en algún momento, papá y tú debisteis sentir que teníais potestad para gobernar allá donde estuvierais.

Sabíamos que tarde o temprano este peso nos alcanzaría. Yo creí, con toda mi fe, que a mis hijos aún podíamos mantenerlos al margen. ¿Cómo voy a explicarles lo que no he tenido valor de decir en todos estos años? *Comment leur dire que leur grand-père...?*

No puedo. Aún no.

Me gustaría hablarlo en persona contigo. Tú siempre has sabido qué decir y qué callar. *Tu es une femme d'une intelligence rare, une stratège née.* Todo en ti es cálculo, estrategia y visión. Nos educaste para ser poderosas sin alzar demasiado la voz, para manejar la política y el destino de nuestras casas con la

habilidad de un general en el campo de batalla. Esta vez... *cette fois, tu as parlé trop fort*.

En tu carta a Rafaela has escrito palabras prohibidas. ¿Qué les importa a estas criaturas la implicación de su familia en la red secreta de la Corona española para favorecer la independencia? ¿Qué necesidad tenías de hablarle de ello? ¿No entiendes que nuestros enemigos pueden estar en cualquier parte? Que lo que sabemos es demasiado peligroso. Que aún hay ojos británicos puestos sobre nosotras. Que los españoles quieren que el trabajo sucio se haga, aunque no quieren cerca a quienes saben que se hizo. No entiendes la hipocresía española.

Cuando Luis me hablaba de Filadelfia, de sus viajes, de las reuniones en las que se decidía el destino de las tierras más allá del Atlántico, siempre supe que no era solo un gobernador o un militar. *C'était un homme de l'ombre, un homme qui savait trop de choses.* Y yo también. Nosotras también. Yo lo sabía porque me lo enseñaste tú. Tú eras la mano derecha de papá. ¿Y esto de ahora? ¿Estás perdiendo el juicio?

Cuando nuestros maridos viajaban, nosotras nos quedábamos al frente. Atendíamos a los informantes, nos ocupábamos de los escondites para la mercancía, éramos los cerebros en la sombra. No había lugar para la ingenuidad, ni para la fragilidad. A veces nos tocaba sonreír en los salones mientras en las bodegas de nuestras propias casas se escondían documentos que cambiarían el curso de la historia. A veces teníamos que acoger en nuestra mesa a hombres a los que sabíamos traidores y a los que engañábamos con la misma facilidad con la que nos deslizábamos en nuestros mejores vestidos.

Y, sin embargo, jamás habíamos permitido que nuestros hijos supieran demasiado. *Le silence est un rempart* porque cada secreto es un riesgo añadido. Sobre todo, ¿qué necesidad tienen estas criaturas de conocer esos detalles? Tienen una buena casa, una buena situación, buenas dotes y la mejor educación.

¿Cómo contarles que su padre viajaba a Filadelfia no solo como gobernador, sino como parte de una operación secreta? Que mientras él negociaba, nosotras manteníamos la red de espías funcionando desde Nueva Orleans. Que cada palabra, cada decisión, cada silencio, era una jugada en un tablero que solo unos pocos conocían en su totalidad.

¿Qué pretendes? ¿Que me siente y les cuente que su padre recibió los informes de las victorias rebeldes de Lexington y Concord o de las batallas en Massachusetts? ¿Que a su vez él reportaba a España y Nueva España para que estuvieran prevenidos? ¿Les explico que la Corona se mantenía neutral porque no interesaba tomar parte? ¿Acaso no estaría cometiendo traición contándolo?

¿Quieres que me siente a bordar con mis hijas y que les diga que su padre, el señor gobernador, con aquello del libre comercio, permitía el paso de mercancías a los colonos rebeldes y a los pueblos amerindios? O mejor aún, puedo sentarme y decirles que el propio rey no se sentía preparado para entrar

en guerra y que, como quería que los ingleses fueran derrotados, tomó la decisión de ayudar a los rebeldes de manera encubierta. Pues sí, mamá, les cuento eso y todos seguimos viviendo con el riesgo, solo porque a la matriarca se le haya ocurrido que somos héroes. ¿No será esto un mero delirio de grandeza tuyo?

A lo mejor, quieres que les cuente que su padre quería reforzar la defensa de Luisiana y que montó la Milicia de Nueva Orleans, al frente de la cual puso a papá. Eso es tan fácil como decirles que reclutó a los militares del Regimiento de América que se acercaban por el Camino Real de Texas, a marginales y hasta a algunos llegados de La Habana. Habrase visto...

Y si quieres la gracia completa, puedo explicarles cómo llegaban los barcos españoles a Charleston con armas para los rebeldes. Que su abuelo recibía informes de todo eso y que lo celebraba brindando con *bourbon* con Pollock, mientras Margaret criaba a sus hijos y escondía la mercancía de los rebeldes en la plantación.

Mamá, ¿cómo voy a contarles que la reclusión en Jamaica de su abuelo fue solo un castigo por la bravuconada de sentirse impune frente a las advertencias? *Mon Dieu...* me duele hasta escribir esta frase. No estoy preparada. No todavía... *C'est une blessure qui ne s'est jamais refermée.*

No puedo mirar a Rafaela sin pensar en lo que ahora sabe, en lo que pronto preguntará. *Mon Dieu, comment vais-je lui expliquer?* ¿Cómo le explico que su linaje está lleno de secretos y de sombras? Que nuestros nombres están escritos en la historia con tinta invisible, que su sangre es la de una familia que jugó un papel crucial en la independencia de un país que jamás reconocerá lo que hicimos.

Mon dieu, mon Dieu! ¿Quieres que les hable del Comité Secreto de Correspondencia para Asuntos Exteriores del Congreso Continental y de la correspondencia diplomática de mi marido con el presidente del comité, o de las cartas que cruzaba con Benjamin Franklin? ¿Soy la única cuerda en esta familia de locos?

Tu es folle. En la comida de hoy puedo sentarme y preguntar. Hijos míos, ¿sabíais que vuestro padre, antes de irse de Nueva Orleans, siguiendo instrucciones de neutralidad de la Corona, se lo jugó todo a una carta dando refugio a barcos rebeldes a los que perseguían los ingleses? O mejor aún, me siento, bendigo la mesa y paso a explicarles sin más que Pollock era un agente del Congreso Continental para dar apoyo a la revolución y que gestionaba barcos y más barcos con carga para los rebeldes. ¿Eso te parece bien? Les comento que Pollock se amparaba en que hacía la ruta comercial con su compañía por el Misisipi hasta llegar a Fort Pitt. No entiendo qué pretendes, mamá.

Has decidido que es hora de que Rafaela lo sepa. Yo aún no estoy lista. *Mais ai-je vraiment le choix?*

Pese a todo, te quiero, mamá. Tu hija amantísima,

La viuda, con brío, escribió la dirección en el sobre con esmero. Fue directa a dejarlo en la bandeja de la correspondencia para que el servicio enviara aquella carta llena de fuego.

XIX

Nueva Orleans, primavera de 1776

Ningún ejército conquista el mundo sin los silencios de las mujeres que lo sostienen. El poder, cuando nace en manos de un hombre, necesita ruido; cuando habita en una mujer, se hace invisible.

Las Saint-Maxent lo sabían bien. No llevaban espada, ni uniforme, ni escudo alguno, pero su determinación era más firme que la de los generales que marchaban hacia el norte. Desde los salones, las cocinas y los conventos tejían la red que mantenía en pie una revolución de la que jamás se escribiría su nombre.

En los libros, el mérito sería de los diplomáticos, los soldados o los gobernadores. En aquella Luisiana que respiraba entre el miedo a los impuestos británicos y la ambición francesa, las verdaderas decisiones se tomaban entre rosarios, cartas cifradas y miradas que decían más que mil palabras.

El mundo siempre ha creído que todos los héroes llevaban espada. A veces los héroes visten de negro riguroso, rezan en voz baja y esconden la pólvora en cofres de lino. Y aquella primavera de 1776, en la ciudad que olía a café y a río, las mujeres Saint-Maxent escribían la libertad con la tinta invisible de la paciencia.

Elisabeth, la matriarca, observaba desde la galería cómo las criadas preparaban el patio para la jornada. Ningún gesto era casual. Cada bandeja, cada cofre, cada papel formaba parte de una coreografía precisa. Ella no necesitaba hablar, su sola presencia ordenaba el mundo. En el silencio de su mirada convivían la fe y la estrategia, el rezo y el cálculo.

El rosario suspendido de su muñeca, tintineaba al ritmo de sus pensamientos. En cada cuenta se ocultaba un nombre, una fecha, un destino.

Dentro de la casa, Isabel revisaba una carta escrita la noche anterior. La cera del sello aún conservaba el calor de la vela. A simple vista, era un intercambio comercial más, barriles de vino, harina, mantas. Entre esas líneas inocentes se escondían los códigos de la red de Unzaga y sus aliados. En ese papel se jugaban más vidas que en un campo de batalla. Allí estaban los planes de entrega de todo el material que los colonos necesitaban para librar sus próximas batallas y una lista de los nuevos contactos en cada ciudad. No se trataba de reproducir a los reclutados recientemente. La red se hacía más sólida y más poblada. La Corona española tenía cada vez un mayor compromiso con la causa. Los impuestos británicos también tenían graves consecuencias para Luisiana y asfixiaban a los españoles y quienes vivían en los terrenos de la provincia.

Felícitas entró sin anunciarse. Vestía de negro, el luto aún reciente, pero su porte era el de una reina que no necesita trono.

—Ya está preparado.

—¿Pollock? —preguntó Isabel levantando la vista.

—Sí. Él mismo se encargará de entregarlo. Su esposa vigila las rutas.

Felícitas se inclinó sobre la mesa. La luz dorada del mediodía recortaba su perfil firme, casi escultórico.

—Si los británicos descubren algo... —insistió Isabel.

—No lo harán —la interrumpió su hermana con serenidad—. No miran donde las mujeres rezan.

El comentario arrancó una sonrisa en ambas. Nadie sospechaba de ellas, habían convertido la invisibilidad en su mejor arma. Mientras tanto, en la cocina, Marie, una joven criada con manos ligeras y ojos despiertos, ocultaba un sobre en el doble fondo de un cesto de pan. Aquella nota debía llegar a casa de Pollock antes del atardecer. Nadie le había dicho qué contenía, pero era consciente de que tenía que llegar a su destino.

Margaret la esperaba junto al embarcadero. Su porte distinguido contrastaba con la discreción de su entorno, una mujer sola, envuelta en un chal de lino, que contemplaba el río con aparente indiferencia. Cuando Marie se acercó, ella apenas se movió. Tomó el cesto, fingió revisar los panes y, sin pronunciar palabra, guardó el sobre en su bastón.

—Dile a tu señora que el río habla bajo hoy —susurró.

Al caer la tarde, las campanas de la iglesia se confundieron con el murmullo del viento. La luz se derramaba sobre los tejados, y la ciudad parecía ajena al pulso de la historia que bullía bajo sus calles. En la galería de la casa, Felícitas descansaba en una mecedora, los dedos entrelazados sobre el regazo. Isabel se sentó frente a ella.

—¿Recuerdas cuando todo era más simple? —preguntó.

Felícitas negó despacio.

—Nada fue simple nunca. Solo que antes no lo sabíamos.

Elisabeth apareció detrás de ellas. La claridad del crepúsculo le dibujaba en el rostro la misma expresión que tenía cuando dio a luz a su primera hija, la de una mujer que entiende el poder del sacrificio.

—El padre O’Donnell vendrá antes del anochecer —anunció—. La hermana Claire partirá con él.

Isabel comprendió al instante. La monja llevaría el rosario hasta el convento. En las manos de la religiosa viajaría el mensaje que debía cruzar el golfo: el nombre del barco, la fecha de salida, el punto de desembarco. Ninguna de las tres mencionó una sola palabra. Bastaba la mirada de su madre para confirmarlo todo.

Cuando el sol desapareció, la ciudad entera respiró con la lentitud de la espera. En la capilla de las Ursulinas, la hermana Claire rezaba. Sus labios pronunciaban plegarias, pero su mente repetía los números grabados en las cuentas del rosario. El padre O’Donnell, ajeno a todo, se santiguó y guardó la joya entre sus ropas. En pocas horas embarcaría hacia La Habana.

Esa noche, la casa de los Saint-Maxent se volvió un templo de sombras. En la planta baja, Marie cerró las contraventanas. En el salón, Felícitas revisó por última vez el registro de las mercancías. En

la galería, Elisabeth se detuvo ante una vela encendida. El fuego oscilaba sin viento.

—El silencio también tiene su propio lenguaje —dijo en voz baja.

Nadie la oyó. Nadie necesitaba hacerlo. Desde la ventana del piso superior, Isabel observaba el puerto. Las linternas de los marineros titilaban como luciérnagas sobre el agua. Escuchó los cascos de los caballos, el eco de las ruedas, las órdenes de los capataces. Cada sonido era una promesa de riesgo. Sabía que, si el plan fallaba, el precio sería el exilio o la horca. Y, aun así, no habría cambiado ni una sola decisión.

En el embarcadero, Pollock dio la orden. Dos golpes de linterna. El primero para cargar, el segundo para partir. Las barcazas se deslizaron río arriba, pesadas, lentas, silenciosas. Nadie sospechó que en sus bodegas viajaban las armas que sostendrían a los patriotas del norte.

Isabel siguió las luces hasta que desaparecieron en la bruma. Entonces cerró los ojos y, por primera vez en meses, sonrió.

—Todo irá bien —murmuró.

—Todo irá bien —repitió Felícitas desde la galería.

La madrugada llegó con olor a pólvora lejana y al humo dulce del tabaco. La ciudad despertó sin sobresaltos. Los británicos inspeccionaron los muelles, revisaron los manifiestos y no hallaron nada. La red había funcionado con la precisión de un reloj suizo.

Elisabeth desayunó en silencio. La porcelana tintineó al posarse sobre la mesa.

—¿Han salido todos?

—Sí, madre —respondió Isabel.

—Entonces, que Dios los guíe.

A media tarde, un mensajero llegó desde el puerto. No traía más que un papel arrugado, sin sello ni firma. Elisabeth lo abrió con la calma de quien ya conoce el contenido. En el centro, una sola palabra escrita con trazo firme: *Llegaron*.

No dijo nada. Llamó a Isabel y le entregó la nota. Ambas se miraron sin hablar. No hacía falta. Felícitas se acercó y colocó el papel sobre la mesa. Durante unos segundos, las tres

permanecieron inmóviles, escuchando el sonido del río al otro lado de las ventanas.

—Han cruzado el río —dijo finalmente la madre.

Isabel sonrió.

—Entonces la historia ya no puede detenerse. Cada nueva victoria sobre los ingleses tendrá sello español.

Esa noche, Nueva Orleans durmió bajo un cielo sin estrellas. El viento arrastraba el aroma de los naranjos del patio y el murmullo de los remos en la corriente. En la oscuridad, la casa parecía contener el alma entera de una revolución. Ningún disparo, ninguna proclama, ninguna bandera ondeaba aún en el norte. La libertad ya navegaba por el Misisipi.

Las tres mujeres se reunieron una última vez en la galería. No pronunciaron palabra. Felícitas cerró los ojos. Isabel apoyó la cabeza en el hombro de su madre. Elisabeth, con las manos cruzadas sobre el regazo, respiró despacio, sabía que su legado estaría en la sangre de quienes vendrían después.

El río seguía su curso, indiferente y eterno. Los barcos desaparecieron hacia el norte, llevaban consigo el secreto mejor guardado del continente. Y aunque el mundo jamás recordaría sus nombres, la libertad respiraría para siempre con su aliento.

XX

Málaga, 27 de marzo de 1796

Manuel Centurión había servido a tres reyes, había gobernado en la recóndita Guayana, tierra de mosquitos y oro, y había visto caer ciudades enteras en mapas que apenas duraban una década. Aquella tarde, a las cinco, puntual como siempre, estaba sentado frente a Isabel de Unzaga en la casa de la Alameda Principal, con la certeza de que la conversación que iban a tener era tan delicada como cualquiera de sus campañas en Venezuela. Aquel hombre ilustre, coronel agregado al Estado Mayor de Málaga y caballero de Santiago, acababa de cumplir los sesenta y cuatro. El rey le había comisionado para el establecimiento de fábricas de papel blanco en el reino de Granada, se había construido un palacio en Nerja y había fundado un mayorazgo. En la capital construyó casas, abrió una calle y compró terrenos y edificios. Hacía poco que había cesado en su puesto de prior del Real Consulado y formaba parte de la Sociedad Económica de Amigos del País.

No era poca vida. Se había casado en segundas nupcias con Bárbara de Pedro, tenía tres hijos de su primer matrimonio y María Clara era la única niña que había nacido de su relación con su actual esposa. Isabel había aprovechado el Domingo de Ramos y la cita se había puesto después de la sobremesa para que él pudiera estar con los suyos en un día como aquel. Los Unzaga llevaban sus preciosas ropas nuevas y se habían pavoneado por la mañana en misa de doce.

Desde hacía semanas, a la viuda la miraban sus hijos, su sobrina y los criados como quien observa un jarrón fino a punto de volcarse,

atentos, pero sin atreverse a intervenir. Hacían preguntas solapadas, dejaban cartas sin cerrar sobre el secreter. Empujaban a Rafaela para que se atreviera a hablar por todos. Guadalupe, que jugaba con las cintas del delantal, levantaba la vista a menudo, presentía que algo estaba a punto de romperse sin que nadie supiera del todo qué.

Isabel no respondía. Medía las palabras con el mismo cuidado con que ordenaba la cubertería o cerraba los postigos. Solo Marilú, que le conocía el alma desde niña, sabía que el silencio era contención. Que no hablar aún no era igual a no haber decidido. Por eso, aquella anunciada visita de Centurión mantenía a la familia en vilo desde que Isabel advirtió que no podía faltar nadie. Todos esperaban el mensaje con la impaciencia de un niño y lo temían con la prudencia de un anciano.

—Conocí a mi querido Luis en el año setenta y siete, a la par que a usted —le dijo el albacea—. Él había llegado a Caracas como capitán general, y yo venía de Guayana, después de diez años de gobernarla. Era un hombre que no dejaba pasar una injusticia sin plantarse frente a ella.

Isabel lo escuchaba con la espalda recta, los dedos entrelazados sobre el regazo.

—Por eso le confió su albaceazgo.

—No solo eso —corrigió Centurión—. En mis conversaciones de los últimos años con él, las que tuvimos a su regreso a Málaga, me pidió que, llegado el momento, velara por algo que no cabe en escrituras, la transmisión íntegra de la historia. Sirvió al rey, pero siempre puso a su familia primero. Y ahora debo cumplir mi promesa.

En la mesa, Marilú colocaba en fila los pañuelos bordados, como marcadores en el relato que aún estaba por contarse. Tenía las orejas extendidas esperando ser la primera en enterarse.

—El viaje está dispuesto —continuó Manuel—. Veinte jornadas como mucho, por postas. En cada parada se hará el cambio de los caballos. Los mayorales están avisados, las monturas listas. No habrá retrasos, y viajarán escoltadas.

Isabel asintió.

—Marilú, que pasen.

El cántico de los niños en la calle atravesaba las paredes: «¡Domingo de Ramos, Domingo de Ramos! ¡Si no estrenas, se te caen las manos!». A la señal de la llamada, los nueve hijos entraron en el salón principal más la pequeña Guadalupe y tomaron asiento en las sillas tapizadas de damasco, alineados como en un consejo. Luis, el primogénito de los varones, en el extremo derecho; Rafaela, con la inquietud evidente y el pequeño Joaquín en brazos; Francisca, expectante; Rosario, con Antonia sentada sobre sus rodillas; los demás, en silencio.

—Después de Pascua partiré hacia Aranjuez —dijo Isabel sin rodeos, sin fijarse siquiera en si interrumpía a alguien, sin levantar la voz, sin dirigirse a nadie en concreto. La frase pareció desprenderse del pecho más que de la boca—. Ya lo he preparado. Pedí los permisos. La tía Felícitas está avisada.

—¿Iremos todos? —preguntó Rafaela.

—No. Me acompañará Francisca. Y también vendrá Marilú.

—¿Y yo por qué no, madre? —insistió Rafaela, con un punto de reproche.

—Porque Joaquín es demasiado pequeño y tu marido no podría con todo sin ti —dijo Isabel con firmeza.

—¿Entonces, volveré a ver a la tía Felícitas? —explotó Francisca sin contener la emoción.

—Sí. Y esta vez no solo para visitarla. Hablaremos de lo que debe preservarse y de cómo transmitíroslo. Las decisiones verdaderas se negocian con presencias.

Centurión tomó la palabra:

—Serví a vuestro padre en Venezuela, lo vi actuar con integridad y con una lealtad que no se compran. Este viaje forma parte de lo que él hubiera querido para vosotros.

—¿Y cómo será el viaje? —preguntó Luis, el hijo mayor.

—En carruaje y por postas —explicó Isabel—. En cada parada se hará el cambio de los caballos para mantener el ritmo. Serán, máximo, unas veinte jornadas hasta llegar, con descanso en ventas y casas de posta, con todo el tiempo que pueda descontar nuestra resistencia, que intentaremos que sea mucha. Estaremos fuera, con la estancia allí, unos dos meses y medio.

—No es un simple desplazamiento. Es una inversión en memoria y en futuro —añadió Centurión.

—¿Y si os pasa algo? Pueden asaltaros —preguntó Rosario— y si te acompaña alguien, yo soy mayor que Francisca y sigo soltera.

—Vamos escoltadas y ya he dicho quién vendrá —dijo Isabel.

—¿Y yo por qué no voy? —preguntó Guadalupe.

—Porque el viaje es demasiado largo para ti —respondió Isabel—. Casi acabas de llegar y ahora debes quedarte, seguir con tus estudios y afianzar tu vida aquí. Y conozco a tu madre perfectamente. Si ha querido que salgas de allí, tendrá sus motivos. Según lo que hablemos, podrás ir a visitarla más adelante o quién sabe, tal vez consigamos que nos visite ella.

Marilú, sin alzar la vista, seguía ajustando los pliegues de los pañuelos. Ella también era parte de la historia que se iba a preservar.

—Mientras vuestra madre esté fuera, cuidaréis de la casa y de vuestros hermanos, los unos de los otros, pero sobre todo los mayores. —Centurión intentó cerrar—. Es una gran responsabilidad. Yo me encargaré de lo necesario y de seguir trabajando en la reunificación del patrimonio y, por supuesto, me tendréis a mano para todo lo que haga falta.

Francisca, sentada junto al ventanal, cruzó la mirada con Marilú, que seguía de pie. No dijo nada. Su silencio fue limpio y sin resistencia.

—¿Y nos lo cuentas ahora, así? —preguntó Rafaela, rabiosa por tener que quedarse al margen—. ¿Después de semanas de silencios y ambiente enrarecido, de cartas, de preguntas sin contestar?

Isabel la miró con dulzura. Ya no podía intentarlo con sus pataletas de hace años. Sonaba hasta ridícula con esa falta de autoridad rayana en lo pueril. Además, ella es la que llevaba tiempo insinuando que lo peor que podía pasarles era continuar creyendo que las historias familiares se escriben en línea recta, porque no era así y nunca lo había sido.

—No os lo cuento ahora. Os lo cuento porque estoy empezando a entender qué es lo que se puede contar. Y cómo.

Los cuchicheos entre los hermanos se convirtieron en una única respiración contenida cuando Francisco se atrevió a preguntar.

—¿Es por lo que pasó antes de papá? ¿Por lo de Luisiana?

Isabel bajó la cabeza. El nombre de su padre no estaba en la pregunta, pero flotaba allí, presente, más fuerte incluso que el recuerdo de Luis. Porque antes de los Unzaga, antes incluso de los hijos, estaban Gilbert-Antoine y Elisabeth, sus padres, los creadores de todo.

—Sí. Porque todo empezó mucho antes de lo que vosotros imagináis. No con papá. Ni siquiera conmigo. Con él. Con vuestro abuelo. Con lo que hicimos allí, en las orillas del río Misisipi, cuando aún éramos franceses... o españoles... o nada. Y con vuestra abuela, que no sabe cómo gritar que no quiere morir silenciada.

Luisiana había sido el crisol donde se fundieron los silencios y las promesas. Allí, en aquel territorio que no era del todo europeo ni del todo americano, los Saint-Maxent, los Unzaga y los La Roche aprendieron a inventarse a sí mismos para poder sobrevivir. Isabel había crecido en una casa junto a los barcos de ribera. Allí, los mapas se escribían a mano cada mes porque el mundo cambiaba demasiado rápido como para fiarse de lo impreso.

Su padre, Gilbert-Antoine, no hablaba de sí mismo salvo en las noches en que el ron le soltaba el recuerdo. Había vivido bajo dos banderas y había servido a un imperio que no lo llamaba por su nombre completo. En Nueva Orleans, lo conocían como un hombre de palabra firme, de temple militar y de generosidad meditada. Había tejido, desde la penumbra, los primeros vínculos entre familias, alianzas concertadas por necesidad, por devoción a España, por amor contenido. Y su madre, Elisabeth, era una matriarca que mandaba sobre el que parecía tener el mando.

—Familia Unzaga, me retiro haciéndoos saber que tanto el confesor de vuestra madre como los albaceas de vuestro padre apoyamos su decisión y nos parece, como todo lo que hace, lo más sensato y lo mejor para la familia. Hasta ahora ella ha actuado como creía que le correspondía. Ahora se siente asfixiada por un dilema personal que le hace sentir que quiebra sus obligaciones. Vosotros habéis crecido en otra etapa de la historia y vuestra tía es la única

de la familia con la que puede debatir sus dudas. Esta decisión forma parte de su avance, antes quería callar y ahora no sabe si debe hablar. Esto es lo que la mueve. Os pido que viváis en gracia de Dios la Semana Santa y que no la hagáis sufrir. Y ahora ya sí, me retiro, que mi familia me espera con unos pasteles deliciosos para tomar la merienda.

—Yo quiero ir a ver a mamá —Guadalupe se alzó, firme como una columna.

Isabel la miró con una ternura fatigada.

—No puede ser. Esto no es un paseo. Es una conversación para la que tú aún no tienes llaves. Cuando pueda, tu madre vendrá. O irás tú. Te lo prometo.

—Yo quiero saber —insistió Guadalupe, sin lágrimas pero con una bravura antigua.

—Y lo sabrás. Aunque no ahora.

Marilú reapareció en la estancia con un libro en la mano, uno que nadie recordaba haber visto. No dijo nada, solo lo dejó sobre la mesa y volvió a desaparecer. Era la biografía inconclusa de Gilbert-Antoine, escrita en francés con caligrafía de guerra, rápida, inclinada, firme. Isabel la abrió y tocó las primeras páginas con los dedos.

—Lo llevaremos. Él también tiene que estar en esa conversación.

Y nadie discutió. Porque cuando una madre elige con quién cargar la historia, no hay derecho a negarle el peso. Rafaela había captado el mensaje. Se había quedado fuera de la partida por haber intentado elegir a los jugadores. No más cartas a su abuela, no más intentos de controlar el tablero. Aún quedaban dos generaciones La Roche, que se bastaban por sí solas para escribir este capítulo de la historia familiar.

Afuera, la canción infantil del Domingo de Ramos volvió a sonar. Nada de lo dicho dentro podía alterar el pulso de la ciudad. El reloj de péndulo dio la hora, y todos supieron que, cuando el carruaje partiera el lunes después de Pascua, en cada posta donde se hiciera el cambio de los caballos, no viajaría solo un grupo de personas, viajaría el corazón intacto de una historia que debía llegar entera a quienes todavía no habían nacido.

XXI

Nueva Orleans, mayo de 1763

El amanecer en Nueva Orleans tenía la densidad de un sueño húmedo. Las campanas de la iglesia de San Luis resonaban entre las callejuelas, y el eco llegaba hasta la casa de los Saint-Maxent, una vivienda de galerías anchas y patio interior donde comenzaba a latir, sin que nadie lo supiera aún, una parte silenciosa de la historia de Luisiana.

El apuesto Gibert-Antoine de Saint-Maxent se inclinaba sobre la mesa del despacho revisando los libros de contabilidad. A su lado, su esposa abría las contraventanas y dejaba entrar la luz que caía como una bendición sobre el suelo de ladrillo. Habían contraído matrimonio seis años antes, él con las manos vacías y ella con una buena dote. Gilbert no había traído oro, pero sí un linaje y una fe obstinada en el porvenir.

—Cinco mil pesos —le había dicho él aquella noche de boda, mientras examinaban los documentos del notario— compran más tiempo que fortuna.

—O más confianza —respondió ella, sonriendo—. El dinero pasa y la palabra queda.

Con ese pacto silencioso se fundó su casa. Compraron la vivienda de la calle Conti y la llenaron de mapas, telas, barriles, sacos de pólvora y sueños. Elisabeth ordenaba con precisión lo que los hombres descargaban del muelle: fusiles, mantas, azadas, cuchillos, salsas, abalorios que cruzaban el océano en los navíos de Le Leu & Cía., de La Rochelle. Gilbert llevaba las cuentas con letra firme y

alma de estratega; ella entendía los precios como un idioma nuevo, donde cada cifra era una promesa y cada envío, un voto de fe.

En esos años, Nueva Orleans respiraba una paz inusual bajo el gobierno del marqués de Vaudreuil. Había prosperidad, refinamiento y cierto perfume de optimismo. Detrás de esa calma, el Misisipi latía con la inquietud de un animal contenido. Gilbert comprendió pronto que el futuro estaba en el comercio, en las alianzas y en la corriente del río.

Proveía a los mil quinientos hombres que viajaban con barcas cargadas de pieles, hierro, pólvora y esperanza. Sabía que la frontera se conquistaba con mercancías, con paciencia y con palabra.

—El secreto es abastecer —decía Gilbert a Elisabeth—. Quien abastece, gobierna.

—Y quien espera, decide, esposo mío —añadía ella, con la serenidad de las que saben mirar más lejos.

En Chef Menteur, a unas millas de la ciudad, obtuvo tierras a condición de trabajarlas y abrir camino. La concesión era dura, debía producir en un año o la perdería. Elisabeth lo acompañó a ver el terreno, una llanura húmeda que olía a caña y barro.

—No regalan nada —dijo ella—. Te vas a dejar la juventud en la ambición.

—Por eso valdrá el doble —respondió él—. El mérito es la única herencia que no se devalúa. Y por eso, la de los Saint-Maxent de Luisiana siempre será recordada.

Poco después, buscó un socio y lo encontró en un navío llegado de Burdeos trajo a un joven aristócrata de mirada ambiciosa, a Pierre Laclède Liguest. De aquel encuentro nació Maxent, Laclède & Cía., con tres cuartas partes para Gilbert y una para el francés. Juntos concibieron una idea que cambiaría el mapa, y aunque tardaron, llegaron a crear un gran puesto comercial en el alto Misisipi, desde donde las rutas de pieles, hierro, pólvora y tejidos se extendieran hasta los confines del continente. Lo llamarían San Luis.

—El río es una arteria —decía Gilbert, señalando el mapa extendido sobre la mesa—. Si ponemos el corazón aquí, toda la sangre vendrá sola.

—Y habrá que aprender a escuchar —añadía Elisabeth—. El río también habla, y lo hace en la lengua de las naciones.

El negocio prosperó. Las quillas cargadas de mercancías subían el río empujadas a pértiga por hombres que cantaban en francés y lenguas indias. En los registros de Gilbert se mezclaban las cifras con la vida: tres cuchillos grandes, una libra; diez cuchillos pequeños, una libra; un fusil, dieciocho; una manta, diez; una libra de abalorios, tres y tres cuartos. Elisabeth revisaba las listas y sonreía.

—Aquí no hay espacio para sueños absurdos —decía—. Hay precios justos.

—Y palabras cumplidas —respondía Gilbert.

Mientras las mercancías viajaban, Nueva Orleans crecía. La casa de la calle Conti se convirtió en un punto de encuentro para oficiales, comerciantes y religiosos. Elisabeth recibía a todos con una cortesía que era, a la vez, amabilidad y cálculo. Sus ojos sabían leer intenciones donde otros veían sonrisas. Aquella casa fue escuela de diplomacia, cuna de hospitalidad y semilla de poder.

Los hijos fueron llegando, uno tras otro, como los peldaños de una escalera invisible que ascendía hacia el futuro. La primogénita fue Isabel. Le siguió Felícitas. Luego vendrían Gilbert Junior, Maximilian y Marie Victoire. Todos crecieron entre mapas, conversaciones y el rumor del río.

—No hemos tenido hijos —bromeaba Elisabeth—, hemos tenido capítulos de la historia.

—Y aliados —añadía Gilbert, riendo—. La sangre también puede ser diplomacia.

Los años siguientes trajeron fortuna y pruebas. Los ingleses amenazaban desde el este, los indios pedían respeto, los franceses conspiraban entre ellos. Gilbert, que ya había sido proveedor de ejércitos y mediador de tratados, comprendió que la fuerza estaba en la confianza. Su palabra valía más que una firma con sello real. Elisabeth lo acompañaba en todo, revisaba sus contratos, preparaba la correspondencia, enseñaba a sus hijas que el verdadero poder se ejerce sin levantar la voz.

Una tarde, cuando Laclède se despidió para partir hacia el alto Misisipi, Elisabeth acompañó a su esposo hasta la galería. No eran

aún conscientes de la importancia que tendría para Luisiana aquel asentamiento que habían construido bajo el nombre de San Luis y que ya tenía ínfulas de ciudad. El sol se ponía sobre el río, y el aire traía el olor de la caña quemada.

—¿Esto te asusta? —preguntó Gilbert.

—Me asusta lo pequeño —respondió ella—. Lo grande me pone en marcha.

Gilbert sonrió, y esa sonrisa era la de los hombres que saben que la historia empieza sin ruido.

—Entonces mira el río —dijo—. No se acaba.

El barco se alejó lentamente, con las velas henchidas de luz dorada. Elisabeth se quedó observando el horizonte hasta que el mástil desapareció. Supo entonces que aquel viaje, además de mercancías, llevaba una gran carga de destino.

Esa noche, mientras el Misisipi se volvía espejo de estrellas, Elisabeth se acercó a su marido, que seguía escribiendo junto a la lámpara.

—¿Qué cuentas haces ahora, querido mío?

—El porvenir —dijo él—. Siempre da beneficio, aunque se cobre tarde.

—Vámonos a la cama. Necesito un abrazo de presente, de esos que siempre dan beneficio —Elisabeth, zalamera, llevó a su marido hacia el dormitorio.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y escuchó el susurro constante del río. En ese sonido reconoció la respiración de algo más grande que ambos, una herencia de trabajo, inteligencia y amor que correría, como el agua, hacia el futuro. No sabían que, en ese instante, en el corazón del Nuevo Mundo, se fundaba una dinastía destinada a unir dos imperios y a sostener, desde las sombras, el curso de la historia.

Porque hay destinos que nacen del poder y otros, del coraje de dos personas que saben mirar más allá de sí mismas. Y su destino, el de Gilbert-Antoine de Saint-Maxent y el de Elisabeth La Roche, nacía de algún lugar entre las agallas y las entrañas.

XXII

Málaga a Archidona, 4 de abril de 1796

Isabel de Unzaga partió aquel lunes como se parten las ramas viejas: sabiendo que el crujido es el anuncio de algo que no podrá recomponerse jamás.

Había dormido mal, con un sueño entrecortado lleno de rostros que hablaban sin mover los labios. En la última hora de la madrugada, antes de que el primer sirviente encendiera los candiles del pasillo, ya estaba sentada en el borde de la cama, con los pies envueltos en medias de seda y la mirada fija en un punto invisible. No se había vestido aún, pero sobre el biombo esperaban, cuidadosamente dispuestos por Marilú, el crespón pardo claro con el cuerpo ajustado por pasamanería de hilo plateado, la capa ligera de cachemira bordada y el sombrero gris con plumas finas.

Marilú entró en silencio y se inclinó para colocar junto a la cama la bandeja con el chocolate y el panecillo. Desde pequeña, había aprendido a moverse sin ruido, primero en la casa de sus padres, más tarde en el barrio de pescadores en Nueva Orleans, y luego junto a Gabriel, al lado de los Unzaga. Hacía demasiados años que compartían con Isabel más que el día a día, la memoria de dos esclavos traídos desde Luisiana, personas de piel oscura que habían servido a la familia con la lealtad de quienes saben que su destino está escrito en un papel. A los dos, ese mismo año, se les concedería la libertad si así lo querían, tal como lo dejó estipulado Luis de Unzaga en su testamento. Las últimas voluntades dejaban la misma suerte para Felisa y Úrsula, con más privilegios que el otro esclavo que quedaba en su casa, Vicente, a quien la libertad plena le

llegaría solamente cuando lo decidiera la viuda de Unzaga. La noticia corría por la casa como un murmullo. Eran libres para irse, pero no conocían ningún lugar donde fueran a quererlos más que allí. Ya eran de la familia y no se perdonarían que a ma'am Isabel o a sus hijos les pasara algo en su ausencia.

Gabriel, en el patio, supervisaba que el carruaje se encontrara en perfecto estado. No era un coche cualquiera. Las maderas nobles, barnizadas hasta reflejar los faroles de la entrada, daban a la caja un tono de caoba oscura que contrastaba con las molduras de haya clara. Los herrajes de bronce estaban tan pulidos que devolvían, como espejos curvos, el rostro de quien se acercara. Las cuatro ruedas estaban reforzadas con aros de cobre y descansaban sobre muelles de cuero tensado que amortiguaban el vaivén. Las cortinillas interiores eran de damasco marfil bordado en hilo dorado y se recogían con borlas finas. En el pescante, dos faroles de cristal color miel aguardaban la noche, y en la trasera, un cofre pequeño sujetaba las herramientas de viaje y un botiquín.

El cochero, hombre curtido en caminos, probaba con la palma de la mano el calor de los lomos de los caballos. Cuatro animales bien alimentados, de crines negras y patas firmes, aguardaban la orden de engancharse. En el patio se respiraba una tensión silenciosa, el viaje no era largo en mapas, pero sí en tiempo. Entre Málaga y Archidona había poco más de cincuenta kilómetros, y el trayecto podía durar más de seis horas si el terreno se mostraba blando por las lluvias recientes.

Francisca apareció en el zaguán con el pelo recogido en un moño bajo, dejaba caer dos rizos a los lados del rostro. Llevaba un vestido de *faille* pálido con encajes de Valenciennes y en la mano, un chal de lana merina. A sus diecisiete años, no entendía del todo la importancia de aquel viaje, aunque intuía que su madre la conducía hacia un lugar donde sería observada, evaluada como una pieza delicada que debía encajar en un tablero mayor.

Cuando Isabel salió finalmente, el aire de la mañana se tensó. No era alta, aunque su porte tenía el peso de una mujer acostumbrada a que sus decisiones se cumplieran. Subió al carruaje sin apresurarse y cada peldaño de la escalerilla parecía una afirmación

de control. Marilú y Francisca la siguieron, acomodándose en el interior acolchado. El damasco envolvía los asientos y el olor a madera encerada se mezclaba con el de la colonia de lavanda guardada en un frasco de cristal.

—¿Todo listo? —preguntó Isabel, sin mirar al cochero.

—Todo, señora.

El cochero se llamaba Tomás, y eso era lo único que necesitaba saberse de él. Llevaba más de veinte años conduciendo carruajes para familias nobles de Andalucía, y jamás había pronunciado una palabra de más. Su espalda era rígida como un bastón de olivo, y sus manos sabían leer el terreno mejor que cualquier mapa. En los viajes, no dormía dentro de las casas. No hablaba con los criados y nunca había tenido una baja entre sus viajeros. Nada más y nada menos.

Los acompañarían dos escoltas a caballo, enviados por un sobrino desde Granada, con órdenes estrictas de vigilar la caravana sin hablar demasiado. Uno de ellos, Gaspar, llevaba un viejo fusil de chispa y una cicatriz que le cruzaba la mejilla. El otro, Ángel, era más joven, más cauto, más rápido con la mirada.

Por delante de todos, viajaba a caballo un mozo de posta llamado Silvestre, que se adelantaba en cada jornada para asegurar los relevos de caballos, pagar posadas o desviar el camino si había noticias de malhechores en la ruta.

Gabriel les decía adiós con la mano desde la puerta. Hacía tiempo que no se separaba de su «granito de café» y sabía que iba a sentir vacío el colchón cada noche y sus días serían sordos en el bullicio.

El látigo silbó en el aire, los caballos se tensaron y el carruaje comenzó a rodar sobre el empedrado de la Alameda Principal. A esa hora, la ciudad despertaba despacio, vendedores que descargaban cestas, algún borracho rezagado que buscaba sombra y algunas mujeres que abrían los postigos para ventilar las estancias. El ruido de las ruedas sobre la piedra marcaba un compás grave que parecía ordenar el ritmo de la calle.

El carruaje avanzó despacio por el camino alto de Málaga, y dejaba atrás la bruma del puerto y los azahares dormidos. Cuando

desaparecieron las últimas casas, el paisaje se desparramó en colinas bajas salpicadas de olivares.

Los caminos, de tierra apisonada y grava, eran viejos conocidos de comerciantes y arrieros. El sol se filtraba por las cortinas sin que Isabel lo mirara; prefería observar a Francisca, que contemplaba los campos como el más exótico de los páramos. Desde que se habían instalado en Málaga, apenas habían viajado y a sus hijos les faltaba parte del mundo que, en ocasiones, ella había sentido que le sobraba.

En la primera jornada del viaje no hablaron mucho. Isabel tenía la mente ocupada en repasar los nombres de la familia Cárdenas: Juan María Cárdenas Barajas del Castillo, miembro de la Real Maestranza de Sevilla, su esposa María Luisa Castillo de las Peñas González-Merchante, los hijos... Juan María, José Joaquín, María Clara y María Francisca, además de su favorito para unir las familias, que era Manuel. La visita se justificaba como una cortesía para hacer la primera noche del camino, pero todos sabían que una madre no expone a su hija a una casa noble sin pensar en la posibilidad de un buen enlace.

Adelantaron a un grupo de muleros que se apartó para dejar paso. Uno de ellos saludó tocándose el ala del sombrero, y Francisca, por instinto, devolvió el gesto. Isabel observó aquel intercambio con una sonrisa apenas visible, no le disgustaba que su hija mostrara cortesía, pero sabía que en la casa de los Cárdenas tendría que mostrar otro tipo de modales, más sutiles y menos accesibles.

A media mañana, el carruaje se detuvo en una vaguada donde el arroyo de Marín corría lento entre álamos y matorrales. Los caballos bebieron, y Gabriel revisó los herrajes de las ruedas. Marilú extendió un paño sobre una roca y colocó encima un pequeño almuerzo de pan blanco, queso curado, uvas y un jarro de agua fresca. Francisca comió en silencio, miraba cómo el agua arrastraba hojas y ramitas. Isabel, con el chal sobre los hombros, parecía medir el tiempo, calculaba la hora en la que entrarían en Archidona.

El trayecto fue especialmente silencioso. Todas aprovechaban el momento para ordenar las ideas e incluso, las preguntas sobre las próximas semanas, y las tres usaron la callada como talismán y

apuesta segura. El silencio más ruidoso era el de Marilú. No se recordaba aquella voz chillona tan ausente.

El camino desde allí empezó a ascender suavemente. La tierra se volvía más roja, las encinas más abundantes y, a lo lejos, la sierra de Gracia recortaba su perfil. Cuando la villa apareció, extendida en la ladera, Francisca soltó un leve suspiro, las casas blancas se agrupaban como un rebaño al pie del monte y, en el centro, la Plaza Ochavada mostraba su forma perfecta.

El carruaje avanzó por la calle Nueva, cruzó la Carrera y se detuvo en la parada de postas. Allí, los caballos fueron cambiados por otros cuatro, frescos y lustrosos, mientras un mozo traía agua y avena para los animales recién llegados. Isabel aprovechó para descender, estirar las piernas y ofrecer a Francisca la oportunidad de mirar alrededor. Archidona se percibía como un lugar donde las piedras de las casas parecían saber más historias que sus propios dueños.

De la posta a la casa de los Cárdenas había apenas unos minutos de recorrido. Su destino se alzó ante ellas como un recuerdo que no les pertenecía, pero que ya las reclamaba. El escudo de piedra, labrado con paciencia de siglos, resistía la intemperie como un rostro curtido; las rejas, altas y negras, parecían retener un tiempo más denso. Al entrar, el patio recibía la luz de la tarde como una ofrenda vertical, un rectángulo del cielo detenido sobre la fuente de mármol. La voz líquida del agua parecía recitar la misma frase desde hacía generaciones.

María Luisa Castillo de las Peñas salió a recibirlas con la serenidad de quien acoge a familiares que no necesitan presentaciones. Los abrazos fueron sobrios, las manos se rozaron con un reconocimiento tácito. Detrás, su marido, Juan María Cárdenas del Castillo mantenía una postura recta, mientras observaba a Isabel con un respeto que también medía distancias. Manuel estaba a unos pasos, con una media sonrisa que Francisca no necesitó traducir.

—Vengan, deben descansar del camino —indicó María Luisa, y un criado, en silencio, las condujo por la escalera de piedra.

En el rellano, Marilú ya las esperaba. Había llegado antes y estaba preparando todo con precisión de ceremonia: jarras de agua fresca con anillos de humedad en el barro, toallas de lino plegadas con

exactitud, frascos de colonia de lavanda y, sobre un arcón, había puesto los vestidos para esa noche. En el cuarto se respiraba limpieza y orden; la luz entraba tamizada, y acariciaba el dosel de la cama y la cómoda de caoba.

—El crespón gris y el chal, para usted —dijo Marilú, abriendo la prenda como quien despliega un argumento—. La muselina clara y los pendientes de filigrana, para la señorita.

Isabel se lavó las manos; el agua le devolvió el frío que borraba la fatiga en círculos concéntricos. Francisca, sentada frente al espejo ovalado, dejó que Marilú le recogiera el cabello con alfileres que entraban y salían como puntadas invisibles. No hablaron mucho, el silencio estaba lleno del peso de la casa, de las miradas que las esperarían abajo, y de la idea de que el futuro podía caber en una sola noche.

—Basta así —dijo Isabel, ajustándose el chal—. No más adornos.

Bajaron. El comedor era un escenario dispuesto para que nada pareciera improvisado: mantel de lino blanco que caía con precisión sobre las rodillas, loza de borde azul que atrapaba el parpadeo de las velas, plata bruñida que reflejaba rostros en miniatura. El aroma del tomillo se mezclaba con el del pan recién horneado y el del vino tinto que aguardaba en jarros de barro vidriado.

Durante la sopa, Juan María Cárdenas del Castillo guio la conversación hacia un apellido que ambos sabían que pesaba como una llave maestra.

—Recuerdo como si fuera ayer —dijo, apoyando suavemente la copa en la mesa— la carta de mayo de 1781 que anunciaba la entrada de Bernardo de Gálvez en Pensacola. Fue el veintiocho de ese mes cuando el fuerte cayó... y con ello, la Florida Occidental volvió a la Corona. Un hombre que no sabía lo que era retroceder.

Isabel sostuvo la mirada con una leve inclinación de cabeza.

—Mi hermana Felícitas se casó con él en noviembre de 1777, cuando nosotros dejábamos el Cabildo de Luisiana para ir a Venezuela. Después de siete años, Luis quería volver y había sido muy intensa su labor en el Gobierno. Éramos pocos los que entendíamos entonces lo que se estaba gestando... y menos aún los

que sabíamos lo que Bernardo era capaz de hacer. Mi madre lo supo desde la primera vez y por eso lo quiso en la familia.

—Luis de Unzaga... todos le echamos tanto de menos... —intervino María Luisa con voz medida—. Siempre supimos que cuando Bernardo marchó sobre Baton Rouge fue gracias a todo el camino allanado por tu padre, Francisca. Su nombre estaba en todas las conversaciones de las casas bien.

Isabel sonrió con un matiz que mezclaba orgullo y memoria.

—Luis gobernó en tiempos de cambios. Y cuando en 1779 España entró en guerra contra Inglaterra, Bernardo ya había demostrado que no se conformaba con defender, avanzaba. Esa campaña del 81... —dejó la frase abierta.

María Clara, la única hija de los Cárdenas con una curiosidad que parecía inocente, pero que demostraba lo bien enseñada que estaba, cambió sutilmente de tercio.

—Yo conozco a su hija, María Josefa, y me parece tan gentil...

—Lo es —respondió Isabel—. Es la quinta de mis hijos. Rafaela es la única casada, la mayor. Luego vienen Luis, Rosario, Francisca, Nisia y María Josefa. Ella nació en La Habana, cuando estábamos allí. Tiene un carácter tranquilo y firme. Solo tiene doce años y sabe esperar, sabe que habrá muchos matrimonios en casa antes que el suyo... y eso vale tanto como cualquier dote.

María Luisa dejó la copa en la mesa con suavidad.

—Las mujeres que saben esperar, y las familias que saben escoger, unen casas para generaciones.

No miró a Manuel ni a Francisca. La frase quedó suspendida como un hilo invisible que todos podían ver.

Juan María retomó, para hablar de Nueva Orleans en los años franceses, de la calle Conti y del comercio de pieles que Gilbert-Antoine de Saint-Maxent había levantado desde 1749, cuando se casó con Elisabeth La Roche. Quiso demostrar que estaba al tanto de la historia familiar y hasta mencionó cómo el difunto Saint-Maxent fundó con Pierre Laclède la compañía para comerciar en la Alta Luisiana y de la expedición que llevó a fundar San Luis del Misuri.

Isabel completó la imagen, recordó la guerra franco-india, y cómo las alianzas con los nativos chickasaw habían marcado la frontera occidental. La conversación viajó de Cádiz a Veracruz, de Luisiana a la Alameda de Málaga. En cada tramo, Francisca y Manuel intercambiaban miradas breves y el resto de la mesa era un marco amigo para ese diálogo silencioso.

Felícitas se perfilaba como el previsible siguiente tema de conversación e Isabel no quería decir nada al respecto. Sintió la quemazón en el corazón por aquello que sentía una debilidad. Las Unzaga se disculparon, tenían que salir de allí al alba para continuar el viaje. La cena terminó y la casa se recogió sobre sí misma. Los corredores olían a cera y a madera antigua. Desde el piso alto, el patio era un pozo de sombra con una luna detenida y la fuente seguía diciendo lo mismo de siempre, solo para quien supiera escuchar.

En la habitación, Francisca dejó que Marilú le soltara el cabello; cada horquilla caía sobre la cómoda como una sílaba breve. Isabel, en el cuarto contiguo, guardó una carta en el fondo del equipaje. Fuera, la noche se extendía como un animal que respira lento. Durmieron poco. El viaje seguía vivo en sus sueños, insistente, y el amanecer entró sin estridencias, primero un gris insinuado en las paredes, luego el canto aislado de un gallo. Cuando salieron al corredor, solo María Clara estaba allí, envuelta en un chal. Les deseó buen viaje en voz baja.

En el patio, Tomás y los mozos aguardaban. Los caballos, envueltos en vapor, marcaban con sus cascos un compás contenido. El carruaje tomó el camino entre olivares. Isabel miró hacia adelante; Francisca, hacia atrás, hasta que la torre de la iglesia se hundió detrás de la curva. La fuente del patio seguiría hablando, pero ya no para ellas.

XXIII

Aranjuez, 6 de abril de 1796

Felícitas esperaba impaciente la llegada sin saber la fecha exacta. Le asustaba tanto la incertidumbre de saber qué iban a vivir juntas cuando su hermana, su sobrina y Marilú estuvieran allí, que su cabeza no paraba de martillearla.

Admiraba y quería tanto a Isabel que temía sus reproches. Le había entregado a su hija para su crianza y esa casa en la que vivía era el síntoma claro de la caída en picado de una virreina. Sola, falta de salud y con poco más que lo básico.

Temía algo mucho más que sus reproches. Temía su mirada condescendiente y la compasión de su alma misericordiosa. No quería dar pena. La dignidad era lo único que le quedaba. Sabía que tenía que reforzarse para cuando viniera su hermana. Había algo que Isabel había heredado de su madre. Eran las protagonistas y las antagonistas de todas las historias que les tocaba vivir. Tenían alma de reinas y conciencia de sus propios émulos.

Felícitas tenía razón. Aquel viaje a Aranjuez venía orquestado por la adversaria de su hermana Isabel, aquella mente tramposa que residía dentro de ella y que hacía que nada fuera lo que parecía para conseguir cumplir sus objetivos. Isabel había decidido ocultar a todos, como una desgracia, la historia de la familia. Veía todo como un riesgo: haber servido a la Corona, haber cumplido con el deber, se cuestionaba si merecían cada una de las prebendas que habían recibido. A su hermana no le hacían falta enemigos que la sabotearan. Con ella misma se bastaba.

El silencio, la vergüenza, el temor a perder lo que se había conseguido, el deber de agradar a todos. Isabel vivía en un castillo mental complicado. ¿Dónde están las rejas en el comportamiento de cada persona? ¿Dónde coloca su carácter y su educación los límites de su propia libertad? Isabel no se permitía fallar y eso se trasladaba a todos los demás, mediante su innegable autoridad.

Así estaba Felícitas. Esperaba el veredicto de su hermana Isabel, la piadosa, o el reproche de la inquisidora. El miedo en Aranjuez no encontraba un antídoto fácil. Por eso, se sentó a pensar en momentos mejores y se enfrascó en uno de los mayores éxitos de su marido, la batalla de Baton Rouge. Eso le serviría para evadirse y para contrarrestar el miedo al castigo con la vanidad del recuerdo del triunfo. Su mente voló, dictándose a sí misma para imprimir en su mente.

Bernardo no fue hombre de pausa. Cuando la guerra entre España e Inglaterra se encendió con el pretexto de las colonias americanas, él entendió que el Golfo de México era el tablero donde se decidiría mucho más que la suerte de unos puertos, allí se jugaba el equilibrio de imperios. Tras la victoria en Baton Rouge y después en Mobila, quedaba una espina: Pensacola, la capital de la Florida Occidental británica. Era allí donde se concentraban los enemigos, atrincherados tras murallas gruesas y baterías bien calculadas, seguros de que ningún español osaría desafiarles en su propia bahía. Mas no conocían a mi marido.

Recuerdo lo que le costó convencer a unos y a otros en La Habana. Con frecuencia, en casa, le oía murmurar «Si tomamos Pensacola, aseguraremos el Golfo y el honor de España. Si fallamos, nos recordarán por la osadía». Yo asentí, sin saber si debía alegrarme o temer. La historia suele exigir sacrificios y las familias somos las que los pagamos.

Zarpó desde La Habana el veintiocho de febrero de 1781, al mando de una gran escuadra: barcos de línea, fragatas, bergantines, transportes cargados de hombres y esperanza. Lo acompañaban mil trescientos marinos y mil quinientos soldados de los regimientos del Rey, del Príncipe de España, de Navarra, de Soria, de Guadalajara, de Ibernia y de la infantería valona más mil doscientos oficiales, cuarenta y siete artilleros, cien gastadores de fortificación, médicos, herreros, carpinteros, armeros y toneleros. Entre ellos había hombres que habían dejado esposas y niños, igual que nosotras, confiando en que los santos los ampararan. Me quedé en tierra, escribiendo cartas que tal vez nunca llegarían. El puerto se llenó de pañuelos al viento y de oraciones susurradas.

Cruzar la bahía para llegar a Santa Rosa fue un tormento. El viento cambió, los bancos de arena traicionaban las maniobras, los ingleses disparaban desde el fuerte con rabia contenida. El 9 de marzo, un destacamento especial se hizo con la escasa artillería británica. Los marinos decían que el canal era una trampa mortal, si una nave encallaba, las demás quedarían varadas bajo el fuego enemigo.

Muchos capitanes dudaron, y alguno sugirió esperar mejor tiempo. Mas Bernardo no era de los que esperan. En el bergantín Galveztown, izó su insignia y gritó para que todos le oyeran «¡El que tenga honor que me siga!». Se lanzó a cruzar la línea de fuego. Nadie lo detuvo. Lo vieron avanzar, desafiante, con los cañones británicos disparando desde los acantilados y al verlo, los demás capitanes, avergonzados, siguieron su estela. Así fue como la escuadra española entró en la bahía. Aquella jornada bastaría para consagrar su lema, el «Yo solo» que hoy adorna su escudo nació de ese gesto.

En la bahía, comenzó la preparación del asedio propiamente dicho. Los ingenieros levantaron baterías en la arena, cavaron trincheras y abrieron caminos cubiertos. Los ingleses se habían atrincherado en tres estructuras principales: Fuerte Jorge, con cuatro torres y un foso, el reducto del Príncipe de Gales y el reducto de la Reina. Estaban protegidos por empalizadas. El enemigo tenía unos mil setecientos hombres, británicos, mercenarios alemanes y los indios aliados. Los nuestros eran unos cuatro mil, contando las milicias y la marinería, mas no sobraban los víveres ni la pólvora. Cada día era un pulso entre la paciencia y el hambre.

Las semanas siguientes fueron un infierno. El clima era húmedo y denso, los mosquitos no daban tregua, y las lluvias torrenciales inundaban las trincheras. A veces el barro llegaba a las rodillas y los hombres cavaban con el agua hasta el pecho. Desde nuestra posición podíamos ver el resplandor de los bombardeos en la distancia, como relámpagos que no cesaban. Yo me aferraba a las cartas de Bernardo, breves, escritas de noche a la luz de una lámpara. En una de ellas me dijo «Felícitas, si caigo, que sepan que fue por deber. Que entiendan que aquí se juega el porvenir de nuestra América».

El 8 de mayo amaneció con un sol implacable. Desde la madrugada, los cañones españoles martilleaban el reducto del Príncipe de Gales. A media mañana, una bala de cañón cayó justo donde nadie podía preverlo, impactó en el polvorín del reducto. La explosión fue tan brutal que se oyó hasta en los buques anclados fuera de la bahía. La tierra tembló y un penacho de fuego y humo subió al cielo. Más de cien de británicos murieron en el acto y la brecha abierta en la línea defensiva fue la señal que todos esperaban. Bernardo, viendo la oportunidad, ordenó el asalto. Las tropas se lanzaron hacia el fuerte, atravesando la nube de polvo y metralla. Fue un combate feroz, cuerpo a cuerpo, a bayoneta calada, en medio de un calor que olía a azufre y sangre. Imagino que, si los ángeles alguna vez bajaron al campo de batalla, debieron hacerlo ese día.

Al caer la tarde, los británicos, desbordados, abandonaron el reducto. Desde allí se pudo emplazar nueva artillería española, que comenzó a castigar el Fuerte Jorge con precisión devastadora. El enemigo no resistió mucho más. El diez de mayo de 1781, el general John Campbell izó bandera blanca y pidió parlamentar. Los términos de la rendición fueron honorables, se respetó la vida de los prisioneros y se permitió a los oficiales conservar sus espadas. Había terminado el sitio. España había reconquistado Pensacola y con ello toda la Florida Occidental. El Golfo quedaba libre de la presencia británica.

Cuando las campanas repicaron, Bernardo no celebró. Dicen que caminó entre los heridos, deteniéndose en cada camilla, escuchando a los moribundos, agradeciendo a los que aún respiraban. Había cumplido su misión, pero el precio era alto. La bahía estaba sembrada de cuerpos y los campos, ennegrecidos por la pólvora. Aquella victoria, tan grande como la de Trafalgar lo sería después, tuvo más de sacrificio que de gloria. En sus notas, escritas esa misma noche, apuntó «No hay triunfo sin dolor. La tierra lo absorberá todo y de este barro nacerá la paz».

A los pocos días, me escribió a mí. La carta la guardo aún, amarillenta, doblada entre las páginas de un misal. Decía: «Esposa amada, Pensacola es nuestra. El enemigo ha capitulado. No hubo cobardía en los míos. Te envío el honor que nos toca a todos. Diles a las mujeres que rezaron que su fe no fue en vano». Yo la leí en voz alta en el hospital donde atendíamos a los heridos que traían desde la costa. Algunos, al escuchar su nombre, sonreían. Otros, apenas abrían los ojos, decían que lo habían visto cabalgar entre el humo, dando órdenes serenas. No sé si fue verdad, aunque prefiero creerlo.

Los meses siguientes trajeron reconocimiento y cansancio. Bernardo fue ascendido, el rey le concedió títulos y honores, pero lo que más lo conmovió fue la gratitud de la gente sencilla, los soldados, los marineros, las familias que podían dormir sabiendo que el Golfo estaba en manos amigas. Sin Pensacola, los británicos no podrían reforzar sus tropas en el sur, y las colonias rebeldes del norte tuvieron respiro. No sé si los americanos que más tarde se llamarían Estados Unidos llegaron a comprender cuánto les debieron a aquella jornada española. Mi marido no solo defendió una bandera, también abrió un camino para un continente nuevo.

Ahora que lo pienso, lo más admirable fue su serenidad. Cuando regresó a casa, con sus heridas de bala en el vientre y en la mano, se detuvo frente al puerto sin buscar aplausos. Me abrazó, cerró los ojos y dijo «Feli, lo logramos. Y, sin embargo, siento que he envejecido veinte años». Yo le respondí que el tiempo pasa distinto para los que cargan con la Historia. Sonrió, y por primera vez en mucho tiempo, descansó.

De todo aquello nos queda más que un recuerdo. Nos queda una lección: que la voluntad puede más que el miedo; que la audacia, cuando se alimenta de convicción y no de vanidad, arrastra a los hombres hacia lo imposible. Por eso quiero que cuando esta carta se lea dentro de cien años, y tal vez los

nombres se hayan borrado de los monumentos, alguien sepa que, en Pensacola, en mayo de 1781, Bernardo de Gálvez y sus hombres ganaron con su valor lo que siglos de política no habían logrado. Que sepan también que detrás de esa hazaña hubo mujeres que esperaron, que rezaron y que sostuvieron la esperanza cuando las armas callaban.

Felícitas terminó de escribir. Soltó la pluma y reclinó la cabeza en el respaldo. Ahora tenía menos miedo. Recordar las batallas de Bernardo y su forma de encarar la vida, la volvía más fuerte. Su hermana no podía reescribir la historia. Los muertos no lo merecían. Ni los vivos. Elisabeth pedía que se enorgullecieran de la verdad. Isabel se encastillaba en su amor propio como la adalid de las gestas familiares, y olvidaba lo importante. La historia no se escribe sin los quiebros o los fracasos, ni siquiera sin los pecados. Las personas somos un todo y contar solo una parte amputa la esencia de los grandes personajes.

Felícitas sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo, una especie de intuición. Debía ayudar a su hermana Isabel a vencer a la enemiga que le habitaba el cuerpo y la mente.

XXIV

Loja-Granada, 6 de abril de 1796

Tercera jornada del viaje y ya tenían en la memoria de los tímpanos las campanas de Málaga, las de Archidona, las de la pasada noche en Loja y estaban ansiosas por escuchar las de Granada porque Luis de Unzaga decía que todavía sonaban a reconquista. A Francisca le ardía una mirada nueva, con el fondo del iris prendido un rescoldo que ni el traqueteo del carruaje ni el polvo de la calzada podían apagar. Isabel lo había notado desde la primera noche. Era una muchacha lista y sabía que pronto le llegaría la hora. No necesitaba que su hija hablara; la sonrisa contenida en la comisura y el modo en que miraba por la ventanilla, con el cuello levemente inclinado, decían más que cualquier confesión.

Marilú, sentada frente a ellas, con las manos apoyadas sobre la falda y un pañuelo anudado a la cabeza, callaba, pero sus ojos iban de la madre a la hija con un brillo que mezclaba complicidad y curiosidad. En los años al servicio de la familia Unzaga, había aprendido a leer los gestos igual que otros leen cartas o escrituras notariales.

El carruaje había dejado atrás Loja y el cochero, veterano de caminos, tomó la vereda que subía hacia la Sierra de Parapanda, donde los olivos se retorcían contra un cielo sin nubes. La ruta hacia Granada era un trayecto, era una sucesión de dominios y también de memorias. Isabel lo sabía bien. Aquellas tierras, en su mayoría, se habían repartido durante generaciones entre viejas familias y órdenes religiosas. Parte de los olivares y cortijos que ahora pasaban ante sus ojos figuraban, décadas atrás, en las escrituras de un tío de

Luis de Unzaga y aún quedaban parcelas en disputa que los albaceas trataban de reincorporar al patrimonio familiar.

—Mamá, ¿te puedo hacer una pregunta?

—*Mais oui*, hija.

—Cuando el otro día, en casa de los Cárdenas, te preguntaron por María Josefa, dijiste que quedaban muchos matrimonios antes que el suyo... ¿Tú nunca has pensado que alguna de nosotras pueda querer entrar en un convento?

Marilú soltó una exclamación breve, casi un suspiro teatral.

—¡Ay, Jesús del amor hermoso, niña, qué cosas se te ocurren! Ja.

Isabel no sonrió.

—Yo no os voy a animar a eso —dijo, con una calma que no dejaba espacio para el juicio—, pero si alguna lo decidiera, tendría que ser una elección muy meditada. *Vraiment*, puede ser acertada... si es lo que verdaderamente quieres.

Hizo una pausa, buscaba las palabras como quien ordena piezas delicadas sobre una mesa.

—En un convento podrías llevar una vida contemplativa, dedicarte a Dios, vivir entre mujeres que comparten tu fe... rezar, cocinar, estudiar, cantar, crecer en silencio. Y, créeme, soy consciente de que las monjas, al llegar a viejas, conservan la piel tersa y una sonrisa serena. Las de las esposas y las madres se ajan más. Esa tersura y esa paz tienen un precio que es la renuncia. Los votos de castidad, pobreza y obediencia son cadenas suaves, pero cadenas al fin. Y ya sabes que yo soy una madre ambiciosa; quiero que moldeéis vuestras vidas con la libertad que da no estar atadas a esas obligaciones.

Francisca se acomodó en el asiento, dando a entender que la idea ganaba peso.

—¿Y tú crees... que yo querría eso?

—Yo creo —replicó Isabel, con una media sonrisa— que ahora mismo tienes otra cosa en la cabeza. Tienes una sonrisa... *particulière*. No me digas que no te agradó Manuel.

—Mamá —protestó Francisca, sin poder evitar que el rubor la delatara—. Es un joven apuesto y cortés, sí. No sé si tanto.

—Hija mía, no es que a mí me «gusten» los Cárdenas. Es que las alianzas poderosas son un cimiento. Como hizo mi madre conmigo.

Se inclinó un poco hacia ella.

—Mira, jamás pensé que yo repetiría las mismas palabras que me dijo la abuela. La felicidad... *c'est une construction de l'esprit*. Tus amigas, muchas, aceptarán su futuro a regañadientes. Se amargarán. Cuando me dijeron que me casaría con tu padre, lloré días enteros. Era feo y tenía treinta y siete años más que yo. Mi madre me enseñó que todo dependía de cómo yo construyera mi vida. Fui capaz de ver en él al más valiente, al más íntegro y hasta llegó a parecerme el más guapo y atractivo... y tuve la suerte de que me quería.

Hizo una pausa para mirar por la ventanilla, hacia un cortijo que se dibujaba entre los almendros.

—Escúchame bien, hay que acertar con hombres buenos, que te respeten, que quieran ser buenos padres y que puedan darte una vida sin privaciones. A partir de ahí, la historia la escribes tú. Y te voy a dar el secreto para encontrar una vida plena. Si consigues sentir que el lugar de tu mayor paz y descanso es su hombro al apoyar tu cabeza en la cama, querida hija mía, habrás encontrado la dicha. Esa es la clave. Encontrar el descanso y la confianza en su abrazo. A partir de ahí construiréis juntos una casa con muros indestructibles.

Marilú, que había permanecido callada, intervino con un deje cantado en la voz, mezcla de Cádiz y Nueva Orleans.

—Y no te olvides, señorita, que hay muchas que se casan por hambre y otras por miedo. Y que ni unas ni otras, ja, ríen después.

—Exacto —asintió Isabel—. Piensa en todas las novelas de amor que conoces. ¿Cuántas acaban bien para las mujeres? En casi todas, las que persiguen un amor imposible... mueren. El mundo no soporta que triunfen.

—¿Y eso por qué? —preguntó Francisca.

—Porque la mayoría de esas historias las escriben hombres. Y no pueden permitir que las mujeres libres terminen victoriosas. Algún día —y aquí la voz de Isabel se endureció, pero con un brillo de fe—, las nietas de las nietas de nuestras nietas podrán escribir su destino

sin depender de un hombre. Hoy... hoy eso es imposible. Con estos mimbres tenemos que tejer nuestros cestos.

El carruaje avanzaba dejando a un lado los restos de una torre nazarí, devorada por el tiempo. Más allá, los caminos polvorientos se ensanchaban en la vega, un mosaico verde y ocre. Isabel señaló una alquería lejana.

—Parte de esos campos fueron de los Unzaga. Y aún estamos tratando de unificarlos en el patrimonio. Los albaceas, don Manuel Centurión y don Pedro Ortega, trabajan en Málaga con el notario para recuperar escrituras, aunque esto va lento. Como esposa me legó el vínculo que había heredado él de su hermano Martín, el presbítero, y también varias de las capellanías. Hay herencias antiguas, arrendamientos a medias... todo eso complica las manos de quien quiere ordenar.

—Siempre fue así, ma'am. Ja. Las tierras son como las familias, fáciles de perder, difíciles de juntar. —Marilú movió la cabeza.

Francisca se quedó mirando aquel paisaje, esperaba una respuesta en la geometría de las huertas. Isabel la observó en silencio, preguntándose si la niña entendía que su destino se decidiría en gestos tan aparentemente pequeños como una mirada en una sala o una respuesta a destiempo.

La rueda del carruaje mordía la grava con un ritmo constante, un sonido que, inevitablemente, marcaba el compás de la conversación.

Francisca ladeó la cabeza.

—¿Y qué hay que hacer?

—Firmar, reclamar, demostrar que la propiedad es legítima. Encontrar en los archivos del cabildo las certificaciones que confirmen los linderos. Algunos colindan con huertas que llevan generaciones cultivando familias que jurarían que esas tierras siempre fueron suyas.

—Eso es como quitarle el pan a alguien —dijo Marilú, mirando al frente.

Isabel sonrió apenas, sin dureza.

—O como devolverlo a quien lo sembró primero. No hay herencia sin memoria. Y la memoria, si no se defiende, se disuelve.

—Ma’am, no diga eso. Son formas distintas de ver las cosas. Mujer blanca, mujer negra, una rica y otra pobre, una libre y otra esclava... Ja, es la historia del mundo, pero sus ojos nunca verán la tierra como la veo yo.

Madre e hija callaron ante la serena certeza y la sabiduría. La carretera comenzó a estrecharse, flanqueada por tapias encaladas en las que la cal se había deshecho en parches grises por la humedad de enero. En algún punto, entre las ondulaciones de la Vega, se alzaban las torres de secado del tabaco, negras y recortadas contra un cielo de plomo.

—En Granada tendremos que ver a un escribano que custodia varios de los documentos. Lo conocí hace años y es un hombre meticuloso. Guarda sus papeles en cajas de madera alineadas como soldados.

—Y todo por tierras, ja... Con lo poco que pesan y lo mucho que dan que hablar. —Marilú chasqueó la lengua.

Isabel se inclinó hacia la ventanilla.

—La tierra es lo único que no huye. Ni con guerras ni con pestes.

Francisca fijó la mirada en el paisaje que se abría frente a ellas: parcelas marrones que parecían cortadas por un cuchillo enorme que las hubiera repartido; líneas de álamos que delimitaban los cauces de acequias heredadas de los árabes; molinos de agua con sus ruedas inmóviles, esperaban la primavera.

—¿Alguna vez viviste en Granada, mamá?

—No. Supe siempre que parte de lo que somos está aquí. Tu padre heredó estas tierras por la sangre y veló por ellas. Ahora nos toca a nosotras y nunca olvides que murió siendo el teniente general de las costas del reino de Granada. Qué barbaridad. En junio hará ya tres años y aún noto sus besos.

El carruaje tomó una curva y apareció, entre la bruma, la silueta desordenada del Albaicín, con sus casas encaladas apretadas unas contra otras. En lo alto, retozando contra las nubes bajas, la Alhambra se insinuaba con la altivez de quien sabe que lleva siglos vigilando la llegada y la marcha de las gentes.

—Hoy nos alojaremos en el convento de Santa Catalina de Zafra —anunció Isabel—. Fue fundado en una casa morisca que

perteneció a una familia muy rica de Granada. Y la familia de tu abuelo tuvo que ver con esas propiedades. Quiero que lo veas.

—Y yo, ja, quiero ver esas monjitas clarisas de las que tanto habla ma'am. —Marilú sonrió con un gesto de complicidad.

—Las verás y quizá hables con alguna. Así podrás sacar tus propias conclusiones sobre todo lo que os he dicho.

La cuesta hacia el Albaicín se hizo más empinada. El carruaje avanzaba despacio, ladeándose en cada curva. Desde las ventanas, se veían patios interiores con columnas de mármol y fuentes sin agua, abandonadas al invierno. Un olor a leña quemada se mezclaba con el aire frío. En la esquina de una calle estrecha, una mujer morisca vendía higos secos y almendras tostadas, envueltos en papel de estraza. Francisca se acercó a la ventanilla para mirarla mejor; aquella mujer parecía salida de un tiempo anterior al suyo, con las arrugas dibujando un mapa tan preciso como los linderos que Isabel debía recuperar.

—Granada tiene memoria en las manos de su gente —dijo Isabel —. Aquí los rostros guardan siglos.

Un giro más y el carruaje se detuvo frente a un portón alto de madera, reforzado con clavos de hierro. Sobre el arco, se dejaba ver un escudo de piedra que mostraba, sin poder distinguirse claramente por el desgaste, las armas de la familia que había fundado aquel convento. Isabel descendió primero, con un movimiento seguro que no dejaba adivinar el cansancio de la jornada. Los mozos que las escoltaban solamente aparecían para ayudarlas. Sabían ser invisibles para las damas. Marilú ayudó a Francisca, ajustándole el mantón sobre los hombros.

La puerta se abrió con un chirrido largo y apareció una hermana de hábito blanco y escapulario negro, las manos ocultas en las mangas.

—Sean bienvenidas —dijo con voz grave—. Pasen, que la noche se enfría.

Atravesaron un zaguán fresco, con un suelo de piedra agotada por siglos de pasos. En el patio central, un surtidor dejaba caer un hilo de agua que parecía acoplarse a la primavera. Los arcos de yesería estaban cubiertos por una capa reciente de cal.

—Este convento —susurró Isabel a su hija— fue parte de una casa mayor. La familia que lo cedió a la orden había hecho fortuna en la seda y tu abuelo, por vía de su hermano, tuvo negocios con ellos. Las tierras que ahora reclamamos están ligadas a estas paredes.

—¿Entonces es también... nuestro?

—No realmente. En otro tiempo lo fue más. La historia de las propiedades es como un tapiz, tiras de un hilo y nunca sabes qué dibujo vas a descubrir.

—Pues a mí, ma'am, me parece que aquí se vive mejor que en muchas casas con dueño —murmuró Marilú, que caminaba un paso detrás—. Si no fuera por Gabriel, ja, preguntaría si no quieren una monja negra que sabe leer, limpiar, cocinar y coser... y que canta muy bien.

Una sonrisa breve cruzó el rostro de Isabel, pero no contestó. Ellas sabían que no cantaba, chillaba como una gata. Siguió caminando, dejaba que el eco de los pasos se perdiera en la penumbra de los arcos, donde el olor a cal húmeda y madera vieja se mezclaba con un leve perfume de azahar que venía de un patio interior. Las paredes, altas y silenciosas, parecían absorber cada sonido, guardaban en sus muros siglos de confidencias muertas.

Las monjas de Santa Catalina de Zafra, con sus hábitos blancos y escapularios negros, avanzaban sin prisa, vivían en el tiempo de las que lo que esperan tras la muerte es algo mejor. La priora, una mujer de rostro enjuto y mirada serena, las condujo por un corredor adornado con azulejos de reflejo metálico, herencia de los antiguos alfares moriscos. A través de una puerta entornada se adivinaba el claustro con una fuente octogonal.

Pasaron junto a una estancia en penumbra. Sobre las mesas quedaban los bastidores cubiertos con paños blancos, durmiendo después de un largo día de manos incansables. Las madejas de hilo descansaban alineadas en una repisa y un acerico, aún con agujas clavadas, a la espera del regreso de las novicias con la primera luz del alba. Marilú se detuvo un instante y miró aquel silencio tejido.

—Mire, ma'am... ja, aquí hasta las agujas parecen vivir mejor que muchas mujeres libres.

—También pagan su precio, Marilú —murmuró Isabel con un matiz de cansancio.

La celda que les asignaron era amplia para ser de convento: dos camas de hierro pintado, una mesa con candil de aceite y una ventana que daba al huerto, donde los granados empezaban a abrir sus flores rojas como pequeñas llamas. En un rincón, una cruz de madera oscura presidía la estancia.

Isabel dejó su mantilla sobre la cama y se acercó a la ventana. Sentía a Granada respirar al otro lado: la silueta de la Alhambra, encendida por las últimas brasas del día y más allá, la línea quebrada de Sierra Nevada, todavía con nieve en las cumbres. El aire traía un rumor de campanas dispersas.

—Míralo bien, hija. Este paisaje es tan nuestro como Málaga. Y si las cosas salen como espero, también será parte de lo que os quede algún día.

Francisca no respondió; estaba absorta en el sonido distante del agua que corría en las acequias. Marilú, mientras tanto, deshacía un hatillo con esmero, y colocaba en la mesa un pequeño rosario de cuentas oscuras y un pañuelo de lino bordado.

—Por si alguna quiere rezar esta noche —dijo, soltando el rosario junto a la cruz.

La cena fue frugal, como marcaba la regla: sopa clara, pan reciente y un cuenco de membrillo en almíbar. Se sirvió en el refectorio, bajo una bóveda encalada, con otro crucifijo presidiendo la pared frontal. Las monjas comían en silencio y el único sonido era el de las cucharas tocando la loza.

Al regresar, Isabel y Francisca subieron al ala donde estaban las celdas de huéspedes principales. Marilú, en cambio, fue conducida por una joven novicia a una estancia más humilde, en la parte baja del convento, junto a la cocina. Allí, una cama de madera con jergón de paja, un arcón pequeño y una jarra de barro sobre un banco eran todo su ajuar. Desde la ventana alta y pequeña, muy pequeña, se colaban los olores cálidos del pan y la leña ardiendo. Marilú suspiró; para ella, aquella austeridad era alivio.

En la celda principal, Francisca encendió el candil y su luz temblorosa dibujó sombras alargadas en las paredes. Isabel se

descalzó despacio, demorando el instante en que el cuerpo se entrega al descanso.

—Hoy dormirás como en ninguna posada. Y quiero que recuerdes la paz de estas mujeres. Mírales la cara mañana; tal vez encuentres en ellas alguna respuesta.

Fuera, el convento había recalado en un silencio de piedra. Las voces del día se habían retirado a los claustros interiores. Isabel apagó el candil con un soplo breve; la habitación quedó envuelta en una oscuridad espesa, apenas rota por el resplandor pálido de la luna que entraba por la ventana. Granada dormía y con ella, las tres mujeres que al amanecer continuarían su camino. Al alba, visitarían al notario que había hecho una excepción con esas horas que no estaban hechas para que trabajara alguien de su clase. Hay «salvedades» que solamente se abren con un apellido y una buena bolsa de reales.

XXV

Granada, 6 de abril de 1796

La cama del convento le resultaba extraña y el aire olía a madera vieja y a recuerdos ajenos. Isabel giraba una y otra vez, incapaz de dormir. El peso de la historia le roía la conciencia, no tanto por su grandiosidad como por su delicadeza. Presagiaba que no le esperaba una buena noche. La asaltaban los fantasmas y los miedos, esos que le nublaban la razón y le hacían perder la calma. Era un infierno sentir terror por lo que opinaran los demás sobre la familia, sobre sus decisiones. Se hacía pequeña, temblaba y se parapetaba en aquel escudo de perfección que había construido para los demás.

En la cama nunca había nadie más. No desde que Luis la dejó sola. Tenía una estrategia para dormirse, mejor que la de contar ovejas. Cuando pensaba e intentaba recordar los encargos que la Corona había hecho a su marido y a su cuñado, sentía que la responsabilidad se trasladaba a instancias mayores. Y recuperaba algo de su paz perdida al sentir que obedecían con pleitesía. Sacaba sus demonios de la mente y se relajaba. Tenía miedo a reconocerse a sí misma que aquella angustia que la poseía podía ser cosa del diablo.

En aquella cama ajena, respiró profundamente. Cerró los ojos, así pensaba que la primera piedra del camino hacia el sueño estaba puesta. Y comenzó a rememorar haciendo que leía en un libro la lista de los encargos que conocía. Aquello, además de exculparla en su tormento interno, le parecía aburridísimo. La mejor forma de quedarse dormida.

Pensó en el rey Carlos III. Lo imaginó sentado en su despacho del Palacio de Oriente, los mapas desplegados, el gesto sereno pero contenido. En su mente, lo imaginaba erguido como debe estar un monarca ilustrado, enemigo del impulso y devoto de la estrategia. Frente a él, el ministro José de Gálvez y Gallardo, secretario del Despacho de Indias, tomaba notas con su caligrafía precisa. La escena que Isabel recreaba en su mente había ocurrido en diciembre del 76, cuando el rey, a través de su ministro, había decidido ayudar a los colonos norteamericanos sin admitirlo jamás. El rey no quería una guerra prematura con Inglaterra. España aún se recuperaba de pérdidas anteriores; necesitaba tiempo, discreción y cálculo. Tampoco podía permitir que su rival británico consolidara el dominio del Golfo de México ni de las Floridas. Así que el encargo fue doble, debilitar al enemigo y proteger los intereses de la Corona, sin levantar sospechas.

José de Gálvez, obediente y astuto, redactó la orden el veinticuatro de diciembre de 1776. La firmó «por mandato de Su Majestad» y la dirigió al gobernador de Luisiana, Luis de Unzaga y Amézaga. El texto decía, con una elegancia fría: «El Rey desea que V. E. preste auxilio a los insurgentes americanos, pero de modo que no se entienda como acción directa del Reino».

Isabel se repetía esas palabras con los ojos cerrados. Eran muy distintos a los que había tenido en la cama de los Cárdenas en Archidona. Allí esos pensamientos se le mezclaban con la idea de que esa debía ser una de las estirpes con las que casar a sus hijos. Había visto una sonrisa en Francisca. Inmediatamente volvía al encargo a su marido. Prestar auxilio sin que se entienda... Qué prodigio de diplomacia, un mandato que ordenaba actuar y negar al mismo tiempo.

En Granada, el sueño se hacía más difícil y volvía al pasado para dormirse. A Luis se le encomendaba hacer sin parecer. La Corona esperaba de él sutilezas. Debía observar los movimientos británicos, mantener el comercio fluvial del Misisipi bajo control español, establecer contacto discreto con los franceses de Nueva Orleans y favorecer el envío de recursos a los rebeldes, todo ello sin comprometer el decoro del Reino. También tenía que remitir

informes cifrados a La Habana y a Madrid, y detallar cada movimiento del enemigo y cada reacción local.

Isabel sabía que, en los márgenes de las órdenes, José de Gálvez había añadido anotaciones: «Conviene que se valga de los comerciantes de confianza» o «Procure información por mano ajena». Su esposo tenía que emplear a hombres del puerto, contrabandistas, intérpretes y marineros y fingir negocios privados. Las armas y la pólvora saldrían bajo licencia comercial, con registros falsos, amparadas por la fórmula «productos del país».

Tumbada en posición fetal, se veía a sí misma leyendo aquellas notas amarillentas en un archivo, mientras sentía el pulso de la historia en los márgenes de cada línea. Sabía que la Corona había elegido al mejor, era diplomático antes que soldado, prudente antes que ambicioso. La vela chispeó. Isabel se cubrió con la manta y dejó que el pensamiento avanzara en el tiempo. Cuando su cuñado Bernardo sustituyó a su marido para que ellos pudieran asumir otras responsabilidades de vuelta a casa, el encargo de la Corona había cambiado.

El rey, a través del ministro, le ordenaba preparar la provincia para un conflicto inevitable, aunque todavía no se hubiese declarado. Las instrucciones hablaban de reforzar las fortificaciones, formar milicias locales, vigilar a los británicos de Florida Occidental y mantener estrecho contacto con el capitán general de Cuba. En una frase marginal, escrita de puño y letra de Floridablanca, quien entonces era el secretario de Estado, se le advertía: «Llegará el tiempo de hablar con pólvora y fuego».

Ese tiempo no se fijaba con fecha y a pesar de ello, la misión era clara: cuando el rey lo decidiera, Gálvez debía estar listo para actuar sin esperar más órdenes. También se le concedió autorización extraordinaria en una minuta firmada en el Consejo de Indias. Podía tomar decisiones sin consultar si la seguridad de la provincia lo exigía. Era, en la práctica, un poder casi virreinal bajo juramento de discreción. Isabel sonrió mentalmente sin mover los labios, recordaba cómo los documentos se referían a su querido cuñado como «el oficial de carácter resoluto y prudente». Su madre,

siempre presumía de yernos porque eran su elección, recitaba los elogios de las misivas de memoria, casi a modo de letanía.

La misión inicial de Bernardo, antes de la guerra formal, fue mantener la red de observadores que Unzaga había dejado, vigilar los precios de los mercados ingleses, interceptar comunicaciones, y facilitar ayuda encubierta a los insurgentes cuando resultara oportuno. Nada era improvisado; respondía a la estrategia global del Consejo de Estado para apoyar la independencia americana como instrumento para debilitar a Gran Bretaña, y después, llegado el momento, recuperar los territorios que España había perdido en el siglo anterior.

En el 79, cuando la guerra ya era inevitable, el encargo cambió de tono. El 8 de mayo, el rey firmó la declaración formal de guerra, y un mes después, con la «Real Cédula de Represalias», Carlos III autorizó a todos sus vasallos en América a hostilizar a los súbditos del rey británico. Gálvez recibió un pliego reservado que fijaba sus objetivos estratégicos, debía asegurar la desembocadura del Misisipi, impedir que los británicos dominaran el Golfo, recuperar las Floridas y, sobre todo, mantener la independencia operativa respecto a Francia, aliada de conveniencia. Nada de aquello era heroico; era administración militar planificada, fría, técnica, redactada con precisión de ingeniero.

Isabel, en la penumbra y cada vez más adormilada, se preguntaba cómo había sonado aquella orden cuando la leyó por primera vez. Imaginaba a Gálvez abriendo el lacre y leyendo en voz baja «Se confía en la prontitud y celo de V. E. para poner en ejecución los designios de Su Majestad, cuidando que ningún documento ni testimonio puedan comprometer a la Corona». Esa última cláusula era la esencia misma de toda la política americana de Carlos III, «hacer» y borrar las huellas. Isabel cosía el hilo invisible que unía a ambos hombres en su busca del sueño y del descanso. A Unzaga, el rey le había pedido ayudar sin aparecer. A Gálvez, le había pedido preparar sin avisar. Esa era la continuidad secreta de los encargos. La política del susurro.

En sus notas para Aranjuez, Isabel llevaba en un cuaderno los cinco verbos que lo resumían todo: observar, informar, contener,

preparar, ejecutar. Ahora, los recitaba en un intento por dormirse. Cada uno correspondía a una orden real, a un despacho cifrado, a un mandato transmitido desde Madrid a través de los ministros de la Ilustración.

Observar, informar, contener, preparar, ejecutar.
Observar, informar, contener, preparar, ejecutar.

El resultado, que la historia recordaría como campañas y victorias, había nacido de encargos administrativos concebidos con una frialdad calculada. Lo bueno para ella es que el repaso se hacía cada vez de manera más lenta y se sentía invadida por ese sopor placentero que invitaba a acomodar los músculos al colchón para entregarse sin pudor a los brazos de Morfeo. La vela se extinguió, y dejó el olor agrio del humo. Isabel, a oscuras, repetía en silencio «Primero se le ordenó ayudar sin aparecer. Después se le ordenó preparar sin declarar. Por último, actuar sin dejar rastro».

Y mientras el sueño la vencía, pensó que aquella historia la componían los hombres que recibieron órdenes imposibles y las cumplieron en silencio.

XXVI

Jaén-Bailén, 8 de abril de 1796

El quinto amanecer del viaje fue espeso, parecía que el cielo hubiera vertido sobre Jaén una capa de aceite dorado que lo envolvía todo. La ciudad se desperezaba como quien abre los párpados poco a poco para no perder el último sueño. En el patio de la posada de postas, el aire estaba frío todavía y el aliento de los caballos recién traídos salía en bocanadas blancas. No parecía primavera. Era un lugar de tránsito, más que de descanso: paredes encaladas, portón alto, un empedrado que había visto desfilar a comerciantes, correos, soldados y damas que iban de paso como ellas.

Las cuatro jornadas anteriores habían quedado atrás sin que nadie tuviera tiempo o ganas de narrarlas. Habían sido días de polvo y viento, noches de camas ajenas y de sonidos extraños detrás de las paredes, de amaneceres en pueblos cuyo nombre se olvidaba apenas cruzada la siguiente loma. Isabel de Unzaga había marcado el ritmo con la autoridad silenciosa que le conocían, Francisca había intentado absorber cada detalle y Marilú, la más suelta de lengua, había despilfarrado comentarios irónicos para no dejar que la tensión enmudeciera el viaje.

Silvestre, el mozo que encabezaba la expedición, estaba ya esperando en el siguiente destino. El galope era la forma más rápida y segura para ir en avanzada.

El postillón apareció con la libreta de postas en la mano. Tenía el gesto serio y el bigote humedecido por el rocío. Revisó el pasaporte de postas de Tomás, comprobó que el trayecto Jaén-Bailén estaba en regla, y estampó el sello con un golpe seco de muñeca. Al fondo,

en las cuadras, los caballos que habían hecho la etapa anterior descansaban con la piel perlada de sudor seco, mientras los nuevos eran ajustados en los tiros del carruaje. El olor a cuero recalentado, a hierro y a paja formaba una nube que Francisca aspiró con una mezcla de curiosidad y desagrado.

—Caballos nuevos, ánimos nuevos —murmuró Marilú, apoyada en el marco de la puerta—. Aunque estos todavía no saben la cuesta que les espera.

Isabel, que acababa de cerrar la hebilla de su capa, se volvió hacia su hija.

—Míralos bien, Francisca. No hay viaje largo sin relevo y no hay relevo que no suponga un riesgo. Los caballos frescos corren más, pero también se cansan antes si no se les mide. Lo mismo pasa con las personas.

Subieron al carruaje. Tomás, en el pescante, dio la señal. Gaspar y Ángel montaron a los flancos, las escopetas visibles, los ojos atentos a los márgenes del camino. La posada quedó atrás, y con ella el rumor de otros viajeros que se preparaban para salir en direcciones contrarias.

El camino hacia Bailén se abría entre lomas de olivos con las hojas plateadas que reflejaban la luz de la mañana como un mar poseído por la quietud. La tierra, roja y compacta, aguardaba el calor del verano que se acercaba. Los caballos tomaban el paso con brío, el carruaje sonaba en sus herrajes y el ritmo de viaje se acompasó sin más liturgia que la música de las herraduras y las ruedas.

Francisca miró a su madre con cierta inquietud. Llevaba días esperando el momento. Dudó, aunque sintió que cualquier momento le parecería igual de arriesgado para iniciar aquella conversación.

—Mamá... Si me llevas a Aranjuez para escuchar cómo hablas con la tía Felícitas, me gustaría saber qué me puedo encontrar. Tengo miedo de que mis reacciones no sean las que esperas. La historia que me habéis contado no puede ser así. No puede ser que todo fuera tan bueno y que mandara a su hija a casa para que la críes tú.

Isabel la observó un instante antes de responder, sopesando las palabras.

—Este viaje es tu paso de niña a mujer. Y las verdades que vas a conocer cortan como cuchillos, pueden herirte o pueden defenderte, según cómo las empuñes.

Se acomodó en el asiento y bajó la voz. Su hija la escuchaba con el escalofrío que recorre cuando una madre va a contar algo que tenía oculto, ese que funde la curiosidad y el miedo de conocer.

—Escucha bien y atiende. Tu familia siempre ha hecho lo que debía. El deber cambia según quienes tengan el poder o cuáles sean las alianzas de tu rey en cada época. Si miras con ojos de hoy todo lo que hemos vivido, es probable que juzgues mal a tu familia. El pasado se analiza en frío y el presente se construye en caliente. Vas a conocer parte de la historia de tu familia que para tu tía y para mí es parte de nuestra vida. Si buscas malos y buenos en lo que oigas, en cada parte nos colocarás en un bando o en otro. Créeme, eso no es justo. Hasta un gran hombre como mi padre ha tenido periodos de sombras y ha sido acusado gravemente con consecuencias para la familia. ¿Y quiénes son los buenos? Puedes darme argumentos a favor de la independencia de los Estados Unidos, pero también en su contra. Y lo mismo sucede con España, Francia y con los ingleses, hija.

Gaspar, desde el flanco derecho, lanzó una mirada a los arbustos cercanos. Tomás redujo un poco el paso. Por el camino, un hombre con capa oscura y sombrero ancho se apartó para dejarles pasar, pero su mirada se quedó prendida en el carruaje más de lo que Isabel habría querido.

—M'hija, en este viaje hay que aprender a distinguir entre quien te mira por curiosidad y quien te mide para ver por dónde puede entrar, ja —murmuró Marilú inclinándose hacia Francisca con media sonrisa.

La jornada siguió bajo un cielo que poco a poco se cubrió de nubes altas. En la distancia, Bailén empezaba a asomar entre las colinas. Era un puñado de casas blancas y tejados rojizos que parecían encogerse ante el horizonte.

Cuando por fin llegaron a la posada, el sol estaba bajo y el aire, más fresco. Era una casa grande, con un patio donde otros viajeros cambiaban caballos y el olor a guiso invitaba a sentarse sin mirar el

precio. Isabel pidió dos habitaciones, una para ella y Francisca, otra para Marilú. Los escoltas se instalaron cerca de las cuadras, como era su costumbre.

En la cena, Isabel volvió a mirar a su hija. No se olvidaba de que era su primer viaje largo desde que era una niña.

—Recuerda, aún nos queda mucho camino. Tras Bailén vendrán La Carolina, Santa Elena, el paso de Despeñaperros, y después, todavía Valdepeñas, Madridejos, Ocaña... Aranjuez no está a la vuelta de la esquina. Y cada día tendrá su propio peligro.

Francisca asintió. El viaje era largo, y lo que le esperaba al final no era menos incierto que el camino que llevaba hasta allí. El fuego en la chimenea de la sala común lanzaba sombras largas contra las paredes. La posada de Bailén tenía el aroma de esos lugares donde el tránsito es más importante que el descanso: había mapas colgados junto a las puertas, tablillas con tarifas de postas, y un rincón donde un escribiente anotaba en un registro las llegadas y salidas del día. Francisca, sentada junto a la ventana, observaba cómo el postillón que los había acompañado desde Jaén revisaba las herraduras de los caballos nuevos, asegurándose de que aguantarían la jornada siguiente.

—¿Mañana saldremos temprano? —preguntó Francisca, sin apartar la vista.

—Muy temprano —respondió Isabel—. Cada jornada que adelantamos con luz nos ahorra un peligro en la oscuridad. Y en este tramo, hija, los peligros no siempre avisan con ruido.

—Ni falta que les hace. —Marilú pensaba en voz alta, desgranando uvas con paciencia de artesana—. Los que saben moverse en estas tierras lo hacen como los gatos: en silencio y con los ojos bien abiertos.

Gaspar se acercó a la mesa para informar.

—Señora, hemos oído en las cuadras que hay movimiento de gente desconocida cerca de La Carolina. No sabemos si son salteadores o solo forasteros buscando trabajo, pero conviene estar alerta.

Isabel asintió, agradeciendo sin palabras. Sabía que el paso por La Carolina y luego por Santa Elena era un punto crítico, antes de

alcanzar Despeñaperros, había que cruzar tierras donde la ley viajaba más despacio que los caballos.

—Mamá, cuando hablabas del abuelo y de los bandos y de las acusaciones... ¿por qué todo eso fue tan importante? Yo creía que siempre habíamos sido una familia de héroes y, sobre todo, el tío Bernardo —Francisca retomó el hilo de la conversación anterior después de beber un sorbo de agua.

—Ya, hija, héroes han sido tu padre y tu tío. Ellos ayudaron a cambiar el curso de la historia de los Estados Unidos de América porque eran los que representaban a la Corona allí e hicieron lo que se les pidió y aún más.

—¿Y eso lo recordará la gente en Aranjuez? —preguntó la joven.

—Algunos sí. Otros prefieren recordar los últimos años, cuando la tía Felícitas estaba rodeada de ilustrados, de ideas que hoy se consideran peligrosas. En la Corte, hija, la memoria es un campo de batalla, cada uno cultiva las flores que más le convienen y arranca las que le estorban.

—Pues más les valdría recordar quién les dio de comer en tiempos de hambre, ja —masculló la criada—. La gratitud es un animal que no vive en jaulas de oro. Y a usted más le valdría perdonarse y perdonar a los suyos.

—Haré como que no he oído lo último que has dicho. Lo que hay que tener muy claro —apostilló Isabel, con la voz serena y la mirada afilada— es que no sabemos a lo que vamos. Cuando lleguemos, no sabemos qué nos encontraremos. Hay cosas que, por más vueltas que les doy, a mí tampoco me encajan, hija. Yo tampoco tengo todas las respuestas que creéis que oculto. Mi hermana no ha venido a Málaga; dicen que la absolvieron en tiempos del conde de Aranda, pero ahora es Godoy quien manda y yo, con Godoy, no sé qué pasará. No me atrevo a hablar con nadie.

—Pues si Godoy es tan peligroso como dicen, quizá lo mejor sería invitarle a cenar y que se le pase el mal humor, ja —interrumpió Marilú—.

La carcajada que soltó rebotó en las paredes, y a Isabel le ardieron las manos de ganas de reprenderla, aunque prefirió tragarse las palabras.

—No sé si intentar algo sería prudente —prosiguió—. Mi hermana me escribe que no mueva un dedo... y la verdad, no sé con qué me voy a topar. Guadalupe me ha dicho que su casa no era como la nuestra y que su madre no estaba como estoy yo. Así que debemos ir preparadas para no poner cara de sorpresa si vemos algo que no nos guste y para no herirla con miradas disfrazadas de compasión.

—¿Y cómo se hace eso? ¿Cómo se ayuda a alguien sin que lo note? —preguntó Francisca.

Isabel la miró pronunciando un secreto que no le quería entregar del todo.

—Con la mano izquierda haciendo lo que la derecha no sabrá jamás... y procurando que ni siquiera la persona ayudada sepa que la estás salvando.

Sacó entonces un envoltorio de su bolso.

—He traído algo de dinero y unas joyas de la abuela, por si la situación es peor de lo que parece. La he ayudado cuanto he podido desde la distancia. Ahora os toca a vosotras poner el mismo rostro si la encontramos en la mejor de las dichas o en la peor de las miserias. Sed valientes, que esto hay que resolverlo como se resuelven los nudos antiguos: tirando despacio, sin romper el hilo.

Y entonces, se hizo un silencio de esos que lastran lo mismo que las palabras que nunca se dicen, y todas entendieron que en ese viaje llevaban el peso invisible de un amor que no pide gratitud. La noche avanzaba y el rumor del viento en el patio parecía arrastrar consigo un presagio. Francisca sintió un escalofrío de anticipación. El viaje era una sucesión de pruebas aún ignoradas.

—Recuerda esto, Francisca: el camino es largo —dijo Isabel acercándose a ella para acariciarle el pelo—. Después de Bailén, habrá posadas que nos reciban con sonrisas y otras que nos cierren la puerta en la cara. Habrá rostros amigos y otros que no sabremos si lo son hasta que sea demasiado tarde. Y cuando lleguemos a Aranjuez, no esperes que el final del viaje sea el final de las tensiones.

En su cama, antes de dormir, Francisca repasó mentalmente el mapa que su madre había dibujado con palabras: Bailén, La Carolina, Santa Elena, Despeñaperros, Valdepeñas, Madridejos,

Ocaña y, al final, Aranjuez. Quedaban al menos diez días, tal vez más, y cada uno sería una página nueva, con sus propios miedos y desafíos.

El fuego en la chimenea se apagó lentamente y la posada quedó en silencio, aguardando el siguiente capítulo de ese viaje que aún estaba lejos de terminar.

XXVII

Bailén-Despeñaperros, 9 de abril de 1796

Decían los viejos que abril era un mes con dos lenguas: una mojaba el suelo con caricias y flores; la otra mordía el talón del viajero con dientes de sílex. Ese sábado, junto al portón de piedra que los mapas llamaban Despeñaperros, y más allá del poblado de Bailén en marcha hacia Aranjuez, las dos lenguas hablaban a la vez.

El carruaje bramaba sordamente como un animal de madera al internarse en el Paso del Aljibe, una garganta, un cuello de piedra tan estrecho que el mundo parecía comprimirse en un solo aliento. Dentro olía a cuero, a cera de velas y a los perfumes discretos que Marilú guardaba con el celo de una abadesa. Francisca dormía y despertaba a ráfagas, la cabeza ladeada contra el tapizado oyendo sueños ajenos pasar por el mundo. Con las riendas como una extensión de los dedos, Tomás mascaba una oración breve que valía como amuleto en su memoria: «Dios nos guarde en lo estrecho».

A ambos lados del paso, los paredones de piedra organizaban una danza de claroscuros, órganos pétreos y morones de roca, defensas naturales ante cualquier invasión de rueda o carroza. El camino se afinaba con la malicia de una serpiente; el sol bajaba como hoz oxidada, y las sombras se colgaban como jamones de cueva. Tomás apretó los labios para no soltar palabras que pudieran traicionar su pulso. Detrás, Gaspar y Ángel cabalgaban a la par, con chaquetas de paño y botas aceitosas, cada uno armado a su modo. Gaspar, con escopeta de chispa cruzada al pecho, con la culata curtida por manos y lluvia; Ángel, con un trabuco corto y una navaja sevillana plegada en el bolsillo como una promesa latente.

—A partir del morón partido, el mundo escucha —murmuró Tomás con voz seca, para los caballos y el eco.

El carruaje avanzó al paso porque los caballos, viejos conocedores del sendero, sabían que apurarlo era provocar a la muerte. El aire estaba cargado de resina y polvo lúgubre, y Marilú, dentro, acomodó la manta sobre Francisca mientras le contaba un cuento para ahuyentar el miedo. La leyenda de una mujer que supo reconocer el perfil de su padre en la sombra del risco. Isabel escuchaba, mitad despierta, mitad desaparecida en ese tiempo que se dobla.

—Despacito —insistió Tomás—. Morones a la derecha. Pared a la izquierda. Que quien nos vea crea que venimos sin prisa.

Gaspar y Ángel asintieron, midiendo con los ojos el terreno, cada uno con la polvorera tibia al tacto, el pedernal seco, mechas de repuesto por si la tarde se ponía húmeda y caprichosa. Gaspar había aprendido a cebar la cazoleta con los ojos cerrados, la mano firme, en cacerías furtivas por las riberas secas; Ángel confiaba solo en lo que su mano podía cerrar alrededor del gatillo. Entonces lo vieron. Un árbol caído, cruzado, que obstruía el paso. Un pino con resina fresca y cortes limpios, hechos por un hacha rápida y voluntaria. Tomás detuvo el carruaje una fracción antes de que el eje cantara su maldición. El silencio se volvió piedra.

—Soooooooo... Árbol abatido. Corte reciente —susurró Gaspar.

—Emboscada, emboscada —dijo Ángel, alzando el trabuco con un gesto de desafío contenido.

Isabel apretó contra su pecho a Francisca; Marilú cerró la cortinilla y murmuró tres nombres de santos antes de meter la mano y esconder en el fondo secreto del asiento la caja de medallas y cartas que no debía tocar nadie y el bolso de la señora. El olor a cera se transformó de repente en un aroma a muerte en la penumbra.

Cuatro paisanos surgieron de los matorrales: uno, con capa corta y pistolas al pecho; otro con bandolera y daga; un tercero nervioso, con fusil corto; el cuarto, alto, vestido en sayal remendado, barba cana y aire de cura sin parroquia. Eran hombres curtidos que habían hecho de la emboscada su oficio, maestros en medir la distancia entre la vida y el espanto.

—A las buenas gentes del camino —cantó el más viejo—. ¡Alto ahí! Aquí se arregla todo sin sangre.

Gaspar y Ángel se desplegaron como un escudo vivo; el aire se volvió polvo danzante. Tomás recitó su excusa: debían llegar a Santa Elena antes del ángelus. El alto habló de medallas, anillos y promesas. Isabel reaccionó con ímpetu y con brío desde el carruaje.

—Gaspar, si hablan de santos, es porque andan faltos de uno.

El alto le regaló una mirada que sabía a revólver antiguo, una de esas que pesan incluso en carne joven.

—La señora habla fino... Trae niña. Las niñas no deben tocarse. Den la caja y todo será rápido.

La referencia a la joven sonó a clara amenaza. Marilú empuñó el tubo de hierro de reconocimiento, un pomo de tercerola corta. Isabel lo sostuvo, cerró la cazoleta, y la chispa nació cautelosa. El disparo voló por encima y reventó una rama. Bastó para que todo cambiara. El salteador alto frenó el brazo y pareció que le habían arrancado un trozo de su ser. No estaban solos, desde las rocas contestaron silbidos, el oficio llamándose en el viento. Sonaron varios tiros a lo lejos.

Gaspar respondió con un disparo cargado a conciencia; con tino, con puntería, uno de los asaltantes cayó con los ojos abiertos de sorpresa; el mayor recibió metralla en la pierna y maldijo. El chófer embistió con la rueda contra el tronco, salvando el eje. El cántico del latigazo resbaló por las piedras: «¡Arre!». Ángel, manchado de sangre en el brazo, subió al coche. El muchacho del sombrero expiró. El alto, herido de bala en el hombro, cayó de rodillas, ofreciendo la pistola semiconsciente.

—Mamá, ¡sabes disparar! Hemos herido a unos hombres. A lo mejor los hemos matado —Francisca se deshacía en el llanto.

—No, hija mía, hemos salvado la vida... ¿Están todos bien? —gritó desde el interior.

—Sí, señora, lo estaremos cuando lleguemos al pueblo.

Las ruedas se desgastaban mucho más y los caballos corrían a la velocidad a la que se huye.

No hubo tregua, tan solo un retroceso. Tomás descargó el camino en una carrera furiosa donde caballos, sangre y miedo se mezclaron

en un solo paso. Llegaron a Santa Elena, el pueblo más cercano. Dos días de curas entre romero, ungüento y reposo, bastaron para coser la historia y salvar las heridas: Gaspar con un raspón en la muñeca; Ángel con un corte apenas rojizo en la mejilla; ambos sanos para continuar el viaje al amanecer, por carreteras ya sin árboles caídos ni sombras que los acecharan.

La entrada a Santa Elena fue un regreso al mundo de los vivos: las casas encaladas, un olor a pan que se deslizaba entre las rendijas de la tarde, y un silencio expectante en las bocas que asomaban tras cortinas de hilo. Tomás no detuvo el carruaje hasta llegar a la venta mayor del pueblo, un caserón con corral, aljibe y un portalón de madera que gemía como un enfermo al abrirse. Allí los caballos encontraron agua y los heridos, sombra y manos.

La curandera, Juana la Pequeña, de pequeña solo tenía el nombre. Se acercó con paso corto pero firme, olía a hinojo y lana vieja. Tras ella venía un hombre. Se trataba de don Ramón, el barbero-cirujano de la zona, que llegaba, tal y como mandaba el oficio, con delantal de cuero y una caja de madera en la que guardaba sus tijeras, las agujas, las vendas y un frasco de aguardiente que olía a más cosas que a alcohol.

—Pasen adentro —dijo Juana—, que la noche cae y el polvo se cuela hasta las mismísimas entrañas.

Dentro, la sala principal era un rectángulo tibio, con una gran chimenea y bancos largos junto a las paredes. Las camas improvisadas eran jergones de paja cubiertos con mantas ásperas; una lámpara de aceite colgaba del techo y se balanceaba con la brisa.

Gaspar se dejó caer sobre el jergón con la muñeca vendada en un paño húmedo. Ángel, que sangraba por el brazo y la mejilla, se dejó curar sin queja mientras don Ramón le limpiaba la herida con vino fuerte. Isabel se sentó junto a Francisca, que observaba todo con esa mezcla de asombro y gravedad que solo los niños viejos de corazón conocen.

—No es grave —dijo el cirujano—. Dos días de reposo, y podrán seguir viaje.

La noticia trajo un alivio lento, de cántaro llenándose gota a gota. Tomás, con el sombrero en la mano, habló con el alcalde pedáneo, creían haber dejado un herido y un cadáver en el monte. Eso casi no resonó en sus oídos, pero había otro asunto, la escolta. Un viaje largo, con pocos hombres armados, era tentación para cualquiera que merodeara. El alcalde ofreció a Martín de Álora, un joven arriero que conocía las sendas y había servido como postillón en el Camino Real. El trato fue rápido, un pago adelantado y promesa de recompensa al llegar a Aranjuez.

Esa misma noche, mientras Juana aplicaba emplastos de romero y árnica a los heridos, Francisca se sentó a una mesa baja, con pluma, tintero y un pliego de papel. La lámpara le dibujaba un halo dorado sobre el cabello. Isabel la miró en silencio, sin interrumpir. La niña escribía con letra clara las palabras que su madre dictaba y que ella, con su instinto, dulcificaba:

> Queridísimos todos:
>
> Estamos bien. El camino ha sido más agitado de lo que esperábamos, pero Dios nos ha protegido y estamos ya a salvo en Santa Elena. Tuvimos un incidente con unos hombres en la sierra; fue pronto resuelto gracias a los mozos y al buen tino de Tomás. Creemos que uno de los salteadores quedó muerto o grave y otro con un disparo en el brazo. Aquí están curando alguna herida ligera a Gaspar y a Ángel. El resto estamos bien. No os inquietéis, dentro de dos días reanudaremos viaje. El clima aquí es fresco y el pueblo, acogedor. Con todo mi afecto y el de mamá,
>
> Francisca.

La carta fue sellada con cera y entregada a un postillón que partiría al amanecer rumbo al sur, aprovechando la ruta de los correos reales. Al día siguiente, el nuevo escolta, Martín, llegó con su caballo alazán y una escopeta al hombro. Traía botas endurecidas por barro y caminos, y una mirada que conocía tanto las veredas como los rostros que podían surgir de ellas. Tomás le dio un apretón de manos breve; Gaspar y Ángel, aún vendados, lo aceptaron con un gesto.

Isabel, Francisca y Marilú habían ido a la misa de las once. Habían sacado los velos y los misales del equipaje y se habían puesto vestidos bonitos. En la iglesia no se hablaba de otra cosa. Aquellas mujeres de ciudad, solas, que se decía que habían matado a un bandolero con sus manos... la leyenda crecía mientras ellas cantaban la salve en latín con mirada pía a la Santa, la emperatriz Helena de Constantinopla.

El segundo día en Santa Elena se llenó de calma: ollas de caldo sobre el fuego, olor a pan recién salido del horno, aderezado con el repiqueteo de una lluvia menuda sobre el aljibe. Isabel miraba desde la ventana; pensaba que aquel sitio se parecía a un pliegue seguro dentro de un manto y que, por primera vez en el viaje, la sierra no respiraba como un animal al acecho.

Al alba del tercer día, partieron y ya el viaje continuó transformando cada día en rutina. El carruaje volvió al Camino Real, con Martín en el puesto que el destino había creado. Atrás quedaba el pueblo con nombre de santa, con su aliento tibio de rescate, y delante, después de varias jornadas, esperaba Aranjuez, todavía envuelto en la bruma de lo desconocido.

XXVII

Camino de Aranjuez, abril de 1796

Fue al dejar atrás la última posta cuando Isabel, con el manto ajustado y la mirada fija en su hija, habló. El traqueteo del carruaje no iba a poder más que el peso de sus palabras.

—Mira, Francisca. Ahora que vamos a llegar, tienes que saber por qué, de mis nueve hijos, tú eres la elegida.

Francisca, que jugaba con el borde del guante, levantó la vista. Marilú giró hacia la ventanilla y su respiración se volvió más lenta.

—Tienes la edad exacta. Lo bastante joven para que tu mente conserve la luz de la niñez, lo bastante mayor para no temblar al mirar de frente. No has hecho todavía el dibujo de tu vida, no conoces el sabor agrio de los desengaños... salvo el de la muerte de tu padre, que Dios lo tenga en su gloria. Y aun en eso fuiste distinta, no quisiste verlo muerto. Preferiste quedarte con lo vivo que quedaba en él. Cerraste los ojos frente al cuerpo y supiste que hay imágenes que manchan para siempre.

Francisca quiso hablar, pero tragó saliva emocionándose. Isabel levantó la mano.

—Defiendes la verdad sin adornarla y eso es raro en estos tiempos, hija. Por eso quiero que seas testigo de las conversaciones que tu tía y yo tendremos con Marilú. Ella pondrá memoria donde nosotras tengamos lagunas o suavizará cuando queramos exagerar. El tiempo y las circunstancias son como el cristal de un vaso, si miras desde dentro se ve todo distinto.

Marilú, sin poder evitarlo, dejó escapar un gemido acompañado de lágrimas contenidas que no llegaron a bajar de las pestañas.

—Ma’am, yo creía que este viaje era por arrebato.

—No hay impulsos sin premeditación, Marilú. A veces lo que parece arrebato es solo un plan que uno lleva cosido por dentro.

Fuera, los caballos marcaban un ritmo constante, al ritmo de la sístole y la diástole de un corazón sin rumbo que sabía dónde iba. El aire traía olor de azahar desde huertos que el carruaje no podía ver. Tomás hablaba poco, pero de vez en cuando giraba la cabeza para comprobar que la escolta mantenía la formación.

—Te he preparado una lista —le confesó por fin Isabel a su hija—. Quiero que, cuando vuelvas a tu habitación por las noches, escribas todo lo que se te ocurra sobre lo que hayas oído de estos asuntos. Sobre la lealtad a tu país y a tu bandera. Sobre los límites de todo lo importante: dónde están, hasta dónde se puede llegar, qué líneas se cruzan solo una vez. Sobre lo que has visto, cómo se empuña un arma sin querer hacerlo, al defender tu vida y las de los tuyos. Quiero que escuches la historia entera de tu abuelo: la que nos hace levantar la cabeza y la que nos hace bajarla. Quiero que sepas cómo se hizo nuestro patrimonio y cómo se sostiene para que decidas qué contar a tus hermanos. Quiero que escuches las razones de tu tía para defender sus ideas y que me escuches a mí defender la familia. Quiero que abras oídos y corazón y que des tu versión, la más justa que encuentre tu corazón. Y quiero que lo escribas todo.

—Mamá... —dijo Francisca, casi en un susurro—. ¿Y si no sé qué es lo importante?

—Por eso estamos aquí. He hablado horas y horas con mi confesor y con don Manuel Centurión. Puede que yo esté llenando la historia de culpas que no nos pertenecen. Quiero que tú la limpies con la inocencia de tus ojos, que la dejes como un espejo sin niebla, pero con todo su azogue y que lo hagas usando la tibieza de tu entendimiento.

Gaspar se acercó a la ventanilla y sin querer, interrumpió.

—Señora, el camino está claro. Si no paramos, entraremos en Aranjuez con sol.

—Siga, Gaspar, siga —dijo Isabel sin perder el hilo—. Tendrás que completarlo de vuelta a casa. No olvides apuntar todo lo que tenga importancia para que no dejes nada atrás. Lo que más duele no

siempre es lo más grave. Un juez dicta sentencia con lo que entiende. Y muchas veces, quien ha sufrido, narra el daño como una llaga propia, y no como un hecho que otro pueda juzgar. Tú deberás escuchar nuestras versiones y hacer una para todos, sin que sea la voz de una sola.

Marilú tenía tres lágrimas en su cara oscura que se veía diferente, porque en Málaga siempre reía o murmuraba protestando, pero llorar, no lloraba. Las lágrimas redondas como burbujas que no rozan la piel son las que llevan mucha memoria acumulada y muchos adioses silenciados. El carruaje entró en una alameda de plátanos de sombra y el aire cambió, traía rumor de fuentes, voces lejanas y el aroma verde de la hierba cortada. Entre los árboles, el resplandor blanco del palacio real empezaba a dibujarse.

—Recuerda, Francisca —dijo Isabel, apretando la mano de su hija entregándole el papel con sus notas de la pasada noche—: lo que se calla también es parte de la historia. Y a veces, lo que se calla pesa más.

Marilú lloraba sin ocultarse. Sacó pañuelos limpios para las tres. El suyo era de algodón, no de hilo. La emoción había dejado un surco salado en sus mejillas: surcos claros, surcos oscuros, los mismos surcos, al fin y al cabo. Tomás, al frente, redujo el paso para entrar con dignidad en la ciudad. Ángel y Martín, erguidos en las monturas, parecían escoltar un juramento. Al cruzar el último puente, el agua del Tajo reflejaba el cielo limpio de abril. Aranjuez se extendía ante ellas con su Corte, sus jardines y sus secretos. Y Francisca entendió que el viaje había servido únicamente para empezar.

XXVIII

Aranjuez, abril de 1796

Isabel cerró los ojos y pensó en Nueva Orleans. La prosperidad que tenía la familia en su juventud, las risas en las casas, los domingos en la plantación d'Estrehan, los primeros flirteos, Feli y Jean Baptiste, la fruta fresca que sabía allí tan distinto, el índigo, sus hermanos, las risotadas fuertes de su padre, el río, los manglares, los uniformes de los soldados. Nada de eso había sabido permanecer. Tenía que bajar los párpados para que Francisca y Marilú no pudieran ver en sus ojos que estaba aterrada por tener que ponerse frente al espejo de la realidad que suponía ver a su hermana. Tenía pánico. Podía ser que en las arrugas de su cara encontrara la certeza de que nada de aquello existía ya. Podía ser aún peor. Podía hacerle dudar si realmente aquello tenía la belleza con la que habitaba en su memoria. Continuó con los ojos cerrados.

El azul de la tarde se había espesado hasta volverse tinta. Aranjuez respiraba despacio, entre el rumor del río y el sonido de puertas y ventanas que se iban cerrando con sonido de postigo y anuncio de la llegada de la noche. En la calle del gobernador, una luz amarilla temblaba tras los postigos de una vivienda de dos plantas y buhardilla, discreta y digna aun en su modestia frente a la de Isabel. Era la casa de Felícitas de Gálvez, que nunca había querido cambiar de calle porque, entre todas las derrotas, conservar dirección es a veces el último nombre propio.

Sentada en la silla baja del vestíbulo, las manos entrelazadas sobre el regazo, Felícitas escuchaba la calle. Desde que enviudó, había aprendido a leer los sonidos con más precisión que las cartas:

las ruedas que suben desde el Camino de Noblejas, el trote apurado de quien llega tarde a mesa ajena y el silbido breve de los muchachos que cruzan la calle. No esperaba a nadie. Ya no se permitía esperar. La última vez que esperó fue a su hija Guadalupe, cuando resolvió que la criara su hermana en Málaga; aquella despedida dejó en la casa la ausencia más larga. Desde entonces, la esperanza entraba y salía con la cautela de un animal que olía el lazo. En la cocina, Antonia, la única criada fija, atizaba un brasero para templar el comedor. Había servido en casas mejores; por eso sabía administrar aceite, carbón y también silencios. Traía el paso ligero de quien había corrido toda la tarde entre el aguamanil, el aparador y las ollas con fondo de cobre a las que había sacado lustre a mano.

—El carbón aguanta para mañana, señora —dijo, asomándose al vestíbulo.

—Con que aguante para hoy basta.

Entonces se oyó el rodar de un carruaje. No era el traqueteo nervioso de una diligencia, era más bien el brío de una berlina noble; era un rodar firme que venía acompañado de pasos de hombres. Uno, dos, tres... y un cuarto sonido distinto, el de un caballo suelto que acompasaba su trote al ritmo del vehículo. Antonia alzó la vista, y Felícitas sintió cómo en el centro del pecho, el lugar donde se incrustan las certezas viejas, se abría una puerta que llevaba demasiados años cerrada.

—¿Esperamos ya a alguien? —preguntó Antonia, bajando la voz.

—No, todavía no. Ojalá.

Se acercó a la ventana lateral y corrió un dedo por la rendija del postigo. Vio el carruaje sin blasón, con las maderas oscurecidas por polvo de muchos días de camino. Cochero en el pescante, capa recogida, manos firmes en las riendas. A los flancos, dos hombres que llevaban el paso exacto del eje. Detrás, un hombre alto con el sombrero calado tranquilizaba a su caballo. El cortejo se detuvo frente al portón.

La portezuela se abrió. Bajó primero Francisca, con la espalda recta y los ojos que no se dan permiso para parpadear cuando todo es nuevo. Isabel apareció después: negro lustroso, guantes limpios,

sombrero con cinta reciente, la piel serena de quien conoce aceites, descansos y cuidados. Vestía todavía el luto por su marido, esa forma de hacer discreta y elegante de la alta burguesía de Málaga. No ese luto de rigidez de inventario, sino el negro brillante de los tejidos buenos que tienen descanso en las costuras. Detrás descendió Marilú, envuelta en su mantón de lana clara y con esa particular mirada de una esclava.

Felícitas no dejó que nadie llamara. Abrió la puerta desde dentro, empujándola con una mano que tembló lo suficiente para que Antonia, a su espalda, fingiera no verlo. La luz de la calle le dibujó la silueta: negro mate, paño honesto, falda con dobladillos rehechos, la elegancia afrancesada fosilizada en una línea de cuello bien trazada, en un moño bajo sujeto por peinetas sin brillo. Tenía el rostro precioso todavía, con la belleza que resiste debajo del invierno; sus ojos, más hondos, sostenían una juventud más ausente y real.

—Hermana —dijo Isabel y el aire del vestíbulo cambió de densidad.

Felícitas avanzó sin prisa, como quien mide la distancia insolvente, y la abrazó. La pegó a su pecho con una fuerza que no le conocían ni Antonia ni la casa. Lloró sin ruido; se le humedecieron los párpados y la piel de la sien. El olor de Isabel, ese inolvidable aroma de flores blancas acalladas con ámbar le llegó a la memoria con un mapa entero de salones, cartas, niñas en corredores, virreyes y verbenas a la orilla de otro río.

—No sabía... —musitó—. No creía que volvería a tocarte.

Isabel apoyó la frente en la de su hermana. Le tomó la cara con ambas manos, como cuando eran niñas y el sol de mediodía les hacía entornar los ojos en los patios de otra casa, de otra ciudad, de otro continente.

Francisca sintió compasión por su madre y por su tía. No conocía la separación de los suyos por otro motivo que no fuera la muerte. Su madre siempre vivía con ese halo de haber perdido el origen. La joven se acercó y, sin pedir permiso, las rodeó a las dos, y entonces el abrazo fue de tres. Marilú se detuvo a un paso, con las manos juntas y los dedos enlazados, y en sus ojos entró una luz antigua

que devolvía imágenes de dos niñas corriendo por un zaguán de Luisiana, pronunciando su nombre como un juego.

—Ven, ven, Marilú —dijo Felícitas, abriendo el cuerpo para dejar también ese abrazo, que era un puente de años—. Este reencuentro no es de mujeres de una u otra clase. Aquí somos almas viejas del clan de mis padres.

Entraron. Antonia hizo una reverencia con la cabeza y recogió los guantes de Isabel, que se los había quitado con un gesto que no había olvidado su educación de salón. El vestíbulo olía a madera encerada, a cera gastada y a brasero reciente. El espejo manchado devolvió la escena en trozos: la cinta del sombrero de Isabel, la trenza apretada de Francisca, el perfil de Marilú y la sombra de Felícitas sobre la pared.

—Hemos volado para llegar —dijo Isabel—. Menos de dos semanas. No quise dar aviso por si el camino se rompía, por si el cielo se volvía en contra.

—Hiciste bien. Avisar abre agujeros en los días. Mas dime, hermana, ¿cómo está mi niña preciosa, cómo está mi Guadalupe? — a Felícitas se le empañaron los ojos.

—Está bien, no te preocupes. Se ríe con sus primos, pero te echa de menos y quiere estar contigo. De eso tenemos que hablar. Largo y tendido, no aquí. Está preciosa. Ha salido a nosotras —bromeó intentando borrar la tristeza indeleble de la cara de su hermana.

Gaspar y Ángel entraron con el baúl grande y el arcón más pequeño. Martín se mantuvo un momento en el marco, asomado a la calle como un perro que verifica que el patio ya es suyo y después cerró con suavidad, apoyando la mano en la madera un segundo.

—Antonia —dispuso Felícitas, intentando recomponerse y disimular—, Francisca dormirá en el cuarto de la señorita Guadalupe.

A la joven le cruzó el rostro una sombra breve de reconocimiento. Ese cuarto había sido y era un relicario. Antonia asintió con el mentón.

—Sí, señora. Para doña Isabel he abierto el cuarto de la galería. Hay sábanas buenas en el arcón chico.

—Y hay un cuarto más, junto al gabinete, por si hiciera falta.

—¿Y Marilú? —preguntó Isabel, con esa mezcla de autoridad y afecto que se le formó con los años.

—Tiene su sitio junto a la cocina, cómodo y caliente —dijo Antonia —. Lo ventilo ahora mismo.

Se movieron hacia el salón. El tapiz flamenco seguía contando su historia de caza pese a la lana gastada; el reloj estaba detenido desde una tarde que nadie recordaba; el espejo veneciano roto guardaba un triángulo de luz que caía sobre la repisa. Felícitas dejó las manos sobre el respaldo de un sillón alto; Isabel recorrió con la mirada cada objeto. La diferencia entre ambas se dibujó sin palabras, Isabel llevaba una tela con cuerpo y caída, seda mezclada con lana fina, negro profundo que bebía la luz de los velones; los botines sin barro, aunque el viaje había sido largo, la cinta nueva en el sombrero, una sortija discreta que no brillaba demasiado por respeto, no por falta de quilates. Felícitas llevaba un vestido de bayeta negra, crespón en el cuello, azabache viejo en una cruz mínima al pecho y la falda del crespón tenía una curva rehecha a mano que delataba la costura de Antonia.

—Has conservado la casa —dijo Isabel.

—La casa me ha conservado a mí —respondió Felícitas.

Francisca, con una mezcla de curiosidad y solemnidad, se inclinó hacia el brasero.

—¿Puedo acercarme?

—Acércate, niña —dijo Antonia, poniendo una trébede para calentar agua—. Hoy haremos caldo con lo que haya y mañana, ya veremos.

Francisca, que ya había aprendido a oler, olfateó por primera vez la pobreza en su familia. Se oyó en el patio el roce de las suelas de Gaspar y Ángel. Martín pasó a la cocina y, con dos palabras, preguntó si había sitio en la buhardilla para él y los mozos. Antonia asintió, había mantas, no muchas, pero suficientes; en esa casa se doblaba el frío con pericia.

—Isabel —dijo Felícitas—, siéntate. Y háblame de ti, de Málaga.

Mientras respondía, bendecía en silencio que tuvieran el mismo porte para poder dejarle a su hermana ropas decentes y joyas para que pudiera subsistir. Había entendido ya en el zaguán que el hecho

de haberle mandado a Guadalupe era un acto de amor y generosidad maternal, para que su hija pudiera crecer como lo habían hecho ellas.

—Málaga crece —respondió, bajando la voz—. Las casas buenas abren ventanas al mar y a los negocios. Aprendimos a no temer cambios; quien no aprende, se queda atrás.

—Aquí la gente aprende a callar —replicó su hermana casi en un susurro—. Y a guardar lealtades en las trabas del delantal.

Se miraron. Había entre ambas un censo de silencios que ninguna quería tramitar todavía. El salón lo sabía, había visto de todo, polvo de valses, discusiones con diplomáticos, la risa de niñas que ahora eran mujeres y las noches en que la casa entera olió a papel porque alguien quemó cartas. La lámpara de aceite parpadeó y Antonia la ajustó con dos dedos, sin decir una palabra. Dejó después, en la mesa de caoba, una jofaina con agua tibia y un paño blanco.

—Lávense el viaje de las manos —dijo—. El polvo se mete en las líneas y se queda a vivir.

Felícitas acercó el paño a Isabel. En ese intercambio hubo algo más que urbanidad, hubo agradecimiento por haber llegado, reconocimiento de años, restitución de sangre.

—Estás guapísima —dijo sin trampa—. Más guapa ahora. Y distinta.

—Tú también —replicó Isabel—. Más tú.

Marilú, que había permanecido en discreto segundo plano, alzó la cabeza.

—Ma’am —dijo, y en ese «ma’am» cabían dos continentes—. Aquí estoy.

Felícitas se acercó y le tomó las manos. Las palmas de Marilú tenían la textura de las cosas que no se rompen. Le besó una, rápido, con un pudor antiguo que no le impidió agradecer.

—Estabas en mis recuerdos como una canción —le susurró—. Ahora vuelves entera.

La casa, que llevaba meses con el ritmo corto de dos mujeres, cambió de paso. Antonia subió a abrir los cuartos. El de Guadalupe primero, donde Francisca dormiría esa noche bajo el dosel sencillo; el de la galería para Isabel, con una ventana que daba al patio y una

colcha de lana bordada; el otro dormitorio, más humilde, en el corredor; y el cuarto junto a la cocina para Marilú, donde el calor del fogón aliviaba los huesos.

—¿Te quedas mucho? —preguntó Felícitas, sentándose por fin, invitando a Isabel con la mano abierta.

—No lo sé —dijo Isabel—. He venido a hablar contigo, a decir cosas y a escucharte otras. A oírte. Traigo papeles y palabras. Y traigo miedo.

Francisca, que jugaba con la trenza como quien escucha de reojo, alzó la vista.

—¿Miedo de qué? Tú nunca tienes miedo de nada.

—El miedo es un demonio que se apodera de nosotros. Y a mí me vuelve una poseída. Tengo pánico de contar la verdad demasiado pronto. De contarla mal. O de que nos haga daño.

—La verdad no llega ni pronto ni tarde —dijo Felícitas—. Llega viva o muerta.

Se miraron las cuatro. En ese plano común se dibujó el mapa ínfimo de lo que serían días enteros. Afuera, la calle se había vaciado; solo quedaba el eco del caballo de Martín mientras ajustaba su silla, el toser de algún vecino y el sonido de algunas ramas. Antonia regresó con tazas; el café era poco, pero aquel año Málaga había enseñado a Isabel a llevar «algo» en un frasco de metal para las noches largas. Lo vertieron con cuidado, mezclado con agua, y la casa se llenó de un olor oscuro y dulce.

—Brinda tú —dijo Felícitas, entregando a Isabel la primera taza.

—Por las cosas que vuelven —dijo Isabel—. Por lo que queda.

Y Felícitas añadió:

—Por lo que aún no sabemos decir.

La primera cena fue de pan recalentado, aceitunas y caldo hondo. Gaspar y Ángel comieron en la cocina con Antonia; Martín aceptó un cuenco de pie, junto a la puerta, sin dejar de escuchar los ruidos de la calle. Marilú cortó el pan con una destreza heredada, y Francisca sostuvo la jofaina para que Isabel se lavara de nuevo el viaje de las manos, con la solemnidad de los gestos que fijan el paso del tiempo.

Al terminar, Felícitas se levantó.

—Vamos a subir —dijo—. Hay que abrir las sábanas antes de que el frío se las beba.

Antonia tomó la palmatoria y guio la marcha. En la escalera, las sombras de las cuatro mujeres, largas, juntas, nuevas, avanzaban escalón a escalón.

Las escaleras de barro y madera devolvían un sonido distinto para cada pie. Antonia iba delante, la palmatoria inclinada, protegiendo la llama con la mano libre. En la pared, las sombras se adelantaban y se retrasaban a su antojo, cuatro mujeres multiplicadas por una luz obediente.

—Este es el cuarto de Guadalupe —dijo Antonia, abriendo la puerta con una llave pequeña.

El aire olía a lavanda seca y a tinta ya sin voz. Felícitas no había dejado que nadie cambiara la colcha bordada ni el cojín con iniciales pequeñas. Todo estaba intacto: la cuna vacía, el costurero con cintas viejas, un librito de devoción apoyado de través. Francisca se quedó en el umbral, con una reverencia que nadie le había pedido.

—Dormirás aquí —dijo Felícitas y en esa frase cupo un pacto de confianza.

Francisca pasó la mano por la madera del cabecero y entendió gran parte de las miradas perdidas en la lejanía de su prima Guadalupe. Había pasado del gris de las cenizas de la pobreza disimulada y la falta de brillo social a los colores de la casa de la Alameda, las sedas, y los cubiertos de plata brillantes y relucientes. A su prima le tenía que doler la culpa y la pena por su madre, y por no poder estar con ella.

Isabel había avanzado unos pasos y observaba los bordados con el ojo exigente de quien conoce la puntada larga y la corta, la paciencia, la vista y los dedos. Felícitas se quedó mirándola, sorprendida por la memoria que tiene el cuerpo cuando reconoce un gesto antiguo.

—Tu madre —dijo— afinaría esto en dos tardes como lo afina todo —respondió Isabel con una sonrisa que era una deuda—. Por eso estamos aquí. O les contamos a nuestros hijos la verdad o proclama ella su versión a los cuatro vientos. No quiere que muera todo lo que hicieron ella y papá. Quiere que su familia lo sepa todo.

—¿Todo?

—Todo. Jamaica incluida.

—Por el amor de Dios. Esta mujer va a tenernos en tensión con sus exigencias hasta cuando lleve siglos muerta.

—Al menos tendremos que ceder mientras esté viva. Si no, lo hará con sus delirios y nuestros hijos acabarán siendo como cualquier fantasioso atrabiliario de la Corte.

Salieron al corredor. El segundo dormitorio abría hacia la galería, más luz de día, menos ahora. Una cómoda con tiradores de bronce, cortinas de algodón con ribetes de encaje, un biombo sobrio para el vestido de mañana. Isabel entró y probó la silla; no se quejó del crujido ni de la aspereza del asiento. Había en su manera de sentarse un respeto profundo por la casa ajena que delataba que una mujer educada lo era por la destreza en el arte de tocar sin herir.

—Aquí me quedo —dijo.

—Hay otro cuarto aquí arriba por si lo necesitas para toda esa familia nuestra que parece que te ha acompañado en el viaje —añadió Felícitas sonriendo, señalando al fondo e intentando quitar gravedad al mensaje de su hermana—. Está disponible si lo necesitáis.

—Ma'am, no se burle de esta negra. Que esta noche duermo sin Gabriel y una negra no sabe estar sola con tanto fantasma. Que a todos los conocía —murmuró Marilú, con voz temblorosa—. Menudos eran los tres señores. Ja. Madre del Amor Hermoso, Virgen de la Caridad...

Francisca miró a su madre y a su tía que sonreían con mirada maliciosa como dos niñas. Habían redescubierto sin quererlo el placer de hacer rabiar a los demás. Antonia bajó la palmatoria y guiñó, cómplice, un ojo a la pobre Marilú.

—Y el tuyo está junto a la cocina —le dijo—. Tengo una manta con más peso; no deja pasar el frío ni las penas... y mucho menos a los fantasmas.

Marilú rio bajito con una risa que traía agua de patios lejanos. Entró a su cuarto humilde, con una cama estrecha, una caja de madera para sus cosas, y una estampa clavada con un alfiler que

representaba a una Virgen sin nombre. Dejó el mantón sobre la cama y alisó con la palma las arrugas. Había dormido en peores sitios; aquel tenía calor y voz de casa, y eso vale más que el algodón.

En el piso de abajo, Gaspar y Ángel habían acomodado los baúles y arcones junto al comedor. Martín esperaba en el zaguán, atento, sin incomodar. Antonia ya subía con tres mantas dobladas y una jarra. En las casas venidas a menos el servicio se afina: una criada fija para la cocina y la limpieza; una muchacha de horas que venía dos veces por semana, Catalina, que ese día no estaba; y un mozo ocasional que cargaba leña o subía agua de la fuente por un real y un pedazo de pan. Antonia llevaba sola demasiadas temporadas, pero había perfeccionado el arte de parecer plural cuando haría falta un ejército de buenas manos.

—Cuéntame el camino —pidió Felícitas.

Isabel bebió un sorbo. Se limpió la comisura con el pañuelo y dijo:

—Salimos de Málaga como un rayo, como una exhalación. Quise que el viaje fuese breve; dos semanas. Gaspar y Ángel cargaron poco; no hubo paradas largas, ni posadas regaladas. En Santa Elena hubo un asalto, unos hombres que salieron de los matorrales con cara de noche. Ángel el mozo fue herido sin gravedad.

—¿Perdimos algo? —preguntó Felícitas.

—Nada que no pudiera reponerse —respondió Isabel, eligiendo el verbo—. Traigo lo importante conmigo. Y no hablo de joyas.

Francisca dejó la cuchara.

—Mamá...

—Déjalo por hoy —dijo Isabel, mirándola con una ternura férrea.

—Te ves magnífica —se atrevió por fin la anfitriona—. El negro te brilla distinto.

—El negro es un lenguaje —replicó Isabel—. Se escribe con tela. A ti te sienta bien la honradez de la bayeta. Yo hoy necesitaba una frase larga.

Felícitas rio sin querer hacer ruido y necesitando oírse.

—Siguen siendo dos —dijo Marilú, con una sonrisa.

—¿Dos? —preguntó Francisca.

—Tu madre y tu tía —explicó—. Siempre fueron dos, distintas, unidas.

La noche ganó. En el patio, la fuente seca sostenía musgo donde los gorriones bebían por la mañana. Gaspar echó una manta al suelo de la buhardilla; Ángel le imitó. Martín repasó con la mano el cuero del cinto y dejó el sombrero en un clavo. Abajo, Antonia cerró con el cerrojo que tenía memoria de otros cerrojos.

—Huele a lavanda —dijo Francisca al subir otra vez.

—A lavanda y a algo más, pero ya no huele a índigo, como olía antaño todo lo de tu tía —dijo Isabel.

—Huele a tiempo, al maldito paso del tiempo —remató Felícitas.

Cada una tomó su palmatoria. Antonia se quedó en pie hasta verlas perderse por el pasillo. Había un orden silencioso, un nuevo reparto de la gravedad. Felícitas se detuvo un segundo ante la puerta de Guadalupe, ahora Francisca; apoyó la mano sobre la madera y respiró. Isabel la vio y calló. Marilú pasó sin mirar para no robar intimidades.

—Mañana —dijo Isabel, tocándole el codo.

—Mañana —repitió Felícitas.

La cama del cuarto de la galería acogió a Isabel con un ruido viejo, como todo en esa casa, que le tenía el ánimo conmovido. Su hermana no era ya nadie y no tenía nada. La última vez que la había visto conservaba los aires de ser viuda del virrey y ahora estaba ahí, envejecida, descuidada, luchaba con toda la dignidad para que todo lo que había perdido pareciera que seguía flotando en el ambiente. Isabel repasaba con su memoria las joyas que había traído para poder dejarle y las ropas que podía regalarle de su equipaje. Por fortuna, sus cuerpos seguían teniendo las mismas bellezas y los mismos defectos. Todo le estaría bien. Con lo de aquel viaje podría aguantar cuatro años a lo sumo, pero su cabeza ya estaba pensando en mandar a su hijo Luis con dos de sus hermanos para traerle dinero. Se tumbó sin deshacer los cabellos más de lo estrictamente necesario.

Había sido gobernadora, capitana general y muchas más cosas, todas esas que te enseñan, en años de viajes y de lutos, a dormir ordenando la ropa sobre la silla para que la mañana no te sorprenda

en batalla con el espejo. Se despidió de Francisca, que se quedó un rato sentada a los pies de la cama, charlando en susurros sobre cosas pequeñas como el olor de la lavanda, el eco de la calle y la comodidad inesperada del colchón. Cuando la puerta se cerró, Isabel se quedó mirando la moldura del techo.

Pensó en Málaga, casa propia y negocios que prosperan con el mar, en el esmero aprendido de su madre, el brillo dosificado y la economía secreta de la abundancia. Pensó en Luis, en su ausencia ya serena y en esa melancolía pegada al mediastino. Al final del medio luto, había elegido quedarse en el negro por decoro y por lengua, el negro comunica según quién y dónde; en Aranjuez, esa noche, servía de puente. Y pensó en Felícitas, en el negro parduzco, en la bayeta, en el crespón y en el azabache viejo; pensó que el cuidado había aprendido otra gramática en su hermana, una con el aceite más escaso y las manos haciendo de peineta. La belleza de Felícitas la conmovía porque resistía; tenía la nobleza del mármol que sigue entero cuando la fuente ya no corre.

Se prometió decir. Decir al día siguiente, no esa noche. Hablar del confesor, del albacea, de la verdad que pesa y libera a la vez. Acordó frases que no fueran cuchillos ni algodón. Sobre todo, se repitió una idea: contar para que Francisca reciba historia y no rumor, memoria y chisme. Se durmió con la seguridad de quien ha tomado las decisiones suficientes para poder dormir sin sobresaltos.

En el cuarto de Guadalupe, Francisca se tendió despacio. Había puesto, con una delicadeza que Antonia miró desde el umbral sin interrumpir, su pañuelo en la mesilla, la trenza sobre el hombro, las manos cruzadas sobre el pecho un instante con la seriedad de quien sabe que ocupa un lugar prestado. Le habló en voz muy baja a la ausente; no dijo nombres, dijo gracias. Le prometió cuidar las cosas y cuidarse en ellas. Pensó en Martín, en Gaspar y Ángel, en Marilú, en su madre, en su tía Felícitas, y se sintió a salvo de un modo que no conocía. El sueño vino con rapidez.

En el cuarto humilde junto a la cocina, Marilú alisó su mantón y dejó al pie de la cama la caja pequeña donde guardaba sus cintas y una estampa plegada. Se acomodó con la manta gruesa que le había dado Antonia; el fuego del fogón apagado aún donaba un calor

residual. Miró el techo y vio, en el ojo de su memoria, dos niñas de Luisiana, una con una cinta roja y la otra con una risa más fuerte que el calor. Ellas corrían y la llamaban, la nombraban en una lengua que aprendió gracias al servicio. Pensó en la dignidad de las manos que hacen pan, que lavan, que mecen; pensó en la casa donde ahora su nombre no crujía; pensó en la gracia extraña de seguir siendo. Pensó en Gabriel y en los señores. Si los señores hubieran visto a su hija la virreina ahora de esta guisa... «Mejor que no la hayan visto». Antes de dormir, rezó sin cronistas ni testigos una oración de pan y memoria.

En su cuarto, Felícitas deshizo el moño con peinetas sin brillo. Al pasar los dedos por el cabello, se dijo que al día siguiente tocaría la verdad con guantes de algodón para no romperla. Sobre la mesilla, una caja de cartas atada con cinta. No las abrió. Miró su rostro en el espejo ovalado, la belleza seguía ahí, distinta, afilada por la vida. Se puso una crema leve, un aceite pálido sin aroma y sonrió al recordarse virreina, por la capacidad de disponer que una vez tuvo. Ahora habitaba en una casa que había resistido, con un nombre que todavía abría puertas y las cerraba también, una hermana y una sobrina bajo su techo, y Marilú, que cerraba el círculo de la arrogante súplica del poder escondido con un único nudo invisible.

Antonia pasó de puntillas por el corredor y dejó, en la mesilla, un jarro con agua y una tela limpia. No dijo nada; había aprendido que servir también es saber cuándo desaparecer. Felícitas sopló la vela y la noche cerró la habitación. Se quedó un rato con los ojos abiertos, oyendo la casa. El techo crujía, los postigos susurraban, el patio respiraba frío. Le pareció que las paredes hacían música con cuatro notas. Ella, Isabel, Francisca, Marilú. Era una música baja, sostenida, grave, capaz de llenar todo el invierno. Cuando el sueño la tomó, se durmió con la certeza de haber recuperado algo más ancho que el consuelo: la posibilidad.

Al amanecer, que todavía no había llegado, la calle seguía vacía. Martín se dejó caer en la buhardilla con la espalda contra la pared, atento al ruido que no se oyó. Gaspar y Ángel respiraban con ritmo de pescadores; Antonia soñó con ollas grandes; Marilú con palabras que caben en cuencos. Isabel durmió con los dientes apretados de

quien decide; Francisca, con la confianza nueva; Felícitas, con la paz improbable de quien ha sido visitada por su propio destino y lo ha dejado entrar, descalzo, para que no despierte a nadie.

La noche sostuvo a la casa en su mano hasta que el día comenzó a dibujar el borde de las cosas. Entonces, en el umbral, una hebra de luz entró a probar el polvo del suelo. El capítulo terminaba ahí, exactamente, donde van a empezar los relatos que heredan los hijos, en la certeza de que todo lo que sucedió cabe en una casa si las mujeres que la habitan deciden contarlo.

XXIX

Aranjuez, abril de 1796

A Felícitas de Saint-Maxent nunca le tembló la voz cuando hablaba de su madre, pero todos sabían que le temblaba el pulso cuando la recordaba. Nadie se atrevía a nombrar a doña Elisabeth La Roche en su presencia sin medir las palabras. En la familia, aquel nombre no se pronunciaba, no, se invocaba.

Aquella tarde, en la casa de Aranjuez, Francisca rompió esa costumbre.

—Tía —dijo, mientras doblaba un pañuelo—, ¿por qué habláis de la abuela con tanta admiración y al mismo tiempo con un tono que suena a reproche?

Felícitas la miró despacio, con esa serenidad que da el cansancio más que la paz.

—Porque todos sus hijos crecimos bajo su autoridad —respondió —. Y la autoridad de mi madre no se discutía, se obedecía. Tú solo has conocido a algunos de sus hijos y de sus criados. El resto de las personas la veía de forma diferente.

—Parece que es una mujer muy dura —insistió la sobrina—. Yo apenas tengo recuerdos con ella.

—Es estricta con todos, sobre todo, con ella. Espera que todos midamos la justicia con su mismo sentido —corrigió Felícitas—. Y el mundo nunca ha sabido distinguir la justicia de la dureza. Además, su sentido del cumplimiento del deber es mucho mayor que el que pide cualquier rey con las leyes a sus súbditos.

Francisca sonrió, incrédula.

—Habláis de ella y parece que aún os mandara.

Felícitas no respondió enseguida. Se levantó, caminó hasta un arcón de madera junto al escritorio y lo abrió con la llave que llevaba colgada del cuello. Dentro, entre legajos, guardaba una caja forrada en terciopelo verde. La sacó con cuidado, la colocó sobre la mesa y, al abrirla, dejó ver un sobre atado con una cinta.

—Para que entiendas de lo que hablo, voy a dejar que leas la última carta que me envió desde Nueva Orleans. Léela en voz alta.

Francisca tomó el sobre. El sello estaba intacto, la tinta apenas desvaída. Desató la cinta, desplegó el papel y comenzó a leer.

Puebla, año del Señor de 1796.

Mi querida hija:

Espero que esta carta te encuentre bien, dentro de esa etapa de miseria que te ha deparado tu empeño en decir lo que piensas. Qué pena me da saber que te escribo a una casa humilde cuando te he educado para habitar los palacios. Deseo que Dios proteja tu corazón de los designios a los que te ha llevado tu alma francesa.

No entiendo muy bien lo que estáis haciendo tú y tu hermana. No lo entiendo y quizás ya no quiero entenderlo, porque esperaba, en esta vejez que Dios me concede, recoger los frutos de todo lo que sembré. He dedicado mi vida a mantener el nombre de esta familia con honor y ahora veo con tristeza que os alejáis del ejemplo de vuestro padre. Nada me causa más pena que el descuido de las hijas que olvidan el esfuerzo de sus padres, aparte de saber que has caído en desgracia en España y que no has sabido remontarlo. Como consuelo me queda que tu hermana recibió la misma educación que tú y viste sedas francesas alabando a la Corona española.

Que esos nietos nuestros no alcancen a conocer nuestro esfuerzo para que sean quienes son me parece la más grave afrenta a la memoria de vuestro padre. Es verdad que yo tampoco decía las verdades así hasta que él murió. Estos dos últimos años cada arruga de mi piel alberga un recuerdo que duele como una cicatriz y estoy triste porque no sé vivir sin él y dolida porque no le homenajeáis a cada paso de la vida... con lo que él ha hecho por vosotras.

No honráis nuestra memoria. No habláis de vuestro padre, ni del trabajo que costó conservar el respeto que hoy os rodea. Parecéis haber olvidado que todo lo que sois se construyó con fatiga y vigilancia. No os pido amor, Felícitas, pero os debo pedir respeto. La Santa Madre Iglesia manda honrar al padre y a la madre, y no hay oración que compense la desobediencia del corazón.

Decís que fui severa. Lo fui. La ternura no habría bastado para sostener lo que levantamos. Vuestro padre fue un hombre recto y trabajador. Su prudencia

salvó la familia cuando otros la habrían perdido. Y si la mantuvo en pie fue porque lo acompañé sin desfallecer. Y siempre vivisteis muy bien, todo lo bien que yo pude. Os lo di todo porque lo quería todo para la familia.

Yo llevé las cuentas, la casa, los criados y los negocios mientras papá comerciaba con las pieles del norte. Lo disuadí de unirse a la revuelta contra los españoles y gracias a eso, salvó su vida y la de todos los nuestros. Mi consejo lo mantuvo en el favor de O'Reilly y en la confianza de los gobernadores.

También fui yo quien pensó los matrimonios que aseguraron vuestro porvenir. A Isabel y a ti, os di la posibilidad de vivir en el cabildo. Hija mía, no olvides que fuiste virreina a pesar de tu vida de ahora. Las demás uniones de nuestras familias con otras por esponsales no fueron casualidades. Cada una fue el resultado de prudencia, de trabajo y de fidelidad.

Buscamos fortuna, pero también estabilidad. Y la logramos, la logramos pese a los reveses de las maledicencias y las envidias. Seguimos con patrimonio y prestigio incluso con los embargos y los juicios. Sois las únicas que parecen avergonzarse. ¿Imaginas que tus hijos no contaran todo lo que hicisteis Bernardo y tú? Imaginas que quisieran borrar todo... Te parecería lamentable, como me resulta a mí lo que estáis haciendo.

Cuando vuestro padre enfermó, lo cuidé sin descanso. Lo vi morir con serenidad y no me permití ni un solo día de desorden después de su muerte. Seguí administrando, supervisando y protegiendo lo que él me dejó, porque era mi obligación y porque sabía que, si yo caía, caíais todos. Si hoy vivís con tranquilidad, es porque alguien se aseguró de que nada faltara. Rectifico porque tu falta de tranquilidad viene de tus propias decisiones. No confundáis mi firmeza con frialdad. Hice lo que debía. Y lo haría de nuevo.

Tu madre,

Elisabeth La Roche de Saint-Maxent.

Francisca dobló la carta con lentitud. Permaneció en silencio unos segundos, mirando las líneas apretadas. Esperaba encontrar entre ellas una disculpa inexistente.

—Esto que hace contigo, lo haría también con mamá. A veces, cuando hablamos de la abuela, se pone a la defensiva. No es que no la quiera. Creo que siente que le está rindiendo cuentas.

Felícitas la miró sin sorpresa.

—Tu madre tiene razón. Ninguna de nosotras dejó de rendírselas nunca. Y ahora está muy enfadada. A eso tienes que ponerle

solución. Necesito que vuelva a escribirme que me quiere. Por mí, mas también por ella. Es una gran madre, aunque piensa que hemos traicionado la memoria de la familia y no se permite una palabra amable hasta que se resuelva. Ella es la primera que está sufriendo y tu madre, que entiende plenamente la cabeza y el corazón de tu abuela, ha venido hasta aquí contigo para que nos devuelvas la paz a todas, para que cuentes la vida de esta familia desde sus orígenes y vuestros nietos, y a su vez los suyos, puedan saber lo que quieran de cómo fue esta época de su sangre, sin adornos ni cortapisas.

—Mamá sufre. Cambia y se vuelve antipática y seria cuando se le tocan los recuerdos.

—Tu madre nos protege a todos. Y se transforma cuando huele el riesgo. Tenemos que ayudarla a que se quite ese peso.

La joven guardó la carta en el sobre y la devolvió a su tía. Felícitas la colocó de nuevo en la caja, cerró la tapa y la metió en el arcón. No hubo más palabras.

El silencio que quedó después no era de reconciliación. Era el silencio antiguo de una casa acostumbrada a la obediencia. Y el silencio de Francisca era el del orgullo de la confianza que le brindaba su tía y el del enfado de su abuela. Ella tenía que buscarle las palabras adecuadas a todos aquellos silencios.

XXX

Aranjuez, abril de 1796

La mañana tenía impresa una ilusión que nunca había vivido esa casa desde que la condesa de Gálvez la habitaba. Parecía que tanto ella como su hermana habían rejuvenecido veinte años en aquel reencuentro y que la fuerza de estar juntas resucitaba a las muchachas de Nueva Orleans para las que Gilbert-Antoine de Saint-Maxent y Elisabeth La Roche habían escrito un futuro en letras mayúsculas. Todo había crecido desde la noche anterior. En la casa se sentía como si el Tajo, a su paso por Aranjuez hubiera tomado el caudal y el color del Misisipi que presidió la juventud de las gobernadoras.

La mesa las esperaba. Se intentó disimular la decadencia: mantel de hilo traído antaño de Flandes y con manchas viejas, porcelana francesa con cicatrices de viajes transoceánicos, pan de trigo aún tibio, confituras de membrillo y naranja amarga, y una chocolatera de cobre que transpiraba en vapor lento. Todo en pequeñas cantidades desnudaba la contención que exigen las privaciones.

Marilú estaba en la sala apoyada en la pared y Antonia, la doncella, se movía como en una coreografía antigua entre la alacena y la mesa. Isabel interrumpió el sonido de las cucharillas.

—Marilú, siéntate con nosotras.

Las criadas se miraron. El tono no admitía réplica, la una se sentó y la otra puso el cubierto.

—Estos días —añadió— quiero que seas una de las voces de Nueva Orleans. Y para hablar como se debe, hay que desayunar como las damas de esta casa.

Felícitas aprobó con un leve movimiento de cabeza.

—Antonia, sirve a Marilú como a cualquiera de nosotras. No vamos a construir un relato a medias.

Marilú se acercó y se sentó despacio. Parecía temer que el asiento la reclamara para siempre. Intentó usar la servilleta y los cubiertos como siempre había visto que lo hacían los blancos más refinados. Aun así, entre sus manos, la taza de chocolate era una suerte de amuleto que desafiaba al miedo por estar fuera de su lugar.

Isabel retomó la conversación que habían dejado suspendida la noche anterior.

—Guadalupe se está adaptando bien en Málaga. Con sus primos ríe, juega, y hasta el silencio de la casa es más cálido desde que llegó. Pero... a veces la encuentro mirando hacia el horizonte. Y me dice que piensa en ti. Que te echa de menos de un modo que duele.

Felícitas guardó silencio y dejó reposar la cucharilla sobre el platillo.

—¿Has pensado en que vuelva contigo? —preguntó Isabel—. O que vengas tú a vivir a casa, que sería lo más lógico.

—Isabel... —Felícitas bajó la voz—. Pon tu mente en el presente de una vez por todas. Estamos en el año de 1796. Deja ya de evitar mirar mi realidad, tu realidad. Dios... Parece que lo olvidas y no quiero pagar mi furia contigo.

—Tía, no te enfades con mamá...

—Francisca, no me enfado, aunque no podéis pensar que a mí no me cuesta trabajo contenerme por mi situación o que estoy apartada de vosotros por propia voluntad. ¿Tú crees, Francisca, que a mí me gusta vivir así? De verdad... He sido virreina y he sentido cómo todo el mundo se agachaba a mi paso, ¿crees que no extraño las comidas copiosas, los viajes y las sedas ricas? Pues claro que lo extraño. Y mucho... —Una lágrima se escapó y la voz se le quebró.

—Felícitas —musitó con tono de compasión Isabel.

—Perdonad —dijo secándose su única lágrima con un pañuelo con el hilo pasado por los lavados—. Entendedme. Yo ya fui desterrada. He visto a mis amigos detenidos, desterrados, sufriendo. Enfermé en Valladolid. Me moría de frío en aquellas paredes mojadas y con moho. Me moría de frío y de pena. Y luego en Zaragoza, que,

aunque fue una época más soportable, tuve que acostumbrarme a sentir las miradas de quienes entienden que soy una apestada. Y sí, de acuerdo, me absolvieron, sí, mas ahora que Aranda ha caído y se le ha permitido irse a su pueblo estoy sola y arruinada en la Corte. Y no podemos cambiarlo. Godoy es quien manda, vuelvo a ser un blanco fácil y tengo cien ojos puestos sobre mí. No hay condena escrita, mas el certero ajusticiamiento ya está en las miradas que me acribillan como quien pone contra la pared al enemigo. ¿Dónde está mejor mi niña, aunque no pase un minuto sin que yo piense en ella? He parido cuatro veces y estoy sola... —Felícitas tapó los ojos con sus manos y rompió en un llanto desaforado.

Isabel sabía que era mejor no tocarla ni consolarla en aquel momento, o al menos, eso creía recordar. Marilú abrió los ojos con la alerta de la inoportunidad en acción. Y, Francisca, que había estado observando con atención el ir y venir de las palabras, dejó el pan en el plato.

—¿Así habláis siempre cuando no estamos los hijos delante? —interrumpió, con el ceño fruncido—. Esto es demasiado duro.

Se hizo el silencio. Felícitas la miró con una ternura áspera.

—Es que la vida, niña, rara vez se ablanda porque cerremos los ojos.

Marilú bebió un sorbo y habló por primera vez.

—La vida no es dura, Francisca. Es como el río Misisipi: no le importa a quién se lleva y a quién deja en la orilla. Ja.

La frase quedó flotando en el aire y Antonia, que había vuelto con un plato de bizcochos, lo dejó sobre la mesa con cuidado. Felícitas retomó su arenga.

—No puedo permitir que a Guadalupe la marquen como a mí. Prefiero que sea tu hija a ojos del mundo, hija de un virrey, no de una sospechosa. Esa es la decisión más generosa y la más cruel de mi vida.

Isabel bajó la mirada. Había algo insoportable en ver a su hermana, siempre erguida en medio de los temporales, reconocer la derrota.

—Entonces... —dijo despacio— en estos días hablaremos de todo. De lo que pasó en Nueva Orleans cuando la bandera francesa bajó y

subió la española, de cómo papá y mamá lo vivieron, de lo que nos costó cada lealtad. Que los niños lo sepan, para que no se lo cuenten otros. Y, sobre todo, que Guadalupe lo sepa, para que algún día pueda entender qué has hecho y qué hemos hecho los demás no impidiéndote quedarte aquí sola. Tengo miedo, hermana. Ya no están papá y mamá aquí para encontrar la solución para todo.

Isabel también lloró, aunque sin agachar la cabeza. Quería exhibir aquella rabia y aquella indignación que deja a la intemperie la madurez cuando te muestra con dureza que no hay marcha atrás. Felícitas asintió. Francisca miró a Marilú, buscando en sus ojos una confirmación de que esas historias podían contarse sin romperse. Y Marilú, sin dejar de mirar la taza, sonrió con una calma antigua, la calma de quien sabe que toda verdad merece su voz por dura que sea.

El comedor estaba lleno de luz, aunque no de calor. La claridad que entraba por los ventanales era la de una primavera cautelosa. Felícitas se había quedado mirando su taza de chocolate hasta que el vapor se disipó. En la superficie lisa, ya sin ondas, veía además del desayuno, la cartografía de los últimos años: cada giro político, cada caída de un protector, cada carta enviada sin respuesta.

Francisca, que hasta entonces había jugado con una migaja de pan, levantó la cabeza.

—A mí, por más que he leído y estudiado, hay algo que no me queda claro, ¿por qué Francia es un peligro si antes era amiga?

Felícitas sonrió sin un ápice de dulzura.

—Porque las alianzas son como la marea, hija, se retiran cuando más las necesitas. Antes, Francia y España compartían enemigos, y yo misma vi cómo se brindaba en Nueva Orleans por esa amistad. Pero en cuanto las aguas cambiaron, los amigos se volvieron sospechosos. Y ser afrancesada y que te consideren «ilustrada» significa, en estos días, que cada puerta se te cierre antes de que llames.

—Es demasiado extraño todo —dijo Francisca, casi en un susurro.

En su voz había un filo que no admitía negociación. Era la voz de quien ha entendido que el amor, a veces, exige sacrificar la proximidad.

—¿Y no hay otra forma? —preguntó Isabel, con un hilo de esperanza.

—No —respondió Felícitas con la certeza de quien ha repasado todas las rutas y ha encontrado todas bloqueadas—. En esta España, un apellido es llave o cadena. El mío es cadena. Y no quiero que mi hija pequeña aprenda a vivir con las muñecas marcadas.

Marilú intervino de nuevo, su tono bajo pero firme.

—Una madre que renuncia. Eso no lo entiende nadie hasta que le toca. Yo lo he visto antes en las plantaciones, en los barcos, en los puertos. A veces es la única manera de salvar algo.

Solo el golpeteo de un carro al pasar frente a la casa interrumpió el silencio. El sonido del hierro sobre el empedrado parecía marcar el compás de una decisión que no podía revertirse. Las campanas de la catedral repicaron la hora y el sonido llenaba los huecos que las palabras ya no pedían.

Felícitas respiró hondo.

—La renuncia es el precio de su libertad. Hablo de libertad para ser mirada sin sospecha.

Isabel sintió un nudo en la garganta. El sol había terminado de tomar posesión del comedor. La luz, entrando a raudales por las ventanas, inspeccionaba los rostros de quienes estaban allí sentadas y la claridad servía de escribano dispuesto a tomar nota de lo que se iba a decir. Isabel giró la silla hacia Francisca y con un gesto de mano pidió la atención de su hija.

—Escucha bien, Francisca. Esto que vamos a contarte no es cosa de madres hablando de política. Es tu historia, la de tus hermanos, la de tu familia y tendrás que decidir cómo la cuentas.

La niña dejó la corteza de pan en el plato y asintió, con ese silencio atento que tienen los más jóvenes cuando sospechan que van a escuchar algo que no es del todo para ellos. Felícitas tomó aire y supo que se abría una puerta cerrada desde hace años.

—Cuando Isabel y yo éramos niñas, Luisiana era francesa. Era una Francia de puerto y barro. Nueva Orleans olía a tabaco recién descargado, a especias traídas de islas que apenas se dibujaban en los mapas, y a madera mojada por las crecidas del Misisipi. Nuestro padre era un comerciante que conocía todos los muelles y todos los

nombres que importaban. Aunque venía de Francia, parecía el más criollo de la ciudad. Tenía almacenes llenos de pieles que venían de los territorios del norte, barricas de ron, sacos de arroz y de maíz.

Isabel sonrió levemente.

—En casa se hablaba francés, se leía a Voltaire y la música venía en partituras que cruzaban el océano. Usábamos sedas de Marsella y París y los domingos la Plaza de Armas era un salón abierto al cielo donde se discutía de filosofía, de precios del azúcar y el destino permeaba todas las conversaciones.

—Ese mundo cambió —continuó Felícitas—. En el sesenta y dos, cuando Europa todavía estaba empapada por la guerra de los Siete Años, Francia cedió Luisiana a España en un acuerdo secreto, el Tratado de Fontainebleau. Fue un regalo envenenado para compensar a la Corona española por la pérdida de La Habana a manos inglesas.

Francisca frunció el ceño.

—¿Y la gente lo aceptó?

Marilú soltó una risa breve.

—No, señorita. No se acepta, así como así que te cambien de rey. Ja. El primer gobernador español, uno al que llamaban Ulloa, llegó como un huésped tímido y se encontró con que nadie lo quería. Los comerciantes temían que España cerrara el comercio con Francia; los criollos pensaban que vendrían leyes duras y menos libertades. Y acertaron, en parte. Y luego, estaban nuestras familias y los esclavos que llegaban en barcos desde África si tenían la suerte de no morir en el camino. Lo entendíamos todo por el miedo. Ja. Según estuviera la cosa podían vender a tu padre y no volver a verlo, o venderte a ti siendo un niño o una niña.

La condesa de Gálvez asintió.

—En mil setecientos sesenta y ocho, la ciudad se levantó. Fue lo que llamaron la Rebelión de los criollos. Expulsaron a Ulloa, izaron otra vez la bandera francesa. No duró porque el rey de España envió a Alejandro O’Reilly con tropas, ajustició a los líderes y dejó claro que Luisiana ya no volvería a ser francesa.

—Pero después llegaron gobernadores que supieron tender puentes —continuó Isabel—. Entre ellos, tu padre. Él permitió que

los documentos siguieran redactándose en francés, dejó que el comercio con Francia continuara por caminos indirectos y se ganó el respeto de quienes no querían ser gobernados sino desde París.

Felícitas miró a Francisca directamente.

—Aprendimos entonces a vivir en dos mundos. En la mesa, éramos francesas, hablábamos nuestra lengua, manteníamos nuestras costumbres. En el despacho, éramos súbditas españolas, firmábamos documentos con el sello de Madrid y jurábamos lealtad al rey Carlos III.

Francisca jugueteaba con el borde del mantel.

—¿Y eso está mal?

—Depende de a quién preguntes —respondió Felícitas—. Para algunos, aceptar el Gobierno español fue traicionar a Francia. Para otros, seguir hablando francés era no ser leal a España. Éramos sospechosas a los ojos de ambos y traidoras a los ojos de los que se empeñaban en seguir siendo franceses.

Marilú tomó la palabra, con el acento lento de los patios criollos.

—Y eso mismo, niña, es lo que pasa ahora aquí. Ja.

Isabel asentía.

—En la España de hoy, también hay dos bandos. Una España que mira a Francia con admiración por sus ideas nuevas, por sus reformas, por la promesa de un mundo distinto, y otra España que ve en todo eso un veneno y se aferra a la tradición y al absolutismo. Siempre hay que estar alerta y no podéis pensar que eso no os pasará a vosotros.

—Las dos Españas —dijo la condesa viuda de Gálvez y el silencio que siguió dio a las palabras el peso de una sentencia.

Francisca parecía procesar la idea despacio.

—¿Y vosotras?

Isabel respondió sin titubeos.

—Nosotras aprendimos a sobrevivir siendo un poco de cada una. Pero eso no te libra de que alguien te llame traidora cuando el viento cambia.

—Por eso —añadió Felícitas, con un hilo de emoción en la voz— no puedo criar a Guadalupe conmigo ahora. Con el conde de Aranda desterrado y Godoy en el poder, ser afrancesada es una condena

invisible. Y en esta España, como en aquella Luisiana, la sospecha se hereda como un apellido.

—Y no hay bandera que te libre de eso, niña, ja, salvo que encuentres dónde te dejan entrar sin mirar de qué lado vienes —apuntó Marilú con las manos en la taza.

La luz del mediodía empezó a calentar el comedor. En esa mesa, se estaba tejiendo la explicación de medio siglo de lealtades y traiciones, y que una niña estaba recibiendo, sin saberlo del todo, la cartografía moral que marcaría el resto de su vida. Francisca, apoyada en el respaldo de la silla, escuchaba con los ojos muy abiertos.

La condesa de Gálvez tomó un sorbo de chocolate y dejó la taza sobre el platillo con cuidado. Hacía mucho que no presumía de nada y siguió haciéndolo de la adaptación de su padre al cambio de Luisiana. Isabel la interrumpió, con un deje de orgullo.

—Eso nos costó caro. Lo llamaron traidor. Hubo quienes le retiraron el saludo. Fue otra época en la que en esta familia se oían los reproches de las miradas en la iglesia, como ahora a la tía. Y cuando O'Reilly llegó con tropas para sofocar la rebelión, mi padre fue llamado a testificar.

—¿A testificar? —preguntó Francisca abriendo los ojos.

—Sí. Lo interrogaron para que confirmara quiénes habían apoyado la rebelión. Y confirmó los nombres de aquellos que habían liderado la rebelión de los criollos. Tu abuelo era un adelantado y siempre supo defender a su familia y sus intereses con una inteligencia natural que la mayoría no tenía. Los españoles vieron en él a un aliado, una pieza clara para el futuro de Luisiana, al saber que medió para evitar el derramamiento de sangre.

—Y así fue como su familia pasó de estar en peligro a tener mejores tratos que muchos criollos que se habían creído héroes —respondió Marilú, con cierto regocijo—. Para envidia de muchos. Ja. Esta familia siempre ha sido muy envidiada.

—Marilú, no vuelvas con la misma canción de siempre. Ya fuimos de las primeras niñas criollas en tener profesores españoles además de franceses —apostilló Isabel—. Papá decía que la lealtad es aprender a decir lo que eres en el idioma que entiende el rey.

Isabel ya estaba a la defensiva y las demás temían que sus demonios salieran por sus ojos o su boca. Felícitas miró a Francisca con seriedad.

—Ese fue el principio de nuestra lección sobre las dos Españas. En Luisiana, algunos nunca aceptaron el cambio y quedaron encerrados en su nostalgia. Otros, como papá, entendieron que adaptarse era sobrevivir.

—Y ahora —añadió Isabel—, volvemos a vivir algo parecido. Tú, Francisca, tienes que saber que esas divisiones se heredan, como te ha dicho tu tía, al igual que una recibe los apellidos y las deudas.

—Y que a veces, niña, ser leal significa elegir dónde puedes vivir con la frente alta, aunque el corazón se quede en otro sitio —concluyó Marilú.

El silencio que siguió fue denso y atroz. Parecía que en esa sala se había depositado todo el polvo de medio siglo de guerras, tratados y decisiones imposibles. Afuera, un pregonero gritaba el precio del pescado, ajeno a que en esa mesa una niña acababa de heredar un mapa secreto: el de la tierra movediza en la que las mujeres de su familia, incluida Marilú, habían aprendido a sostenerse sin caer.

El comedor había mudado de piel. La mañana primera ya no estaba; quedaba una luz oblicua pegada a las paredes, y el chocolate, espeso en el fondo de las tazas, parecía tinta que aguardaba firma. Antonia retiró los restos de pan con un gesto de quien entiende que, a partir de ese momento, lo que se sirve es palabra.

—Francisca —dijo Isabel—, ahora te contamos lo que nunca te contaron en clase. No es un sermón ni una consigna, es la historia de esta familia y de las dos partes de la sociedad que te miran desde lados opuestos de la misma mesa.

La niña enderezó el cuerpo. A su edad aún se cree que las palabras se aprenden por orden alfabético; esa mañana descubriría que se aprenden por cicatrices porque las que más pesan nunca vienen bien ordenadas.

—Empecemos por el presente —inquirió Felícitas—. Hace un año, España firmó la paz con Francia en Basilea; la herida sangró menos, mas no cerró. Y ahora el viento gira hacia una nueva alianza con los

franceses que puede enemistarnos con Inglaterra en cualquier momento. Los mares hierven de fragatas. A Godoy lo aman y lo odian casi con la misma devoción que hay hombres a los que se bendice y se maldice con la misma boca. En los salones, el apellido marca el paso, «afrancesada», me llaman, y no hace falta sentencia escrita para que se me cierren las puertas.

—Tú elegiste pensar —dijo Isabel con serenidad, pero con cierto tono de reproche—. Y pensar en voz alta. Eso a muchos les da miedo pues no todos toleran que un pensamiento marche sin escolta.

—Elegí no renunciar a lo que aprendí en Luisiana —respondió su hermana—. La lealtad es una brújula que se revisa a cada tormenta porque el corazón rara vez permanece donde la razón lo deja. Francia me dio luz en los libros; España me dio techo en la adversidad. Hoy, para mí, la mente se inclina hacia Francia y la piel pide España. Y ahí dentro se libra una batalla que no sale en las gacetas. Mas a mí me tiene anclada en una casa sin opciones de volver a ser alguien.

Francisca alzó la mano, una costumbre escolar que a Isabel le enterneció por dentro.

—¿Y hay guerra, tía? ¿De verdad... guerra?

—No lo tomes de forma literal. No tengas miedo, hija. Hay guerra en el aire —dijo Isabel— y basta un soplo para que el alma tiemble antes que los cañones. Se masca en los puertos, en los corredores diplomáticos, en las cartas cifradas. En agosto puede firmarse una alianza con Francia que nos pondrá frente a Inglaterra. No luchan las ideas; luchan las flotas. Pero las ideas deciden a quién reciben las flotas cuando regresan.

Isabel inspiró hondo. Había en su voz una firmeza templada, una destreza aprendida en años de contención de su pánico. Felícitas sintió que su hermana necesitaba el relevo y procedió.

—Tu padre es un ejemplo de cómo hacer las cosas, llegó a gobernar Luisiana para apagar rescoldos, no para encender hogueras. No inventó la palabra *bilingüe*, pero le dio oficio. Yo lo entendía desde que era una niña. El primer día que un maestro corrigió mi redacción en francés y al margen anotó la forma

española, entendí que la obediencia no mata la memoria si hay quien traduzca la vida. Hay memorias que arden sin quemar el papel. Tu padre fue ese intérprete entre mundos. Y en casa, la prueba estaba en la mesa: el francés en el mantel, el castellano en el sello de lacre. Tu padre, desde que lo conocí, me habló más de escuchar que de mandar. No creía en doblegar; creía en educar. Por eso sostenía escuelas, por eso quería que los hijos de criollos y de españoles pronunciaran dos alfabetos. Y por eso muchos que lo miraron con recelo terminaron teniéndolo por propio.

—Lo has oído contar cientos de veces, hija mía. Tu padre se dejó la piel por dignificar a los maestros y consiguió que el Real Montepío de Maestros de Nueva España les hiciera un seguro. A los dos años de llegar a Nueva Orleans ayudó a las monjitas ursulinas a crear la primera escuela gratuita de aquellas tierras y de la Academia Ursulina salió la primera mujer farmacéutica. Creo que aún conservo su carta de agradecimiento de la hermana Francis Xavier Hubert.

—Tu padre cambió todo el sistema educativo, Francisca —prosiguió Felícitas—. ¿Te haces una idea del esfuerzo que le supuso conseguir que se sentaran juntas en un aula mujeres blancas, indias y negras?

—Y después, cuando llegamos a La Habana y, más tarde, a Venezuela, siempre se empeñó en que hubiera escuelas públicas y montó un protomedicato para que hubiera médicos cualificados y los lugareños no quedaran en manos de los curanderos. Tu padre fue un buen marido y un gran gobernante.

Francisca abrió un cuaderno invisible en el aire.

—¿Y la esclavitud, mamá? ¿Qué hacía papá?

—No podía abolirla —dijo Isabel—. Gobernar con obediencia al rey imponía límites. Usó esos límites para empujar paredes: exigió trato menos brutal, escuchó quejas, permitió rutas de manumisión por compra, así algunos podrían comprar su propia libertad. Llamó a juicio a amos que se excedían en los castigos.

—Un reglamento no salva —entró Marilú con la frente alta—. Pero a veces evita la muerte. Yo vi a mujeres comprar su libertad con noches extra cosiendo velas o cocinando panes que la ciudad entera devoraba al amanecer. Vi también a capataces furiosos por no poder

levantar el látigo antes de que un alguacil preguntara. En aquellos días, el silencio era un idioma que muchos aprendían a golpes. También vi a tus abuelos recibir quejas sin cerrar la puerta. No eran santos. En aquel mundo nadie podía serlo. Pero eligieron frenar el daño donde sus manos alcanzaban.

—A eso le llamo yo gobernar en tierra ajena —dijo Felícitas—: sostener la ley que manda y, a la vez, atender la dignidad de quien te teme.

—Marilú, ¿a ti te pegaban?, ¿y a tus padres? —preguntó Francisca.

—A todos los negros les pegaban. A pesar de eso, yo sé leer y escribir y tus padres, ja, siempre nos han respetado la dignidad y tu padre nos dejó la libertad en su testamento —contestó Marilú intentando no abrir más brechas de las que ya sentía.

—Entonces, mamá, ¿tú eres afrancesada o piensas igual que las que castigan a la tía con la mirada?

—Yo estoy en el umbral —dijo Isabel—. Creo en la autoridad que protege y en la reforma que instruye. Tu padre me enseñó a coser sendas telas con puntada fina: orden y escuela, sello y pizarra.

—Yo —contestó Felícitas— he pagado caro pensar que la luz entra por la ventana francesa. Me desterraron, me absolvieron, volvieron a señalarme. En esta hora mi lealtad es una tríada imposible: a mi hija, a la memoria criolla, y a la España que podría ser si escuchara sin miedo. Sé que escuece oírlo, mas hoy Francia me suena a promesa y España a sospecha. Y, sin embargo, pongo a mi hija en manos de España a través de tu madre. Porque a veces la razón de la cabeza pierde ante la obligación del pecho.

Francisca, de pronto, se indignó.

—¿Y por qué en la escuela callan esto? ¿Por qué no estudian a mi padre, ni al abuelo ni a los que eligieron sobrevivir?

Antonia, que hasta entonces había sido viento de cocina, se atrevió a entrar en escena.

—Porque la escuela ama las líneas rectas. Y aquí todo fue zanja y puente a la vez. Las maestras prefieren héroes que caben en una frase y villanos que caben en otra.

—Un pueblo dibujado en dos bandos en un libro quedaría cojo, ja —cerró Marilú, sabiendo que Antonia se había metido de forma

imprudente en la conversación—. Falta el temblor de la mano que firma y el hambre del que espera.

—Marilú —volvió Francisca—, ¿y tú? ¿Cómo fue para ti el comienzo con el abuelo? ¿Y para Gabriel?

Marilú sostuvo la mirada.

—Yo sé contar con los dedos los años en que dormir no fue puro espanto. Con tu padre como gobernador a veces se abrían puertas: un pleito, una queja, una compra de libertad. Con otros gobernadores esas puertas se cerraban con cerrojos nuevos. No pongas en mi boca alabanzas. Digo lo que vi. Hubo días de menos miedo gracias a reglas y ojos abiertos. La esclavitud sigue siendo cadena, aunque te aflojen el grillete. Pero una cadena floja permite respirar. En los respiros, alguien aprendía a escribir su nombre y juntaba monedas para comprar el último eslabón.

Isabel apretó los labios.

—Por eso tu padre insistía en maestros y oficios. Una mujer que lee su nombre ya no es sombra. Un hombre que teje velas puede pagar su precio. La ley no redime, pero a veces ofrece escaleras.

—Y si no podía abolirla —añadió Felícitas—, eligió incomodar a los amos cuando cruzaban líneas. Eso, en un mundo que respiraba azúcar, fue más disidencia de la que muchos admiten.

—Francisca —retomó Isabel—, junta las piezas: en Luisiana hubo franceses que se quedaron varados en la bandera vieja; otros, como tu abuelo, caminaron hacia la nueva sin entregar la lengua. En España ocurre lo mismo, unos quieren cerrar los postigos ante Francia; otros quieren abrirlos de par en par. Entre ambos extremos vivimos nosotras, con hijos y recuerdos. Por eso tu tía te entrega esta historia con la garganta rota, renunciar a criar a Guadalupe no es cobardía; es cálculo amoroso en un mundo donde un apellido pesa más que una sentencia.

Francisca bajó la vista y la levantó de nuevo. En los ojos tenía preguntas recién nacidas.

—¿Hicieron bien mis abuelos? ¿Hizo bien mamá al aceptar a Guadalupe? ¿Haces bien tú, tía, al dejarla?

Felícitas sostuvo la mirada sin pestañear.

—Hicimos lo que permite seguir mirando de frente la mañana siguiente. Tu padre eligió gobernar sin humillar; tu tío Bernardo tomó la bandera de las alianzas; tu abuelo eligió adaptarse antes de que los fusiles decidieran por él; tu madre elige darle a Guadalupe una casa donde el apellido abre puertas y no las cierra; yo elijo ser la mala de una historia contada deprisa para que mi hija no herede mi sospecha. Si llamas «bien» a la suma de esas decisiones, entonces sí. Si llamas «bien» a la pureza que no salva a nadie, entonces no.

—A los míos nos salva lo que da de comer y quita el látigo. ¿Cómo se llama eso en los libros? —dijo Marilú—. No lo sé. En los patios se llama vida, ja.

—Último punto, hija —dijo Isabel enumerando con los dedos, casi maestra—. Qué pasó en Luisiana: Francia cedió el territorio a España. Hubo rebelión criolla. Llegaron soldados y sentencias. Después, tu padre gobernó con pragmatismo, toleró la lengua francesa, sostuvo escuelas de doble idioma, facilitó el comercio legal y discreto, y templó la dureza de la esclavitud dentro de los márgenes de su poder. Y tu tío Bernardo, entró en la historia de los Estados Unidos con Pensacola y su forma de llegar a todos sitios como quien detenta la vara de mando.

Antonia dejó en la mesa una jarrita de agua. No tuvo que decir «bebe»; alcanzó la mirada de Francisca, y la niña bebió.

—Entonces —dijo Francisca, ya más segura—, cuando yo cuente esto a mis hermanos, diré que en nuestra familia la lealtad fue un camino difícil. Diré que papá gobernó escuchando, que el abuelo se adelantó a la corriente, que mamá protege y que tú, tía, decides sufrir para que otra no sufra. Y que Marilú me explicó la grieta de la ley desde el lado donde la ley aprieta. Diré que las dos Españas son el espejo de las dos Luisianas.

Marilú sonrió con una gravedad luminosa.

—Y añade, niña, lo que no esté en los libros, pregúntalo en la cocina, ja. Ahí se guardan las verdades que no caben en los índices.

La luz se movió un poco en la pared, y la casa pareció asentir desde sus vigas. No hubo aplausos. Hubo pan de sobra para la cena y una certeza compartida: el relato quedaba ya en manos de quien

acababa de entenderlo. Sobre todo, Isabel y Felícitas se miraron y asintieron. Sabían que no habían hablado de espías. Les parecía demasiado peso para un día.

Las palabras habían tejido un mantel invisible sobre la mesa: pesado, denso, lleno de hilos que se entrelazaban con siglos de decisiones. Antonia recogió las últimas tazas con un sigilo casi litúrgico; Marilú, con los brazos cruzados, parecía guardar en la memoria cada frase como se guarda la sal en un tarro.

Isabel se inclinó hacia adelante y en su voz hubo una suavidad que rompió la tensión.

—Por cierto, hermana... —dejó la frase suspendida— voy a hacer de mamá. Y esto me lo encargo yo.

Felícitas arqueó una ceja.

—¿De qué hablas?

—De ti —dijo Isabel—. De que esta casa necesita una limpieza como Dios manda, y de que tú necesitas algo más que palabras para recuperar el color. Mañana vendrán todas las personas necesarias para dejar la casa como un espejo. Y después... —se permitió una sonrisa casi traviesa— nos vamos de compras.

—¿Compras? —repitió Felícitas, sorprendida.

—Sí. Buscaré el mejor taller de Aranjuez para encargarte ropa nueva. Mamá no permitiría jamás que una Saint-Maxent hablara de asuntos tan serios vestida con lutos de hace diez inviernos. Hace ya mucho que murieron Bernardo y papá. Es hora de que la tela que lleves sea anuncio de vida.

La condesa dejó escapar una risa breve, de esas que se escapan como un hilo de luz por una rendija.

—¿Y de qué colores, entonces? —preguntó con curiosidad entusiasta.

—De colores apropiados para quien sabe sostener la verdad y la familia —respondió Isabel—, de tonos que acompañen la voz cuando cuentes nuestra historia.

—¿Puedo ir con vosotras? —preguntó Francisca.

—Claro —dijo Isabel—. Será tu primera lección práctica: elegir un vestido significa cómo quieres que te vean cuando entres en una sala. Y mañana, Francisca, aprenderás que, en esta familia, después

de hablar de política y de historia, siempre queda tiempo para hablar de costuras. Y también, que la abuela nos enseñó que, si nos miran mal, más vale que sea por envidia.

—En mi tierra decimos que un vestido nuevo no cambia la vida, pero cambia cómo la caminas —Marilú hablaba con la sonrisa que hacía horas que había aparcado—. Y eso, ja, niña, también es poder.

Isabel asintió, recogiendo con esa frase el cierre invisible de la conversación. Las campanas de la iglesia cercana tocaron las horas de la tarde y en el silencio que siguió, cada una sintió que el pacto estaba hecho. Memoria, protección... y un vestido nuevo para caminar la historia con la frente alta.

XXXI

Aranjuez, abril de 1796

Isabel no discutía, disponía. Esa mañana de las decisiones que mudan de sitio una casa, llamó a Antonia y a Marilú al zaguán. No hubo discurso. Un talego de cuero pasó de su mano a la de Antonia con la discreción de quien sabe que los cambios verdaderos empiezan sin testigos ni fanfarrias.

—Lista breve, pero sin tacañería —dijo—: aceite, harina buena, azúcar, sal, especias, café, jabón de Castilla, carbón y leña. Carne y verduras. Y lo que haga falta para que el olor de esta casa no le dé ventaja a nadie. Trae a mujeres que limpien y a hombres que muevan. Que el suelo recupere brillo, que la plata despierte, que los cristales parezcan recién nacidos. Hoy no estaremos y debéis aprovechadlo. Cuando volvamos, quiero otra casa.

No fue una petición; era una forma de cuidado. Antonia sintió las mariposas en el estómago que le hacían ascender de posición. Volvía a servir en una casa «mejor». Eso les daba categoría a ella y a la señora. La doncella asentía sin necesidad de palabras, entendía que aquella orden buscaba devolver al hogar su gramática, la que se había ido rompiendo a fuerza de recortar gastos y de hacer que la escasez pareciera costumbre. Le daba las gracias a Isabel con la mirada. En eso no hay ricas ni pobres, una hermana que ayuda a la que lo necesita no distingue entre manos ajadas por estropajos o las que se cuidan con aceites. La generosidad siempre emociona al espectador, tanto o más que si fuera el receptor.

Marilú, apoyada en el marco de la puerta, midió el peso del talego con una mirada experta. No solo había dinero sino una hoja de ruta.

—Una cosa más —añadió Isabel, en un susurro—. Si mi hermana pregunta, decidle que todo lo consiguió Marilú. Que parezca su invento. Y tú, busca aceites para la piel de mi hermana lo más parecidos a los míos y jabones de los que yo utilizo.

—Entendido —contestó Marilú y guiñó un ojo—. Yo hablo con quien hay que hablar, y en el orden en que hay que hablarle. Y, ma'am, como en los viejos tiempos, yo cargaré con su culpa. Hacía mucho tiempo que no teníamos una aventura así, ja. Es usted una «pillina».

Isabel hizo una mueca parecida a una sonrisa por el cariño familiar de Marilú, pero fue a por su hermana sin transición. Felícitas ya esperaba con la paciencia entrenada de los últimos meses, una paciencia de quien calcula hasta el último hilo. Había aceptado ponerse un vestido de Isabel azul, de caída limpia; el talle, adaptado a su figura con trucos viejos de costura que solo las mujeres que se quieren practican unas con otras. Dos alfileres invisibles corregían una duda en el escote; una cinta estrecha, bien colocada, hacía creer al espejo que la prenda había sido cortada para ese cuerpo.

—Hoy hago de mamá —le dijo Isabel, mirándola de frente—. Y ya sabes cómo es nuestra madre. A esto hay que darle la vuelta como ella lo habría hecho. Déjame que lo haga, primero, porque puedo, segundo, porque quiero.

No era una frase bonita y sin embargo, era una promesa. Felícitas, que conocía el filo exacto de esa voz, respiró hondo para que el vestido prestado se le notara el sabor antiguo de dejarse querer, de sentirse mimada. Esas cosquillas en el alma hacían que las canas de su cabello parecieran recuperar el brillo del castaño del pasado y la piel la frescura que en parte le habían recordado los aceites que su hermana le había puesto por la mañana a modo de caricias. Francisca, atenta al cierre del broche, guardó el momento de su madre ocupando el lugar de otra mujer para proteger el linaje común.

Salieron las tres. No hacía falta anunciar que iban de compras porque la elegancia consiste en no explicar lo que ya está decidido. En el umbral, Isabel arregló la mantilla de la condesa con un gesto firme.

—Altura de barbilla —le marcó—. Los hombros abiertos. Que la calle entienda adónde miras.

Su hermana acató la orden y su figura rejuveneció como premio. Caminaron. A cada paso, Felícitas reconoció el peso de un vestido distinto, la tela sostenía el cuerpo de otra manera; la cinta en la cintura le devolvía contorno; la mantilla, al amparo del peinado, daba sombra al cansancio que no quería exhibir. Quitar el polvo de la seda vieja y ponerte algo nuevo es un acto que empieza en la cabeza. Hay vestidos que te recuerdan la suma de tus renuncias y otros que te obligan a pensar en lo que todavía puedes reclamar. Ese día, Felícitas caminó vestida de posibilidad.

Isabel lo sabía y por eso apretó un poco su paso, para que la hermana se le igualara en ritmo. La sangre familiar tiene un tono concreto cuando se vuelve equipo, un tono exacto. Francisca sintió el tirón de esa exactitud en el brazo porque avanzaban las tres con una armonía que era de pacto. Ese pacto de mujeres, cuando funciona, desaloja de una casa un olor entero de derrota.

Los primeros saludos en la calle probaron el método; dos vecinas que habían ido acostumbrando la mirada al retraimiento de Felícitas se detuvieron para recolocar el mantón, puro pretexto. Miraron sin descaro, pero con curiosidad recién nacida. Un mozo de recados, el mismo que antes evitaba cruzar la vista, les sostuvo el saludo un segundo más. En Aranjuez, ese segundo era noticia.

—Que miren —dijo Isabel, sin bajar la voz—. Lo que vean hoy corregirá lo que crean recordar.

Felícitas no contestó. Prefirió concentrarse en el peso nuevo del vestido. Un cambio de tela te ordena la postura; y la postura ordena otras cosas sin pedir permiso. No es vanidad; es estrategia. Lo cursi y lo frívolo están en el exceso de adorno, no en el uso inteligente de la apariencia. Quien ha vivido entre algodones de niña y ha pasado luego por la intemperie de un destierro social sabe que el primer abrigo que recuperas no es de lana. Es un abrigo de mirada.

Al llegar a la zona principal, la ciudad se les ofreció con su protocolo de Real Sitio: avenidas alineadas, fachadas de edificio bien criadas, plazas que parecían diseñadas para que el poder pudiera reconocer a su gente de un vistazo. El Palacio y los jardines eran

parte de una única escenografía, la de una corte que se mudaba por temporadas y convertía el urbanismo en etiqueta; Aranjuez no era solo residencia, era un sistema de signos, con jardines de trazado racional y calles que hablaban en voz baja de jerarquías y cercanías. Esa convivencia modelada de naturaleza, huertas históricas, avenidas arboladas y núcleo urbano dieciochesco era un proyecto consciente y orgullo de sitio.

Isabel había calculado la ruta, pasar por donde pasa la gente que pesa y dejarse ver sin pedir lugar. No hubo prisas ni amagos de huida a calles discretas. La dignidad también es presencia. El vestido prestado hacía su trabajo. Felícitas lo notó en gestos mínimos: un lacayo se apartó con cortesía cuando antes la habría rozado con el hombro sin maldad ni cuidado; una dama la saludó primero a ella para después saludar a Isabel, una pequeña inversión, suficientemente elocuente. No eran triunfos; eran señales. La ciudad aprendía a mirarla de nuevo.

En mitad del paseo, Isabel hizo una leve seña a Francisca para que observara, con atención de escriba, aquello que no aparece en ningún tratado, es decir, cómo una mujer se recompone sin pedir permiso, cómo dos manos firmes a la espalda y unos cuantos alfileres invisibles son a veces más eficaces que una carta de recomendación.

Por detrás, Marilú y Antonia ya estarían en su propio frente de batalla, un frente en el mercado al aire libre, con los toldos con mesas de fruta y legumbres y los puestos de carne y de pan. Ya caminarían por ese corredor no escrito de prioridades que deja claro a quién hay que pagar primero para que te guarden lo mejor, con quién se habla sin delatar que traes dinero nuevo. En Aranjuez, el año anterior había abierto la plaza de abastos y la intendencia doméstica tenía su geografía y su ritmo, y las mujeres lo conocían del derecho y del revés.

Ajenas a todo esto, las Saint-Maxent se pavoneaban por Aranjuez. Isabel sonrió apenas. Esa parte del plan, la que no se conocía aún, era la que más le gustaba. La plaza de San Antonio, que abrazaba al Palacio servía para verse y ser visto. La iglesia al fondo, los hemiciclos porticados, el círculo que recoge pasos y murmullos...

todo ensamblado a lo largo del siglo para que la Corte encontrara a la Corte. Allí se cruzaron a ministros de manos frías, oficiales de conciencia afilada, damas de oído alerta y ociosos de importancia variable. El rumor que flotaba en los corrillos no era un secreto «la alianza con la Francia republicana se firmará en cuanto esté listo el papel». No era oficial todavía, pero ya se hablaba como de un hecho consumado. La política, en estos sitios, suele adelantarse en boca de terceros.

—Vienen épocas mejores para ti aquí, Felícitas.

—Hermana, me conformaría con que fueran menos malas.

Isabel lo leyó así, en la práctica. Un aire afrancesado no escandalizaba como hacía tres años; al contrario, empezaba a resultar prudente, casi alineado con la conveniencia del rey y su favorito. Ya parecía notarse en el ambiente que la balanza se inclinaba hacia París frente a Londres. Felícitas, sin embargo, no era una simple silueta en ese tablero. Isabel se lo hizo saber con el bisturí justo, mientras miraban un escaparate donde la modista mostraba tafetanes de Lyon y muselinas de una blancura ambiciosa.

—No te miran por la cinta del talle, Feli. Te miran por lo que ya saben y por lo que creen saber. No es la tela, es el mapa.

La dueña de la tienda las hizo pasar. Sobre la mesa aparecieron los rollos como capítulos: un tafetán azul oscuro, útil para misa mayor y para visitas de peso; una muselina blanca, limpia, para paseos y para recibir en casa con la sobriedad que no desarma; un brocado con hilo discreto, para las tardes que pidan recordar que hay historia bajo el luto; y un percal firme, de batalla elegante, para días sin permiso de descanso. «Esto llega en una semana; esto otro, antes si hace falta; la hechura, sin excesos». La modista tomó medidas como un escribano que no opina, contorno, talle, espalda, caída. Francisca observaba la escena en silencio, comprendía que aquella compra era la letra menuda de la supervivencia.

Felícitas, mientras tanto, dejó una mano sobre la muselina y se permitió pensar en voz baja. Lo que una prenda revela está en el gesto con que te abraza, no en la cifra que la compra. Al desprenderte el polvo de una seda vieja reconoces que hubo un tiempo que cumplió su oficio y que ahora pide reposo. La memoria

ajena era un muro cerrado. Ella no podía moverlo, pero elegía alzarse con porte limpio y obstinado, rebelándose contra las palabras cansadas. A veces basta un brillo terco para seguir viva ante los ojos del mundo.

—Cuatro vestidos —resumió Isabel—: misa, visitas, paseo y casa.

Se giró y completó su frase en un susurro al oído a su hermana: «La ciudad tiene que aprender a tratarte en todos esos escenarios».

La modista asintió. Hubo un silencio breve, de respiración coordinada. Después, el ruido de tiza marcando, tijeras probándose en el aire, la pluma anotando medidas de otro tiempo. Al salir, la calle las recibió con ese murmullo del poder cuando algo encaja en su lógica. Eran tres mujeres enteras y una de ellas recuperaba territorio con la dignidad a la vista. Isabel calló y buscó en las miradas el rastro de la escena.

—Vamos a dar una vuelta por la plaza —propuso—. Que te vean sin prisa.

Esas vueltas definen posiciones. Francisca, al paso, fue haciendo su propio inventario de señales: un consejero saludó primero a su tía, una vieja conocida fingió sorpresa al verla «tan guapa», un oficial sostuvo el sombrero unos segundos más de lo habitual. No eran pruebas; sí indicios. Y con indicios se construye un relato social cuando la prueba no interesa a nadie.

Isabel le tomó el brazo a su hermana un poco más arriba del codo. El gesto, en Felícitas, activó una memoria suave, de niñas, cuando su madre les enseñaba a andar rectas, la mano firme en el brazo funcionaba exactamente igual. La familia, cuando hace bien su trabajo, te recuerda a tiempo aquello que aprendiste sin darte cuenta. «Nací entre algodones», pensó, sin melancolía. «Y ahora recupero el hilo». El paseo continuó: botones, cintas, unos guantes de color sensato, una cinta para el pelo que no pidiera permiso al pasado. Nada ostentoso, todo medido, porque el plan de Isabel era restituir. Y eso implica ocupar el presente con la mayor autoridad posible.

El rumor político volvió como llegaban las noticias, en media frase. Podía intuirse en las conversaciones ajenas. «Dicen que en San Ildefonso ya solo queda rubricar». Nadie citaba a Godoy, pero su

inclinación por Francia y el juego contra Inglaterra estaba en todas las sílabas. Empezaba a flotar en el ambiente un temor denso por una posible guerra en los meses próximos contra Inglaterra. El temor, fundado o no, ya estaba instalado.

Para Felícitas, esa atmósfera tenía un filo doble que favorecía en lo visible, en sus gustos, en su idioma social, en sus amistades civilizadas, y la perjudicaba en lo que no se perdona, que era haber estado cerca de quien cayó. Los destierros enseñan que el peligro es la sombra de un aliado caído. Ella había cargado con ese aprendizaje, cuando la apartaron a Valladolid y luego a Zaragoza, y volvió absuelta. Las cicatrices de ese viaje no se ven desde la calle, pero cambian el modo en que cruzas una plaza. Y le dolía que su hermana hiciera eso, obviando esos surcos.

—Para eso sirven los cuatro vestidos —dijo Isabel—. Para que el chisme se vea obligado a escoger otras palabras.

Felícitas miró el papel del encargo, doblado en su mano. No era un salvoconducto, aunque sí un mapa. En Aranjuez, con sus plazas ordenadas y sus jardines que mezclan huertas históricas y avenidas como salones, el mapa correcto te ahorra dos años de susurros. Y ella se sabía todavía marcada «por demasiadas partes». En unas casas, por francesa; en otras, por «arandista»; y en todas, por haber tenido poder y luego haberlo perdido. Ese día de abril, aquellas tres mujeres decidieron que nadie podría decir que estaba abatida.

Regresaron sin prisa, dejando que la ciudad aprendiera dos o tres veces su nuevo contorno. Isabel, que había ensayado esta coreografía en su cabeza, notó la fatiga en el gesto de su hermana y redujo el ritmo sin que se notara. Francisca, con la mirada alerta, guardó todos los detalles: las veces que un saludo cambió de dueño, el brillo distinto de una vidriera cuando se ve a una mujer que se ha rehecho, el peso práctico de un guante que te recuerda que eres dueña de tu mano. La belleza de Aranjuez era un fabuloso decorado para este recuerdo creado como se escribe el guion de la vida propia.

De puertas adentro, a esa misma hora, Antonia y Marilú estarían afinando otro tipo de música, de cubos, de escobas, de voces a media voz, de pan en el horno y de cristales de una claridad más

honesta. Para cuando las tres volviesen, la casa tendría la apariencia exacta que Isabel había ordenado, la de la autoridad. La diferencia se olfateaba desde la calle. Al volver, la tarde ya había mudado de tono, ni la claridad plena del paseo ni la penumbra primera de las velas. Esa franja del día en que las casas deciden si siguen cargando con su cansancio o si quieren parecer nuevas.

La llave giró en la cerradura con un chirrido distinto, no era solo metal contra metal, era aviso de que lo de dentro no era ya lo que habían dejado por la mañana. El zaguán olía a jabón fresco y a madera frotada; no quedaba rastro de humedad ni de polvo. Francisca fue la primera en entrar y se detuvo. La penumbra tenía un brillo nuevo, las vidrieras dejaban pasar la tarde sin pedir disculpas y los cristales respiraban luz. Isabel entró detrás, sin apresurarse, midiendo con el ojo entrenado cada rincón. Las paredes parecían haber recuperado un pulso suave gracias a un encalado oportuno. Aún estaba fresca la cal y Antonia les pidió que tuvieran cuidado con un grito desde la planta de arriba. Había traído a una legión para trabajar. En casa de los pobres, el dinero cunde. La plata de la cómoda, pulida, devolvía reflejos; los espejos, hasta ayer verdugos implacables, ahora parecían ofrecer rostros más bellos.

Felícitas se llevó la mano al pecho, sorprendida de sí misma. El vestido nuevo, el paseo y ahora la casa renovada eran tres movimientos de una misma partitura. La emoción, contenida hasta entonces, la traicionó en un brillo de lágrimas que no buscó esconder.

—No es posible. Esta no es mi casa.

—Es la tuya —corrigió Isabel, con suavidad, pero sin ceder—. Aunque ya no está enferma.

Antonia apareció desde el corredor, con el pelo recogido de cualquier manera y la cara encendida por el esfuerzo y la satisfacción. Traía en las manos un paño todavía húmedo, y la sonrisa más grande que nadie le recordaba.

—¿Lo ven? —dijo, sin poder contenerse—. Les dije que esta casa estaba viva todavía. Había que sacudirla, nada más.

Se movía de un lado a otro como una niña que muestra un dibujo: las cortinas lavadas y tendidas a tiempo, los suelos que parecían

espejos de cera, la alacena con tarros de azúcar y café alineados como soldados en revista.

—Miren la cocina —insistió con urgencia—. El carbón está seco, la leña en su sitio. Y hasta traje aceite nuevo. No habrá que esperar a mañana para que huela a comida de verdad.

Marilú, más serena, se asomó desde la puerta del comedor con las manos en la cintura, fingía una calma que se le escapaba en la comisura de la boca.

—Antonia anda desatada, ma'am y bien que lo entiendo, ja. Hoy ha pasado por aquí más gente de la que yo creía que cabía en este pueblo. Parecían soldados, ma'am, para cobrar y para mandar. A mí nadie me arranca ni un maravedí, ja, ya se sabe que quien pierde treinta y cuatro veces un maravedí, tiene un real menos.

Felícitas avanzó hasta el salón con la voz chillona de Marilú de fondo y se dejó caer en un sillón aún húmedo. El respaldo crujió como una bienvenida. Se permitió cerrar los ojos y aspirar profundamente el nuevo aroma, impregnado de jabón, de cera y de pan recién horneado. Todo olía como cuando vivía Bernardo, cuando todo era fácil y sonaba bien, hasta las batallas ganadas.

—Gracias, gracias a todas —musitó con voz rota—. No es la casa, soy yo la que ha vuelto.

Francisca, emocionada, recorrió las habitaciones como los pasillos de un palacio, abría las puertas y descubría camas tendidas con sábanas frescas, jarrones con flores improvisadas de los jardines y pequeños gestos que parecían milagros cotidianos.

—¡Mamá! —gritó, volviendo al salón—. Hasta las flores son nuevas.

Isabel sonrió apenas, sin mostrarse sorprendida. Para ella no había milagro, solo era planificación cumplida. Se permitió un instante de ternura al mirar a su hermana tan emocionada.

—Te dije que hoy iba a hacer de mamá. Y mamá siempre sabía dar la vuelta a una casa como se hacía con una persona: lavarla, vestirla, perfumarla y ponerla de pie.

Antonia, incapaz de quedarse quieta, pasó un trapo final por el aparador haciendo de la limpieza su forma de seguir celebrando.

—Ya verán mañana —dijo—. Mañana la gente no va a reconocer esta casa.

Felícitas tomó su mano, la de aquella mujer que había sido sostén en las horas más ásperas, y se la apretó con una gratitud que las palabras no podían nombrar.

—Antonia —susurró—, esta es tu obra tanto como nuestra. Lo que hoy siento lo voy a recordar siempre.

Y Antonia, incapaz de contener la emoción, bajó los ojos y dejó que se le escapara una lágrima, rápida como un relámpago, que enseguida disimuló en el mismo paño húmedo que llevaba en las manos. La tarde se cerró en esa conjunción extraña, la dignidad recobrada de Felícitas, la estrategia implacable de Isabel, la emoción de Francisca que lo guardaba todo como semilla y la alegría desbordada de Antonia, que celebraba su victoria.

La casa, que hasta la víspera había sido reflejo de desgaste y renuncia, brillaba ahora con la misma claridad contenida en las mujeres que la habitaban. Y esa claridad, más que lujo, era el aviso de que no había derrota irreversible si alguien se empeñaba en devolverle lustre a los cristales y orden al corazón.

XXXII

Aranjuez, abril de 1796

Jamaica era la leyenda negra a la que Isabel tenía miedo. O tal vez, la percha de la que colgar sus fantasmas. Hablaba de Kingston igual que de la pérdida del honor o de la peste. Nada sería objetivo en sus palabras. Las hermanas Saint-Maxent acordaron dejar el texto de un cronista bajo la almohada de la cama de Francisca, un texto que nunca podrían haber pronunciado ellas y que estaban convencidas de que dulcificarían. Pusieron bajo el embozo de las sábanas un pliego moteado con la tinta reseca.

A finales de 1782, con dos naves, La Margarita y La Felicidad, Gilbert-Antoine de Saint-Maxent emprendió el regreso desde Europa cargado con el propósito de distribuir ciento ochenta mil pesos en regalos a los indígenas de Florida Occidental y Luisiana, que se habían convertido en una pieza clave de la política española tras la guerra. Además, traía mercancía privada por valor de otros doscientos mil, que había adquirido con un préstamo en Cádiz.

Todo sonaba a floreciente, menos el viento adverso que lo empujó hacia el Caribe. Allí lo interceptó una fragata inglesa y lo escoltó a Jamaica. Cuando llegaron a Kingston, él y sus hombres fueron encarcelados y condenados. Decomisaron sus barcos y cargamentos. Ese cambio de rumbo olió desde el principio a ruina y podredumbre.

Las condiciones en la prisión jamaicana eran miserables: cinco reales diarios por preso, una ración que no alcanzaba para sostener a un hombre. A Saint-Maxent pronto le permitieron vivir en la ciudad, aunque bajo restricción. No en vano él era quien era y sus yernos también. Pero no bastó con ser. Maldijo mil veces los nombres de Unzaga y Gálvez, a quienes tanto quería y que tanto tardaron en socorrerlo. De hecho, su dinero y su auxilio no llegaban y la desesperación se adueñó del suegro de los gobernadores. En Jamaica su nombre no significaba nada.

Ante la desesperada situación en la que nadie le socorría, consiguió un préstamo de seis mil pesos del comerciante inglés Philip Alwood y, con ese dinero, socorrió a oficiales españoles que compartían su infortunio, «reducidos a la condición de mendigos». Aquella caridad quedó verificada después en La Habana por coroneles y capitanes que salieron libres.

«No puedo mirar a otro lado», decía al ver a los prisioneros vestidos con harapos mendigando pan en las calles de Kingston.

La ayuda fue más allá. Mediante un acuerdo con el propio Alwood y con un tal Loudlow, pactó un préstamo de sesenta y seis mil setecientos treinta y nueve pesos con el que recompró sus dos barcos y parte de la mercancía, y zarpó hacia La Habana para repararlos y proseguir a Nueva Orleans. El plan oficial apremiaba, el congreso de naciones indígenas, que estaba previsto para la primavera de 1784, exigía que aquellos regalos llegaran a tiempo para asegurar alianzas y contener a los nuevos Estados Unidos. Sin su entrega, la frontera española quedaba desabastecida.

La suerte no había terminado de girar. Según los términos del préstamo, el reembolso debía hacerse al llegar a Cuba; los fondos de la Real Tesorería resultaron insuficientes y, aunque Saint-Maxent pagó la mitad antes de partir hacia Nueva Orleans el 11 de julio de 1783, aún quedaba deuda. Aun así, consiguió depositar cuarenta mil pesos en mercancías en el almacén real de Luisiana para el congreso. El resto del viaje lo haría en cuesta.

En La Habana, en septiembre, todo se complicó aún más para el suegro de los gobernadores. El propio Alwood fue arrestado por contrabando de oro y plata, en complicidad con Francisco de Miranda, y en su testimonio implicó a Gilbert-Antoine en ese tránsito de metales entre La Habana y Kingston. Alwood mencionó una cantidad de entre veintiocho y treinta mil pesos, a bordo del navío inglés El Diamante, de tres lingotes de oro. Añadió además el envío de tres esclavos a Nueva Orleans sin pagar derechos.

A los pocos días, desde Madrid, José de Gálvez exigía que Saint-Maxent saldara sus cuentas con sus acreedores y la autoridad; y el 27 de diciembre llegaba la Real Orden: arresto y embargo de todos sus bienes. El vendaval administrativo acababa de estallar.

Bernardo de Gálvez, ya en la cúspide, capitán general de Cuba, intercedió de hecho y de forma humana. Hizo cumplir la orden, pero mantuvo a su suegro en arresto domiciliario y le permitió fondos para vivir con dignidad. A principios de ese año había logrado la liberación de los prisioneros españoles en Jamaica; ahora, ante el embate judicial, templó la aplicación.

El proceso formal empezó en marzo de 1784 en Nueva Orleans, precedido por un inventario meticuloso: la casa de las afueras de la ciudad, tasada en veintiséis mil pesos; plantaciones, maderas, molinos, ganado, destilerías; más de doscientos esclavos; las tres fragatas, La Margarita, La Felicidad y La Pepita; almacenes con pieles, textiles en cientos de docenas; y propiedades en

Iberville y San Luis de Misuri, que antes habían pertenecido a su antiguo socio Laclède, ya fallecido.

La ciudad, que tantas veces había envidiado su prosperidad, conoció entonces la magnitud exacta de su riqueza. Los listados corrían de mano en mano. El tribunal designó a tres comerciantes para auscultar su hacienda «en representación de acreedores ausentes». Salieron a la luz pagarés sin cancelar desde 1766, algunos ligados a la vieja empresa con Laclède.

Saint-Maxent fue removido de sus cargos de capitán general de Asuntos Indígenas y lugarteniente gobernador. Miró, el gobernador interino, los asumió todos.

El 30 de abril de 1784, Saint-Maxent declaró. Rebatió las acusaciones punto por punto. Consideró imposible cargar veintiocho pesos en plata al Diamante sin ayuda de esclavos y sin que lo advirtieran los celadores, habituados a comisionar lo incautado. Tachó de absurdo el supuesto contrabando de tres esclavos cuando había pagado doce mil en derechos por otra carga en el mismo buque. Además, presentó testigos que afirmaron que los pagos a Alwood se hicieron en su casa de La Habana, no a bordo.

Los cargos criminales fueron desestimados por falta de pruebas el año siguiente; las deudas seguían, sin embargo, sobre la mesa: Alwood, Galeane, Ravago, Laffitte, Feussey, Morgan... hasta cuatrocientos veintiséis mil pesos en una relación enviada por Bernardo de Gálvez a Miró.

Felícitas, la condesa de Gálvez, fue decisiva en ese trance. Ayudó a pagar deudas, movió su influencia cortesana y logró que cuando el tribunal ordenó el pago a Ravago en 1789, este aceptara ciento setenta mil pesos en moneda depreciada de Luisiana por un crédito de doscientos veinte mil. Ravago protestó, alegando protección de las autoridades a su deudor y el acuerdo quedó firmado. En paralelo, amigos como Juan Morales buscaron vías indirectas para entregarle atrasos de paga militar sin que fueran embargados de inmediato. Nueva Orleans, tan dura para el rumor, era a veces indulgente para el vecino caído.

Mientras todo eso sucedía, la ciudad vivía su propia metamorfosis. La administración española ordenó milicias, juzgados y aduanas, pero permitió la lengua, el rito y la etiqueta franceses. La gran dama criolla convivía con el capitán de dragones, el notario con el tratante de pieles. Al calor del azúcar, del café y del cuerno de la abundancia que traían las barcazas del Ohio, se tejía una sociedad que ya no era del todo de nadie. La ciudad había visto a Gilbert-Antoine en su gloria y, ahora, aprendía a verlo en el banquillo, sin escándalo.

En el trasfondo, la gran política se movía. A comienzos de 1784, la administración colonial —consciente de la fragilidad en la frontera— aceptó, a diferencia del año anterior, permitir comerciantes británicos en las Floridas para frenar hostilidades indígenas y la penetración norteamericana; Miró autorizó a James Mather a abastecer tribus con género de Londres. Aquella marcha atrás estratégica, que presagiaba la impotencia española ante el empuje

estadounidense, selló la intuición de que los días de España en la región estaban contados.

Saint-Maxent, que tanto había apostado por el sistema de regalos y el canal comercial del Golfo, comprendió que el tiempo ya no corría a su favor. De aquel episodio jamaicano, salió un hombre distinto, sin cargos, con su hacienda a merced de acreedores y devaluaciones, sostenido por la decencia privada de quienes lo conocían y por el orgullo de una familia que lo defendía sin alharaca.

Nueva Orleans lo vio pasear de nuevo por la calle Chartres, con paso más corto y la misma dignidad. En los atrios, al terminar la misa, le preguntaban por su salud y por sus noticias de La Habana; en los muelles, los capataces lo saludaban como a la estampa de un tiempo. Quizá por eso la ciudad lo absolvió antes que los papeles, había en su caída menos delito que infortunio y menos cálculo que la suma de vientos, naufragios y cuentas frías.

El río siguió. En 1785, los cargos criminales estaban cerrados; las deudas, reestructuradas en parte; la casa, más silenciosa. Bernardo de Gálvez partió a México y, al poco, la muerte lo sorprendió en la altura del virreinato. Unzaga, ya lejos del Gobierno de Luisiana, conservaba una prudencia que había sido su firma. La posteridad se quedaría con sus nombres; el del viejo comerciante, que había alimentado fragatas a su costa, abastecido fuertes y mediado entre imperios, se desdibujó en moldes de historia militar. La trama verdadera, la que sostiene los titulillos y las fanfarrias, llevaba su letra.

Con el tiempo, algunos quisieron ver en Jamaica el pecado original, el contrabando, el dinero embarcado, las cajas en la bodega del Diamante. Los documentos dicen otra cosa. Que hubo acusaciones, sí; que faltaron pruebas; que testigos afirmaron haber visto pagos en su casa de La Habana, no a bordo; que tres esclavos no eran una fortuna ni tenía sentido ocultarlos cuando se estaban pagando doce mil pesos en derechos en la misma nave. La historia judicial cerró sin condena. Lo que quedó fue la evidencia contable de una carrera vivida a crédito, con los riesgos que asumiría cualquiera que prestara al rey, abasteciera guarniciones y especulara con pieles, sal, pólvora y telas a lo largo del Misisipi.

Los imperios no recuerdan a los intermediarios hasta que los necesitan otra vez. Y para cuando los llaman, suelen haber cambiado de opinión. A Saint-Maxent, las cartas lo muestran con una mezcla de orgullo y hastío. En su ciudad, lo muestran con una mezcla de rumor y respeto, que en Nueva Orleans es el modo más civil de la memoria.

Años después, cuando Florida Occidental ardía en promesas bajo banderas nuevas y los comerciantes de Londres cruzaban de nuevo el Atlántico con legalidad vacilante, un anciano relató a sus nietos la historia de una fragata que lo llevó a Jamaica «por capricho del viento». No maldijo a nadie. Dijo solamente que, en el Caribe, la justicia viaja despacio y las mercancías, deprisa. Y que, para sobrevivir, hay que saber hablar con ambas.

Aquella noche, Francisca lloró mientras leía la carta. El texto era reciente por las referencias de las fechas. Sus hermanos y ella habían sido profundamente injustos juzgando a la ligera los demonios de su madre y pidiendo que no les diera importancia. Aquel día quiso más a su tía, a su abuela y a su madre que nunca. La verdad era difícil y dolorosa. Sintió como una losa su actitud y la de sus hermanos. Se habían convertido en burgueses con aspiraciones, impecable educación y sin problemas. Aquella verdad de la leyenda negra hizo que esas lágrimas de Francisca la convirtieran en una mujer.

XXXIII

Aranjuez, 1796

Francisca las miraba con una seriedad que no solía usar ni en los días de confesión. Habían preparado aquella tarde como una cita ceremonial, una liturgia solemne y también íntima. Ante la mesa del comedor, estaban de nuevo Isabel, Felícitas, Francisca y Marilú, siempre atenta a las costuras de los silencios. Antonia entraba y salía con la discreción de quien conoce que las grandes verdades necesitan tanto café caliente como valor.

—Hasta anoche yo creía —dijo Francisca, con voz firme pero modulada— que vosotras habíais organizado todo esto para que yo le cuente a mis hermanos y a mi prima lo que os interesa. Ayer descubrí que no. Quiero pedirte perdón, mamá. Nos parecía dramatismo eso de Jamaica, como cuando nos asustabas con que venía el coco cuando éramos pequeños.

Isabel agachó la cabeza emocionada y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Jamaica es nuestro infierno.

—Lo entiendo, mamá. Desde ayer también es el mío, aunque sea de una forma más lejana. Ahora me parece que tengo una responsabilidad mayor al preguntar. No he podido dormir pensando lo fácil que es ser una niña y cómo se me ha terminado con este viaje. En unos minutos, pasé del espionaje por órdenes de la Corona que, sinceramente, me parece honorable, a contrabando, deudas y cárcel.

—Fue un infierno, como dice tu madre. Y no solo eso. La sombra de aquellos juicios se extendió a nosotros y muchos hablaron de

malversación. Imagina lo que penaron tu padre y tu tío con lo rectos que eran. Y tu madre y yo estábamos en medio. Debíamos defender a nuestro padre, pero también a nuestros maridos. Tu madre tiene todo el derecho a tener miedo. Todos lo tuvimos y ella, hoy en día, es la única que ha conseguido que esa sombra no os persiga y que vuestro honor esté intacto. Eso se hace a base de control y sufrimiento.

Isabel seguía emocionada y con los ojos llorosos clavados en su falda.

—Yo entiendo a mi madre y hoy la quiero más que nunca. Por eso, porque soy consciente realmente del encargo que me ha hecho, necesito que me contéis lo que mis hermanos y yo queremos saber. Y la prima Guadalupe tiene más preguntas de las que creéis. Tía, es listísima. Hay muchas dudas en torno a la familia, demasiados misterios.

Se produjo un silencio breve, apenas interrumpido por el roce de las tazas que Antonia colocaba sobre la mesa de nogal. Felícitas iba a responder cuando Francisca levantó la mano con calma, pidiendo paciencia.

—Hay un capítulo concreto que no entendemos. Y si de verdad queréis que lo explique, será lo primero que me pregunten mis hermanos. Vosotras lleváis toda la vida contándonos, unas veces con más palabras y otras con menos, que hubo una red de espías organizada por mi padre y continuada por el tío Bernardo para ayudar a los colonos de Norteamérica en su independencia. Ahora bien, en el colegio ya estudiamos que Estados Unidos es independiente. No sabemos por qué siempre habláis de aquello con un tono sombrío. ¿Qué es lo que ocurrió realmente? ¿Por qué lo llamáis espionaje?

Isabel cruzó los dedos sobre el regazo, con esa calma que siempre precedía a las revelaciones importantes. Miró de reojo a Felícitas, y esta, con un gesto leve, le dio permiso para hablar.

—Francisca, hija, lo llamamos espionaje porque no podía llamarse de otra manera. Era ayuda, sí, pero ayuda secreta, encubierta. España no podía declarar abiertamente que apoyaba a los colonos,

porque eso hubiera significado la guerra inmediata con Inglaterra y España aún no estaba preparada. Había que actuar en las sombras.

—¿Sabes cómo empezó todo? Con cartas —la condesa de Gálvez intervino con un brillo de emoción contenida—. Cartas que cruzaban el océano y el Misisipi como simples facturas de harina o de vino. Patrick Henry y George Gibson eran dos emisarios del Congreso que enviaban súplicas disfrazadas de comercio. Y en Nueva Orleans estaba tu padre, como gobernador de Luisiana, que sabía leer en esas letras lo que estaba en juego. Antes de destinarlo allí ya le advirtieron a lo que iba.

Marilú, que servía azúcar moreno en un pequeño cuenco, bajó la mirada. Ya había escuchado esas historias en voz baja en la cocina y ahora le sorprendía oírlas en sala grande.

—Oliver Pollock —continuó Isabel— era un comerciante irlandés que vivía en Nueva Orleans, amigo de los abuelos y nuestro también. Él era la clave. Por eso, la abuela le escribió ese nombre a Rafaela para que me preguntara. A veces creéis que no me entero de nada de lo que pasa en mi casa.

—Mamá, eso no es verdad.

—Déjame seguir, hija. Él traía los mensajes y disfrazaba los pedidos. Y tu padre, en vez de mirar hacia otro lado, abrió los almacenes reales. De allí salieron trece mil libras de pólvora en solo dos años. Sí, Francisca: trece mil. Camufladas en barriles que decían harina o vino, subieron por el Misisipi, después por el Ohio, hasta Fuerte Pitt. Aquella pólvora sostuvo a Washington cuando sus tropas estaban exhaustas.

Francisca abrió los ojos con sorpresa. Esa cifra no la había escuchado nunca.

—¿Y por qué papá arriesgaba tanto? —preguntó.

Felícitas no pudo contenerse e interrumpió:

—Porque era la única manera de debilitar a Inglaterra. Y porque había órdenes de la Corona y de Floridablanca. Unas órdenes eran más claras y otras estaban veladas. Desde Madrid, José de Gálvez, el ministro de Indias que era tío de tu tío Bernardo, envió en la Nochebuena del último año en que tu padre fue gobernador de Luisiana, instrucciones selladas: «Que se les ayude con discreción. El

rey desea que, si toman Pensacola, lo recibamos con beneplácito». Eso significaba: abridles las puertas, pero sin ruido, sin que Londres lo note.

—Había toda una arquitectura detrás —prosiguió Isabel—. El conde de Aranda, embajador en París, movía fondos y convencía a Carlos III de prestar dinero en secreto a través de Francia. Ese señor ha sido gran amigo de la familia y protector de tu madre hasta que Godoy le ha mandado de regreso a su pueblo, también desterrado.

—Por eso tenéis miedo, ¿verdad? Quien tiene el poder tiene la libertad de mandar que te maten o dejarte muerto en vida.

Aquel comentario de Francisca había ido directo como una flecha al corazón de Felícitas, que decidió continuar para no mostrar un ápice de debilidad.

—Tu padre lo tejió todo como una perfecta tela de araña. Su hermano Tomás de Unzaga, racionero canónigo de la catedral de Málaga, era una ayuda potente. La familia Unzaga era muy amplia. Su primo segundo, el marqués de Amézaga, que estaba instalado en Francia, era muy amigo de Benjamin Franklin como también lo era su hijastro Amelot, que ha sido secretario de Estado con Luis XVI. Otro de sus primos, Diego de Gardoqui, en Bilbao, embarcaba fusiles vascos, mantas de Palencia y de Zamora, harina castellana, azúcar de Cuba. Todo disfrazado de comercio.

—Hasta café de Veracruz, decían los cargadores. Lo envolvían con uniformes y botas, ja, como pedidos normales. —Marilú, que había permanecido en silencio, no pudo evitar recordar aquello en voz alta.

Isabel sonrió con gravedad.

—Exactamente. Y cañones de Sevilla, ropas de León, pólvora fabricada en México. Todo cruzaba por Cádiz o por La Habana y, de allí, a Nueva Orleans. Era una red que unía a media monarquía.

Francisca bajó la mirada hacia la taza.

—Entonces —dijo lentamente—, no era solo cosa de la familia.

—No, sobrina —respondió Felícitas—. Era cosa de la Corona entera. No se hacía a la luz, porque España tenía que fingir neutralidad. Mientras tanto, los ingleses sospechaban, claro, mas no tenían pruebas claras. Y tu padre allí era la voz, las manos y la sombra de nuestro rey.

Isabel levantó la vista hacia el ventanal.

—Por eso lo llamamos red de espías. Porque lo era. Había criados que escuchaban, comerciantes que disfrazaban cargamentos, capitanes que alteraban rutas. Y también sacerdotes capuchinos que pasaban mensajes entre colonos y españoles, bajo apariencia de cartas piadosas.

El silencio se alargó unos segundos. Antonia retiró las tazas vacías y, al volver, depositó sobre la mesa una bandeja con panecillos recién horneados. Francisca, todavía con la mirada fija, preguntó:

—¿Y quién más estaba implicado?

Isabel enumeró con la precisión de quien ha repasado esa lista muchas veces.

—Además de tu padre, por supuesto, tu abuelo Gilbert-Antoine, que tenía redes comerciales por todo el golfo. Oliver Pollock, el irlandés. Un pariente próximo, Diego de Gardoqui, que desde Bilbao coordinaba envíos hacia América. Pierre-Augustin Caron de Beaumarchais, el dramaturgo francés que creó junto con ellos la compañía secreta Hortalez y Cía. para mover dinero y armas. Juan de Miralles, enviado a Filadelfia para vigilar y apoyar al Congreso. Y, por encima, José de Gálvez y el conde de Aranda, desde Madrid y París, moviendo la voluntad del rey.

Francisca respiró hondo.

—Y si era tan grande la operación —dijo—, ¿por qué nunca se habla de esto?

—Porque así se decidió —añadió la condesa—. Era más útil que pareciera un rumor que una verdad oficial. España no quería que se supiera cuánto había dado: fusiles, cañones, pólvora, mantas, pan, vino, café, azúcar, dinero. Prefirió que la historia quedara a medias, para que Inglaterra no pudiera usarlo como excusa antes de tiempo. Cuando tus padres se fueron a La Habana, el tío Bernardo quedó al frente, mas mi querido cuñado Luis siguió gestionando la ayuda material y militar para los Estados Unidos, además de hacer todo lo que estaba en sus manos para ayudar a que se consiguiera la paz. De hecho, el abuelo participó en las negociaciones entre el entonces ministro español Aranda y el americano John Jay, que empezaron

hace ahora catorce años. Cómo ha cambiado la vida en tan poco tiempo.

—Pero la verdad corre como los ríos —apostilló Isabel—. Y ahora corre por esta casa.

Francisca había hecho la pregunta y había recibido ya la primera ráfaga de nombres y cifras. Su juventud reclamaba la arquitectura entera. Ella lo sabía, si iba a contarles a sus hermanos y a su prima lo que allí se decía, necesitaba un relato completo, una memoria que pudiera sostenerse sin grietas.

—No me basta —dijo con una firmeza sorprendente para su edad —. Habéis nombrado pólvora y mantas. Quiero entenderlo todo, cuántas armas, cuántos barcos, quién mandaba de verdad. Y también por qué era necesario disfrazarlo todo, si al final España acabó entrando en guerra. Mis hermanos me lo preguntarán.

Isabel respiró hondo. Ese gesto, tan suyo, precedía siempre a las grandes explicaciones.

—Está bien, Francisca. Escucha entonces, y escucha bien, porque lo que voy a decirte no lo leerás en los papeles que circulan por las academias. Esto no se escribe, se transmite.

—Tu padre y el tío Bernardo no inventaron aquello de la nada. Ellos heredaron un contexto. Tu padre ya había comprendido que el equilibrio de poder en América dependía de lo que ocurriera con aquellas trece colonias rebeldes. Su suegro, tu abuelo, tenía contactos en todo el Golfo de México. Y Oliver Pollock traía hasta Nueva Orleans las súplicas de los colonos disfrazadas de facturas comerciales.

Francisca, con el gesto ávido, se inclinó un poco hacia delante.

—Ya, mamá, pero repites lo mismo después de decir «heredar un contexto». ¿Qué significa eso?

—Significa que cuando llegó el tío Bernardo, ya desde el año antes había cartas directas del Congreso continental a Nueva Orleans. Todo estaba muy avanzado. Que Patrick Henry, el gobernador de Virginia, había enviado emisarios como George Gibson a pedir ayuda en secreto. Y que tu padre, arriesgándose a la ira de Londres, entregó a esos hombres pólvora española, trece mil libras, como te

ha dicho tu tía, que llegaron hasta Fort Pitt y sirvieron para frenar a los británicos en la frontera.

Francisca abrió mucho los ojos.

—Trece mil libras son muchísimas. ¿Cómo se transportaba todo eso sin que nadie lo viera?

Felícitas sonrió con melancolía.

—Se hacía como se hacen las cosas cuando el mundo depende de que no se note. Los barriles iban marcados como harina o vino. Se embarcaban en el Misisipi, subían por el Ohio y llegaban a Pensilvania. Cada tonel viajaba disfrazado de mercancía común. Y así, cuando Washington se lamentaba de no tener pólvora para un día más de combate, llegaban nuestros cargamentos y las batallas podían seguir.

Marilú, que escuchaba con nostalgia, no pudo evitar murmurar.

—Hasta los criados que descargaban sabían que aquello no era harina. Y se callaban. Callar era parte de la guerra.

—¿De verdad pretendéis que yo sea capaz de contar todo esto a mis hermanos? —Francisca intentaba tomar nota de todos los datos que le daban con su pluma y su tintero y un papel en tono sepia que su tía le había entregado.

—Puedes preguntarnos tus dudas cuando estés escribiendo —le respondió su madre—. A nosotras no se nos olvidan las cifras. Teníamos que retenerlas en la memoria para no esconderlas en otro sitio. En la carta del ministro de la que te ha hablado tu tía, la de Nochebuena, lo que querían decir es que todo debía seguir haciéndose como favores personales, operaciones de comercio y movimientos discretos.

Francisca frunció el ceño.

—¿Entonces, España ya había decidido ayudar antes de declararlo?

—Por supuesto, años antes, sobrina —intervino Felícitas—. Carlos III no quería una guerra inmediata. Quería debilitar a Inglaterra. Así que se creó un doble lenguaje: oficial, neutral; secreto, solidario. El conde de Aranda, en París, tejía hilos con Francia. Beaumarchais montaba la compañía Hortalez y Cía. para disfrazar los fondos. Y Diego de Gardoqui, desde Bilbao, cargaba barcos con fusiles de

Éibar, mantas de Palencia y Zamora, harina de Castilla, vino de Rioja, azúcar de Cuba, café de Veracruz. Todo etiquetado como comercio. Ya lo has oído una vez más, para que se te vaya quedando en la cabecita.

Marilú se permitió añadir, con su tono de mujer que sabe de intendencia:

—Las mantas de Zamora eran gruesas, perfectas para el invierno en el norte. Las de Palencia, más ligeras, útiles para campamentos de campaña. Esos detalles no parecen gran cosa, pero sin mantas un ejército muere de frío antes de disparar un fusil.

—Así es —Isabel asintió con gravedad—. Y llegaron cientos. Igual que miles de fusiles vascos, que eran de lo mejor de Europa; cañones fundidos en Sevilla; uniformes confeccionados en talleres de La Habana. Todo esto pasó sin que se publicara una sola proclama.

Francisca apoyó la barbilla en la mano, tratando de abarcar aquella escala inmensa.

—¿Y cómo se pagaba todo eso?

—Con oro y con ingenio —le contestó su madre—. Pollock se endeudó personalmente para sostener parte de las compras. La Corona enviaba remesas desde La Habana, que era el gran banco del Caribe. Y muchas veces el dinero se camuflaba como créditos comerciales entre casas amigas.

Felícitas tomó la palabra con una cadencia más lenta.

—Recuerdo haber visto una vez un inventario que mencionaba trescientos barriles de pólvora, más de diez mil fusiles, setenta y cinco toneladas de harina y quinientas mantas. Todo con destino «indeterminado», cuando todos sabían que significaba que era para los colonos. Así se construye una red, con silencios compartidos.

Marilú no pudo reprimir una sonrisa.

—Ja, y todavía dicen que eran solo rumores.

Isabel sonrió con más dureza.

—Los rumores eran nuestra mejor armadura. Inglaterra sospechaba, pero no podía probarlo. Mientras tanto, Washington resistía gracias a esos envíos.

Francisca dejó escapar un suspiro.

—Entonces, ¿todo lo que nos habéis dicho de una red de espías era real?

—Real y necesaria —afirmó Felícitas que iba recuperando la vida perdida en la defensa de las acciones de su familia—. Como te he dicho antes, había criados que escuchaban y pasaban mensajes, comerciantes que disfrazaban fletes, sacerdotes que ocultaban cartas entre sermones.

Marilú levantó la mirada.

—¿Y qué papel jugaban Cuba y Venezuela? Siempre oigo esos nombres en boca de mercaderes.

—La Habana era el corazón —Felícitas se lo aclaró—. Desde allí salía el dinero, la pólvora, los uniformes. Y Caracas, con su cacao, aportaba riqueza para financiar operaciones. La red española no era solo Luisiana, era todo un sistema imperial puesto en marcha. México aportaba plata; Veracruz, café; Cádiz y Bilbao, fusiles y mantas. Era un esfuerzo de todos los rincones de la monarquía. Por eso fue tan importante que mi querido cuñado Luis, tu padre, fuera encargado de la Capitanía General de Venezuela, un puesto creado para él y no por casualidad.

Francisca se estremeció.

—¿Y por qué entonces nadie lo cuenta? ¿Por qué parece que solo Francia ayudó a los colonos?

Isabel cerró los ojos un instante, como quien carga un peso antiguo.

—Porque así lo quiso la política. Francia se llevó los honores en la historia oficial. España prefirió el silencio. Primero, para no provocar antes de tiempo a Inglaterra. Después, porque en Europa no convenía reconocer que se había ayudado a una república naciente. Y, por último, porque las intrigas de la Corte siempre han querido mantener ciertas glorias en la penumbra.

—Mas la verdad está aquí —replicó Felícitas en un murmullo—. En las voces que la repetimos y en los objetos que sobrevivieron.

Francisca, en silencio, comprendió al fin que no había exageración en las palabras de su madre y de su tía. Que aquella red de espías era el hilo invisible que unía a España con el nacimiento de una

nación. Y supo, con un temblor en el pecho, que sería ella la encargada de contarlo todo.

—¿Y después? —preguntó la joven—. ¿Qué pasó cuando papá ya no estaba?

Felícitas e Isabel se miraron con complicidad seca. Isabel respondió.

—Después vino el tío Bernardo. Era sobrino de José de Gálvez, el ministro. El mismo Bernardo que a tus ojos es solo un retrato en la sala, pero que fue, en la práctica, el brazo armado de todo aquello que tu padre había iniciado en la sombra.

Marilú en aquel momento dijo con sorna:

—Ja, ¿entiendes por qué las llamaban «las gobernadoras»? Aquí hay algo que ya contarán otro día. Las que mandaban en la sombra eran ellas y su abuela Elisabeth. Menuda mujer. Válgame la Dolorosa, nadie podía con ella.

—Bernardo no solo continuó, multiplicó —Felícitas retomó el hilo, orgullosa, con esa cadencia suya de relato que mezcla ternura y filo —. Declarada ya la guerra en el setenta y nueve, España pasó de la sombra a la acción. Y fue él quien abrió el frente del sur, liberando a los colonos de la amenaza británica en el Misisipi y en el Golfo de México.

Francisca entrecerró los ojos, intrigada.

—¿Liberando cómo?

Isabel no esperó la réplica:

—Con batallas que hoy apenas se recuerdan, pero que fueron decisivas. Baton Rouge, en septiembre del setenta y nueve. Mobila, en marzo del ochenta. Y, sobre todo, Pensacola, en mayo del ochenta y uno. Ahí se selló la caída del poder británico en la Florida Occidental.

Felícitas tomó aire.

—Imagínate, Francisca, un ejército formado en gran parte por hombres de procedencia humilde, colonos canarios y malagueños, criollos de La Habana, indios aliados, esclavos libertos. Hombres de México, de Veracruz, de Nueva Orleans. Y junto a ellos, armas, uniformes y víveres llegados de todas partes del imperio.

—Dicen que para Pensacola se enviaron más de cinco mil soldados, barcos cargados de cañones y municiones, harina, arroz, vino y carne salada, ja —contó Marilú—. Que la artillería se movía entre los pantanos como una montaña de hierro. ¿Sabe lo que cuesta alimentar todas esas bocas en campaña, ja?

—Por eso La Habana fue el corazón del esfuerzo —continuó Isabel —. Desde allí partían los barcos, allí se recaudaban los fondos, allí se armaba todo. Y cuando las tropas sitiaron Pensacola, los ingleses comprendieron que el sur estaba perdido.

—¿Y Washington? —preguntó Francisca emocionada.

Felícitas sonrió con un deje de ironía.

—Washington lo agradeció, mas en sus discursos apenas lo nombró. Para la memoria oficial de los Estados Unidos, Francia fue el gran aliado. España quedó como un segundón sin protagonismo. La verdad es que, sin Bernardo en el sur, sin Luis de Unzaga antes con la pólvora, sin Fernando de Leyva defendiendo San Luis de Misuri y sin las remesas de oro desde La Habana, la independencia se habría derrumbado.

Isabel añadió con voz firme:

—Y apunta esto, Francisca, en el asedio de Yorktown, cuando Washington y Rochambeau cercaron a Cornwallis, fue el donativo de La Habana, más de un millón de pesos en plata, lo que permitió pagar a las tropas, comprar pólvora y mantener el sitio. Sin ese dinero, Yorktown no habría sido posible.

—¿Un millón de pesos? —preguntó atónita Francisca.

—Sí, de los de entonces —confirmó Isabel—. Monedas de a ocho, la plata mexicana y peruana fundida y acuñada en las casas de moneda de América. Era una moneda universal, que se aceptaba en todos los mercados. Ese millón, reunido en apenas días por los comerciantes y familias de La Habana, viajó a Virginia y se convirtió en la paga de soldados y marineros.

—Así es como se ganan las guerras, con plata y pólvora, tanto como con discursos —apuntó Felícitas.

—¿Y Diego de Gardoqui, ma'am? —preguntó Marilú—. Ese nombre lo he oído en boca de comerciantes y sé que era pariente del señor.

—Gardoqui fue el hombre en Filadelfia. El banquero vasco, enviado como representante de España, manejó fondos, firmó contratos, entregó armas y ropas. Washington lo trataba con respeto, aunque nunca lo proclamara demasiado alto. Y efectivamente, era primo de mi marido.

—Entonces, ¿por qué España ocultaba tanto? —Francisca insistió.

—Porque la diplomacia es un ajedrez cruel —contestó Felícitas—. Carlos III temía que, si se reconocía abiertamente el apoyo a los rebeldes antes de tiempo, Inglaterra declararía la guerra de inmediato. Y España no estaba lista aún. Se necesitaban años para preparar la flota, para asegurar los puertos del Caribe, para organizar la plata de México. Por eso todo se hizo bajo cuerda: espías, comerciantes, cartas disfrazadas de facturas.

Isabel siguió con un gesto grave.

—Y porque había miedo. Miedo a que las colonias españolas en América imitaran el ejemplo de las Trece Colonias. Por eso la ayuda se daba con una mano y se escondía con la otra.

La habitación quedó en silencio unos instantes. Solo se oía el roce del vestido de Isabel, una seda con cintas discretas, mientras acomodaba mejor el broche de su madre.

—¿Ves esto, Francisca? —dijo, tocando la joya—. Es un broche encargado en París en tiempos de abundancia por mi madre. Ella decía siempre «nuestros bienes tapen nuestros males». Ahora se quedará aquí con tía Felícitas, por si otros «espías» intentan arruinarla. Con él, podría vivir un año entero. Eso mismo hizo España, usar sus bienes para tapar males. Su oro, su plata, sus armas tapaban la carencia de los colonos. Y gracias a eso nació una nación.

Francisca tragó saliva.

—¿Y los espías?

Isabel enumeró, con la serenidad de quien ha repasado muchas veces la lista, mientras se levantó y prendió su broche en el vestido de su hermana.

—Frailes capuchinos que llevaban mensajes en el forro del hábito. Mujeres de sociedad que escuchaban en los bailes y pasaban rumores disfrazados de confidencias. Oficiales que aparentaban

lealtad a Inglaterra mientras enviaban informes a Nueva Orleans. Comerciantes que cargaban azúcar en la superficie y pólvora en el fondo. Criados que sabían callar mejor que hablar. Esa fue la red de Unzaga primero, de Bernardo después. Una red invisible que sostuvo la guerra tanto como los cañones.

Felícitas cerró los ojos un momento, y al abrirlos brillaba en ellos una melancolía serena y un agradecimiento sin palabras y sin gestos. La frase de su madre de los bienes y los males había sido un mensaje potente para que lo entendiera.

—Y todo eso, Francisca, es lo que debes contar para que no se pierda. Porque los papeles oficiales borran, mas la memoria de familia recuerda.

—¡Pues bien que lo contaría yo también cuando fuera al mercado si pudiera, ja! —dijo Marilú dando un brinco de la silla.

Las tres mujeres se miraron, y hasta Isabel, tan severa, sonrió. Sabían que aquella tarde en Aranjuez, entre el olor del chocolate y la seda de un vestido prestado, habían puesto en palabras lo que durante décadas había sido secreto. Y que, gracias a esa transmisión, la historia que se callaba en los salones de Europa quedaba guardada en la memoria viva de la familia.

XXXIV

Aranjuez, abril de 1796

Cuando Francisca llegó a su dormitorio y se preparaba para la cena encontró un libro en blanco con sus primeras páginas escritas en un solo capítulo. Reconoció perfectamente la letra de su tía y comenzó a leer.

En su primera página, una dedicatoria:

> Querida sobrina, la casualidad ha hecho que apareciera este diario con un solo apunte. Mis memorias sobre la batalla de Baton Rouge. Te regalo mis recuerdos y sus páginas en blanco para que te sirvan en tu propósito del legado. Te quiere tu tía, la condesa de Gálvez.
>
> Nueva Orleans, 10 de octubre de 1779
>
> El aire del Misisipi parece más quieto desde que regresó la calma, mas bajo su superficie late aún el rumor de la guerra. Baton Rouge ha caído, y con ella el poder inglés en estas tierras. Lo escribo con mano temblorosa, todavía incrédula, porque sé lo que costó esa victoria: meses de preparación, días de marcha bajo tormentas, noches de miedo y esperanza. Y porque he comprendido que la guerra se libra también en los corazones de quienes esperan ingrávidos el regreso de las tropas.
>
> España llevaba tiempo observando el fuego que ardía al norte. Las colonias inglesas habían declarado su rebeldía, y el mundo entero contenía el aliento. Carlos III había procurado mantenerse neutral, aunque todos sabían que la neutralidad no duraría. Inglaterra controlaba el golfo y miraba con ambición hacia nuestras posesiones de Luisiana; la guerra, aun sin ser declarada, ya se insinuaba en cada intercambio de cartas cifradas, en cada barco detenido en el río.
>
> Fue entonces cuando Bernardo recibió la orden secreta de prepararse. No había que provocar, mas tampoco permitir que los británicos dieran el primer

golpe. Y si llegaba el momento, debía expulsarlos de los puestos que ocupaban a lo largo del río. Baton Rouge era el más importante. Una fortaleza inglesa al norte, bien armada, con artillería pesada y más de cuatrocientos hombres, cuya sola presencia amenazaba todo el dominio español del territorio.

Recuerdo el día en que Bernardo me habló de ello. Lo dijo con una calma que me dolió más que el miedo. «Si controlamos los fuertes del lado inglés del Misisipi», me explicó, «cerramos la puerta del Golfo a los ingleses». Es la llave de la Luisiana. Olía a peligro líquido y a la caliente imposibilidad de elegir. España debía defender su nombre y su honor; los tiempos del silencio habían terminado.

El 27 de agosto partió de casa con un ejército tan visceral como la tierra que defendía: soldados regulares, criollos, negros libres, franceses y nativos. Apenas quinientos hombres, mal abastecidos y peor calzados, aunque guiados por una convicción que solo él podía infundir. Cruzaron pantanos y selvas bajo lluvias torrenciales. Las mulas se hundían hasta el pecho, los fusiles se oxidaban y la pólvora se empapaba. Algunos enfermaron de fiebres; otros murieron antes de ver al enemigo. Mas Bernardo, a pie entre sus hombres, les hablaba de la Corona, del deber, del futuro. En cada paso había tanto coraje como miseria. De esa mezcla, nació la fuerza que los sostuvo.

El 7 de septiembre asaltaron el fuerte Bute de Manchac, donde Bernardo anunció que España entraba oficialmente en guerra con Inglaterra. Trece días después llegaron a los aledaños del fuerte de Baton Rouge, rodeado por un foso y defendido por quinientos hombres y trece cañones. Los ingleses confiaban en su fuerza, en el clima y en el terreno. No sabían que el enemigo más temible de todos es un español que ha jurado cumplir una orden real.

Bernardo estudió el lugar con la paciencia de un arquitecto. No quiso atacar de inmediato sino que ordenó cavar trincheras durante la noche, ocultar los cañones bajo ramas y mover las baterías a ras de suelo. Avanzaron con sigilo, acercando la artillería poco a poco, hasta situarla a tiro directo de las murallas. Al amanecer del día 21, los cañones españoles comenzaron a rugir. El combate duró nueve horas. El aire se llenó de humo, de tierra y de un apestoso olor metálico. Dicen que Bernardo caminaba entre los soldados, alentándolos sin refugiarse del fuego.

Al caer la tarde y ver que toda resistencia era inútil, los ingleses izaron bandera blanca. Los británicos entregaron su espada. Bernardo no habría aceptado una rendición que no supusiera la del fuerte Panmure de Natchez y de Manchac. Fue una victoria limpia. El enemigo se retiró y España recobró la dignidad que los años de prudencia habían empañado. Por primera vez en décadas, el nombre de nuestro reino resonó con respeto en las bocas de franceses y americanos.

El mensajero llegó tres días después. Las campanas repicaban y los balcones se llenaron de flores. Nueva Orleans festejaba la victoria y yo me encerré en la capilla. Tenía miedo de que el júbilo fuera un espejismo. Cuando al fin recibí su

carta, la leí hasta que el papel se volvió blando de tanto sostenerlo. «La suerte ha sido favorable. Baton Rouge es española. Pero no hubo momento de gloria en que no pensara en ti». Lloré porque supe que las palabras más grandes suelen escribirse con el alma agotada.

Cuando Bernardo regresó, lo encontré más delgado, más grave, con la mirada encendida por algo que era certeza. Traía en la voz el peso de los hombres que han visto morir a otros por una idea. No habló de sí mismo; habló de los soldados, de su valor, de la mezcla de sangres que había hecho posible la victoria. «España no está en los mapas. Está en los corazones de los que luchan por ella». Aquella frase, tan sencilla, vale más que todos los discursos que después se pronunciarán en su nombre.

Ahora, cuando la ciudad duerme y el río refleja la luna como una herida curada, escribo estas líneas para que nadie olvide lo que aquella batalla significó. Baton Rouge fue un punto en la guerra entre imperios. Esta afirmación de que España aún podía defender su honor más allá del océano sería la prueba de que el valor no distingue orígenes ni colores y de que la esperanza puede surgir incluso del barro más profundo.

Y en medio de todo eso, entre los cañones y los tratados, yo esperé junto al río, temiendo cada amanecer y cada silencio. Porque amar a un hombre de guerra es amar lo que puede perderse. Y, sin embargo, lo amo. Lo amo con la gratitud de quien sabe que su coraje pertenece a toda una tierra que respira gracias a su fe.

Por eso escribo, para que cuando el tiempo diluya los nombres y las fechas, quede al menos este testimonio, que, en el otoño de 1779, en una Luisiana joven y ardiente, la historia cambió de rumbo por el empeño de un solo hombre y por la fe silenciosa de quienes lo esperaban. Y que mientras los cañones callaban, el río siguió su curso, llevándose el rumor de la gloria y del amor, confundidos para siempre en la misma corriente.

XXXV

Aranjuez, abril de 1796

Aquella casa de aire remozado parecía rendida a una quietud expectante. Los corredores largos, vestidos de tapices raídos, se volvían más hondos bajo el eco de unos pasos tímidos. Francisca Unzaga avanzaba con el camisón recogido en los dedos, una pequeña palmatoria con una vela agarrada como un talismán desvelado capaz de espantar las sombras.

Se detuvo frente a la puerta de su tía Felícitas. Dudó un instante. El corazón le latía con tanta fuerza que creyó que la madera la delataría. Aun así, levantó la mano y golpeó suavemente.

—¿Quién llama a estas horas? —se oyó desde dentro, con la voz ronca del sueño interrumpido.

—Soy yo... Francisca.

Hubo un breve silencio y luego el roce de la llave girando. La puerta se abrió y apareció Felícitas con una bata ligera sobre el camisón, los cabellos sueltos como un río oscuro y plata sobre los hombros. La lámpara en la mesilla dejaba ver sus ojos atentos, sin rastro de enfado.

—Pasa, sobrina. ¿Qué haces de pie a esta hora?

Francisca entró con pasos temblorosos. Al ver la colcha extendida sobre la cama se sintió atraída como por un imán. Se sentó al borde, sujetando la palmatoria contra el regazo.

—No puedo dormir, tía.

Felícitas se acomodó en la silla junto a la cama, mirándola con paciencia.

—Ninguna joven pierde el sueño sin un motivo. Dime, ¿qué te preocupa?

Francisca bajó los ojos.

—No quería hablar con mi madre. Contigo... es distinto.

—¿Distinto en qué?

—Porque siento que tú la miras de un modo que me resulta familiar y cuando hablas de la abuela, creo que tú podrás comprenderme mejor.

Felícitas sonrió apenas, pero no la interrumpió.

—Tengo miedo, tía. Miedo de no estar a la altura de lo que mi madre espera de mí. Sé que he recibido una buena educación, que me han enseñado a comportarme, a sostener una conversación, a escribir cartas con decoro y a trasmitir lo que entiendo... y, aun así, siento que cualquier día mamá descubrirá que no soy suficiente. Que la tarea que me ha encomendado me sobrepasa. Esta de ahora y todas. Cree que soy capaz de hacer cualquier cosa que ella proponga.

El silencio llenó la estancia. El tictac de un reloj escondido en algún rincón marcaba los segundos como gotas de agua. Felícitas dejó que la muchacha se consumiera en su propia confesión y luego habló despacio, con una voz que era casi un arrullo:

—Ese miedo que sientes lo he sentido yo también. Y tu madre. Y antes de nosotras, mi madre, que fue una mujer de un temple que aún me intimida al recordarla.

—¿De verdad? —preguntó Francisca, alzando los ojos con incredulidad.

—De verdad. No eres distinta, sobrina. Todas crecimos bajo la sombra de mujeres exigentes. Sabían lo que querían y no toleraban menos que la excelencia. Esas mujeres nos enseñaron a vivir con determinación y con un tesón que a veces parecía crueldad.

—Entonces... ¿el miedo nunca desaparece?

—No del todo —respondió Felícitas—. Mas no lo veas como un enemigo porque realmente es un lazo. Ese miedo nos mantiene alertas, nos recuerda que pertenecemos a una estirpe que no se conforma. Si lo miras de cerca no es una cadena. Es un hilo que une tu vida con la de tu madre y la de tu madre con la de tu abuela.

Francisca apretó la palmatoria entre los dedos.

—¿Y cómo se sobrevive a ese juicio?

—Aprendiendo a no mirarnos demasiado en el espejo de las otras. Porque el juicio de tu madre y el de tu abuela son tan severos que ninguna podrá librarse de él por completo. Ni yo misma. Mas aprendemos a vivir con esa mirada sobre los hombros como a llevar una mantilla en procesión, al principio pesa, luego una encuentra el equilibrio y al final, ya ni piensa en ella aunque siga ahí.

Francisca suspiró. Sus ojos brillaban con lágrimas que no se atrevían a caer.

—Temo que, si fracaso, no solo decepcionaré a mi madre, sino también a ti, a la abuela...

—Escúchame bien, sobrina —dijo Felícitas, inclinándose hacia ella —. Nadie en esta casa espera de ti la perfección, porque eso sería negar tu humanidad. Lo que se espera es que pongas lo mejor de ti y en eso ya has demostrado ser digna. El resto es ruido de tu cabeza, fantasmas que te impiden dormir.

Francisca apoyó la frente sobre la colcha y sintió bajo la piel el relieve de los bordados como un mapa secreto.

—Es que hasta esta colcha parece pesar más que yo —dijo con un hilo de voz.

Felícitas acarició el tejido, reconociendo ella también la carga.

—La colcha guarda los sueños y los miedos de todas nosotras. Mas no olvides, Francisca, también guarda nuestras victorias.

La muchacha levantó la cabeza lentamente.

—¿Tú también has tenido miedo de fallar?

—Más veces de las que crees —contestó la tía, con una sonrisa amarga—. Cuando mi madre me miraba, sentía que su silencio valía más que cualquier palabra y que su juicio pesaba más que una sentencia de muerte. Sin embargo, aquí estoy, todavía respirando, todavía viviendo. Y estoy aterrorizada con la decisión que he tomado con enviar a tu prima Guadalupe a Málaga. Y con pudrirme sola con las ideas que ya ni puedo compartir con mis amigos porque nos han silenciado.

Francisca, conmovida, se echó sobre la cama y soltó la vela a un lado. Felícitas se movió hasta recostarse junto a ella, y le pasó un

brazo por los hombros.

—Duerme aquí, sobrina. Que esta colcha sea testigo de que no estás sola.

Y así, bajo el amparo de la tela cargada de memorias, Francisca cerró los ojos. Las lágrimas finalmente se deslizaron, pero ya eran de alivio. La colcha respiraba con ellas. Cada movimiento de Francisca parecía despertar un murmullo escondido entre los pliegues. La había cosido Felícitas para su ajuar y aún dormía con ella. Ahora, acostada al lado de su sobrina, aguardaba con un silencio tejido de atención, de paciencia y de la ternura que Francisca no había hallado en ningún otro rincón de la casa.

—Tía... —susurró al fin la muchacha—. ¿Nunca sentiste la tentación de rebelarte? De decir basta, no quiero cargar con lo que quieren de mí.

Felícitas soltó una breve risa, seca como un chasquido.

—¿Rebelarme? Claro que sí. Por eso estoy aquí. Porque las rebeldes somos las que más hemos luchado contra las tentaciones, porque las nuestras son más grandes. Mas, ¿sabes por qué nada me detuvo?

—¿Por qué?

—Porque tenía certeza de que, por mucho que corriera, la colcha no me abandonaría.

Francisca abrió los ojos, sorprendida.

—¿La colcha?

—No esta colcha en particular —aclaró Felícitas—, también es lo que representa, la herencia de las mujeres de esta familia. Puedes intentar escapar, mas la llevas en la sangre. Y no es una maldición, aunque a veces lo parezca; es un don.

Francisca se mordió el labio, pensativa.

—Un don que pesa.

—Todos los dones pesan, sobrina. Hasta el amor.

El silencio volvió a llenar la habitación, pero pronto fue roto por la voz temblorosa de Francisca.

—Cuando era niña, yo soñaba que la colcha se levantaba como un mar embravecido y me arrastraba. Y al despertar, mi madre me

decía «Levántate, que no hay tiempo para sueños tontos». Yo me quedaba callada, sin atreverme a contarle lo que había visto.

Felícitas la miró con ternura.

—Tu madre también soñó eso, aunque nunca te lo confiese. Yo la vi temblar bajo una colcha como esta, cuando tenía apenas un año más que tú. Mas en lugar de contármelo, se tragó sus miedos y los convirtió en carácter. Esa es la diferencia entre nosotras, ella se guarda las lágrimas; yo prefiero compartirlas contigo.

Francisca sonrió débilmente.

—Quizá por eso he venido aquí. Con mi madre siento que cada palabra es una prueba. Contigo puedo respirar.

—Eso ya es una gran victoria, sobrina —respondió Felícitas, estrechándola contra sí—. Saber con quién hablar. No hay sabiduría mayor.

Francisca cerró los ojos, y por primera vez en semanas no se sintió sola en su miedo.

—Tía, ¿crees que la abuela me habría querido?

Felícitas guardó un silencio largo antes de responder.

—Tu abuela te quiere por poco que te haya visto y te habría querido con la misma intensidad con la que exigía. Y sí, su juicio es duro, mas su cariño lo era más. Lo que ocurre es que a veces el amor, en esta familia, se disfraza de severidad.

—Eso me da miedo —murmuró Francisca—. Amar de un modo que a los demás pueda dolerles.

—Entonces, sobrina, rompe el círculo. Aprende de nosotras, mas no nos repitas. Tu legado será amar sin herir.

XXXVI

Aranjuez, abril de 1796

Felícitas se levantó muy de mañana sin que pudiera oírla Francisca. Recogió con cuidado la ropa que había preparado la noche anterior y se vistió con ceremonia, ajustó el corpiño, ató la falda y recogió el cabello bajo una cofia discreta... Salió del cuarto en silencio, cerró la puerta sin hacer crujir la madera, cruzó el corredor y caminó hasta la habitación de su hermana.

Llamó a la puerta con dos golpes leves.

—Isabel —dijo, apenas por encima de un susurro—. Isabel, vámonos.

El silencio se quebró por el roce de las sábanas. Al cabo de un instante, la puerta se abrió, y dejó ver el rostro adormilado de su hermana.

—¿A dónde quieres ir a estas horas? —preguntó Isabel, incrédula.

—Dondequiera que dos mujeres decentes puedan estar tan temprano. Eso sí, fuera de esta casa. No quiero que nos escuchen ni Francisca, ni Marilú, ni nadie.

Isabel tomó la bata y la dejó caer sobre los hombros con gesto automático.

—¿Y qué pasa para que tengas tanta prisa?

—Nada que no sepas ya. Solo que hoy necesito hablar contigo. Quítate esa bata y vístete rápido —respondió Felícitas con firmeza, casi con un temblor en la voz.

Isabel la observó con cautela, por si aquello era una urgencia o un desvarío. Asintió y recuperó por un segundo la juventud de los

inviernos en la plantación cuando salían a escondidas al alba a coger flores y contarse sus secretos.

—Podemos salir hacia alguna capilla. Nadie se extrañará si vamos con mantilla y rosario.

—Vamos entonces —zanjó Isabel.

Las dos hermanas se cubrieron con capas sencillas y bajaron juntas la escalera principal. En el zaguán, Marilú dormía sobre un banco, envuelta en un mantón. Había salido del cuarto de la cocina. No se adaptaba a la casa nueva ni a dormir sin Gabriel. Isabel se inclinó y le acomodó la manta sobre los hombros, procuraba no despertarla. Luego abrió el portón y ambas salieron sin hacer ruido.

Ya en la calle, Felícitas habló al fin, sin desperdiciar un paso más para aclarar el motivo de la huida.

—Anoche Francisca vino a mi habitación. Me miró con un miedo que reconocí de inmediato. El mismo que nosotras teníamos a mamá.

Isabel caminaba a su lado, callada. Felícitas continuó, con una mezcla de reproche y desgarro.

—Estamos cometiendo un error gravísimo. Nuestras hijas no hablan porque temen defraudarnos. No cuentan lo que sienten porque piensan que solo hay una manera correcta de vivir y no quieren fallar. Isabel, es el mismo silencio que nosotras cargamos tantos años, el que seguimos cargando.

Caminaban despacio hacia la plazuela con los pasos amortiguados por el empedrado húmedo de la madrugada, con su misal y su rosario en mano. Ambas callaron. Felícitas se cansó de esperar que su hermana rompiera el silencio.

—Ayer, cuando Francisca se metió en mi cama temblando, vi reflejados los ojos de mis propios hijos. Recuerda a Adelaida, era casi un bebé y ya lloraba cuando oía discutir. Miguel tiene veinte años y lleva sobre los hombros más responsabilidades de las que debiera a su edad. Aunque le veo de tarde en tarde, es un anciano sabio en un cuerpo joven. Matilde tiene esa sensibilidad que solo se atreve a mostrar en cartas escondidas; Guadalupe, siendo una niña, siente la soledad como una mujer y no me perdonará el abandono si

no se lo explicamos bien. Todos ellos me miran como yo miraba a mamá: con respeto, con amor, sí... también con miedo.

Isabel la escuchaba, con el rosario en la mano, con las cuentas de la palabra contenida.

—Tú por lo menos tienes solo cuatro.

—Isabel, estoy sola en esta casa con una criada que está más por caridad cristiana conmigo que por comer bien. Puede ser que me lo merezca, aunque no se lo deseo a nadie.

—Es verdad que mis circunstancias son otras y sin embargo, tengo nueve hijos. Rafaela es lanzada y ya tiene familia, Rosario es como es y nos costará hasta casarla. No tiene miedo y nos trata con indiferencia. Sería la única a la que animaría si me dijera que se va a ir a un convento porque no le teme a nada.

—¿Ves, Isabel?, ya estás decidiendo por todos.

—Por todos, no, por todas. La forma en la que educamos no es el problema. Luis, Francisco y Mariano no me preocupan en absoluto. Nosotras educamos hombres gallardos, con iniciativa, valor y que se creen que merecen más de lo que la vida les ha dado. Y si no es así, no sufren por ello.

—En eso te doy la razón, Isabel. Como lo hicieron papá y mamá. Gilbert-Antoine está en el fuerte de Placaminas sin hacerse tantas preguntas como nosotras y habiendo heredado suficientes tierras. Y aunque pareciera que iba a suceder lo contrario, no murió de pena cuando enviudó de Charlotte.

—No, ni tú tampoco cuando se murió Bernardo, Felícitas. Para eso también nos han preparado a nosotras y nosotras preparamos a las nuestras. Yo no hallaré descanso hasta que haya educado a Antonia y Guadalupe.

—Bendita suerte la tuya que puedes, Isabel. Yo tengo que confiar en ti, aunque es verdad que nuestros hermanos están criados para el éxito. Maximilian, que era apenas un muchacho cuando me acompañó y ya comandante de infantería en Luisiana. Y Célestin, algo que no entenderé, ya con carrera aquí en las Reales Guardias Walonas y decidió volverse allí. Llámame loca, no sé si fue para estar al lado de mamá y con papá, antes de que muriera. Isabel, si ya hasta papá ha muerto... Se acaba todo aquello con lo que nacimos...

—Yo sí entiendo a nuestro hermano. Si yo no tuviera nueve hijos y pudiera estar en el ejército, usaría esa excusa para volver a Nueva Orleans. O quizás no, no lo sé. En sueños vuelvo a nuestro árbol en el jardín, hermana, a quitarme las responsabilidades.

Felícitas giró el rostro para mirarla, con una mezcla de ternura y reproche.

—¿Y no ves que nuestros hijos nos observan con el mismo temor reverente con el que mirábamos a mamá? Creen que somos inquebrantables porque en realidad lo que sienten es miedo.

Isabel respiró hondo.

—Mamá siempre decía que el respeto se impone o se pierde. Y nosotras lo aprendimos sin protestar.

—No —interrumpió Felícitas—, lo aprendimos a golpes de silencio. Ella nunca nos dejó preguntar nada. Nos ahogó con su ambición y su orgullo. ¿Recuerdas cómo se paseaba por Nueva Orleans como si fuera la dueña de la ciudad? No había gobernador ni comerciante ni cura que no supiera de su lengua. Ella quería estar en todas partes, ya fuera la Corte, la iglesia o los negocios. Y nosotras crecimos sabiendo que jamás podríamos confesarle ni nuestras dudas ni nuestros temores.

Isabel bajó la mirada.

—No hables así de tu madre. Solo tienes que ver que ahora, sin querer, les estamos haciendo lo mismo a las nuestras.

El silencio se rompió con el repique lejano de las campanas de San Antonio.

—Nuestros hermanos también lo padecieron —continuó Felícitas —. De otro modo, mas, ¿los viste llorar alguna vez o reaccionaban con aspavientos protegiéndose de mostrar sus propias debilidades? Y a nuestras hermanas, cada una aceptaba un marido que pudiera sobrevivir al peso de nuestro apellido. ¿Y nosotras? Nosotras fuimos entregadas a hombres de poder y a cambio mamá nos exigió que fuéramos más fuertes que ellos.

Isabel levantó la cabeza.

—Y, aun así, Felícitas, dime la verdad. Si hoy pudiéramos tenerla aquí, con todos sus defectos, con sus delirios de grandeza, con esa

costumbre de querer hablar directamente con el rey, ¿no darías un año de tu vida por poder preguntarle qué hacemos ahora?

Felícitas se detuvo en seco.

—Sí, Isabel. Lo daría. Pues claro que daría más que un año de vida. ¿Acaso no comprendes que estoy enfadada con ella por no venir a mi rescate y permita que tengas que hacerlo tú? No entiendes que con la misma fuerza que la temía, la admiraba y la amaba sobre todas las cosas. No entiendes, hermana, que me gustaría ser como ella.

—Ay, Feli, qué solas estamos entre tanta gente.

—Y ahora más, Isabel. Porque el miedo que sembró en nosotras es el mismo que he visto en Francisca esta noche y que sé que tienen las demás, el miedo a no ser bastante, a no ser las mejores... Me aterra.

Las dos permanecieron quietas unos instantes, con el peso de los nombres de sus hijos flotando en el aire. Doblaron la esquina que llevaba a la plaza del mercado. El aire olía a pan recién horneado y a romero machacado, a pescado traído de madrugada desde el Tajo y a telas teñidas que colgaban en los tenderetes. Vendedores y criadas regateaban en voz alta, mulas con cestas rebosantes abrían paso y entre todo ese bullicio, Isabel y Felícitas caminaban en silencio.

—Míralas —dijo Felícitas, señalando a un grupo de mujeres que discutían los precios de las naranjas—. Ellas hablan con libertad de lo que importa en su día a día. Nosotros nunca tuvimos esa libertad.

—Nosotras aprendimos a callar para sobrevivir —sonrió Isabel con amargura.

—Y ese ha sido nuestro error —respondió Felícitas con firmeza—. Sobrevivir no es vivir. Mamá nos enseñó a temer su mirada más que la del mundo. Y es el miedo que vi anoche en Francisca y el que tú ves en Rafaela. Ellas no callan por respeto, Isabel, callan por miedo. Y no hay peor herencia para una mujer que el miedo heredado. Sobre todo, el temor disfrazado de amor y felicidad, que es el que hemos visto cultivar siempre.

Isabel se detuvo frente a un puesto de paños, acarició un rollo de lino blanco con la yema de los dedos.

—¿Qué podemos hacer? —susurró—. No podemos cambiar lo que ya son.

Felícitas negó con la cabeza, con la fuerza de quien no acepta la condena.

—No somos responsables de lo que hemos heredado, Isabel. Sí de lo que dejamos en herencia.

El murmullo del mercado se volvió un telón de fondo mientras sus palabras caían como sentencias.

—Nuestros hijos son muchos, Isabel, y cada uno distinto. Los míos han crecido sin padre, con mi viudedad como peso y como armadura. Los tuyos han crecido en esta casa grande, entre bordados y lecciones de latín. Y todos, los tuyos y los míos, sienten la presión de ser perfectos. Y yo ya no quiero hijos perfectos. Quiero hijos libres.

Isabel levantó la vista hacia ella, sorprendida por la claridad de la frase.

—Hijos libres... ¿y cómo se consigue eso en un mundo que nos quiere obedientes?

Felícitas apoyó la mano en su brazo.

—Enseñándoles que nuestro amor no depende de que cumplan nuestras expectativas. Que pueden fallar, llorar, equivocarse y que aun así seguirán siendo dignos. Que no necesitamos hijas silenciosas para que parezcan virtuosas. Necesitamos hijas que hablen para no repetirse.

El bullicio de la plaza continuaba, aunque a Isabel le pareció que todo se detenía un instante.

—Si mamá nos hubiera dicho eso una sola vez.

—No lo dijo, Isabel, aunque seguro que lo pensó y ahora podemos ser nosotras las que lo digamos —replicó Felícitas—. Mira a tus nueve hijos como a semillas. No crecen con la sombra del miedo, crecen con el sol de la confianza.

Isabel respiró profundamente.

—¿Y si no sabemos hacerlo? ¿Y si fracasamos?

Felícitas la miró con una serenidad que no había mostrado en años.

—Si fracasamos, será intentando que tengan menos miedo que nosotras. Eso ya sería un triunfo.

Caminaron unos pasos más. Una niña pasó corriendo con un cesto de flores en la mano. Isabel la miró.

—A veces siento que soy una madre hecha de ausencias y de silencios que pesan más que mis palabras.

Felícitas apretó su brazo.

—Entonces cambia el guion, Isabel. Mamá nos enseñó que la grandeza se demostraba con títulos y alianzas. Nosotras vamos a enseñar que la grandeza empieza en casa, cuando un hijo se atreve a hablar sin miedo.

Ambas guardaron silencio un instante, con el murmullo del mercado envolviéndolas.

—No quiero más hijas con miedo —dijo Isabel recitando su pacto.

—Ni yo —respondió Felícitas con brillo en los ojos.

Sus pasos las llevaban de regreso con la sensación de que algo se había roto y a la vez comenzado. Las dos mujeres que habían crecido bajo el yugo del temor materno habían encontrado, entre puestos de frutas y olor a pan, la decisión más trascendente de sus vidas: criar hijas que no callaran, que no heredaran la obediencia como destino, que no temieran defraudar a quienes las amaban.

—De ahora en adelante, nuestra tarea es que se sepan dignas.

—Eso será la verdadera herencia de los Saint-Maxent. No las tierras, no los nombres, no los títulos. La libertad de hablar sin miedo. Probablemente no lo consigamos —dijo Felícitas, dejando escapar el aire—. Al menos que noten un sutil cambio en nosotras, que sientan que pueden hablar en libertad, aunque sea un poco, aunque no sea siempre.

Felícitas bajó la cabeza.

—Tienes razón, aunque no somos ejemplos ahora mismo. Tú estás aquí porque te has encerrado en tu viudedad y has querido actuar como se esperaba de ti. Y yo porque no sé hacer otra cosa que estar aquí, presa de esta casa, de este deber y de este nombre. ¿Cómo vamos a enseñarles a no tener miedo, si vivimos nosotras paralizadas por el nuestro?

—¿Sabes lo que pasa, hermana? No podemos culpar de esto a nuestra madre. Ella lo hizo para crear una historia o hacernos un hueco en la otra historia, la grande. Realmente el miedo es el único lenguaje que todas las mujeres compartimos en silencio. Está en las miradas bajas en la mesa, en los secretos no contados y por supuesto, en las cartas que nunca enviamos. Y a pesar de la omnipresencia, nadie habla de él. Da más pánico nombrarlo que sentirlo.

—Porque al nombrarlo parece más grande —respondió Felícitas, con la voz entrecortada—. El miedo es un animal que se despierta si lo llamas por su nombre.

Su hermana sonrió mirándola al ver que se le había encendido esa chispa de rebeldía que siempre la había distinguido.

—O quizá porque al nombrarlo lo volvemos real, y eso significa que podemos enfrentarlo. Eso nos obliga a cambiar, a arriesgarnos y a perder lo poco seguro que tenemos.

—Eso es lo que más me asusta —confesó la condesa de Gálvez—. Que si lo digo ya no hay marcha atrás.

—¿Y no te das cuenta? Esa es precisamente la trampa del miedo: convencernos de que callar nos protege, cuando en realidad callar es lo que nos encierra.

Un silencio pesado cayó entre ambas, mientras el bullicio del mercado seguía su curso alrededor, indiferente a las dos mujeres que acababan de desnudar su verdad.

Isabel levantó la vista, con una mezcla de vulnerabilidad y decisión.

—Entonces quizá lo único que podemos enseñarles a nuestras hijas es a hablar del miedo. A decirlo en voz alta, aunque tiemblen.

—Exacto —afirmó Felícitas, con los ojos brillantes—. Porque el día que ellas puedan pronunciarlo sin vergüenza, el miedo dejará de ser una cadena y será solo una palabra. Y una palabra nunca será más fuerte que una mujer que decide vivir en libertad. Francisca tiene que volver a Málaga más libre de lo que salió de allí.

XXXVII

Aranjuez, abril de 1796

Ya habían pasado veinticuatro horas desde la conversación de las dos hermanas sobre el pánico. Dejaron que se enfriaran las horas, que se enfriaran también las voces demasiado tensas e incluso que perdieran calor las suelas de los zapatos que volvieron cargadas de electricidad. También tuvieron que dejar reposar los síntomas de su propio pánico dentro de ellas. Eran conscientes de que no hay nada que aterrorice más que el miedo en sí mismo porque es paralizante, cruel, absurdo y deforma.

Fue un día de calma fingida, de paseos por los jardines, de silencios compartidos entre aquellas mujeres, de contestar algunas cartas y no escribir otras. Un día para aparentar que nada había sucedido, que los muros de Aranjuez podían contener los secretos como habían contenido siempre las intrigas de palacio.

La mañana siguiente las reunió en torno al desayuno. La mesa estaba dispuesta con la sobriedad propia de una casa que sabía recibir. Había pan reciente, miel, frutas, café importado y un chocolate que aún guardaba el aroma de ultramar. Se notaba que el mercado había entrado en esa casa y que el dinero de las Unzaga había renovado la forma de comer allí. El pan del horno ya no olía a penurias ni a perdedoras. Olía a reales frescos, de los que hasta podrían resucitar a los que se dan por muertos.

Sentadas alrededor estaban Francisca, inquieta con sus preguntas; Isabel, siempre recta en la silla, *les yeux baissés*, temiendo mirar de frente incluso a su hermana; Felícitas, con la energía salida del fondo del pozo en el que estaba diez días antes y que redescubre

que no había renunciado a su voz; y Marilú, discreta y atenta, con esa serenidad que solo tenían quienes habían aprendido a escuchar el mundo sin ser escuchadas.

Fue Francisca la que rompió la quietud, con la naturalidad de la juventud que aún no teme a los silencios:

—Bueno, a ver, ahora que estamos aquí todas con mi madre doña casamentera... contadme vuestras bodas en Nueva Orleans.

Un rubor se encendió en el rostro de Isabel. La palabra *bodas* no era inocente, arrastraba la memoria de alianzas políticas, de pactos familiares y de la doble moral de la sociedad en la que crecieron en Luisiana.

—La mía, Francisca, con el padre de Adelaida —Felícitas fue la primera en hablar— fue en la iglesia de San Luis. Jean-Baptiste d'Estrehan me esperaba con toda la pompa de su linaje. No olvides que era el más rico de Luisiana, un gran administrador de plantaciones, hombre de comercio y de influencia. Yo llegué en calesa, escoltada, desde la casa de los abuelos; él cruzó la plaza andando desde su propia casa, la mejor que había en la ciudad. Estaba en la esquina, al lado de la iglesia. Las mejores vigas, los mejores balcones y los suelos de las mejores maderas.

Francisca escuchaba embelesada. Isabel se removió en la silla y, con voz temblorosa, intervino.

—*C'était un mariage de convenance*... más que de *passion*. Aunque tu tía y él se querían, en Nueva Orleans nada escapaba a la mirada de la Iglesia, ni de los gobernadores, ni de los cronistas. Si no hubiera sido de la familia con más tierras de la provincia, aquella boda no se habría celebrado.

—No digas bobadas, yo amaba a Jean Baptiste. Tu madre estaba un poco celosa porque era el más guapo y el más zalamero de todos —Felícitas tomó la palabra con sorna hasta que tornó en gravedad—. En lo que tiene razón es en el resto. El padre Cirilo, un franciscano respetado, era quien velaba por la ortodoxia.

Los esclavos sufríamos mucho con la forma de vivir de los señores —Marilú añadió, bajando la voz—. Cuando llegaron los españoles, seguía usándose el Código Negro y aquello era un yugo tan fuerte como el látigo de un capataz.

—En España —asintió Felícitas intentando evitar ese giro en la conversación—. En cada diócesis había calificadores que denunciaban desviaciones. Se levantaban autos de fe, ya fuera en Sevilla, en Valladolid, en México o en Lima. Y aunque en Nueva Orleans no se vieran hogueras, nuestra vida estaba escrita en papeles que cruzaban océanos.

— Cuando me casé con tu padre en 1770, Francisca — Isabel levantó la cabeza, la voz temblorosa—, lo hicimos con una boda discreta. Nosotros dos, el sacerdote y los abuelos. Se hacía así. Luego ya se hacía una celebración cuando llegaba el permiso del Rey que necesitaba el gobernador para casarse con una criolla.

—¿Y si no os la hubieran concedido? —Francisca abrió mucho los suyos, incrédula.

—*Alors... nous aurions été perdus* —Isabel suspiró—. Hubiéramos sido el centro de todas las conversaciones de la ciudad. La envidia es muy mala y vivir criticando a los demás y erigiéndose en jueces del comportamiento de los demás era la diversión más frecuente en Nueva Orleans. Si os parece cuestionable la época que os ha tocado vivir, imaginad la nuestra y en aquel lugar que se alimentaba del chisme.

—Entonces, mamá, mis hermanos nacieron en pecado...

—Francisca, el confesor seguía confesándonos y toda nuestra vida cerca de Dios era la misma. Fray Cirilo decía que solamente esperábamos el sello de los hombres para hacer valer la palabra de Dios. Nosotros estábamos casados para todo. Eran habladurías. Allí todos se ocupaban más de los demás que de lo que pasaba en sus casas.

—Mamá, es que no voy a poder entenderlo jamás. ¿Y tus padres? ¿La abuela no era tan de apariencias y tan perfecta?

—Hija mía, esto respondía a un plan muy grande que ella tenía para la familia. Solía decir que el fin justifica los medios.

—Mamá, no sé por qué me has elegido a mí entre todos mis hermanos, de verdad. Creo que te has equivocado. Estás intentando que sigan pasando los días sin que hablemos de cómo Marilú te ayudó a cargar un arma que tú, tú misma disparaste sin que te temblara el pulso ni hayas derramado una lágrima desde entonces y

ahora me dices que estuviste viviendo en pecado con mi padre casi cinco años... Espera, que no he acabado. Que mi padre montó una red de espías para ayudar a los rebeldes y que lo continuó mi tío Bernardo y todavía no me habías contado qué hacíais vosotras. Porque tú sabes bordar, mamá, y también disparar. Me podéis contar qué es todo esto.

Las hermanas se miraban conteniendo la respiración. Era lo pactado el día anterior. Para que Francisca pudiera hablar sin miedo, ellas tenían que controlar su reacción inicial, que en ambos casos era pedirle que se callara y dejara de chillar. Felícitas e Isabel sintieron la complicidad hasta los huesos como cuando eran pequeñas. Ya ni escuchaban los reproches con voz más de Marilú que de una Unzaga y a las dos les estaba entrando una risa nerviosa que contenían clavándose las uñas como lo hacían siendo niñas.

—Mi segundo matrimonio, con Bernardo, tampoco fue sencillo —Felícitas intervino con un matiz de amargura—. Nos casamos *in articulo mortis*, usando el argumento de que la enfermedad no daba tiempo para liturgias largas. Y aun así, hubo quien murmuró que aquello era irregular. Hasta la ley tiene resquicios cuando se trata de mantener la honra.

—Hala, la otra tampoco se queda corta —exclamó impertinente Francisca, que no salía de su asombro.

Marilú, con tono grave, se atrevió a decir lo que ninguna señora diría en voz alta.

—Yo vuelvo a lo mío. Eso valía para ustedes, porque eran blancas, ricas y las amas. Cuando un negro quería casarse con un blanca o una esclava con su amo, entraba el Código Negro. Las señoras no necesitaban encender hogueras, bastaba la prohibición de unirse en la mayoría de los casos. Y, aun así, todos sabían que los hombres blancos tenían segundas familias con nosotras.

—Contigo, Marilú... ¿Y Gabriel? No me extraña que no quisierais que nos enteráramos.

—No, niña, cállese. No hablo de mí, hablo de las esclavas en general. Si un señor te quería para que le calentaras las noches, no podías decir que no. En algún momento, tu madre y tu tía tendrán que hablarte del placer y de la carne.

—No des más ideas, que mi paciencia tiene un límite. Quiero irme a Málaga y que venga mi hermana Rafaela. A mí esto me sobrepasa. Tengo solo diecisiete años, por el amor de la Virgen Santa.

—Basta ya —dijo Felícitas—, una cosa es que tengas miedo y otra, que hables como Torquemada. Nos estás asustando.

—Entonces, ¿el matrimonio era una jaula? —Francisca se mordió el labio.

Isabel la miró fijamente, con un destello de fe inquebrantable.

—*Non, ma fille*... El matrimonio era una salvación. Porque fuera de él estaba el escándalo, el pecado y la condena. Una mujer solo sobrevive obedeciendo las normas de la Iglesia.

Felícitas negó con la cabeza, casi sonriendo.

—No te equivoques, Francisca. El matrimonio era una jaula dorada y a veces, dentro de esa jaula, aprendíamos a sobrevivir mejor que en el vacío de fuera.

La mesa quedó en silencio. Fuera, en la calle, un pájaro cantaba. Felícitas respiró hondo antes de continuar. Sabía que la pregunta de Francisca no era un juego de sobremesa. Allí se posaba un recordatorio de lo que habían sido y de lo que seguían siendo. La vida entera de las mujeres se medía entre la ley de los hombres y la voluntad de la Iglesia.

—Francisca, mi boda con Jean-Baptiste d'Estrehan fue el espejo en el que Nueva Orleans quiso mirarse —dijo con voz grave, aunque sin perder la dulzura—. Él representaba la riqueza más sólida de Luisiana. Yo era bella, mis padres también ricos y con poder. Yo tenía dieciseis años y llevaba bajo el vestido de encaje francés la sensación de que estaba entrando en un destino escrito mucho antes de mí.

Francisca abrió la boca para interrumpir e Isabel habló de pronto, con un murmullo en francés.

—*C'était un théâtre... tout était spectacle*. Era un teatro, Francisca. Una representación en la que la Iglesia bendecía lo que la ciudad ya había decretado.

—Exacto —Felícitas asintió lentamente—. La Iglesia de San Luis nos casaba y nos legitimaba. Y lo hacía bajo la atenta mirada del padre Cirilo.

Francisca enrojeció, confusa entre la curiosidad y el pudor.

—Y ahora Marilú, cuéntame eso de los hombres blancos con barraganas, mancebas, amantes o como se diga eso, ¿también en nuestra familia?

Felícitas bajó la mirada. Isabel apretó los labios. Finalmente, Felícitas habló.

—También en la nuestra. En todas.

—¿Mi padre? —preguntó Francisca con miedo a perder la devoción que aún seguía clavada como una estaca incrustada en su corazón.

—El tuyo no y creemos que el nuestro tampoco. Pero lo de mi suegro, el padre de Jean-Baptiste era público y notorio. Todo el mundo conocía a su hija de color y su fonda era famosa en la ciudad.

El silencio pesó como plomo sobre la mesa. Isabel rompió la quietud con voz temblorosa, como queriendo defender lo que aún podía defender.

Felícitas la miró con ternura, aunque con un matiz irónico. Salió en su defensa como habían hecho siempre la una con la otra. Francisca se llevó la mano a la frente, incrédula.

—Entonces, ¿el matrimonio no es amor, ni elección, ni siquiera un sacramento?

—Entonces era estrategia y la abuela es la mejor para eso —susurró Isabel casi sin aire.

—Mamá, tú nos preparas para casarnos. Es más, no te gustan los conventos para tus hijas. Lo dices siempre que tienes ocasión.

Felícitas, con un hilo de voz, intentó salir al rescate de su hermana de nuevo.

—El matrimonio era también una forma de resistencia. Aprendimos a negociar con las críticas de la gente y a torcer un poco las reglas sin romperlas del todo. Buscábamos la rendija por donde respirar.

Francisca había quedado atónita. Miraba a su tía Felícitas y a su madre, asistiendo a una revelación que jamás pensó que fueran a pronunciarse en voz alta. Había esperado detalles de vestidos, flores, carruajes y músicas, y en cambio se encontró con la crudeza de la

historia: matrimonios *in articulo mortis*, hijos ilegítimos, esclavas convertidas en concubinas y sacerdotes que casaban en secreto.

La primera en romper aquel silencio fue Marilú, que hablaba con la serenidad de quien carga una verdad que nunca se le permitió disfrazar.

—Sus hombres, sus familias, sus leyes... ustedes sabían jugar con todo aquello. Los esclavos, ja, en cambio, ni siquiera podíamos soñar con un matrimonio por nuestros ritos. Nos convertían y no éramos dueños ni de nuestra libertad. Eso sí, sabemos más cómo sentir la piel del otro. Cuando no sabes qué va a pasar al día siguiente, importa menos todo lo demás.

Isabel bajó la mirada. Había en ella un pudor que la frenaba siempre al borde de la confesión.

—*Mon Dieu*... Era así. Aquel mundo nuestro era un mundo pequeño, Francisca. Aquellas críticas asustaban con un miedo que se te metía en la sangre, que te hacía callar incluso en tu propia cama.

Felícitas la interrumpió, con voz clara, firme, casi insolente.

—Quitar la honra. Y sin honra, Francisca, se pierde todo. El nombre, la herencia, los hijos, la casa. Mírame. No hace falta una condena ni que te excomulguen para verte como me veo yo hoy.

—Había otra cara, Francisca —suspiró su madre—. Había personas que entendían que las leyes podían doblarse. Que sabían que mientras el altar mostraba un matrimonio, la vida real podía esconder otro. En todas las casas, incluso en la tuya, existieron segundas familias. Los hombres tenían hijos con las esclavas. Era un secreto a voces. Algunos los reconocían; otros los escondían. Era la doble moral de nuestra época. Se proclamaba la castidad y se practicaba el deseo.

—Eso no me lo puedo creer —Francisca enrojeció hasta las orejas —. No quiero que me contéis si alguien que conozco vive así.

Isabel cerró los ojos un instante. Había en su gesto un dolor antiguo por el peso de la verdad callada. No respondió. Fue Felícitas quien tomó la palabra, sin rodeos.

—No juzgues, hija. Muchas personas decidieron vivir así felices. Y algunas mujeres nunca se sintieron ofendidas por aquello. Sabía que, igual que unas esclavas lavaban la ropa, otras daban desahogo

y cariño a sus maridos cuando necesitaban más y ellas estaban ocupadas con los niños, con las casas, con la hacienda. Es hora de que lo sepas, porque no hay libertad posible para vosotros, hijos míos, si seguimos escondiéndoos lo que todos conocen.

—Las segundas familias eran la sombra de las primeras, ja — Marilú explicó—. Allí donde las esposas blancas callaban por miedo a pecar, las esclavas llenaban el vacío del placer. Porque no lo olvides, Francisca: las mujeres pías, educadas en el temor, crecían para obedecer y reproducirse, no para gozar.

Isabel se azaró en instantes, se puso muy nerviosa.

—*Attention*... cuidado, Marilú. No confundamos a la niña. El placer es tentación. El dichoso placer puede arruinar un alma.

Felícitas soltó una carcajada breve, sin burla y con cansancio.

—No, Isabel. El placer no arruina. Lo que arruina es el silencio. Lo que mata es la culpa. ¿No ves que toda nuestra vida ha estado gobernada por ese miedo? A defraudar a mamá, a desobedecer al Rey, a contrariar a la Iglesia. Y ahora nuestras hijas tiemblan igual que nosotras temblamos.

—¿Y qué debemos hacer entonces? —preguntó Francisca, con apenas un hilo de voz.

Felícitas miró a su hermana con ternura feroz.

—Debemos enseñaros a hablar. A preguntar. A dudar. Probablemente no lo conseguiremos del todo, aunque al menos intentaremos que no crezcáis presas de los mismos miedos.

Isabel apretó las manos sobre la mesa.

—¿Y qué es el miedo, Felícitas? Dímelo tú, que tanto hablas de él.

La miró fijamente, midiendo el peso de una verdad antes de soltarla.

—El miedo es el disfraz de la obediencia. El miedo es el arma con la que nos domestican. El miedo es la voz que no existe, pero decide por ti.

—*Alors... si le peur est ça*... si eso es el miedo... entonces vivimos todas presas de él — exhaló Isabel.

Felícitas inclinó la cabeza.

—Exacto. Tú, presa del deber. Yo, presa de la época. Ninguna somos ejemplo aún para nuestras hijas. Mas tal vez podamos

empezar a serlo si dejamos de callar.

El reloj del comedor marcó la hora y en el silencio que siguió, Francisca comprendió que había asistido a una lección de historia, pero también a un manifiesto íntimo sobre lo que significaba ser mujer en aquellos tiempos modernos que venían con soplos de cambio. Había que obedecer en público, resistir en secreto y educar a las hijas para que no temieran tanto como sus madres.

La conversación se fue apagando como una vela en medio de una corriente. Lo hizo con oscilaciones de luz y sombra, hasta dejar un resplandor tenue que seguía ardiendo en los rostros de las cuatro mujeres. Cada una, a su modo, sabía que ese día estaban pronunciando en voz alta lo que tantas veces le habían susurrado al corazón. Felícitas fue la primera en poner palabras al peso común.

—Hablamos de bodas y de familias. Sin embargo, en realidad hablamos de juicios. Cada paso que damos, cada palabra que decimos, cada decisión que tomamos está siempre vigilada por un juez invisible que no duerme nunca.

Isabel asintió con un gesto grave.

—*Oui... c'est vrai*. Y ese juez nunca se retira. No importa si eres doncella, esposa o viuda. Siempre estás bajo su mirada. Y si eres viuda, todavía peor, porque nos quieren recogidas, vestidas de negro, sin risas y sin pasos en falso. No somos dueñas ni de nuestro luto.

Francisca, que había permanecido en silencio largo rato, dejó escapar la pregunta que todas llevaban en la garganta.

—¿Y cómo se vive entonces? ¿Cómo se vive sin ser molestadas?

Isabel respondió con voz baja a modo de confesión.

—Se vive con cuidado. Se vive sabiendo que no puedes mostrar deseo, ni ambición, ni siquiera alegría fuera de lo permitido. Se vive con el velo sobre la cabeza en la iglesia y sobre toda la vida. Un velo que cubre la risa, que apaga el cuerpo, que oculta lo que somos. *Toujours voilées*... siempre veladas, aun cuando dormimos. Aunque, sobre todo, se vive con amor a Dios. Él siempre entiende lo que se hace con el corazón rezumando bondad. Lo demás son leyes humanas puestas en boca del padre celestial. Felícitas apretó los labios.

—Ese velo, Francisca, lo impone la sociedad, los vecinos, los parientes, la Iglesia. Y si no lo llevas, eres sospechosa de liviandad, de pecado y de ambición. Hemos aprendido a vivir disfrazadas, a obedecer en apariencia para poder sobrevivir en silencio.

Entonces Marilú, que había escuchado todo con la calma amarga de quien conoce otra clase de cadenas, habló con la crudeza que solo permite la verdad.

—Y si eso es así para ustedes, que son blancas, ricas y con nombre, imaginen cómo es para mí. Yo no llevo un velo de encaje, llevo un velo de piel. No importa qué haga, ja, siempre estoy bajo cien mil ojos, y todos juzgan, hasta las señoras buenas como ustedes. Soy esclava todavía, aunque haya cruzado mares y servido a vuestra familia. No necesito un confesor para saber mis pecados porque ya se me condena con solo mirarme.

La sala se llenó de un silencio mártir. Ninguna replicó. Porque sabían que Marilú tenía razón. La esclavitud seguía siendo ley. Era legal comprar y vender personas, era legal separar a hijos de sus madres, era legal que un hombre blanco tuviera una esposa de misa y una esclava de lecho. Y todo eso bajo la misma bendición que vigilaba a Isabel, a Felícitas y a Francisca. La condesa de Gálvez tomó aire y dijo, casi para sí misma.

—Vivimos en un mundo donde la libertad de una mujer es siempre menor que el miedo que la sostiene. Y en este mundo, ser blanca te da un velo y ser negra te da cadenas.

—*Et pourtant*... —Isabel la miró, con los ojos húmedos y firmes—, debemos aprender a caminar con ese velo sin perder el alma. Porque si nos quitamos el velo de golpe, seremos destruidas. Si lo llevamos con astucia, si dejamos que sea una sombra y no una mortaja, quizá podamos abriros un camino diferente a las que vendréis después.

—A sus hijas les basta con un velo más ligero —Marilú sonrió con amargura—. A las mías, aunque ya serían libres, nadie se lo quitará nunca. Por eso jamás nacieron. No iba a permitir yo que pasaran por esto.

Francisca bajó la cabeza. Comprendió, sin necesidad de más palabras, que su vida entera sería un equilibrio entre obediencia y

rebeldía, entre silencio y voz. Entendió que existía una red de miradas, de normas y de miedos que abarcaban cada respiro. Y vivir mujer significaba aprender a sobrevivir bajo ese juicio perpetuo. La conversación se fue apagando. Fuera, en Aranjuez, el día seguía. Los carruajes pasaban por la calle, los vendedores estaban en el mercado y las campanas llamando a misa. Dentro, en torno a una mesa que todavía olía a pan y café, cuatro mujeres habían hecho un juramento sin pronunciarlo. Hablarían cuando pudieran, callarían cuando fuera necesario y nunca olvidarían que las jóvenes merecían un destino con menos miedo y menos velos.

Esa noche, cuando la casa quedó en silencio y solo el resuello de los criados en el patio recordaba que el mundo seguía en movimiento, cada mujer se acostó con una reflexión distinta sobre la fe, esa brasa íntima que ni inquisidores ni confesores podían apagar.

Felícitas, recostada en su almohada dura, pensaba que la fe era memoria, la voz de su padre en Luisiana, el eco de los muros de San Luis, la certeza de que, incluso entre guerras y matrimonios rotos, había una continuidad secreta que la sostenía. Isabel, tímida hasta en los sueños, murmuraba para sí que la cama era refugio, un *port sûr* en el que podía descansar sin sentir la mordedura del juicio ajeno. Francisca, joven aún, abrazaba la idea de la esperanza de un mundo menos áspero para ella y para las hijas que algún día tendría, un horizonte que no se atrevía a contar a nadie, pero que encendía sus desvelos. Y Marilú, en el rincón más pobre de la casa, comprendía que la libertad era la certeza de que había un Dios que no necesitaba permiso de reyes ni papas para reconocer la dignidad de los esclavos, un Dios que podía verla sin cadenas.

Así, con la respiración acompasada y el corazón encendido de pensamientos que ninguna diría en voz alta, se durmieron las cuatro. Y aunque amanecieran bajo el mismo sol, cada una llevaba consigo una noche distinta: la memoria, el refugio, la esperanza y la libertad, las cuatro columnas invisibles sobre las que descansaba la fe de las mujeres en aquel año de Dios de 1796.

XXXVIII

Aranjuez, mayo de 1796

El día anterior había sido tan denso que la casa entera parecía amanecer bajo la misma condena. La conversación sobre la Iglesia, el pecado, la obediencia y la sospecha de haber ofendido a Dios había pesado como un ladrillo en cada pecho. Al acostarse, ninguna logró dormir sin sentir que las paredes escuchaban, que las palabras dichas en voz baja se habían quedado colgando, más firmes que los crucifijos, en el aire del comedor. Felícitas lo había sentido como un hierro ardiente en la palma, imposible de sostener e imposible de soltar. Isabel, más silenciosa, había cargado con el pensamiento de su hija, la niña en Málaga y la certeza de que todo lo que dijeran o callaran podía volverse contra ellas. Francisca había alternado entre un temblor de miedo y un cosquilleo de desafío, alegrándose en secreto de haber rozado lo prohibido.

La joven Unzaga utilizó el resto del día para escribir. Se había sentado a la mesa de la sala pequeña, donde la ventana daba al patio. Con la pluma temblorosa, anotaba una a una las cosas que había oído en las últimas horas, necesitando ponerse al día consigo misma. No podía evitar llorar mientras lo hacía, las lágrimas manchaban el papel y a veces borraban la tinta recién puesta y sin embargo, seguía. Sentía que las emociones se le licuaban en la cabeza y en el corazón al mismo tiempo. Todo aquello que registraba era algo más grande que su propio desvelo. Le sorprendía darse cuenta de que lo que escribía era más importante que lo que sentía, porque la experiencia que la atravesaba dejaba en sus páginas un testimonio que la superaba.

Esa mañana, al cruzar el pasillo, la casa revelaba su propia fatiga. La cortina del salón corría solo a medias, dejando entrar una luz cortada, casi torcida, que partía en dos la mesa de caoba. La silla más cercana tenía el respaldo manchado de cera de una vela que había chorreado en la noche. En la cocina, Antonia removía una cazuela donde el chocolate aún no hervía, y el olor amargo llenaba el aire. En ese ambiente cargado, Isabel habló. No se levantó de la silla, ni alzó la voz. Habló con la firmeza de quien sabe que no hay escapatoria.

—Hoy no será un día como los demás. Esta tarde vamos a visitar al gobernador.

El silencio fue inmediato. Felícitas se giró primero, con las manos aún húmedas por el agua con que se había lavado.

—¿Al gobernador? —preguntó, casi incrédula.

—¿Qué gobernador? —siguió Francisca, con esa risa nerviosa que siempre precedía a sus preguntas más impertinentes.

Isabel las dejó en suspenso unos segundos, lo suficiente para que sintieran el peso de lo que iba a decir. Luego, con la misma calma con la que una madre reprende a un niño sin perder la compostura, respondió.

—Al gobernador de Aranjuez. Hija, aquí, cuando no está Godoy, manda el gobernador porque es un Real Sitio. Se llama don José Rojas de la Cruz y Lozoya. Cuando supe que vendríamos, le escribí. Esta mañana me han traído su respuesta y nos recibe esta tarde.

Felícitas se llevó las manos al regazo con un golpe seco.

—Isabel, ¿estás en tu sano juicio? —dijo, en un tono que tenía tanto de reproche como de súplica.

Isabel la miró con esa serenidad que a veces resultaba insoportable.

—En mi sano juicio o no, ya está hecho. Y será lo que tú quieras, Felícitas, pero nos espera a las seis. Tú, Francisca y yo.

Las palabras parecían arrastrar de nuevo la misma losa del día anterior, ahora bien, con un nombre, con un lugar, con una cita. El gobernador era un hombre de Godoy, sí, y eso bastaba para hacer temblar cualquier sobremesa.

—Es un hombre de Godoy. —Felícitas sacudió la cabeza, aún más incrédula.

—Pues será lo que tú digas —replicó Isabel, con la misma voz baja que usaba para zanjar discusiones con sus hijas—. Pese a ello, no hay marcha atrás.

En ese momento, Marilú entró desde la cocina con un paño aún húmedo en las manos.

—El día que hice el encargo a la modista ya sabía que esta ocasión llegaría —ordenó Isabel—. El traje de visitas está listo desde ayer. Tienes que ir a recogerlo, Marilú. Te dejé el dinero sobre la mesa del comedor para pagar lo que falte. Esta tarde no podemos presentarnos de cualquier manera.

—Ma'am Feli, no se empeñe. Cada día que pasa se parece más a su madre de usted, ja. No se le puede llevar la contraria.

El tono práctico de Marilú disolvió la tensión por un momento. En el comedor, las miradas volvieron a cruzarse. Felícitas aún con la protesta en los labios, Francisca con la sonrisa contenida, Isabel con el gesto de quien ya lo había previsto todo. En la cocina, la cazuela empezaba a hervir.

Poco después, la casa se llenó de un movimiento contenido. En la sala de costura se desplegaron los vestidos: la falda de tafetán azul oscuro de Felícitas con un corpiño sobrio ribeteado en terciopelo; el vestido de Francisca en seda color ciruela con mangas abullonadas discretas y cuello bordado; y el de Isabel, de crepé gris perla, con pliegues suaves en la cintura que al caminar parecían un compás medido. Las criadas sacaron de los cofres las cintas y los guantes de cabritilla, y sobre la cómoda del cuarto quedaron las joyas preparadas, los pendientes de perla redonda para Isabel, un broche dorado con incrustaciones diminutas para Felícitas y un par de aros finos para Francisca, que se probaba frente al espejo con una mezcla de nervio y coquetería.

El aire olía a almidón de lino recién planchado. En el suelo, junto al biombo, se amontonaban los zapatos de hebilla de plata que todavía había que bruñir. Las voces iban y venían, órdenes cortas, risas entrecortadas y suspiros que se mezclaban con el roce de las telas. Era el ritual de prepararse para ser vistas. Isabel, mientras

ajustaba los guantes, observaba a su hermana con esa calma suya, sabía que el aspecto era parte de la respuesta, que antes de abrir la boca ya hablarían los colores, los tejidos, los pliegues. Y pensaba, aunque no lo decía, que en ese despliegue de seda y tafetán se jugaba mucho más que una simple cortesía.

El carruaje salió de la casa cuando el reloj marcaba apenas un cuarto para las seis. Las damas estaban tan contenidas como las piezas de porcelana alineadas en el salón, cada movimiento era una declaración, cada pliegue de sus faldas una defensa. El empedrado de Aranjuez crujía bajo los cascos del cochero, y la tarde caía con el peso de una promesa contenida.

Dentro del carruaje, el silencio era un paño tenso, bordado con respiraciones cortadas y pensamientos en blanco. Francisca, con el vestido de ciruela sobre los muslos, se mordía el labio al recordar las páginas que había escrito; su pluma, al fin puesta a salvo en un cajón, ardía con las dudas de lo que en realidad quería saber. «¿Cuándo podré haber contado toda esta historia, cuándo acabaré? ¿Serán esas páginas un testimonio o una confesión?». El coche se inclinaba al pasar por la verja del jardín real y el corazón de la joven dio un vuelco; Isabel, junto a ella, apretó sus guantes con los dedos.

Al llegar a la residencia del gobernador, embutida en cuerpos de piedra y jardineras ennegrecidas, se abrió la pesada puerta de roble. Un criado las condujo por una antesala que olía a mármol y a incienso y al atravesar el salón principal, donde retratos de antepasados reales las observaban con ojos inciertos, supieron que estaban ante un escenario donde cada gesto era una losa. El edificio no invitaba, imponía. Era un aviso tallado en piedra. Aquí mandaba la Corona, aquí obedecían los demás. La fachada, sin adornos que distrajeran, tenía la severidad de una sentencia dictada hace siglos y que aún pesaba. El escudo real, ennegrecido por los inviernos, se hundía en la piedra como una cicatriz. Era imposible mirarlo sin sentir que quien lo cruzara entraba a ser observado, no a ser recibido.

Dentro, el ambiente se espesaba con un olor reconocible y sin embargo difícil de nombrar, mezcla de cera gastada, madera encerada y papeles viejos. El zaguán era un pasillo demasiado ancho

para un simple tránsito y demasiado desnudo para resultar acogedor. Cada paso sobre las losas sonaba alto, más alto de lo que debía. Había un banco corrido de madera contra la pared, sin almohadones, y un crucifijo sobrio, clavado tan alto que obligaba a levantar el cuello más de la cuenta.

El criado avanzaba delante de ellas con la precisión de quien conoce cada sombra. La escalera principal, de piedra, mostraba en el centro una huella más gastada por botas de soldados que por suelas de damas. A un lado, cuadros de ministros y reyes que las seguían con la mirada, que juzgaban de antemano cada palabra que aún no habían pronunciado. Aquello, más que una galería, era una aduana moral. La antesala al despacho se convertía en una trampa de tiempo detenido con tapices de caza en tonos ya casi desleídos, ciervos que parecían disolverse en la trama, como memorias viejas que insisten en no borrarse; dos relojes de péndulo sonaban fuera de compás, uno atrasado, otro adelantado, recordándoles que el tiempo allí no les pertenecía. Hasta el silencio parecía tasado, evaluado, convertido en un documento más.

Cuando por fin la puerta se abrió, comprendieron que entraban en una maquinaria de poder. Y cada detalle, como la madera bruñida, la penumbra medida, el olor a tinta y sellos, todo estaba dispuesto para hacerles sentir que eran admitidas y que lo que dijeran o callaran allí, no sería nunca del todo suyo.

Finalmente, entraron al despacho. Allí estaba don José Rojas de la Cruz y Lozoya, tras su escritorio de nogal pulido, rodeado de documentos, con el gesto serio y sin dejar de observarlas con cortesía medida. Isabel hizo un leve movimiento con la cabeza.

—Excelentísimo señor gobernador —comenzó con voz mesurada —. Venimos a Aranjuez a presentarle nuestros respetos y también a visitar a mi hermana. Hemos esperado esta audiencia como una luz en medio de todo lo que nos ha asfixiado este año.

Don José asintió con sutil admiración.

—Las recibo con gusto —respondió—. Es un placer tener aquí a las mujeres de tan distinguida familia. Al fin y al cabo, se sentirán como en casa, dos gobernadoras y la hija de un gobernador.

Felícitas sintió envolverse en ese elogio. Las palabras se colaban como un bálsamo. Ella sabía que había detrás una pregunta que debía formular, aunque el eco de su propio nombramiento les recordaba el frágil terreno en el que estaban.

—Se lo agradecemos mucho —la condesa tomó la palabra—. Si usted lo considera conveniente... yo me referiría a un asunto personal. Mi hija Guadalupe está educándose en Málaga, en la casa de mi hermana. Si la salud me acompaña, quisiera saber si sería inconveniente que pudiera pasar la próxima Navidad junto a ellos. No deseo infringir ninguna disposición que condicionara mi estancia fuera de Aranjuez.

Francisca e Isabel se miraron atónitas. Las ganas de ver a su hija la delataron con aquella pregunta. No habían hablado previamente de eso y, cuando olió una remota posibilidad, se lanzó. El sacrificio que estaba haciendo por Guadalupe quedó al desnudo, sin saber nada de nada, sin calcular siquiera las consecuencias de aquella pregunta. El gobernador entrelazó los dedos y permaneció en silencio un instante. Las tres, juntas en el salón, sintieron cómo el aire se volvía espeso de expectativas.

—Me alivia saber que ha sido usted absuelta —respondió él por fin —. En la sentencia de mil setecientos noventa y tres creo recordar que no se impuso restricción de residencia. No obstante, algunas limitaciones aparecen en el buen juicio del tribunal y en el decoro exigido por las circunstancias. Usted está aquí y habla sin reservas. Ya es un indicio de que las viejas voces no pesan como antes. Me atrevo a decir que, si no surgen obstáculos capitales, pasar seis semanas en Málaga con su hija no debería ser un problema. No obstante, se lo haré saber cuando lo haya consultado y claro está que, por protocolo, agradecería que se tolere la confianza de someterlo a mi consideración antes de organizar viajes.

—Muy agradecida —respondió, sumisa, Felícitas.

Isabel esbozó una leve sonrisa tan interior que solo el gobernador pareció distinguirla.

—No hay duda —replicó— de que lo consultaremos con el Real Patrimonio. De cualquier forma, tenga la seguridad de que contará con mi apoyo siempre que esas Navidades usted esté en condiciones

de hacer ese viaje. Usted, antes, cuando tenía que consultar algo, lo hacía con su íntimo amigo el conde de Aranda, ¿verdad?

Ahí estaba la flecha. Cuando la formalidad se convirtió en alivio y el silencio parecía disolverse en una promesa prudente, apareció el nombre del desterrado. Felícitas sintió el peso en el pecho oscilar, y quiso pensar que tal vez no estaba tan lejos esa reconciliación que deseaba entre lo que era y lo que aún podría ser. Al instante, notó que era imposible y necesitaría algunos minutos para que se equilibraran. Isabel salió al quite.

—Señor gobernador. Hablando del conde de Aranda. Parece ser que Godoy ha autorizado su traslado a Épila, su localidad natal. Si Su Excelencia cree que no tiene el poder o la autoridad suficiente, a mí no me supone ningún esfuerzo escribir una carta solicitando la autorización.

El dardo al ego del gobernador hizo el efecto esperado en todos los presentes. Francisca y Felícitas sonrieron con una mezcla de ironía y deleite. José de Rojas se incorporó como sacudido por un resorte invisible.

—No se preocupe, señora. Me basto y me sobro para una gestión tan nimia. Mis potestades son mayores de lo que imagina.

Pasaron allí media hora más, hablando del futuro de los hijos de Isabel, de la gloria y las hazañas de Bernardo y Luis, las que eran oficiales, claro, y el gobernador pareció tomar nota de la cara de la niña para tenerla en sus pensamientos. Ahí había dote y apellido. Era guapa y educada. Podría recomendarla a las amistades con hijos casaderos, que eso siempre vestía una conversación.

Don José les acompañó hasta la puerta de salida, con las palabras justas para que sintieran que aquella tarde era un posible paso hacia un futuro un poco menos constreñido. En lo más hondo de sí, sintió la soberbia de poder ser condescendiente con las familias venidas a menos de dos de los héroes de Luisiana, cuando él nunca había cruzado el océano. Al atravesar el umbral, el carruaje las estaba esperando, y el crepúsculo, por fin, parecía contener un atisbo de esperanza.

XXXIX

Aranjuez, mayo de 1796

El día había transcurrido con la ceremoniosa visita al gobernador, entre protocolos, reverencias, palabras medidas y la inevitable sensación de estar participando en una representación antigua. El sol caía tibio sobre los paseos de álamos y sobre los balcones enrejados donde las criadas sacudían alfombras, y Felícitas había caminado con paso más lento de lo habitual. Nadie dijo nada en ese momento, porque el orgullo de las mujeres de aquella familia era más fuerte que la prudencia, y se dejó que el día siguiera su curso con la dignidad que exigía el protocolo.

Cuando regresaban a casa, aquello que la mantenía en pie se deshizo. Apenas cruzaron el umbral, Felícitas sintió que el mundo se abría bajo sus pies. Un mareo la estremeció y sus labios, siempre tan sellados, dejaron escapar un gemido breve. Antonia, que aguardaba en el zaguán, alcanzó a sostenerla. Marilú, con sus brazos fuertes y oscuros, corrió hacia ellas y entre ambas la alzaron como a un pájaro con las alas empapadas. Francisca corrió hacia su madre, muda, al ver cómo su hermana empezaba a doblarse ante un dolor que por fin reclamaba cuerpo.

—¡Señora, no, no se nos desmaye! —gritó Antonia.

—No, no es desmayo —murmuró Marilú—. Está ardiendo.

La subieron como pudieron y la acostaron en la cama, bajo el dosel que aún guardaba olor a madera encerada, y allí quedó Felícitas, convulsionada por escalofríos, la frente convertida en un río tibio. Francisca le tomó la mano y la sintió quemar. Los ojos de la

enferma se abrieron apenas un instante, miraron sin mirar, tantearon en la penumbra el contorno de un rostro que ya no estaba.

—Voy a por el médico —dijo Antonia sin esperar respuesta, y salió corriendo a la calle, con la falda recogida, desafiando las miradas de los vecinos.

Isabel y Francisca se quedaron en la habitación mientras Marilú corrió a por una palangana con agua fresca y toallas para bajar la fiebre. El silencio estaba roto por los gemidos de la enferma, que a ratos murmuraba nombres incomprensibles. Isabel se inclinó y reconoció algunos.

—Bernardo... Adelaida... Miguel... Guadalupe... mamá... mamá... mamá —susurraba Felícitas, con voz de niña extraviada.

Isabel tragó saliva y acarició la frente incandescente de su hermana, repitiendo palabras que no calmaban: *ma sœur, ma pauvre sœur... tiens bon, tiens bon*.

El médico llegó acompañado por Antonia, que también estaba sudorosa del apuro. Era un hombre delgado, de bigote recortado y levita negra, que traía el cansancio en el gesto de haber visto demasiadas dolencias sin remedio. Se inclinó sobre la cama, auscultó, midió el pulso, observó la lengua de la enferma, hizo preguntas que nadie sabía responder con certeza. Luego pidió hablar con Isabel a solas en la sala contigua.

Allí, entre paredes donde aún colgaban retratos descoloridos de personajes que parecían mirar con indiferencia, el doctor habló con cautela, con palabras pesadas como lápidas.

—Su hermana tiene momentos de calma y de crisis, señora. Hay fiebres que suben y bajan sin aviso. El cuerpo parece agotado, falto de fuerza, de alimento... quizá de ánimo. No puedo darle un diagnóstico cierto, porque no hay nada que podamos llamar enfermedad única. Parece como si el cuerpo se hubiese cansado de luchar.

—¿Entonces...? —preguntó Isabel, con la voz quebrada—. Hoy mismo estaba planeando un viaje a Málaga en Navidad.

El doctor alzó las cejas y negó con la cabeza.

—No es buena idea hacer planes de momento, ni siquiera a tan largo plazo. En su estado, un viaje en pleno invierno podría ser fatal.

—Ella... *elle voulait partir à Noël... Elle disait* que... —Isabel se llevó una mano a la frente, conteniendo las lágrimas—. Y yo le he prometido que podría ver a su hija.

—Señora, su hermana vive de esperanzas. En cambio, no tiene fuerzas. Quizá no tenga tampoco mucho tiempo. O tal vez sí. Con todo, yo apostaría que no la verá usted envejecer mucho más. De momento, que supere esta. Málaga está muy lejos para su hermana.

La frase quedó suspendida en el aire como un cuchillo invisible. Isabel apretó los labios. No dijo nada. Discutir con un médico era inútil, sabía medir el pulso, pero no conocía la obstinación de una mujer que había sido virreina y ahora deliraba en una cama. Sin despedirse del todo, el doctor salió, y dejó tras de sí un olor a tabaco y a desencanto.

Isabel regresó al cuarto. Estaba desconcertada e indignada. No había pedido tanta información. Es más, no creyó del todo al doctor. Supo que parte de ese discurso era común para todos. Esa forma de los malos médicos de decir a todo el mundo que se iba a morir y así, el tiempo de vida que encontraran parecería que era gracias a su medicina. Había recomendado los remedios de siempre, según les dijo Antonia. Ninguno más. El caso es que allí estaba su hermana pequeña, entre sudores y escalofríos, y alrededor la escena de la vigilia había empezado a tomar forma: Antonia acomodaba paños de agua fría, Marilú murmuraba plegarias aprendidas por su madre en la costa de África y Francisca, con los ojos muy abiertos, era incapaz de aceptar que aquella mujer fuerte, su tía, pudiera quebrarse de ese modo.

La noche se volvió densa. Las lámparas de aceite arrojaban un resplandor tembloroso sobre las paredes. Felícitas deliraba. Llamaba a Bernardo, lo llamaba con voz suplicante. Llamaba a Guadalupe, a Matilde, a Miguel, a Adelaida, los nombres mezclados en un río febril. A su madre, a su padre, a Luis... A ratos reía conversando con alguien invisible; a ratos lloraba como una niña. El calor de la fiebre impregnaba la habitación con un vaho húmedo que lo cubría todo.

Isabel se dejó caer en una mecedora. Marilú, en la segunda. Francisca, que había llegado poco antes avisada por Antonia, ocupó la tercera. Tres mujeres en silencio, meciéndose en ese movimiento

que las mantenía unidas contra el caos. Francisca miraba a su madre con ojos ansiosos.

—Mamá... —dijo al fin, rompiendo el silencio—. ¿Se va a morir la tía?

Isabel suspiró, hundiéndose en la penumbra. La lámpara dibujaba en su rostro sombras que la hacían parecer más vieja de lo que era. Acarició la cabeza de su hija y respondió con voz lenta.

—No, hija mía, *pas maintenant*. Yo no creo que muera esta noche. A pesar de lo dicho, tu tía sufre mucho. No lo dice, no lo muestra, porque las mujeres de esta familia hemos aprendido a sufrir en silencio. Sin embargo, el cuerpo guarda las penas. Y las suyas son hondas, más hondas que los ríos que cruzamos para venir aquí.

Francisca la miró sin comprender del todo. Isabel continuó y hablaba para sí misma y para la niña al mismo tiempo.

—Tú piensas que nosotras lo tuvimos todo. Que éramos las más ricas en Nueva Orleans, que teníamos casas, carruajes, fiestas, joyas... Que tu tía fue virreina. *C'est vrai.* Igual de cierto que es que un día lo tienes todo y al siguiente, nada.

—¿Nada, mamá? —preguntó Francisca, incrédula.

Isabel sonrió con tristeza.

—Mira alrededor. ¿Ves acaso joyas en tu tía? ¿Ves riquezas? Yo esperaba que la familia de tu tío Bernardo la ayudara más, que mis propios hermanos lo hicieran... y no. Incluso tus primos. Yo no era consciente de esta situación. Tu tía ha tenido que mandar lejos a tu prima, porque no podía darle dote, ni casa, ni futuro. Y eso la ha roto más que la enfermedad.

El silencio se prolongó. Francisca bajó la cabeza, y el crujido de las mecedoras llenó la habitación. Isabel prosiguió, ahora con un tono más firme.

—Esto comenzó hace años, bastante antes de que tú nacieras. Tu tío no era malo ni le faltaba previsión. Él creía que dejaba la vida de toda su familia solucionada... y no era así.

—Creí que, y pensé que... son hijos de la misma madre, ja —dijo Marilú, dándole la razón a la señora.

Francisca se estremeció. Miró a su Felícitas, que deliraba entre sudores, y comprendió por primera vez que la historia de su familia

era también una historia de pérdidas. Isabel le acarició la mejilla y, en voz baja, casi como un secreto, susurró.

—Hija mía, lo que estás viendo esta noche es la lección más grande, que de un día a otro puedes pasar de tenerlo todo a no tener nada. Por eso decía siempre mi madre, que vuestros bienes tapen vuestros males. Nunca olvides eso —insistía en lo mismo como una letanía—. Y sí. Todo comenzó —dijo al fin, con un tono de voz que mezclaba cansancio y firmeza— con la muerte de tu tío Bernardo.

El nombre se deslizó en la habitación como una campana lejana. Francisca levantó la cabeza, con los ojos grandes, ansiosa de conocer lo que nunca le habían explicado del todo. Quería tirar de la lengua a su madre, que había empezado a contar la historia de formas distintas y no avanzaba.

—¿Cómo puede empezar algo así con la muerte de un virrey? —preguntó, esperando la confirmación de que aquel héroe de los retratos y del que todos hablaban era de carne y hueso.

Isabel asintió.

—Tu tío fue un hombre al que España debió mucho más de lo que le dio.

La voz de Isabel se elevó, en tono de crónica íntima. Francisca escuchaba recibiendo un secreto de familia y, al mismo tiempo, una lección de historia.

—En el año ochenta y cinco, con apenas cuarenta años, lo nombraron virrey de Nueva España. Tenía fama de justo, de valiente, de hombre de acción. Apenas llegó a México, se volcó en los problemas del hambre, en las sequías que habían dejado a la gente sin pan ni maíz. De su propio bolsillo, hija mía, entregó doce mil pesos de plata para alimentar a los pobres. Y logró recaudar cien mil más de otros particulares para comprar maíz y frijoles y repartirlos en las plazas. Aquello le ganó el corazón de la gente y también agotó sus fuerzas.

Francisca parpadeó, sorprendida.

—¿De su propio bolsillo, mamá?

—Sí, hija —replicó Isabel con un suspiro—. Y eso era mucho dinero, dinero que podría haber guardado para su familia. Bernardo

nunca fue de guardarse nada. Decía que la gloria estaba en servir, no en atesorar.

Isabel calló un instante.

—Al año siguiente cayó enfermo. Una dolencia intestinal, tifus, amebas... los médicos de entonces no sabían llamarlo por su nombre, por más que lo devoró en cuestión de poco tiempo. Hizo testamento tres semanas antes pensando que dejaba todo resuelto para su mujer y sus hijos, incluso para Guadalupe, que estaba a punto de nacer. Murió en México. Tu tía Felícitas quedó viuda con tres hijos pequeños y una niña aún en el vientre.

El silencio que siguió fue intenso. Francisca respiraba agitada.

—¿Y la herencia, mamá?

—La herencia, hija mía, fue el comienzo de la desgracia. Tu padre nos ha dejado una vida opulenta. Tu tío Bernardo ha dejado esto. Sin quererlo él y sin siquiera haberlo creído si pudiera verlo desde algún sitio. Algunas veces tuve que hablar con mi confesor sobre mis pensamientos de cómo tu tío había capitalizado en su gloria el trabajo de tu padre. Parecía que todo lo que hicimos por la independencia y por los colonos lo hubiera hecho «él solo». Muchas veces pensé que esa acumulación de honores sin repartirlos con tu padre era soberbia porque todos habíamos contribuido a aquello que él recogió.

—¿Por qué lo hizo así, mamá?

—Seguro que no pudo o no supo hacerlo de otra forma. Ser un héroe tiene un precio elevadísimo y él lo fue. Ahora el precio lo sigue pagando tu tía enferma, tu prima Guadalupe y sus hermanos. Vosotros no pagaréis ese precio por las heroicidades de vuestro padre. Míralo así.

—Ya, eso es cierto.

Isabel entrelazó las manos y continuó. Enumeró un inventario con la cadencia de una narradora que quiere que cada cifra se grave en la memoria de su hija.

—En ese último testamento, tu tío hacía constar deudas que la Corona debía pagarle aún por los servicios prestados y acciones en el Banco Nacional de San Carlos, recién creado en Madrid. Parecía una fortuna considerable sobre el papel. A cada hijo le correspondía

una parte y a tu tía, otra. Aun así, el papel es papel y la realidad es otra cosa. También quedaban propiedades en Luisiana que pasaron a tu primo por ser el varón, además del título de conde y el barco Galveztown.

Marilú escuchaba atenta. Sabía lo que había ido escuchando en fragmentos sueltos de conversación o lo que había leído a hurtadillas en las notas que la señora tenía en su escritorio. Francisca ladeó la cabeza.

—¿Cuánto dinero era, mamá?

Isabel aspiró hondo y respondió despacio, para que cada palabra pesara.

—A cada hijo le correspondían muchos miles de pesos de plata. Tu tía debía recibir una suma importante para poder sostener la casa y dar dote a sus hijas. Tu tío Bernardo siempre consideró a Adelaida como a otra hija suya, aunque fuera del primer matrimonio de tu tía. La Corona nunca pagó sus deudas por los más de cien mil pesos en sueldos y compensaciones por los servicios prestados en América a tu tío. Y las acciones, hija, las acciones estaban en un banco que se derrumbó.

—Cien mil pesos es muchísimo y antes era todavía más. ¿Nunca lo cobraron?

—Nunca —dijo Isabel, con un hilo de amargura en la voz—. Ni un real. Tu tía se quedó con papeles que no podían convertirse en pan ni en vestido.

Francisca frunció el ceño.

—¿Y por qué, mamá? Si era del rey...

Isabel sonrió con tristeza.

—Porque a veces, hija mía, ni el rey paga sus deudas.

Felícitas dio un grito en sueños y se incorporó convulsionada. Fueron a calmarla con paños de agua y a cogerle la mano. Tardó casi una hora en recuperar el sueño y hasta entonces, las tres permanecieron a su lado en silencio. Cuando se durmió, volvieron a las mecedoras y el tiempo pareció no haberse interrumpido ni la conversación tampoco. Isabel se recostó y, con la mirada perdida en la llama de la lámpara, continuó explicando la historia que unía a su familia con el destino de España.

—En el ochenta y dos, bajo el impulso del conde de Floridablanca, se creó el Banco Nacional de San Carlos. Fue un intento de modernizar las finanzas del reino. El director era Francisco de Cabarrús, un hombre ilustrado, ingenioso y ambicioso. Introdujo por primera vez el papel moneda en España, unas cédulas que prometían valor, que circulaban con ínfulas de plata. El papel moneda.

Francisca abrió mucho los ojos.

—¿Papel moneda?

—Sí, hija, papel moneda. Parecían mágicos, más fáciles de llevar, más modernos. La gente los aceptaba, al principio. Tu tío Bernardo creyó en esa promesa, y parte de su herencia quedó en acciones de ese banco.

Isabel hizo una pausa y bajó la voz.

—Pronto todo se torció. El banco prestaba más de lo que tenía, las deudas crecían, la confianza se esfumó. En mil setecientos noventa, Cabarrús fue acusado de fraude y encerrado en la cárcel. Aunque luego lo absolvieron, el daño ya estaba hecho. El banco perdió crédito, las cédulas se devaluaron. Las acciones de tu tía se volvieron papel mojado.

—¿Y entonces?

—Entonces, tu tía se encontró con que lo que parecía riqueza era en realidad humo. *Rien qu'un mirage*.

Isabel continuó, ahora con un tono más sombrío, porque sabía que la historia no se explicaba sin los vaivenes de la política.

—El conde de Floridablanca, que había apoyado la creación del banco, cayó en desgracia poco después. La Revolución francesa de mil setecientos ochenta y nueve lo cambió todo. Cualquier cosa que oliera a francés se volvió sospechosa. Y Floridablanca era reformista, ilustrado y afrancesado. Por todo eso, perdió la confianza del rey Carlos IV. Hace cuatro años lo destituyeron, lo encarcelaron, lo acusaron de corrupción.

—Ma'am. De ese Floridablanca se ha hablado mucho en esta familia.

—¿Por qué, mamá?

Pasó media hora hasta que acabó con todos esos detalles accesorios que a las dos les interesaban. Les contó la historia tal y como había pasado ya a la leyenda de los mentideros de la Corte.

El verano de 1790 ardía en los corredores de Aranjuez como un secreto imposible de contener. El conde de Floridablanca, ministro todopoderoso de Carlos IV, descendía de su carruaje cuando un muchacho desquiciado, Juan de Escudero, se abalanzó sobre él con un cuchillo. La sangre manchó la seda de su casaca y por un instante el rumor del atentado pareció sacudir los cimientos del reino. Floridablanca sobrevivió, aunque no la confianza en él. El aire de la Corte se volvió de cristal y cada conversación se escuchaba como conspiración y cada rostro con acento extranjero se convertía en sospechoso.

Fue entonces cuando las miradas se posaron sobre Francisco Cabarrús, ese banquero visionario y un poco insolente que había insuflado vida al Banco de San Carlos. Con su origen francés, tan sospechoso para una España recelosa, y su cercanía a los círculos ilustrados, donde las ideas se derramaban como vino prohibido, el hombre encarnaba la desconfianza que ya nadie sabía callar. Pronto surgieron acusaciones de fraude y malversación, tan sonoras como el chisme de un café madrileño y tan frías como una daga en la madrugada. Lo arrancaron de la magnificencia dorada de los salones para encerrarlo en la cárcel de San Fernando, un cubil áspero donde hasta la humedad reza letanías. Y con su caída, los tentáculos del miedo alcanzaron también a quienes habían compartido su amistad o su origen.

—Y todo, hija mía, sin herencia. Cuando los grandes caen, arrastran a los que dependen de ellos. Tu tía había creído en las personas que no le convenían, había apostado por ese mundo nuevo. Sin embargo, cuando ese mundo se hundió, ella también lo hizo.

—Ma’am. Esa historia no deja muy bien a la señora Felícitas. Y ella ha sido buena. Ja. Ojalá la Virgen Milagrosa la salve de esta noche y pueda seguir siéndolo. Ella es lista, valiente y buena desde que era una niña. Y guapa, muy guapa, ja.

Isabel evocó entonces con una nostalgia contenida las escenas que había presenciado, intentando ser más justa. Marilú tenía razón. Francisca sonrió, imaginaba a su tía joven, elegante, rodeada de voces brillantes.

—Al terminar las tertulias —añadió Isabel con un nudo en la voz— quedaba sola, sin recursos. Los aplausos no pagan el pan. Y cada año que pasaba, la ruina se hacía más evidente. Aunque no creas que tanto. Yo no he sido plenamente consciente de lo que está pasando hasta ahora. Y me mata la certeza de no haber ayudado más. Créeme que sé que tu padre siempre estuvo pendiente de mandarle ayuda. Desde que él murió no la he atendido como debiera.

Felícitas, en la cama, murmuró algo ininteligible. Isabel la miró con ternura y acarició su frente ardiente.

—Esa fiebre que ves, hija, no es solo del cuerpo. Es la fiebre de una vida quebrada por promesas incumplidas. ¿Sabes lo que significa, hija mía? Que una herencia puede ser una condena. Sobre el papel, parecía que tu tía era rica, aunque como nunca recibió nada, los demás la trataban como a una potentada y nunca le ofrecieron ayuda. Creían que tenía miles de pesos guardados, cuando en realidad no tenía ni para pagar una casa y a Antonia. Vendió todo. Por eso aquí no queda nada que brille.

Francisca apretó los labios, con el rostro encendido por la indignación.

—Eso no es justo, mamá.

—No lo es, hija. Así es la vida. Y es por eso por lo que quiero que entiendas que la fortuna es frágil, que el poder es frágil y que las promesas son frágiles. Lo único que vale es lo que puedes sostener con tus manos.

Isabel volvió la mirada hacia la cama, donde Felícitas deliraba entre susurros.

—Mírala, Francisca. Tu tía fue virreina. Gobernó palacios, viajó en carruajes lujosos y tuvo criados y músicos. Hoy tiembla de fiebre en una cama sin oro porque el mundo se volvió contra ella. Porque lo que debía ser suyo se convirtió en humo.

Francisca sintió que las lágrimas se le agolpaban y las contuvo. Isabel se levantó a abrazarla. Lo hizo con ternura y se lo susurró en francés.

—*Tu vois, ma fille? Voilà la vérité*.

La llama de la lámpara oscilaba y el aire mismo compartía el desvelo. Felícitas deliraba, murmuraba los nombres que se deshacían en la fiebre, mientras las tres mecedoras acompañaban con su crujido constante, un vaivén que parecía marcar el compás de aquella noche interminable. Francisca se movió inquieta. Había escuchado la larga explicación de su madre sobre Bernardo, sobre el Banco, sobre Floridablanca. En sus ojos había un ardor nuevo, la fiebre de la juventud que no se conforma con constatar desgracias.

—Mamá... —dijo al fin, con voz entrecortada—. Tenemos que ayudarla. No puede ser que la dejemos así, esperando, enferma, sola. Tenemos que hacer algo. Nacisteis en la misma casa. Podías haber sido tú. Y a mí me gustaría que, si nos hubiera pasado a nosotras, ella nos hubiera ayudado.

Isabel la miró en silencio unos instantes. Se sintió orgullosa de la reacción de su hija. Marilú también lo estaba. Su cara oscura y su piel dura y perfecta estaban empapadas por las lágrimas. La muchacha se puso de pie con los puños cerrados.

—¿Y qué propones, hija? —preguntó Isabel con calma.

—Llevarla con nosotros a casa, o buscar la manera de darle dinero, o lo que sea. No podemos dejar que la tía se muera de tristeza y de hambre. Mamá, tenemos que hacer algo.

La voz de Francisca temblaba. Sin embargo, su mirada era firme. Isabel reconoció en ese gesto el mismo fuego que había visto en su madre, en sus hermanas, en las mujeres de su familia cuando eran jóvenes. Sonrió con melancolía.

—Hija mía... lo mejor que podemos hacer por ella es no arrastrarla a decisiones que no quiere.

Francisca frunció el ceño, desconcertada.

—¿Cómo que no?

Isabel extendió la mano y la tomó de la suya, con ternura.

—Tu tía aún tiene su voluntad y debemos respetarla. Si ella quiere permanecer en esta casa de Aranjuez, aunque huela a riqueza

antigua y no a presente, debemos aceptarlo. Si ella sueña con viajar a Málaga en Navidad, debemos sostener ese sueño, no quitárselo. A veces, hija, respetar los deseos de los enfermos es la forma más alta de ayuda.

Francisca bajó la cabeza. Las lágrimas le subieron a los ojos e Isabel la atrajo hacia su regazo y acarició su cabello.

—Hay algo más, hija. Algo que sí podemos y debemos hacer.

Francisca levantó la vista, esperanzada.

—¿Qué, mamá?

Isabel habló con un tono solemne.

—Lo que debemos hacer es mantener el legado de la sangre y la memoria más que el de las joyas y el de los pesos que nunca llegaron. Y ese legado ahora está en tu prima Guadalupe.

Francisca asintió, comprendiendo poco a poco.

—¿Criarla?

—Sí, hija. Criarla como una de las nuestras. Darle todo lo que su madre ya no puede darle. Me refiero a la protección, la educación, un cariño sin miedo y un futuro prometedor. *Comme si elle était ta sœur*.

La muchacha respiró hondo. Miró a su tía delirante en la cama, y luego a su madre.

—Entonces Guadalupe será mi hermana.

—Así debe ser —dijo Isabel con firmeza—. Tu tía ha mandado lejos a tu prima no por desamor, lo hizo para darle categoría, dote y seguridad. Ahora nos corresponde a nosotras que no le falte nada.

Francisca se apretó más contra el regazo de su madre.

—¿Y si la tía insiste en viajar a Málaga en Navidad?

Isabel suspiró.

—Entonces haremos lo posible para que se cumpla ese deseo. Aunque sepamos que es un riesgo y que quizá no lo resista, no se le puede negar la ilusión a una mujer que ya lo ha perdido todo.

Hubo un silencio. El balanceo de las mecedoras volvió a llenar la sala. Felícitas murmuró entre delirios el nombre de Adelaida. Francisca apretó la mano de su madre con determinación.

—Mamá, lo juro. Yo cuidaré de Guadalupe como de una hermana.

Isabel la miró con ternura y con un orgullo silencioso.

—Eso es lo que quería oír, hija mía. Ese es el verdadero legado. Y contarlo. Tu tía me pidió el otro día que hiciéramos todo lo posible para que no tengáis miedo de nosotras ni de nuestra verdad. Este será el viaje más importante de nuestras vidas y tienes la gran responsabilidad de ser la portavoz de la familia en nuestra casa, en Málaga. Tú estás viendo lo que te parece importante que se sepa, lo que siempre te habría gustado haber sabido y lo que no te permitirás desde hoy que no se sepa.

—Mamá, y los primos mayores, ¿por qué no ayudan a la tía? ¿Por qué no la ven?

—Seguro que algo le envían. No obstante, ya estamos viendo que no lo suficiente. Tu primo está en el ejército y tus dos primas ya casadas y lejos de aquí. Además, Matilde acaba de contraer matrimonio. Seguro que cuando tome las riendas de su casa, puede ayudarla más. Yo tampoco he visto a mi madre desde que me marché de Nueva Orleans tanto como me hubiera gustado.

XL

Tacubaya (Nueva España), 30 de noviembre de 1786

Tacubaya, aquella residencia perfumada de buganvillas y albahaca, se extendía como una promesa de sosiego a algunas millas de la capital virreinal. Allí, donde el aire se detenía entre las jacarandas y el rumor de las fuentes se confundía con el canto de los pájaros del valle y el clima era más seco, había llegado el virrey de Nueva España aceptando la oferta del Obispo. Ya había recibido dos veces la extremaunción. En aquella residencia esperaría su sino que parecía que ni Dios iba a cambiar, aunque se hubiera ido al amparo de la Iglesia.

Aquella residencia del obispado reposaba sobre un leve promontorio desde el cual podía verse la ciudad de México como una mota sobre el horizonte, allá en la lejanía, envuelta en la neblina dorada de las tardes. La fachada, severa y majestuosa a la vez, alternaba el tezontle rojo con cantería gris, un matrimonio de fuego y ceniza en las construcciones novohispanas. Las ventanas, enmarcadas por molduras de piedra labrada y lucían rejas de hierro forjado con filigranas casi moriscas.

Tras el zaguán, un patio cuadrado se abría como un corazón tranquilo. En el centro, una fuente de mármol blanco derramaba su agua con un murmullo casi litúrgico, y el aire olía a jazmín y a humo de copal. Las arcadas del primer piso descansaban sobre columnas toscanas y en la planta alta, los balcones presumían de barandales torneados y macetas con claveles rojos, que al sol de las cuatro de la tarde parecían incendiar la galería.

El interior de la casa era una sinfonía de penumbras doradas. El salón del obispo, el comedor y la capilla estaban decorados con muebles traídos de Cádiz y Manila, alimentando el diálogo de las maderas exóticas. Las paredes, cubiertas de damascos de seda rosa palo, reflejaban la luz de los candelabros, que pendían de techos artesonados donde los ángeles, pintados con rostro mestizo, sonreían con una dulzura ambigua.

En las noches, cuando el aire traía el olor de los magnolios del jardín, la virreina se detenía frente a ese espejo para medir el peso de vida que la sostenía, sintiendo que la presencia de su marido sería tan efímera como el reflejo que el cristal devuelve al alma cansada. Antes se cansa el cuerpo que el amor propio y el orgullo; no desagua, almacena y crece, crece sin pudor.

En la galería oriental, abierta al jardín, reposaban los retratos de los antiguos obispos junto a vírgenes y santos. Allí también se encontraba el gabinete de lectura, un recinto pequeño, con estantes de nogal y libros encuadernados en cuero de Castilla y algunos, incluso, traídos de Roma. Sobre el escritorio, un globo terráqueo y una pluma de ganso dormían sobre un pliego a medio escribir. El silencio era un invitado ilustre.

El jardín, que descendía en terrazas, era un poema vegetal. Cipreses altos y naranjos en flor marcaban senderos de grava blanca; las rosas castellanas convivían con flores indígenas, y una pequeña capilla barroca se alzaba al fondo, donde el alma del virreinato se detenía a pensar entre la cruz y la mariposa. Por las noches, el jardín se encendía de luciérnagas, y el rumor del agua sonaba a oraciones.

Tacubaya era entonces un refugio para la familia Gálvez que esperaba una fatal visita que recibirían en casa ajena. Aquel edificio parecía tener voluntad de recitar una oda al equilibrio entre el esplendor y la melancolía. Porque todo poder, incluso el más dorado, tiene su perfume de despedida.

Y quizá por eso, entre los pliegues del aire tibio, el eco de las conversaciones, los compases lentos y las oraciones discretas, la residencia del obispo respiraba con la misma sobriedad trágica que el propio siglo XVIII: hermoso, solemne y condenado a desvanecerse.

No sonaba a cánticos de gloria. Hacía ya tres días que parecía aventurarse un réquiem. En el ala más reservada del palacio, tras un corredor silencioso iluminado por lámparas de aceite, se encontraba la habitación en la que se había instalado Bernardo de Gálvez. Era una estancia de recogimiento, una cámara donde el poder dormía envuelto en lino y en duda.

El olor era el de la enfermedad y el de tres días en vela con sus noches. Los suspiros eran los de Felícitas y los que sonaban como últimos estertores, los de Bernardo. Las paredes estaban revestidas de tapices flamencos que narraban escenas bíblicas que observan desde la sombra. Todo parecía tétrico con la fiebre arreciando entre sudores y temblores. Hasta parecía saberse necesario el crucifijo de marfil que pendía sobre el cabecero, que recordaba al virrey que debía inclinarse ante otro poder más alto.

El lecho amplio era de caoba tallada, con dosel de terciopelo carmesí y cortinajes bordados con hilos de oro. Los pliegues del dosel, suspendidos por borlas, parecían custodiar los últimos delirios de aquel hombre que gobernaba un continente.

Sus fiebres no eran mexicanas, viajaban con él desde los pantanos azules y las aguas dulces de Luisiana. Allí, entre mosquitos y lluvias sin fin, el joven gobernador había contraído sin saberlo el veneno invisible de la disentería amebiana, que se acomodó como un mal dormido que habitaba en su sangre con sombra paciente. Durante años lo acompañó en silencio, dejándolo gobernar, conquistar, vivir, hasta que, en los altos días del virreinato, el cuerpo cansado y el alma fatigada abrieron la puerta a la enfermedad. Entonces las fiebres regresaron, intermitentes primero. Furiosas después.

Estaba rodeado de médicos impotentes y del rumor de un imperio que se desvanecía tras los muros del palacio. Gálvez ardía por dentro, mientras la enfermedad, invisible y antigua, le devoraba el cuerpo con la misma lentitud con que los días consumen la gloria. Aquel hombre había demostrado que no podría ser derrotado por balas ni traiciones y que su vida pendía del recuerdo húmedo de una fiebre nacida en la tierra que un día gobernó. La cama olía a rancio como huele la avanzadilla de la muerte y Gálvez conocía ese tufo inmundo de mil batallas y de cuerpos tirados en el barro.

Los secretos del virreinato tenían un aroma más añejo. El del ébano del bargueño con carey que estaba a un lado del lecho de Bernardo y que albergaba los documentos, los más profundos secretos del virreinato: cartas cifradas, órdenes reales, mapas con rutas que aún no habían sido dibujadas en Europa. Se los había llevado todos al lecho de muerte. Encima, una pequeña imagen de la Virgen de Guadalupe observaba, serena y maternal, la fragilidad del poder que dormía a sus pies. Felícitas se acercaba de vez en cuando a pedirle a la imagen protección y a los cajones que tardaran en abrirse.

La habitación también olía a cera, cuero y flores marchitas. A través del balcón, se adivinaba el rumor de las fuentes y, más allá, el temblor de la ciudad bajo la luna. Sobre la cómoda, un reloj francés de sobremesa marcaba la hora con un tictac medido, solemne, que parecía acompasar el pulso del virrey.

En ese instante parecía que el alma le empujara a ese gesto que ya era imposible. Bernardo ya había dejado de ser un gobernante y en el umbral de su última noche, era solo un hombre rodeado de sombras doradas y de un rumor aún desconocido para él. La estancia respiraba una tristeza majestuosa, una soledad de terciopelo y obediencia, mucha obediencia.

La madrugada se filtraba con lentitud por las celosías. Las campanas de la iglesia cercana doblaron por las seis. En el silencio que siguió, Felícitas de Saint-Maxent comprendió que había empezado el último día. Llevaba tres noches en vela. Su vientre, redondo y firme, apenas la dejaba respirar. Según sus cuentas, el bebé tendría que nacer en dos semanas. El médico le había ordenado reposo, aunque, ¿cómo podía descansar una mujer que veía morir al hombre al que ama? El virrey de la Nueva España, Bernardo de Gálvez, su esposo, el héroe de Pensacola, yacía junto a ella, pálido, con los labios secos y la mirada hundida en un sueño del que solo la fe parecía retenerlo.

En la habitación contigua dormían sus tres hijos: Adelaida, Miguel y Matilde, abrazada a una muñeca sin brazos; ellos respiraban con la serenidad de los niños que todavía no conocen la palabra *muerte*. Su

cuarto retoño, aún no nacido, se movía dentro de ella, recordándole que el amor no termina donde acaban los latidos.

La enfermedad había comenzado con un malestar leve, un dolor de estómago que el médico atribuyó al cansancio. En pocos días se convirtió en fiebre, y la fiebre en delirio. Bernardo, que había resistido batallas, huracanes y selvas, se rendía sin ruido ante un enemigo invisible. Felícitas lo observaba respirar con un ritmo cada vez más irregular.

El sacerdote aguardaba junto al lecho, con el crucifijo entre las manos y una vela encendida. Los criados se movían de puntillas y el médico evitaba pronunciar palabra. En el pasillo, el rumor de las fuentes era lo único que recordaba que, afuera seguía habiendo mundo. Cuando el sol comenzó a asomar por los cerros, Felícitas se acercó a la cama. Se sentó a su lado y le tomó la mano. Era la misma mano que había sostenido las riendas en Baton Rouge, que había firmado decretos en Veracruz, que había acariciado la cuna de sus hijos. Ya estaba fría, liviana y casi anacrónica.

—Bernardo —dijo, en voz baja—. Ya puedes descansar. El deber te espera en el cielo.

Él abrió los ojos. Los tenía aún claros, como un lago al amanecer.

—Felícitas... —murmuró—. Prométeme que vivirás sin miedo.

—Te lo prometo —contestó ella—. Y prométeme tú que no sufrirás más.

Sonrió. Su sonrisa fue un destello de juventud, la última victoria de la vida sobre la muerte.

—No sufriré —dijo con voz apenas audible—. La paz es también una forma del deber.

Hacía ya tres semanas que había dictado sus últimas disposiciones con una claridad que había conmovido a los presentes. Mandó pagar los sueldos atrasados de sus soldados, ordenó que se continuaran las obras públicas de Veracruz, y que se cuidara de los indios «como hijos del mismo Dios». Y dejó las instrucciones para que su cuerpo reposara en el templo de San Fernando, como el de su padre.

—Mi entierro será sencillo. Sin galas, sin armas. Solo una inscripción: «Aquí yace un hombre que amó mucho a su patria».

El sacerdote, conmovido, le dio la absolución. Bernardo se llevó la mano al pecho, buscó a Felícitas con los ojos y murmuró:

—Dios... es... justo.

Esas fueron sus últimas palabras. El aire del cuarto se quedó inmóvil. Las velas parpadearon, y una brisa leve entró por la ventana. El reloj del pasillo marcaba las nueve y media de la mañana. Era el último día de noviembre de 1786.

Nadie lloró de inmediato. La muerte de un hombre así se contempla. El sacerdote se arrodilló. El médico se cubrió el rostro. Y su esposa, sin soltar su mano, le cerró los ojos con la ternura con que se cierra un libro querido. El silencio que siguió fue de devoto respeto. En ese instante, el mundo entero pareció inclinarse.

Los pájaros cantaban con una insolencia que dolía. A lo lejos, el valle se extendía hermoso e inmenso bajo la luz. La naturaleza se negaba a guardar luto. Ella miró el horizonte y pensó que el universo no se detiene por la muerte de los hombres justos. Eso sí, se vuelve más pequeño sin ellos.

El cuerpo fue amortajado con uniforme. Felícitas colocó sobre su pecho la cruz que había llevado desde Luisiana y le besó la frente. El embarazo lo hizo todo más duro para ella. Lo peor fueron las preguntas sin respuesta de sus hijos.

—¿Dónde va papá? —preguntó Miguel.

Su madre lo miró.

—A dónde van los hombres buenos, hijo. A servir donde ya no duele.

Once días después, Felícitas de Saint-Maxent dio a luz a una niña. La llamaron Guadalupe. El primer llanto de la pequeña fue la única alegría que atravesó el palacio en semanas. La madre tomó en brazos a su hija y, por primera vez desde la muerte de Bernardo, lloró de agradecimiento y entendió que la historia seguía.

Por la noche, cuando todos dormían, salió al patio y levantó la vista hacia el cielo. Ella le habló sin voz.

—Te has ido, amor mío, mas tu deber sigue vivo en mí, en nuestros hijos y en esta niña que respira tu nombre.

La brisa le movió el cabello. Se oía el agua correr como en una fuente. Cada gota parecía decirle, como un eco, la frase que él había

hecho eterna: «Yo solo».

XLI

Aranjuez, abril de 1796

La fiebre había apretado la casa hasta dejarla en un susurro. Eran pasos que se evitaban, puertas que dudaban al cerrarse, cucharillas que buscaban no chocar con el vidrio. Felícitas, tumbada en su cama, respiraba y parecía que el aire era un hilo al que hubiera que enhebrarse para no caer. Su frente quemaba y su piel alternaba escalofríos con un calor pegajoso. Isabel le apartó un mechón pegado a la sien, humedeció la bayeta, y en la mesilla el vaso permaneció donde lo habían puesto al amanecer, sobre un pañito de hilo con el borde bordado en punto menudito.

—Quédate aquí —dijo Isabel sin apartar la vista de la ventana—. No te vayas, hija.

—No me muevo —contestó Francisca desde el umbral, pero ya llevaba la pluma detrás de la oreja, una mancha de tinta en el dedo índice y un brillo febril que no era exactamente enfermedad—. Voy y vengo. Si la tía despierta y pregunta algo, me llamas.

—*Ne crie pas, ma sœur* —murmuró Isabel—. A veces escucha desde el sueño.

La luz entraba por la ventana con una paciencia antigua. A esa hora giraba en diagonal, delatando el polvo que flotaba como un lento ejército de partículas. No iluminaba tanto las paredes como el aire entre las cosas; hacía brillar el cristal sin agua, el filo del marco, la hebra suelta de la colcha. El vaso recogía la claridad y el paño, amarilleado en las puntadas, conservaba la memoria de cuando todo resplandecía: la blancura almidonada y el lino que crujía bajo los dedos. Ahora tenía el tono de los objetos que han visto demasiadas

manos, un dorado resignado con la elegancia vencida de las cosas que siguen siendo dignas.

—Esa luz solo existe en Aranjuez —dijo Marilú desde el corredor, apoyándose en el quicio—. ¿Quiere que cambie el agua, ma'am?

—Déjala así —respondió Isabel—. Si la lleno de golpe, se asusta, aunque parezca una tontería.

—Usted le habla hasta a los vasos, ja —sonrió Marilú.

—*À tout*. A todo lo que guarda. Esta casa entiende si le hablas bajo.

Las persianas viejas filtraban el día a través de dos orificios que proyectaban sobre la pared puntos de sol como dos ojos que observaran sin juicio. La casa olía a madera húmeda, a una humedad limpia y a un polvo dulce, antiguo, el mismo que se queda pegado en los marcos de los retratos y en los guantes que nadie usa. La enferma giró la cara hacia el lado de la luz. La fiebre la hacía hablar por trozos, juntando piezas hasta construir una oración.

—¿Qué... pasa?... —susurró y se quedó con la boca entreabierta como esperando que la palabra saliera sola—. ¿Dónde... estáis?... ¿Qué... me ha pasado?

Isabel se sentó más cerca y le tomó la mano húmeda. El pulso traía una cadencia menos desordenada.

—Nada, hermana —dijo en voz de sábana—. Has tenido fiebre. *Rien de grave*. Ya te vas a poner bien. Tranquila.

—Malditas... fiebres... —arrancó Felícitas con un hilo de ironía que todavía vivía en ella—. Esperaba que no vinieran... mientras estuvieseis aquí.

—Nosotras no las conocíamos y no nos gustan nada, ja —dijo Marilú—. Nos tiene aquí cerca y Antonia está con el caldo.

—Con doble gallina —intervino Antonia desde el pasillo, moviendo la cuchara—. Y si el médico me dice que hay que ponerle otro hueso más, se lo pongo. A mí nadie me gana en terquedad para hacer volver a una persona.

—Antonia —pidió Isabel—, habla bajito.

—Estoy hablando bajito —se defendió Antonia, bajando aún más —. Bajito y con intención.

Felícitas cerró los ojos. Las palabras parecían caerle suaves y soportables como la luz. En el borde de la mesilla, el vaso devolvió la claridad hacia el techo, y la arista curvada del cristal dibujó un arco mínimo que Isabel siguió con la mirada, agradecida a ese gesto inútil que, sin embargo, la sostenía.

—Si despierta otra vez —dijo Francisca—, quiero preguntarle una cosa de su destierro. No lo tengo claro.

—*Aujourd'hui, non* —replicó Isabel—. Hoy que solo te diga «aquí» y «bien».

—No se preocupe, niña —susurró Marilú—. Cuando el cuerpo baja del incendio, ja, la memoria hace cola sola.

—No es curiosidad —insistió Francisca, dócil y obstinada a la vez —. Es que si no lo escribo ahora se me rompe dentro. El tiempo apremia. Me tiran de la lengua los muertos.

Isabel la miró un segundo. Francisca llevaba dos días y dos noches con la pluma en la mano.

—¿Y si escribes con lápiz? —probó Isabel.

—No puedo —dijo Francisca—. El lápiz se borra. Necesito que quede.

Se quedaron calladas un momento. El día adelantaba en la pared y los dos puntos de sol caminaban marcando la hora. Antonia entró con el caldo en una taza y lo dejó junto al vaso, sobre el pañito de hilo.

—Ese paño lo bordó tu abuela —dijo—. Lo supe por la esquina, mira, aquí escondía ella la inicial.

—Se le ve el esplendor de la señora, aunque esté gastado, ja —comentó Marilú, tocando el borde con la yema—. Como la casa. Parece que si lo aprietas poquita cosa, va a sonar música.

—*Ne le touche pas* —pidió Isabel—. Todo aquí suena si lo dejas en paz.

Hubo un pequeño silencio que no pesó. Fuera, un pájaro torpe ensayó tres notas. La luz retrocedió medio dedo en la pared. Francisca se inclinó hacia su madre. No para preguntar, solo para estar. Marilú acomodó la cortina media pulgada para que el rayo no le cayera directo en los ojos a Felícitas. Isabel alisó el pañito bajo el vaso con dos dedos.

—Isabel —dijo de pronto la enferma—, ¿no es este... el vaso de la abuela?

—Es ese. Todavía sabe estar en su sitio.

—Como todas nosotras —dijo Marilú.

—Como todas nosotras —repitió Antonia, y el olor a caldo pareció asentarse en el suelo como un animal que reconoce su casa.

La fiebre, sin irse, aflojó un punto. No fue una curación, fue un respiro. Y en ese respiro, cada una ocupó su silla. Francisca con la pluma impaciente, Isabel con la vigilancia amorosa, Marilú con el hilo que cose amistades a la sangre y Antonia con el cucharón como estandarte. El día, atento, siguió entrando por la ventana, más empeñado en iluminar el aire que los objetos para enseñarle a la mujer postrada en la cama que nada, ni siquiera la luz, está hecha para quedarse quieta.

—¿Estáis? —preguntó otra vez, ya por costumbre.

—Estamos —dijo Isabel y añadió—: Contigo.

El vaso devolvió una chispa leve al techo. Si alguien la hubiera mirado a esa hora, podría haber jurado que la casa guiñó un ojo. Nadie levantó la vista. No hacía falta. La chispa quedó en el aire, suspendida, como una promesa. Y la fiebre, obediente por primera vez, se retiró medio paso.

Francisca había pasado las dos jornadas como una posesa. No existía para ella la diferencia entre la tarde y la madrugada, entre el hambre y la saciedad, entre el cuerpo cansado y la exaltación. Solo la pluma, el papel y esa necesidad de vomitar la historia familiar para retenerla.

Las velas se consumían unas tras otras, dejando lágrimas de cera sobre la mesa de nogal. Cuando la primera tinta se le acabó, Antonia corrió a la tienda del pueblo y regresó con dos frascos. Sabía que uno no bastaría. Esa intuición solo la tienen las mujeres de cocina. El primero teñía las páginas con un negro pleno, casi solemne; el segundo, más azulado, iba dejando la sensación de que el tiempo había cambiado de estación en mitad del relato. Y Francisca no se detenía, reía sola, lloraba con los ojos anegados, se estremecía de frío y suspiraba.

—Francisca, tu pluma va a romperte la mano —le decía Isabel cada tanto, pasando con una taza de caldo—. *Doucement, ma chère*. Escribes como si fueras a desaparecer mañana.

—Si no lo escribo ahora, desaparezco hoy —respondía sin levantar la vista del papel.

De vez en cuando se acercaba a la cama para confirmar que su tía todavía respiraba. Felícitas, entre delirios, le cogía la mano y la mantenía un instante contra su pecho. Una de esas veces, la joven se acercó al oído de Isabel.

—Una pregunta, mamá... ¿Por qué tú sigues hablando con partes en francés, con palabras sueltas, y la tía se esfuerza para que no se le escape ni una?

—Porque en mí suena a origen, hija. Suena a raíces. Nadie sospecha de un árbol cuando sabe que crece de donde viene. En tu tía suena a sospecha. Y una sospecha, hija mía, ella no se la puede permitir.

—¿Y en mí? —dijo Francisca, temblando.

—En ti sonará siempre a verdad, hija. Si lo haces tuyo, nadie podrá arrancártelo. Solamente si te sale natural. Lo impostado es cursi.

Felícitas, que parecía dormida, las había oído. Y pasó lo que hacía mucho tiempo no sucedía.

—*Elle a raison* —deliró en francés.

Francisca la miró con los ojos encendidos por la fiebre ajena y la propia urgencia.

—Entonces no me calles —pidió Francisca—. Cuando me salgan palabras en francés, no me las quites.

—No te las quitaré —prometió Isabel en voz alta—. En ti suenan a herencia.

Francisca volvió a la mesa llevando consigo la bendición de generaciones enteras. La pluma, empapada ahora del azul más tenue, siguió avanzando por el papel. Sentía que cada frase era dictada desde un pasado que no admitía demora. Aquella noche la vieron sonreír sola frente a las páginas. La vieron también detenerse con la frente hundida entre las manos. Y la vieron levantarse de

golpe, correr hasta la cama y arrepentirse por la urgencia antes de preguntar a su tía. Isabel le puso una manta sobre los hombros.

—*Repose toi un peu*, hija. La historia no se va a escapar.

—No me atrevo a dormir —respondió Francisca, todavía con la pluma en la mano—. Si cierro los ojos, me lo roban los muertos.

Isabel sonrió con ternura, esa ternura que no confesaba fácilmente.

—Deja que roben un poco. Ellos también quieren contarse. Acuéstate en tu cama un rato.

El reloj invisible de la fiebre siguió marcando su compás, mientras Francisca, con las lágrimas que a veces habían caído sobre la tinta, logró dormir un rato para despertarse horas después, hundida en el vértigo de escribir para salvar la memoria de todas.

Mientras la joven seguía con su danza frenética entre la mesa y la cama, Isabel necesitaba moverse. No podía estar quieta demasiado tiempo junto a Felícitas porque la ternura le apretaba el pecho como una faja, y no podía estar demasiado cerca de Francisca porque su urgencia le recordaba la suya propia, la que había enterrado durante décadas. Así que vagaba por la casa como quien rastrea un mapa que ya conoce de memoria y, sin embargo, se revela distinto en cada vuelta.

Pasaba los dedos por los muebles, levantaba una tapa de baúl, abría una cajita y volvía a cerrarla en silencio. Los salones habían encogido con la penumbra. El polvo reposaba como un velo piadoso sobre los retratos de ancestros, y las cortinas, en sus pliegues de terciopelo gastado, parecían conservar las voces de reuniones que ya nadie recordaba.

Una tarde, abrió su pequeño cofre en la cómoda lleno de collares y pulseras. Los tomó en las manos y los dejó correr entre los dedos. Y en ese instante, sin decírselo a nadie, supo que todas esas joyas iban a quedarse allí.

—¿Y eso? —preguntó Marilú, sorprendida al verla con los anillos extendidos en la palma.

—*Rien* —contestó Isabel, cerrando la mano despacio—. Me he decidido. Cuando vuelva a casa, regresaré casi sin equipaje.

—Ja. ¿Cómo que sin equipaje? —insistió Marilú, apoyándose en la puerta.

—Dejaré aquí todo lo que traje. Joyas, dinero, hasta la ropa si hace falta. Mi hermana lo necesita más que yo.

—¿Y sus hijos?

—Ellos tienen su vida. Yo tengo la mía y, mientras viva mi hermana, mi vida también estará aquí —dijo Isabel, con un tono que la sorprendió hasta a sí misma—. Mandaré a los muchachos que traigan dinero. Que lo dejen aquí, con ella. Somos lo único que tiene en España.

Marilú la miró con ojos tibios, como quien comprende que una decisión así se toma con la sangre.

—Ma'am... ¿está segura?

—*Tu vois*. Nunca estuve tan segura.

En las noches, cuando se acostaba un rato en la cama pequeña de la sala contigua, los remordimientos acudían como sombras a su almohada. Se reprochaba no haber visto antes la soledad de su hermana. Había imaginado, durante años, que la vida de Felícitas estaba colmada. En su cabeza seguía siendo la virreina, la aplaudida en los salones y la mujer admirada por su elegancia. Ahora, la veía reducida a un cuerpo febril en una cama, sostenida apenas por dos familiares y dos criadas leales.

Entendía profundamente que hubiera enviado a Guadalupe y se la hubiera encomendado. Se sentía profundamente mal por los meses de dudas y de cuestionamientos de su actitud desde que la pequeña llegó a Málaga. Isabel lloraba en silencio porque no soportaba que las otras la vieran quebrarse. Recordaba las veces en que había sentido celos de la hermana que parecía destinada al brillo, celos de aquella mujer rodeada de honores. Y ahora comprendía la trampa, mientras todos envidiaban su esplendor, nadie le había agradecido la generosidad por su dedicación a la familia, por entregar sus años a sostener un nombre, un país y un linaje.

Una madrugada, incapaz de dormir, se levantó y volvió a recorrer la galería. Tocaba los objetos como quien acaricia heridas. En un espejo opaco se vio a sí misma con los ojos enrojecidos.

—Todos los hijos somos egoístas. *Tous les enfants*. Creemos que el cuidado de una madre nos pertenece por derecho, que nos lo ganamos al nacer. Y nunca reconocemos que fue regalo y sacrificio. Nunca lo reconocemos a tiempo.

Al decirlo en voz baja, sintió que la casa la escuchaba. El eco devolvió su propia voz como un reproche. Cuando regresó a la habitación, encontró a Francisca dormida sobre los papeles, la pluma aún en la mano, el cabello pegado a la frente por el sudor de la fatiga. Isabel le cubrió los hombros con una manta y se detuvo un instante a contemplar a Felícitas. La fiebre seguía bajando poco a poco y en sus labios aún quedaba un rastro de desconcierto, buscando el lugar al que regresar.

—Perdóname, *sœur*... perdóname por no haberte visto antes —le susurró Isabel con voz temblorosa.

Y se sentó junto a la cama, decidida. Nada de lo que tenía allí volvería a salir de aquella casa. Todo quedaría allí, como un tributo tardío y firme.

La cocina de Aranjuez era el corazón secreto de la casa. Allí solo llegaba el calor de la leña, un chisporroteo constante y el olor de lo que se estaba gestando para sostener la vida. Antonia se movía en ella con la precisión de quien entiende que cada gesto es indispensable: remover el caldo, cortar el pan, vigilar que la llama no se apague. Mientras la fiebre se adueñaba de la habitación grande, Antonia llevaba dos días preparando caldos. A las gallinas les había añadido huesos de ternera, cebollas enteras, un manojo de hierbas que cortó en el jardín trasero. Todo con la obstinación de que el sabor devolviera fuerzas a Felícitas.

Marilú entró una tarde, cuando el aroma del guiso llenaba las paredes, y se quedó observando cómo Antonia probaba con la cuchara de madera y asentía para sí.

—Eres incansable, ja —dijo Marilú—. Dos días sin parar, y todavía encuentras paciencia para pelar ajos.

—Este es mi sitio —contestó Antonia, encogiéndose de hombros —. Yo no tengo herencias ni joyas. Lo mío son los fogones. Aquí me siento útil.

—No te quites valor. Nosotras también necesitamos este lugar.

Antonia suspiró. Dejó la cuchara en el borde y se apoyó en la mesa, mirándola con una gravedad que no era habitual en su rostro curtido.

—¿Sabes lo que pienso a veces, Marilú? Que los pobres al menos podemos quejarnos. Podemos decir «no tengo» y llorar por lo que falta. Los que llevan un apellido como este... —señaló hacia arriba, hacia los salones—, ellos no pueden. Tienen que fingir que todo va bien, aunque se estén muriendo de hambre.

Marilú la escuchaba con atención.

—Es verdad. Es una miseria distinta, ja, y aun así, es miseria.

—Y a veces me dan más compasión ellos que nosotros —siguió Antonia—. Porque nosotros no tenemos nada que perder, salvo la esperanza. Ellos... tienen que cargar con el nombre, con la fachada, con el esplendor que ya no existe. ¿Te imaginas tener que vivir toda la vida fingiendo que tu casa sigue llena de criados cuando apenas te queda para la leña?

Marilú sonrió con ternura.

—Yo lo imagino porque lo vi desde niña. Por eso me quedé. Porque entendí sus silencios, sus códigos. Y ahora entiendo también sus cargas, ja. Y ma'am, al menos, tiene riqueza y patrimonio.

Antonia volvió al fuego, removió el caldo con suavidad y luego dijo casi en un murmullo:

—Ellos no pueden permitirse mostrarse débiles. Si lloran, se les cae el apellido. Si confiesan que están cansados, se borra la fachada. Así que tienen que sostenerlo todo como columnas de mármol. Y el mármol, Marilú, también se agrieta.

—Sí. Y cuando se agrieta, se nota más porque todos esperaban que fuera eterno.

Antonia sirvió un poco de caldo en una taza pequeña y se la tendió.

—Prueba. No es la perfección, aunque calienta el alma.

Marilú bebió un sorbo y sonrió.

—Es perfecto, Antonia. Ja. Tiene la compasión que dices.

—La compasión se cocina. Es como un guiso que necesita tiempo. Y cuando se sirve, nadie sabe todo lo que hubo que remover para que saliera bien.

Las dos se quedaron un momento en silencio, escuchando el crepitar de la leña. Afuera, la casa guardaba sus secretos. En la cocina, sin embargo, la verdad se decía sin adornos, la miseria de los pobres y la miseria de los ricos se tocaban como dos extremos del mismo hilo. Marilú dejó la taza en la mesa y la miró a los ojos.

—Antonia, si algún día alguien escribe nuestra historia, espero que no olvide esta conversación. Porque siempre se habla de las coronas, de los títulos, de los palacios... nunca de la compasión que sostiene a los que fingen ser fuertes, ja.

Antonia le acarició el brazo con la mano enharinada.

—Que lo escriba Francisca. Esa tiene fuego en la pluma. Si logra contarlo, entonces sí que nadie olvidará.

Las dos rieron suavemente y en ese momento la casa, fatigada y solemne, pareció respirar con alivio gracias al rumor humilde de la cocina.

La tercera mañana amaneció más clara. La fiebre de Felícitas había perdido fuerza, como un incendio que ya no consigue devorar. Su respiración se volvió acompasada y, cuando abrió los ojos cansados y a la vez atentos. El vaso seguía en la mesilla, sobre el mismo pañito de hilo amarillento. La luz, a esa hora, lo atravesaba con un resplandor tan tenue que parecía un guiño de los tiempos en que aquel paño había sido blanco como la nieve. Isabel lo miró con ternura y pensó que hasta los objetos sabían esperar. Felícitas giró un poco la cabeza y vio a Isabel junto a ella.

—¿Qué pasa?

Isabel le tomó la mano con calma.

—Nada, *ma chère sœur*. Has tenido fiebre, *mais rien de grave*.

—¿Dónde... estáis?

—Aquí —respondió Isabel, sin soltarla—. Aquí contigo.

Marilú se acercó desde la cortina, suavizando la luz para que no le cayera directo en los ojos. Francisca dejó la pluma por primera vez en dos días y se acercó también, con el cabello revuelto y la mirada encendida. Antonia, con las manos todavía oliendo a caldo, entró despacio y puso la taza caliente en la mesilla, junto al vaso.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó la condesa, ya con más claridad, aunque la voz aún era frágil.

Isabel le acarició la frente húmeda.

—Nada grave, hermana. Las malditas fiebres, eso es todo. Ya bajan. *Ça va mieux*.

Felícitas suspiró, cerró los ojos un instante y, al volver a abrirlos, sonrió apenas.

—Yo pensaba... que me iba —confesó con un hilo de voz.

—Todavía no —dijo Isabel, firme—. Todavía no.

Francisca le apretó los dedos, emocionada.

—Tía, tienes que contármelo todo. No me puedes dejar con las páginas a medias.

Felícitas rio suavemente como lo hacía en la infancia.

—Eres fuego, hija. Mas hoy no toca. Hoy déjame solo estar.

—Hoy solo estás —repitió Isabel, y la abrazó con cuidado—. Eso basta.

Antonia se inclinó, colocando la taza al alcance.

—Un sorbo y verá cómo el cuerpo entiende que aquí se le quiere.

Felícitas la miró agradecida. En aquel instante, las cuatro mujeres se miraron y comprendieron que no eran solo hermanas, sobrinas o criadas, eran los pilares de un mismo edificio, sosteniendo juntas la fragilidad de la vida. La luz atravesó el vaso y dibujó un destello en el techo.

—¿Estáis? —preguntó Felícitas por última vez, apenas un murmullo.

—Estamos —dijo Isabel, con la voz temblada de emoción—. Y siempre contigo.

El destello en el techo pareció parpadear. Nadie lo señaló porque bastaba con sentirlo. Y en ese parpadeo, la fiebre se retiró otro paso, dejando en su lugar el comienzo de la recuperación y la certeza de que aquellas cuatro mujeres, distintas en todo, se habían convertido en un mismo latido. Aranjuez fue la mejor escuela de Francisca para todos los ámbitos de la vida.

XLII

Málaga, julio de 1796

La casa de la Alameda había sido el proyecto más mimado por Unzaga cuando presidía la Junta de Reales Obras de Málaga y soñaba con transformar los arenales del Guadalmedina en un paseo digno de la ciudad. Había levantado la fuente de los Genoveses junto al portal de su casa y un estanque dodecagonal donde el agua repetía, como una oración, el nombre de los que ya no estaban. Desde que él murió, la letanía incluyó el suyo y a su casa le faltaba el entusiasmo.

Algo había cambiado desde que Isabel, Marilú y Francisca regresaron de Aranjuez. Más allá de la pasión recuperada, las paredes respiraban con un orgullo tranquilo. El zaguán, los retratos y los muebles parecían dispuestos para celebrar aquel regreso. Era un orgullo de pertenencia y no de soberbia, el orgullo de una familia que, tras medio siglo de océanos y cortes, volvía a su raíz malagueña con la cabeza alta.

En la Sala de Bordado se reunían cada tarde. Las persianas filtraban un resplandor manso, el aire olía a lino y a agua de rosas. Isabel, con su bata de muselina blanca y cinta azul, gobernaba la mesa grande donde reposaban bastidores, madejas y tijeras de plata. A su alrededor, Rafaela, Josefa, Rosario, Nisia y Guadalupe trabajaban; Antonia, la pequeña, pasaba los hilos y vigilaba la jarra de agua de cebada. Solo Francisca, la que concentraba en sí la entereza de una dinastía, no bordaba. Tenía delante un cuaderno de tapas azules y escribía. Las demás bordaban su ajuar, y ella, con la misma paciencia, tejía la historia de todos.

—Mamá —dijo sin levantar la vista—, para seguir necesito datos exactos. ¿Qué cargo tenía papá cuando vinimos a Málaga?

Isabel apoyó el bastidor sobre las rodillas.

—Entre mil setecientos ochenta y siete y el noventa y tres fue comandante general del Reino de Granada y presidente de la Junta de Reales Obras de Málaga. Era un genio y tenía una ambición bonita, él soñaba con una ciudad ilustrada. Mandó ensanchar la Alameda, reformar el puerto, abrir caminos y levantar fuentes. Quería que su tierra respirara el aire de América, con aquel espíritu de orden y de luz.

—¿Y la casa? —preguntó Rafaela.

—Todo lo pensó hasta el más pequeño detalle. Le gustaba construir su hogar. Igual que en La Habana, allí levantó una residencia familiar donde antes solo había cañas y arenas. Esta casa es su testamento de piedra. *Et aussi mon refuge*.

Francisca escribía deprisa.

—¿Y cuándo vino la abuela a visitarnos? ¿Y la tía Felícitas?

—Te quieres creer que no me acuerdo de la fecha exacta. *Ah, quelle tête j'ai!* El año fue el ochenta y siete, porque yo había dado a luz ya a Luis Antonio Rafael y a Mariano y la tía Felícitas estaba viuda y venía para quedarse con los primos. Guadalupe era un bebé tan bonito. *Tu as toujours été si belle!*

—Gracias —musitó la pequeña sonrojándose.

—No recuerdo exactamente la fecha, hija. Había sol, en cambio, no hacía demasiado calor. La acompañaron la abuela y el tío Maximilian. Fuimos muy felices y luego regresaron a Nueva Orleans.

Guadalupe levantó la cabeza.

—¿Y por qué no os fuisteis vosotros?

—Porque el tío Luis debía quedarse —respondió Isabel—. Esta tierra era su responsabilidad y el sitio donde quería acabar sus días. América fue una misión para él y fue una parte de su corazón para siempre. Pese a todo, a uno le gusta acabar sus días en su casa.

—Mi padre no pudo hacerlo y parece ser que mi madre tampoco lo hará.

—Guadalupe, tu padre murió siendo virrey, que es un grandísimo honor, y a tu madre le queda mucha vida para decidir dónde quiere

morir.

Rosario apartó el bastidor.

—Hace ya tres años que papá murió. Aunque era el mayor de los padres de todas mis amigas, también era el más sabio y el más cariñoso.

Isabel se enderezó.

—Y el más generoso con su familia. Francisca, toma nota de esto, que creo que no te lo he contado. Firmó su testamento en Caracas, en mil setecientos ochenta y uno, con la rebelión de los comuneros. Dejó escrito que nuestra fortuna era fruto de nuestra vida junta. Mandó liberar a los esclavos que nos quedaban tras tres años de servicio; y lo cumplí. Pudieron elegir y aquí siguen Gabriel y Marilú. Son parte de la familia y ellos lo sienten como nosotros. Ahora los debéis querer más aún.

Antonia dejó caer la aguja.

—¿Y tú qué hiciste entonces, mamá? Yo no me acuerdo de casi nada de papá.

—Seguir —dijo Isabel—. Quedé viuda con nueve hijos. Antonia, eres muy chiquita aún para entenderlo. Heredé el vínculo de Granada y las capellanías de la familia. Tenía que mantener la casa y la paz. Tú no sabes de lo que hablo. Eso significa que tu padre era el mejor hombre del mundo y, además, estaba como loco contigo. Eras un juguete para él.

Antonia sonrió con los ojos. Le gustaba que le contaran que su padre la quería. Francisca alzó la vista.

—¿Y quién te ayudó?

—Eso lo sabéis. Los hombres de confianza de vuestro padre: Pedro Ortega Monroy, Manuel Centurión y Joaquín de Ahumada. A Manuel es al que más veis y a los tres los conocéis de sobra. Gracias a Dios, cada vez tienen que venir menos, porque estamos mejor. Ellos siempre han estado ahí. Hicieron el inventario con honradez. Mi confesor siempre está ahí cuando le necesito. Y la familia que era de nuestra propiedad según los papeles. ¿Vosotros creéis que si Gabriel y Marilú fueran de mi familia me habrían cuidado más? Y todos vosotros, mis hijos. Tener que cuidaros a vosotros era la única fuerza que necesitaba.

—¿Y tu testamento? —preguntó Rafaela.

—Qué pregunta, Rafaela. Qué barbaridad. Os lo cuento por si Francisca quiere escribir en su cuaderno, aunque ya no me van a quedar secretos con vosotras. Lo he firmado este mismo año. He pedido ser enterrada con vuestro padre en el Císter. Nombro a vuestro hermano Luis y a Joaquín albaceas. La casa de la Alameda será para los varones, para que el apellido mantenga su honor; las otras casas y haciendas en San Sebastián, Campanillas y Casabermeja serán para vosotras. Quiero que todo se reparta en paz.

Las hijas callaron. Solo se oía el rasgueo de la pluma y el leve tintinear de las tijeras. Isabel prosiguió más suave.

—Cuando murió vuestro abuelo, en el noventa y cuatro, tuve que ocuparme de algunas de las deudas que le quedaban después de todo lo de Jamaica. No quería que la abuela prescindiera de lo que le quedaba para saldar nuestro episodio más nefasto. A la vez, seguí unificando el patrimonio de los Unzaga. Hace un par de años, Francisco Ochoa recibió en nombre de vuestro hermano Luis la capellanía familiar de Bilbao.

—Mamá, ¿qué es una capellanía? —preguntó Antonia, que no entendía de qué estaban hablando.

—A ver cómo te lo explico, hija mía. Las familias nobles algunas veces compran tierras, algún convento, un monasterio o una iglesia y ponen allí a un sacerdote. Luis ha heredado una de la familia de vuestro padre y tiene derecho a elegir un cura y también a recibir el dinero de las rentas de la capellanía que no se gasta. ¿Así lo entiendes?

—No. Si Luis tiene un cura, ¿por qué yo no lo conozco?

Todas rieron estrepitosamente y Antonia, que no entendía, las miró enojada. Las hijas se miraban divertidas y también orgullosas. La fortaleza de su madre era el nuevo cimiento de la casa. Francisca seguía escribiendo. Cada palabra era una puntada en su cuaderno. Los bastidores se movían con ritmo de respiración. El orgullo del regreso estaba en la seguridad con que esas mujeres vivían bajo esas piedras. El reloj dio las seis. Isabel se puso en pie.

—Hijas —dijo—, que esto que hacemos no se pierda. Las casas viven mientras alguien las recuerda.

Francisca anotó la frase. Fuera, la fuente seguía cantando. Dentro, las mujeres trabajaban, unas con aguja, una con pluma. Y en ese doble rumor, la historia de los Unzaga Saint-Maxent volvía a tener voz.

XLIII

Málaga, marzo de 1799

Rafaela apretó contra el pecho el cuaderno de actas y miró a su madre. Isabel la observó con esa mezcla de firmeza y ternura que reservaba para las cosas importantes. Salieron de la Alameda hacia la Casa de Expósitos. Las mujeres de la Asociación Malagueña de Señoras recorrían los pasillos despacio, cumpliendo con su deber de cada jueves. Aquella rutina formaba parte de sus vidas desde hacía ya tres años, cuando un grupo de malagueñas decidió organizarse para cuidar de los niños abandonados y asegurarse de que nada faltara en aquel lugar.

Solo buscaban estar presentes sin pretender reconocimiento. Los estatutos las obligaban a visitar la Casa de Expósitos cada semana, revisar los registros, hablar con las nodrizas y anotar todo lo necesario. Isabel y Rafaela sabían que aquellas visitas eran más que un gesto piadoso. Eran una forma de asumir responsabilidad, de dejar constancia de que también ellas podían sostener la ciudad, aunque nadie lo dijera en voz alta.

Aquella mañana, el cielo se abría limpio y los carros descargaban frutas del puerto. Isabel llevaba una capa ligera de lana, sencilla, y un sombrero de paja que le ocultaba el rostro lo justo. En su gesto se leía la determinación de quien entiende la caridad como una obligación civil.

«Las damas que ayudan con distancia limpian su conciencia —decía siempre—. Las que pisan el suelo, cambian las cosas». Cuando llegaron, las esperaba la tornera, que las saludó con una reverencia. En la mesa del vestíbulo había un legajo con la relación de la

semana. Isabel lo tomó y leyó en voz baja: «Tres ingresos desde el último jueves. Dos varones y una niña. Uno envuelto en manta de arpillera, sin señal. Otro con medallón de latón partido por la mitad. La niña, acompañada de papel que reza: "Si Dios restituye mi honra, volveré por ella"».

Rafaela cerró un momento los ojos, sin acostumbrarse a esos testimonios. Cada nota sonaba a eco de culpa y de esperanza.

—Empecemos por la sala de lactancia —dijo Isabel en voz baja.

El aire dentro era espeso de calor y leche. Se oía el murmullo rítmico de los bebés mamando, la respiración de las amas de cría, el zumbido de las moscas y el crujir de los jergones. Una de las amas internas, de cofia blanca y manos grandes, se apresuró a ofrecer el libro de lactancias.

—Todo en regla, excelencia.

Rafaela se colocó a un lado de la mesa y abrió el cuaderno de actas de la asociación. Con letra meticulosa anotó la fecha, los nombres, los pesos, las observaciones, como habían acordado las damas de la asociación. Recordaba cómo su madre, en un alarde de conocimiento, en la reunión había intervenido pidiendo que de todo quedara constancia. Era tan erudita que, en la reunión de fundación, citó las recién publicadas cartas de Madame du Deffand a Voltaire para recordar que la escritura salva del olvido: *Ce qui ne se dit pas s'oublié, ce qui ne s'écrit pas se perd*. En aquel momento, Isabel hacía gala de sus dotes de organización. Revisaba los biberones de cuero, algunos ya con grietas, otros con los tapones sueltos.

—Apunta: reponer tres biberones —dijo—. Los de cuero agrian la leche y eso es como el veneno.

Tocaba la parte más rigurosa, la que Isabel no delegaba nunca. En cada visita, ella misma ordenaba la inspección física de los niños. Las instrucciones eran claras: verificar piel, extremidades y, sobre todo, la espalda, donde los golpes se ocultaban mejor.

—Desvístelo, por favor —indicó Isabel a la nodriza.

La mujer obedeció. Levantó al niño, que apenas sostenía la cabeza, y le retiró la camisilla. Isabel acercó la mirada y recorrió con los ojos su espalda. La piel estaba limpia, solo alguna leve marca del cordel del pañal. Palpó los brazos, las piernas, el vientre.

—Fuerte —dijo—. Y con buena leche.

Rafaela anotó «Buen color. Sin heridas visibles. Ama de confianza».

El siguiente era más pequeño. Tenía la piel irritada en los pliegues del cuello y un enrojecimiento bajo el hombro. Isabel lo observó con atención, moviendo apenas los dedos.

—Esto es roce, no golpe. Hay que lavar con agua de cal y secar con harina de arroz. Y cambiaremos la cinta. Demasiado apretada.

El siguiente, en cambio, presentaba una marca verdosa en la parte baja de la espalda. Isabel frunció el ceño.

—¿Desde cuándo está con esta ama?

—Una semana, Excelencia. Llegó débil.

—Que se anote inspección extraordinaria. Si la marca se repite, se suspende el pago.

Era de justicia. Las amas externas cobraban por niño lactado y, a menudo, el exceso de trabajo o el descuido provocaban males que nadie vigilaba. Isabel había insistido en esa inspección semanal. No bastaba con pagar leche; había que proteger la piel y el cuerpo, porque en la espalda de un niño se leía la moral de una sociedad. Mientras seguían con la revisión, Isabel se detuvo ante una cuna. Dentro dormía una niña recién ingresada, con un mechón pegado a la frente.

—¿Tiene nombre? —preguntó.

—María de la Concepción, señora —respondió la tornera—. La del papelito.

Isabel miró el rostro diminuto.

—Ojalá vuelva a por ella.

Esa esperanza callada era la parte más difícil de cada jueves. Rafaela lo sabía, y comprendía que su madre, bajo la firmeza de sus órdenes, ocultaba una ternura inmensa.

Después de la revisión, pasaron al cuarto de ropa. Allí estaban ya varias damas: Catalina Verdugo, María Paz Swerts, Antonia Cisneros y Bárbara Sarti. Doblaban prendas, contaban camisas, clasificaban pañales. En una percha colgaban dos sayas nuevas donadas por la marquesa de Casa Loring, y en un arcón reposaban mantillas limpias que la condesa de Guadiana había enviado desde su hacienda.

Normalmente, solo iba una dama cada jueves. Ese día habían quedado para verse y hablar de la posible admisión de nuevas socias.

—No olvidéis marcar cada prenda —dijo Isabel—. Con inicial y número. Si se pierde, nadie sabrá a qué niño pertenece.

Era una lección aprendida de la administración de su difunto esposo. Le había enseñado que el orden salva más vidas que la improvisación. En Nueva Orleans, en La Habana, en todo destino, la gestión era la forma más alta del deber. Y ella lo aplicaba ahora, desde el frente de las cunas.

—Mamá —dijo Rafaela, levantando la vista—, ¿seguiremos el método del mes pasado para las nodrizas externas?

—Sí. Cada ama recibirá la visita sin aviso. Que enseñen al niño desnudo. Quiero ver espaldas limpias. Si hallan marcas, se interrumpe el pago y se informa al corregidor.

Esa severidad era necesaria. Sabían que algunos lactantes morían por golpes, negligencias o hambre. Isabel recorrió la estancia tocando los retales, comprobando que el lino estuviera bien lavado, que los hilos no arañaran la piel.

—María Paz, hable con su esposo para gestionar una rebaja del precio del jabón. El de Marsella es caro y a pesar de eso, no hay otro que limpie sin quemar. Y Catalina, gestione el lino con los proveedores de Vélez.

Todo quedaba anotado. Rafaela, minuciosa, registraba cada instrucción en su cuaderno: «Revisión espaldas. Marcas en hombros. Revisión de amas externas. Jabón de Marsella. Lino de Vélez».

—Mamá, mis amigas quieren entrar en la asociación. Todas conocen a alguien que quiere ingresar.

—Tú recuérdales el año noventa y cuatro. Cuando *El Mercurio* publicó lo de las ropas militares que donamos, se reían de la idea de que perteneciéramos a una Sociedad como los hombres —Isabel sonrió.

—Sí. Doscientos nueve uniformes para los oficiales. La ciudad entera lo comentó. No obstante, mamá, no fue para mal, en Málaga se comprendió que la labor de las mujeres no termina en el salón y que empieza donde los hombres no llegan.

—No seas ingenua, Rafaela —replicó la marquesa—. Ahora todas quieren formar parte. Antes decían que éramos poco refinadas para nuestra alcurnia.

La marquesa tenía razón. Aquel episodio que contó el diario había sido el germen de la asociación. Y las que ya las llamaban pioneras, entonces las habían tachado de atentar contra el buen gusto y su condición social. En 1796, con el respaldo de la Sociedad Económica de Amigos del País, veintiuna mujeres fundaron la Asociación Malagueña de Señoras: marquesas, condesas, comerciantes y extranjeras. Isabel no tenía título de nobleza, pero era respetada por todas. Su influencia procedía de su capacidad de actuar y de la trayectoria de su marido, aunque él sí perteneciera a una familia noble. Se la consideraba el alma práctica del grupo, la que convertía las ideas en acciones, las palabras en registros y los sentimientos en cifras.

Aquella reputación, sin buscarlo, la había elevado a símbolo del movimiento social femenino en Málaga. Lo suyo era gestión y civismo, no caridad. Ella lo entendía así, como parte del progreso de su tiempo y también como una escuela moral para sus hijas. Suponía un modo de vincularlas a las mejores familias y, al mismo tiempo, enseñarles el valor del deber. Las que no eran socias lo veían como una posibilidad social. En ese grupo de mujeres todas tenían una categoría que muchas envidiaban.

Cuando terminaron la revisión, Isabel pidió un momento a solas con la encargada de las amas.

—A partir de hoy, cada criatura será revisada también en la espalda baja y los muslos. Y que se anote si hay señales de cuerda o de cinturón. Nadie levantará la mano sobre un niño bajo la protección de esta casa.

Rafaela, que escuchaba desde la puerta, escribió la orden con solemnidad: «Nueva instrucción: inspección completa de espaldas, muslos, cuello. Registrar marcas, informar corregidor si se repiten».

La vigilancia corporal era la expresión más moderna del espíritu ilustrado que las movía. Se trataba de prevenir el abuso mediante la razón y la observación. Isabel había leído, gracias a su cuñado Bernardo y a su esposo Luis, los informes de la Casa de Expósitos de

Madrid y los reglamentos de la de Sevilla. Sabía que el abandono infantil era el espejo de la miseria moral de un reino, y que las mujeres podían ser las guardianas del decoro y de la compasión pública. De regreso al patio, se detuvo ante una de las niñas mayores, que cosía botones con torpeza.

—Hazlos de nuevo —le dijo—. No basta con terminar, hay que hacerlos bien.

La niña asintió, roja de vergüenza, y Rafaela le sonrió para animarla.

—Aprenderás —le dijo—. Mi madre dice que la perfección es otra forma de consuelo.

En la calle, el aire fresco de marzo las recibió con olor a sal y a pan. Rafaela repasaba en voz baja las anotaciones: «tres ingresos, dos traslados, espaldas limpias, jabones, biberones, inspección extraordinaria, oficio a la condesa de Guadiana para más telas, oficio a la marquesa de Casa Loring para mantillas...». Isabel la escuchaba y caminaba despacio.

—Hija —dijo al fin—, la compasión sin método se gasta. Por eso, lo que hacemos es orden, no es caridad. El orden es la forma más alta del amor.

Rafaela la miró con devoción. Comprendía que aquellas visitas eran una lección de vida. Su madre ejercía las virtudes sin vanagloriarse por ellas. Y en el silencio de ese jueves de marzo, con el cuaderno apretado entre las manos, entendió que algún día le tocaría a ella continuar la tarea.

Al llegar a casa, Isabel dejó el sombrero sobre la consola y guardó en la cómoda los papeles del día. Junto a las cartas de su esposo y los inventarios reposaban los estatutos de la asociación, con las veintiuna firmas originales. Tocó el pergamino con los dedos y murmuró para sí: «Los hombres gobiernan los reinos; nosotras sostenemos las almas». Y en ese gesto quedó resumido el legado de toda una generación de mujeres que convirtieron el jueves en el día más justo de la semana. Isabel seguía siendo la misma. Cuando una ha sido gobernadora, se mueve igual en el cabildo que en la Casa de Expósitos.

XLIV

Málaga, abril de 1799

La noticia corrió por la Alameda antes que los pregones del puerto: Adelaida d'Estrehan, la hija primogénita de Felícitas e hijastra adorada de Gálvez, llegaba a Málaga. Los últimos años había vivido en Cádiz, donde su marido, Benito Pardo, ejercía como inspector general de la Infantería de España, uno de los puestos de más alto rango dentro del ejército borbónico. Estaba tan bien casada como correspondía a una nieta de Elisabeth de Saint-Maxent.

La casa de los Unzaga se abría para recibir a la pareja. La primavera, más que una estación, parecía un instrumento afinado para tocar el tono exacto de los regresos. En el patio interior, las criadas extendían los manteles de lino sobre las mesas y bruñían los candelabros de plata hasta que el metal reflejó la luz de las velas. El aroma del azahar bajaba desde el patio hasta las galerías, y los lacayos, de librea azul y plata, esperaban la orden de abrir el zaguán. Isabel había querido que la recepción tuviera la elegancia de una jornada oficial y la calidez de una reunión familiar. El motivo se había anunciado con precisión en las invitaciones que llevaban su sello de lacre: *La excelentísima señora doña Isabel de Saint-Maxent, viuda del teniente general don Luis de Unzaga y Amézaga, tiene el honor de recibir en su casa de la Alameda Principal a sus excelencias don Benito Pardo de Figueroa y doña Adelaida d'Estrehan, recién llegados a Málaga, en testimonio de amistad y regocijo de su familia por su venida a esta ciudad.*

Aquellas líneas, copiadas por manos cuidadosas, se repitieron en las tertulias, en los balcones y en los cafés; era una contraseña de

pertenencia.

La tarde de la recepción, Isabel repasaba la disposición del salón de baile con Rafaela. En el centro, la alfombra turca marcaba el espacio reservado para los minuetos. A un lado, la orquesta afinaba discretamente los violines, el oboe y el clave. En los aparadores esperaban los fruteros de cristal de Bohemia cargados con las confituras, los dulces de almendra, el vino de los Montes y la limonada de hielo traída desde las cumbres de Granada.

Francisca, pluma en mano, tomaba notas de los invitados, de los saludos y de los pequeños gestos que querría conservar para su historia familiar. Había dejado de bordar; sus hermanas lo harían por ella, preparando un ajuar simbólico de hilos y puntadas que sería su homenaje. Ahora, lo documentaba todo. El carruaje del capitán general llegó con el ruido exacto de las ruedas sobre el empedrado. Dos lacayos corrieron a abrir las puertas y el mayordomo anunció con solemnidad.

—¡Sus Excelencias don Benito Pardo de Figueroa y doña Adelaida d'Estrehan!

Adelaida descendió envuelta en muselina color marfil, con una cinta azul en la cintura y un abanico de plumas claras. Guadalupe, al verla, no pudo sostener la compostura, avanzó unos pasos, sin pensar en los ojos que la miraban, y la abrazó con la desesperación contenida de años. Ambas lloraron, sin pudor, ante la mirada emocionada de Isabel, que comprendía que ningún protocolo debía interrumpir aquella escena.

—Hermana, mi pequeña, mi niña adorada —susurró Adelaida, con la voz tomada.

—No vuelvas a irte nunca —suplicó Guadalupe.

El mayordomo esperó el momento justo antes de continuar con los anuncios. Los invitados comenzaron a llegar. Los primeros fueron los albaceas de Unzaga, don Manuel Centurión, don Pedro Ortega Monroy y don Joaquín de Ahumada, con sus respectivas esposas. Tras ellos, las familias más ilustres de Málaga. Las damas, cubiertas con sedas de Lyon y encajes de Bruselas, portaban abanicos de nácar y plumas; los caballeros, en casacas de brocado o uniformes de gala, con las insignias de sus órdenes militares.

La condesa de Guadiana, del brazo de su marido, don José María de la Torre y Pando, fue la primera en presentar sus respetos. Para algo era la presidenta de la Asociación de Damas. La siguió la marquesa de Casa Loring, con su esposo, el marqués don Antonio María de Gálvez, que saludó con un gesto digno y afectuoso a la anfitriona. En las notas de Francisca, las mujeres iban por delante de los hombres. Ella tenía que escribir la historia de las gobernadoras y pensaba que no podía hacerlo de otro modo.

La marquesa de Casablanca, doña Teresa Cavedo, llegó junto a don Francisco de Paula del Villar y Ayala, y juntos fueron recibidos con especial deferencia. A continuación, doña Teresa de Piédrola Narváez y su marido, don Pedro de Piédrola, ofrecieron a Adelaida un ramo de jazmines recién cortados. Doña Catalina Verdugo, esposa del comerciante don Juan de Verdugo y Montalbán, entró con aire resuelto, seguida de doña María Paz Swerts y su esposo don Enrique Swerts, flamencos establecidos en la ciudad desde hacía años. La señora Bárbara Sarti, acompañada por su marido, el vicecónsul de Génova don Giovanni Sarti, añadió al conjunto un toque cosmopolita; doña Victoria del Barrio llegó tomada del brazo de don Francisco del Barrio, capitán del regimiento local, y doña Antonia Cisneros lo hizo con don Miguel Cisneros, auditor de Marina. La última en entrar fue doña María Goyeneche, acompañada por su padre, el comerciante don Ignacio de Goyeneche, pues aún no había contraído matrimonio.

Cuando todos ocuparon sus lugares, Isabel avanzó hasta el centro del salón. Un criado le alcanzó una copa de cristal. Levantó apenas la voz. El silencio se impuso con la autoridad que solo dan los años y la reputación.

—Amigos míos, esta casa, que fue testigo de tantos destinos, se honra esta noche con recibir a don Benito Pardo de Figueroa, nuestro nuevo capitán general de la Costa de Granada, y a su esposa, doña Adelaida d’Estrehan, sangre de nuestra familia y memoria de la otra orilla del océano. Que su estancia en Málaga sea larga, fecunda y venturosa. Brindemos, pues, por los nuevos días que llegan.

El brindis fue seguido de un murmullo amable, de copas que chocaron con discreción y de un nuevo acorde de violín que dio paso al primer minué. Las parejas se alinearon según el rango: la condesa de Guadiana con el capitán general, la marquesa de Casa Loring con Manuel Centurión, la marquesa de Casablanca con Pedro Ortega Monroy. Isabel observaba, satisfecha, mientras Rafaela y Josefa cuidaban de que nadie faltara de copa ni de conversación.

Guadalupe no podía apartar la vista de su hermana. Adelaida, con la elegancia que traía de los salones de Cádiz, se movía entre las damas como una más. Francisca, desde un rincón, escribía con la mirada. Esa noche era un capítulo en la historia de su familia. Más tarde, cuando los criados sirvieron los dulces de almendra y las frutas escarchadas, Isabel se acercó a Adelaida y le habló en voz baja.

—Hace dos años estuvimos con tu madre en Aranjuez. Desde entonces las cartas van y vienen. Verte aquí es cerrar el tiempo.

Adelaida asintió, conteniendo las lágrimas.

—Guadalupe me ha escrito tanto... Y cada palabra suya era como una voz que me llamaba a volver. Me acuerdo cuando era una niña y mamá me explicaba la tortura que suponía para vosotras extrañaros cada día. Se acordaba en cada anécdota de la abuela y, aunque la criticaba con frecuencia, maldecía la parte mala de ser adulta. Ahora la entiendo. Cádiz está tan lejos de Aranjuez que yo no puedo más que escribir cartas.

—Deberías plantearte ir a ver a tu madre una vez más en la vida. Está muy sola. Me sorprende mucho que no estéis más con ella —reprochó Isabel.

—Tía, me ofendería si pudiera tomarte en serio. Sabes que no puedo dejar mi casa dos meses para irme a un viaje así. La idea de no volver a verla me martiriza. Cuando estemos asentados, te pediré que intercedas ante mi marido para emprender ese viaje y poder hacerlo con Guadalupe.

—Lo hablaremos con calma y te ayudaré en lo que pueda. Con Guadalupe no podrás ir. Tu madre no quiere que vaya. Quiere un futuro para la niña como el que os dio a ti y a tu hermana Matilde. Quiere que se libere del pasado.

—Mamá y su generosidad...

—Una generosidad no correspondida. Tu excusa es la distancia, ¿y la de tus hermanos? De Madrid a Aranjuez, en el peor de los casos, con mal tiempo, no se tarda más de siete horas. Y tu hermano Miguel podría ir a caballo en cuatro horas. La visitáis poco y me estoy encargando de mandarle regalos porque la vi necesitada cuando la visité. No lo merece.

—Mis hermanos la visitan cuando pueden. Es verdad que van poco...

—Adelaida. Mi hermana está sola. Ojalá no os toque vivir nunca eso. Y no puede moverse de allí por salud, aunque la autorizaran. Tienes que ponerle remedio.

—Lo haré, tía, y escribiré a mis hermanos para pedirles que la visiten más. La familia es lo único que tenemos.

—Por eso te hemos preparado esta casa y esta bienvenida —respondió Isabel—. Aquí comienza otra parte de nuestra vida. Francisca está escribiendo la historia de las mujeres Saint-Maxent y necesitará de ti; de tus recuerdos, de lo que sabes de tu madre y de Nueva Orleans.

Adelaida la miró con gratitud.

—Será un honor. Lo que sois mi madre, tú, lo que fueron nuestras abuelas, no debe perderse.

La orquesta atacó un fandango suave; los abanicos se abrieron como alas. Isabel, sentada entre sus hijas, contempló la escena: la familia reunida, la ciudad expectante, el brillo de los espejos devolviendo una imagen de orden y esperanza. En el fondo del salón, Francisca escribía una sola línea en su cuaderno antes de cerrarlo: «Las mujeres no tejían adornos en la recepción; tejían memoria».

Y la casa, encendida de luz y conversación, parecía respirar el mismo aire que respiraban todas las generaciones que la habían hecho posible. Apenas se apagaron los ecos del último minué, cuando las conversaciones comenzaron a bifurcarse en pequeños círculos. En el corredor que daba al patio de los naranjos, Isabel conversaba con el intendente Ortega Monroy sobre la llegada próxima de su hijo Francisco, que había escrito desde Madrid

anunciando su regreso definitivo a Málaga. Hacía meses que le apremiaban los asuntos de la familia y el deseo de aliviar a su madre en la administración de las casas y haciendas. Francisco traía consigo la educación de un joven formado en el Seminario de Nobles, además de la sobriedad del que ha conocido Corte y campo y sabe que el trabajo es la única forma de sostener la dignidad heredada.

—Vendrá antes del verano —dijo Isabel, mientras la orquesta se disipaba—. Se instalará aquí, en la Alameda. Esta casa necesita otra presencia varonil de relevo. Que el pobre de Joaquín se casó solo con Rafaela y con una familia completa. Mis hijos varones también necesitan ayuda. Mucha mujer con carácter en esta casa.

Ortega Monroy asintió con gesto complacido.

—He oído hablar de él en la Corte. Dicen que su juicio es tan claro como lo fue el de su padre.

—Tiene el temple de Luis, aunque su espíritu es de otro tiempo. Más inquieto, más moderno.

En el salón, Francisca se acercó a Adelaida con el cuaderno en la mano.

—Mañana empezaré contigo, si me dejas. Quiero saber qué recuerdas de Nueva Orleans y de los abuelos.

—Te lo contaré todo. De mamá, de la abuela, del bribón del abuelo. Te habría encantado conocerlo. Te hablaré de las tertulias en la casa del gobernador y de las veces que mi padre Bernardo hablaba de tu padre como del hombre más justo de España. De mi padre Jean-Baptiste no puedo contarte nada. Estoy tan ciega de memoria como Guadalupe con el suyo.

—Les daré voz a los que no están ya —dijo Francisca—. Mamá, tu madre y la abuela quieren que la historia de los nuestros no se quede en los papeles de los hombres. O, mejor dicho, la abuela ha convencido a nuestras madres.

El mayordomo se acercó a Isabel con una carta sellada. El lacre llevaba el escudo de Bilbao. Era la respuesta de Francisco Ochoa de Ysusi y Unzaga, el primo lejano que custodiaba la capellanía familiar. Isabel rompió el sello con cuidado; la letra era firme y antigua, de esas que huelen a cera y a disciplina. «Señora mía, me alegra saber

que su hijo mayor, don Luis Antonio Rafael, vendrá pronto a tomar posesión de la casa principal. He dispuesto lo necesario para la conservación del vínculo y le enviaré las escrituras con el correo de mayo. Dios guarde a vuestra excelencia muchos años».

Isabel dobló el papel y lo guardó en su abanico. A su lado, la condesa de Guadiana la observaba con esa mezcla de respeto y curiosidad que inspira quien gobierna su destino sin estridencias.

—Me dicen que su hijo es de los pocos que escriben sin errar una cifra —comentó la condesa—. Será buen administrador.

—Lo será. Más que eso, será un hombre que sepa escuchar a las mujeres de su casa.

El comentario, dicho con serenidad, arrancó una sonrisa a las damas próximas. Nadie ignoraba que Isabel había criado a sus hijas con ideas que la mayoría consideraba atrevidas, como que las mujeres debían instruirse, debían escribir, pensar y opinar con la misma autoridad con que se bordaba un escudo o se administraba una hacienda.

Mientras tanto, Adelaida recorría el salón con su marido. Benito Pardo, aún vestido con el uniforme de gala, hablaba con Manuel Centurión y el brigadier Vasallo sobre las defensas costeras.

—Haré de Málaga un ejemplo de orden —decía el capitán general —. No basta con muros. Necesito hombres instruidos y mujeres que crean en la ciudad.

Centurión, que había servido bajo las órdenes de Luis de Unzaga en América, asintió.

—En esta casa no le faltará ni lo uno ni lo otro, excelencia. Aquí la educación y el honor se heredan juntos.

Guadalupe los observaba desde lejos, todavía emocionada. Adelaida era la última conexión a los recuerdos de su vida con su madre. Isabel la miraba con ternura. La niña había madurado conservando la fragilidad luminosa de los que sienten demasiado. Cerca del ventanal, Nisia y Rosario jugaban con los abanicos, ensayaban los gestos que habían visto en las mayores. Intentaban abrirlo en tres tiempos, cerrarlo en uno, sostenerlo con el dedo índice. Antonia las imitaba a medias y se reía, tapándose la boca con el abanico de plumas que Francisca le había regalado.

Al filo de la medianoche, los criados sirvieron un último brindis, vino dulce y copas de agua de azahar. Isabel, fatigada aunque dichosa, se retiró unos pasos y contempló la escena. Las risas llenaban la galería y los espejos duplicaban la vida. Tras años de pérdidas y mudanzas, la familia volvía a estar completa.

La casa de la Alameda, que había sido testigo del ascenso y la caída de los Unzaga, volvía a latir como un corazón entero. Días después, cuando el bullicio se disipó y la normalidad regresó a las estancias, los preparativos para la llegada de Luis Antonio Rafael comenzaron. Las criadas desempolvaron su habitación, colgaron de nuevo los retratos de los antepasados y Francisca dispuso sobre el escritorio los libros de su padre: tratados de fortificación, mapas de América, cartas de Bernardo de Gálvez.

—Quiero que cuando entre vea su historia —dijo, ordenando los papeles.

—Y que sepa que la seguimos escribiendo —añadió Guadalupe.

Adelaida se había instalado en la casa vecina, que Isabel había preparado para ella y su esposo con el mismo cuidado que si se tratara de una hija más. Desde su balcón podía oír cada tarde el bullicio de la Alameda, el sonido de los carruajes, las campanas de la Catedral y el rumor del mar que llegaba hasta las persianas. Málaga la recibía con los brazos abiertos y el alma curiosa; su acento francés despertaba simpatía y su elegancia, admiración. Pronto se convirtió en una presencia habitual en las tertulias ilustradas y en las reuniones filantrópicas de la ciudad. Una tarde, mientras el sol caía sobre los naranjos, Isabel reunió a sus hijas y a Adelaida en el salón de bordado. El aire olía a lino, a hilos y a agua de colonia. Guadalupe bordaba en silencio, Antonia intentaba enhebrar una aguja y Francisca escribía apoyada en el bastidor.

—Hijas mías, cuando llegue vuestro hermano Luis Antonio Rafael, todo volverá a su orden. No olvidéis que ese orden también se sostiene con vosotras. Sois las guardianas de la casa, del nombre y de la memoria.

Adelaida sonrió.

—Y de la libertad —añadió, con un brillo en los ojos.

—La libertad —repitió Isabel, bajando la voz— es lo único que no se hereda. Hay que conquistarla cada día.

Hubo un silencio largo, casi solemne. Fuera, en la Alameda, pasaban los coches de las familias amigas que volvían de paseo. El aire traía olor a mar y a jazmín. En el fondo del salón, Francisca levantó la vista de sus notas y miró a su madre con un orgullo que no necesitaba palabras. Sabía que aquella casa, llena de mujeres y de historias, era el verdadero legado de los Unzaga. Y que la llegada de Luis Antonio Rafael apenas abriría un nuevo capítulo en una historia que ellas seguirían escribiendo. Y así, mientras el último hilo de sol se extinguía tras los tejados, la Alameda Principal respiró la calma de los hogares que han encontrado, por fin, su sitio en el mundo.

XLV

Málaga, junio de 1799

Adelaida vivía al lado de su tía Isabel. Salió apresuradamente para visitarla. En sus manos, sostenía una carta que no se atrevía a abrir. Estaba doblada con un esmero que ya parecía antiguo y llevaba en el anverso el pulso firme de su hermano. Miguel había escrito con su letra limpia, sin adornos, una línea que bastaba para que su pecho se apretara: «A mi querida hermana Adelaida, en Málaga». Nada más. Ni una palabra de consuelo anticipado, ni una advertencia. Solo eso.

Al entrar en la casa, Isabel, su tía, se acercó despacio, leyendo con su intuición ese modo suyo de medir los silencios, y le había tomado las manos sin preguntar. En los ojos de Adelaida había algo que no necesitaba explicación.

—¿De Madrid? —murmuró Isabel.

Adelaida asintió.

—De Miguel.

El nombre pesó en la estancia. Isabel la condujo hasta el salón principal y sin ceremonia, sin criadas ni interrupciones, se sentaron frente a frente. Isabel fue la que rompió el sello. La cera se quebró con un sonido leve. A Adelaida le pareció que aquel chasquido era el preludio de algo irreparable. La hoja tembló entre los dedos de su tía. Isabel leyó en silencio el encabezamiento, respiró hondo y, con voz baja, comenzó:

> Madrid, 29 de mayo de 1799.
>
> Mi queridísima hermana:

Escribo estas líneas con el alma cansada y el pulso tembloroso. Nuestra madre ha fallecido. Sucedió al amanecer, después de otro episodio de su enfermedad en el que se fue consumiendo. Ninguno de nosotros estuvo allí, aunque Matilde y yo llegamos a tiempo para el funeral. En su lecho de muerte la acompañaba su criada Antonia. Pidió que no la dejara sola y sus últimas palabras fueron un ruego por todos nosotros, por ti, por la tía Isabel, por Guadalupe, por la abuela y por los hijos de nuestra casa que viven tan lejos que apenas se recuerdan los rostros.

El médico le había advertido a Antonia que nada podía hacerse. Ella misma lo sabía. Antonia pidió que nos avisaran y el gobernador tuvo a bien hacérmelo llegar. El invierno fue cruel en Aranjuez, y su ánimo, desde que quedó sin fuerzas, se volvió hacia el recuerdo. Hablaba de Nueva Orleans, de mi padre, del tuyo, de los abuelos y de la tía Isabel. De los tíos solo la citó a ella y a Maximilian. Parece ser que no tuvo un lamento. Antonia dice que repitió hasta el último suspiro que había tenido una vida llena y que la fortuna de nuestra sangre debía medirse por la memoria.

El entierro fue sencillo. No hubo tiempo ni posibilidad de esperaros. Las comunicaciones con Andalucía están otra vez alteradas, los caminos pesados de barro y los correos tardíos. Matilde y yo fuimos los únicos en acompañarla hasta Ontígola, donde ahora ya reposan sus restos. Ordené que se celebraran las misas que ella había dejado dispuestas y que se colocara sobre el féretro la medalla de la Virgen que guardaba desde La Habana.

Después vino el silencio de la casa. He pasado días recogiendo sus cosas, esas pequeñas reliquias que ahora parecen tener un valor distinto. He hecho cuatro lotes con lo que podría interesaros. El primero se lo he dado a Matilde. El segundo, te lo remitiré a ti, con las cartas antiguas y el abanico de nácar que tanto te gustaba. Otro será para Guadalupe. El último se lo enviaré a la tía Isabel, con los documentos y los objetos personales que puedan tener valor de memoria o de herencia. Me quedo con algunas medallas de mi padre que aún no me había entregado.

No queda gran cosa. Pese a todo, no podía permitir que esos recuerdos se dispersaran sin orden. Todo lo demás, lo daré a la beneficencia, aunque Antonia ha decidido que se enterraran con ella parte de sus vestidos negros. Al final de sus días solo hablaba con la criada.

En cuanto a los asuntos de la herencia, todo está prácticamente resuelto. Había dejado un testamento breve, firmado en presencia de su confesor y del notario Ramírez de la Fuente. Me nombra albacea junto a Matilde y encarga que la tutela de Guadalupe permanezca en manos de la tía Isabel, como hasta ahora. No quiso cambiarlo. Dijo que en Málaga, la niña estaba segura y rodeada de amor y que esa era su última tranquilidad.

Me ocuparé de remitir los papeles originales tan pronto como el notario concluya la copia certificada. No habrá conflicto alguno; los bienes están

modestamente repartidos y las deudas de la Corona con mi padre siguen sin cobrarse.

Comprendo que estas noticias te lleguen como un golpe. A mí me exceden también. He pasado la noche escribiendo estas líneas sin saber si hago bien en escribirlas. No podía dejar que te enteraras por otros. He pedido a un conocido del correo que lleve esta carta con urgencia. Confío en que llegue a tus manos antes de que los rumores o las gacetas deformen la verdad. Matilde te manda su cariño. Ahora está recogiendo las ropas de luto y dice que guardará la mantilla negra con las cosas que son para ti.

Sé que querrías haber estado aquí, aunque no fuera posible. Los caminos son largos, los peligros muchos, y las obligaciones de tu casa y de tu marido no te habrían permitido viajar en tan corto aviso. No te atormentes por eso. Nuestra madre sabía que la querías, que todos la queríamos. Solo me queda pedirte que cuides de Guadalupe ahora que vas a vivir en la misma ciudad. Tía Isabel es lo mejor que podía pasarle. Está en vuestras manos el mantener vivo el espíritu de nuestra madre en esa niña.

Nada más por hoy. Si Dios me da serenidad, volveré a escribirte pronto con más calma.

Tu hermano,

Miguel de Gálvez y Saint-Maxent, Conde de Gálvez

Isabel detuvo la lectura un instante antes de pronunciar la firma. Temía que la voz se le quebrara. Adelaida tenía las manos sobre el regazo y los ojos fijos en el suelo. No había derramado una lágrima durante la lectura. La pena la había dejado inmóvil, petrificada en su propio cuerpo. Cuando Isabel dobló la carta, el silencio se adueñó de la estancia. Por primera vez desde que había entrado en la casa, Adelaida alzó la mirada.

—Ha muerto sola, lejos de nosotras. Sin nosotras.

Isabel asintió. También lo había pensado y no quiso decirlo.

—La distancia es una forma de condena —susurró—. Llevamos años cumpliendo condenas que no hemos merecido.

Se levantó, caminó hasta la cómoda y dejó la carta sobre el mármol. Tenía los ojos brillantes y su voz era firme.

—No podemos quedarnos en el llanto. Ahora hay que pensar en Guadalupe. Habrá que contarle la verdad.

Adelaida respiró hondo.

—¿Y si esperamos hasta mañana? Esta carta pesa demasiado para una niña.

—No es una niña —replicó Isabel, suavemente—. Ya no lo es. Tiene trece años. Y, además, lo sentirá, aunque no se lo digamos. Siempre ha tenido ese don.

El reloj marcó una hora lenta. Ninguna de las dos se movió. La carta seguía allí, sobre la cómoda, como un objeto sagrado. Isabel volvió a sentarse frente a Adelaida. La miró con ternura y con una tristeza que no buscaba consuelo.

—Tu madre fue más fuerte de lo que el mundo supo ver. Vivió entre tormentas y murió en paz. Aprendí de ella que la paz también puede ser una forma de valentía.

Adelaida la escuchó sin responder. La idea de que su madre ya no respirara le parecía intolerable. Isabel se inclinó hacia ella y la abrazó. Durante un largo minuto no se oyeron más que los sollozos contenidos de las dos mujeres.

La joven se separó despacio de su tía, temía que cualquier movimiento pudiera romper el hilo invisible que aún las unía a su madre. El aire parecía detenido; ni siquiera se oía el paso de los criados. Isabel se llevó la mano al pecho, respiró hondo y se levantó.

—Hay que llamar a Guadalupe —dijo al fin, sin mirarla.

Adelaida asintió y no se movió. Había vuelto a abrir la carta, a seguir con los dedos las líneas de la letra de Miguel. Le parecía que en cada trazo reconocía un gesto de su madre, un modo de mirar, la fuerza con la que siempre había sostenido la vida, incluso cuando el mundo parecía torcerse.

La puerta se abrió con un leve golpe. Guadalupe apareció en el umbral. Tenía los ojos aún grandes de niña. A veces hablaba como una adulta; otras, se perdía en silencios que nadie sabía interpretar. Llevaba en la mano un pañuelo a medio bordar, el hilo todavía sujeto a la aguja.

—¿Puedo pasar?

Isabel se giró. Su voz sonó más templada de lo que sentía.

—Ven, hija. Siéntate con nosotras.

Guadalupe obedeció. Avanzó hasta el centro de la estancia y se sentó junto a Adelaida, que la observó con ternura.

—Ha llegado carta de tu hermano Miguel —dijo Isabel.

Guadalupe esbozó una sonrisa rápida.

—¿Me escribe a mí también?

—Habla de todos —respondió Isabel—. De ti, sobre todo.

Guadalupe esperó, apoyando las manos en las rodillas. Isabel tardó unos segundos en encontrar la voz. Adelaida le apretó la mano bajo la mesa, temiendo que el silencio pesara demasiado.

—Tu madre ha fallecido, hija.

La niña parpadeó, desconcertada.

—¿Qué? —preguntó apenas, sin comprender.

—Murió en Aranjuez el mes pasado.

Guadalupe bajó la mirada hacia el pañuelo que aún sostenía. La aguja se le cayó de los dedos, rodó sobre el suelo y quedó inmóvil.

—¿Entonces, estaba enferma? —preguntó con voz muy baja.

—Sí y a pesar de su malestar, se fue tranquila —dijo Isabel—. No sufrió.

Guadalupe no lloró al principio. Solo movió los labios. Luego, con un pequeño gemido, se cubrió el rostro con las manos. Adelaida se inclinó hacia ella y la abrazó por los hombros.

—Tu madre pensaba venir en verano —susurró—. Hablábamos de eso hace unas semanas.

—Yo también quería verla —dijo Guadalupe, entrecortada—. Llevo esperándola tres años. Le había bordado un pañuelo...

Isabel tomó la carta de la mesa y se la ofreció.

—Cuando tengas fuerzas, la leerás. Tu hermano Miguel explica todo con detalle.

La niña asintió sin mirarla. Tenía el rostro hundido contra el pecho de Adelaida.

—¿Puedo saber qué dice ahora?

—Dice que tu madre pensó en ti hasta el último momento —contestó Isabel—. Que pidió que te cuidáramos, que guardáramos sus cosas para cuando seas mayor.

Guadalupe levantó la cabeza.

—No quiero leerla. No quiero leer la muerte de mi madre.

Entonces rompió a llorar, con un llanto sin consuelo, puro y tembloroso. Isabel la rodeó con los brazos, y Adelaida, temblorosa,

se unió a ellas. Durante un rato largo no se oyó más que el sonido del llanto y el leve crujir de las telas.

Cuando las lágrimas se agotaron, Isabel habló con voz baja o tal vez pensó en voz alta.

—No hay que temer a la muerte, hija. Es parte del mismo camino. Lo importante es el rastro que dejamos, lo que otros reciben de nosotros cuando ya no estamos. Eso es lo que ella te entrega ahora.

Guadalupe la miró con los ojos hinchados y la voz rota.

—¿Entonces... ya no está en ningún sitio?

—Está contigo —dijo Isabel—. En tu manera de reír, en cómo miras a la gente, en cómo coses. Nada de lo que amamos se borra.

Adelaida añadió, intentando sonreír entre lágrimas.

—Ella decía lo mismo. Que el alma se mide por lo que ama más que por lo que soporta.

Isabel asintió.

—Por eso se fue ligera. Había amado mucho.

El reloj volvió a sonar, marcaba una hora que ya no importaba. Isabel se levantó y, con un gesto que era casi una caricia, retiró la carta de las manos de Guadalupe para guardarla en la cómoda.

—Mañana iremos a misa —dijo—. Pediremos por su descanso. Esta noche... esta noche pensad en ella sin tristeza. Recordad su risa, sus historias, su forma de entrar en una habitación. Así empieza el duelo, con la memoria. Si no puedes dormir sola, Guadalupe, te espero en mi cama.

La joven asintió despacio, agotada. Adelaida la ayudó a levantarse. La niña se recostó en su regazo, buscaba el calor que antes encontraba en su madre. Isabel las observó en silencio. Apagó las velas una a una.

—A partir de hoy, su recuerdo será nuestra tarea —dijo—. No hay herencia más grande.

Las tres quedaron abrazadas, sin más palabras. Fuera, Málaga dormía, indiferente al peso de sus lágrimas. Dentro, la historia de una familia seguía latiendo, sostenida por las manos pequeñas de una niña de trece años que, sin saberlo aún, heredaba el coraje de todas las mujeres que la habían precedido. Isabel sintió de nuevo el peso de su estirpe. Tenía que contárselo a sus hijos y, sobre todo,

tenía que contárselo a su madre. Felícitas siempre fue especial para Elisabeth y a perder hijos nadie se acostumbra. Es *contra natura*.

XLVI

Málaga, un aciago día de 1801

Fue uno de esos días que la memoria preferiría dejar sin nombre. La casa de la Alameda amaneció en silencio, con el aire de espera que precede a lo inevitable. Las ventanas permanecían entornadas para amortiguar la luz y el ruido de la calle; el olor del jazmín, que solía llenar el patio, se había vuelto agrio.

Guadalupe llevaba semanas enferma. Al principio fue un cansancio leve, una tos discreta que Isabel atribuyó al polvo o al aire húmedo de la noche. Pronto llegaron las fiebres, el temblor en las manos, la pérdida del apetito y una languidez que fue apagando su voz. Adelaida la vio tan mal que lo dejó todo organizado en su casa y se instaló en la de su tía para cuidarla. Ningún remedio aliviaba a su hermana. Ni las cataplasmas de linaza, ni las infusiones de flores de saúco, ni las oraciones en voz baja que las primas recitaban a los pies de la cama. El cuerpo de la niña se volvió ligero, frágil y cada respiración le costaba un esfuerzo desmesurado.

La habitación en que reposaba daba al patio interior. Isabel había ordenado colocar cortinas nuevas, de lino blanco, y mantener el brasero encendido noche y día. Adelaida rezaba agarrándose a su fe. Francisca y Rafaela se turnaban para vigilarla; Nisia cambiaba las compresas de agua fría; Josefa, la más piadosa, le humedecía los labios con vino rebajado, y Luis Antonio Rafael permanecía cerca sin saber muy bien qué hacer con sus manos. Todos los demás aparecían y salían impresionados por la situación. Marilú cuidaba de que el pequeño Joaquín no se acercara ni hiciera ruido. Joaquín Tentor ejercía de cabeza de familia y se disponía para lo imprevisto.

No debía pasar. No obstante, si pasaba todo, tenía que estar en orden.

Guadalupe los miraba con esa serenidad precoz que a veces concede la enfermedad a los que saben que se van a marchar. Ya no lloraba ni se quejaba; sonreía apenas y su cuerpo se despedía antes que su voz.

—¿Hace mucho que amaneció, tía? —preguntó una mañana, mientras Isabel le alisaba las sábanas.

—No demasiado —respondió ella, conteniendo las lágrimas—. El día se ha quedado quieto.

Había en esa quietud algo sagrado. La enfermedad había suspendido el tiempo. Nadie hablaba en voz alta, y hasta los criados andaban con paso lento por si el ruido sonara a ofensa. Unos días antes, el confesor había acudido para oírla y darle la extremaunción. Isabel no quiso que la ceremonia fuera solemne. Bastó con una vela encendida, un cuenco de agua bendita y un crucifijo sobre la mesa de noche. El sacerdote ungió la frente, los labios y las manos de la muchacha. Ella lo miraba sin miedo. Cuando se fue, Isabel le sujetó la mano.

—Has recibido el aceite que abre las puertas. Ahora solo tienes que descansar.

Guadalupe asintió débilmente. Lo había entendido todo. Esa misma tarde pidió hablar con su hermana, con su tía y con Francisca. Quiso dictar su testamento. Isabel intentó disuadirla —«no hace falta, hija, aún te repondrás»—, pero la firmeza en la mirada de la niña la hizo ceder. Luis Antonio Rafael trajo papel, tinta y un escribiente discreto. La luz entraba por la rendija de la cortina, dorando el aire. Guadalupe habló despacio, con voz quebrada.

—Quiero que me entierren en el convento de San Pedro de Alcántara... con el hábito de las Carmelitas. Que den gracias por mí con misa sencilla, sin exceso de pompa. Y que tú, tía Isabel, seas mi única heredera, como agradecimiento por cuidarme y quererme tanto.

Isabel le tomó la mano; la sintió caliente, temblorosa.

—Calla, no digas eso.

—Déjame, tía. No es tristeza, es orden. Tú siempre dices eso.

Cuando el escribiente se marchó, Guadalupe pidió a Francisca que le acercara una caja grande que guardaba en el armario. Era de madera oscura, sin adornos, cerrada con una cinta azul. En la cinta pendía una llave diminuta.

—Esto era de mi madre —dijo—. Dentro están algunas cosas suyas. No quise abrirla nunca. Guárdala tú, Francisca. Cuando quieras, ábrela con amor. Y tú, Adelaida, no te enfades. Mamá quería que Francisca lo supiera todo.

—¿Cómo voy a enfadarme, hermana? Si eres un ángel —ahí cortó la frase y arrancó a llorar.

Francisca soltó la caja en el suelo. Pesaba y era voluminosa. Agarró las manos de su prima sin quitarle los ojos de encima. Isabel miraba a las tres jóvenes, con el alma dividida entre la gratitud y la desesperanza. Sabía que aquella caja era el último lazo con Felícitas, su hermana, la mujer que había cruzado el océano para estar con sus hijos y murió sola.

—Tía, no estés triste. Sabes que he sido feliz y a pesar de los pesares, echaba mucho de menos a mis padres. Me voy con ellos, como el Niño Jesús del portal de Belén.

—Todos los años decías lo mismo, sobrina, que tenía mucha suerte —Isabel esbozó una sonrisa.

—Y yo tengo suerte. Os espero en el cielo con mis padres y con el abuelo Gilbert-Antoine.

—No digas eso, Guadalupe —suplicó Adelaida llorando—. Te queda mucha vida.

—Tienes envidia —musitó casi sin fuerzas—. Tu padre también estará con nosotros.

En las noches siguientes, la fiebre volvió con más fuerza. Guadalupe deliraba, a veces pronunciando nombres que nadie reconocía. Hablaba de su madre, de un jardín con magnolias, de una casa con corredores abiertos al río. Isabel la escuchaba en silencio, consciente de que la memoria a veces se confunde con la promesa.

—Tía —susurró una madrugada—, ¿por qué las madres dejan marchar a sus hijas?

Isabel no supo responder. Pensó en Felícitas, en su exilio forzado, en aquella decisión tomada por amor que terminó en desdicha.

—Porque a veces, hija, las decisiones más sabias hieren más que las equivocadas.

Guadalupe sonrió con los ojos entrecerrados.

—Entonces, tía, que nadie nos juzgue.

Pasaron los días. La niña se consumía como una vela que se apaga sin viento. Las manos se le volvieron traslúcidas, los labios pálidos, la respiración leve. Cuando el médico vino por última vez, no dijo nada, bastó con una mirada. Isabel entendió. Reunió a todos en torno a la cama. Luis Antonio Rafael tomó el crucifijo; Rafaela rezaba en voz baja; Nisia se aferraba al rosario; Francisca sostenía la caja en el regazo. Adelaida no se movía de su lado. Hasta dormía en un sillón.

—Estamos contigo, hija —murmuró Isabel—. No temas.

Guadalupe abrió los ojos una última vez.

—No temo. Si Dios existe, está aquí.

Y expiró suavemente, sin espasmo ni ruido, durmiéndose eternamente. El silencio que siguió fue tan hondo que pareció extenderse a toda la casa. Fuera, el sol se filtraba entre las persianas, y una brisa leve movió las cortinas.

Isabel no lloró enseguida. Le acarició el cabello, le cerró los párpados, sintiendo la resistencia de los músculos.

—Tu madre te espera, pequeña.

Las muchachas rompieron a llorar. Marilú se abrazó a Gabriel, desconsolada. Las criadas salieron de la habitación como almas que lleva el diablo. Francisco salió al patio con el rostro endurecido. Luis Antonio Rafael llamó a la servidumbre. Isabel permaneció sentada junto a la cama hasta que anocheció. Cuando todos se retiraron, abrió la ventana y dejó que entrara el aire. Miró hacia el cielo y pensó que la vida es a veces una cadena de sacrificios mal recompensados: Felícitas había perdido a su hija por salvarla; la niña había perdido la vida por el destino de su madre; y ella se quedaba allí con la memoria de ambas, condenada a recordarlas para que no se borraran del todo.

—La historia no las juzgará —dijo en voz alta—. Las mujeres sostenemos la historia sin sobrevivirla.

Miró la caja. Francisca la había dejado sobre una mesa y la acarició. La cinta azul brillaba bajo la luz del candil. No la abrió. Eso le correspondía a su hija. Sabía que dentro estaba lo que había unido a tres generaciones: el amor, la pérdida y la esperanza.

Al amanecer, cuando tocaron las campanas del convento, Isabel llamó a la familia. Vestida de negro, con el rostro sereno, ordenó que prepararan el traslado del cuerpo al convento de San Pedro de Alcántara, como había pedido Guadalupe. Allí reposaría para siempre. Antes de salir, miró la habitación vacía. En el aire flotaba todavía el olor a lavanda y a cera derretida.

—Dios la reciba.

Y entonces, por primera vez desde la muerte de Luis, Isabel sintió que había aprendido que la sabiduría del mundo no basta para entender la justicia del cielo. Porque la estirpe de Bernardo de Gálvez, tan ilustre, tan esforzada, tan llena de nombres que cruzaron océanos, había quedado mermada. Ya solo quedaban Miguel y Matilde. Ni Felícitas ni Guadalupe habían sobrevivido a su propia historia. Y, sin embargo, pensó Isabel, mientras cerraba la puerta, tal vez ese amor era lo único verdaderamente inmortal que les quedaba.

EPÍLOGO

Archidona, año del Señor de 1805

En la casa de los Cárdenas Unzaga, al pie de la sierra, Francisca escribía de noche, cuando todos dormían. Su marido Manuel, aquel de la mirada profética cuando ella viajaba camino de Aranjuez, le pedía cada noche que se acostara con él hasta que se durmiera. Y ella, con la urgencia por acabar una misión eterna, se levantaba cuando la respiración de su esposo anunciaba el sueño y escapaba furtiva a cumplir con la tinta.

Cada vez que él le hacía una petición así, recordaba los días antes de Navidad del año en que murió Guadalupe. Parecía un dictado de su prima. Isabel le otorgó licencia de matrimonio cuando ya había contraído esponsales de futuro con Manuel. Eran los ecos de aquel viaje a Aranjuez en el que Francisca supo en una mirada que sería el hombre de su vida. Su madre también supo que cerraría el trato con el terrateniente Juan de Cárdenas y caballero de la Real Maestranza de Sevilla. Siempre le había contado que se entendió con la sonrisa, con su futura consuegra, Luisa Castillo de las Peñas, que era hija de José Castillo de las Peñas y de Heredia, el secretario del Tribunal de la Inquisición de Granada.

No solo recordaba eso. Su boda en la parroquia de los Santos Mártires de Málaga en febrero de hacía ya tres años fue maravillosa y su madre, con gran generosidad, en julio declaró la dote de arras en más de veintiocho mil reales. Todo fue perfecto salvo las ausencias que cada día dolían más. Aquel día, sobre todo, la de su padre y la de su prima Guadalupe. También la de su tía. Todos

aquellos recuerdos se acompasaban por el silencio y solo se oía el canto de los grillos y el sonido leve de la pluma en el papel.

Sobre la mesa estaban las cartas de Felícitas, los diarios de Isabel, las actas de la Sociedad de Señoras y la cinta azul que un día le entregó su prima Guadalupe antes de morir.

Cuatro años habían pasado desde aquella tarde en que la niña cerró los ojos en Málaga. Cuatro años de cartas, de silencios sin suturas y de memorias cautivas. Cuatro años de cumplir la promesa.

En aquellos años finales, la historia de Luisiana había dejado de pertenecer siquiera a España. En 1800, mediante un acuerdo secreto, la corona española devolvió el territorio a Francia. Un año después, el presidente Thomas Jefferson, al conocer la operación, inició maniobras para adquirir no solo Nueva Orleans, sino también las Floridas. La incertidumbre política creció rápidamente, y en 1803, ante la amenaza de que Estados Unidos tomara el control por la fuerza, Francia decidió vender el territorio. Así, Luisiana cambió nuevamente de manos, pasando a formar parte de los Estados Unidos, cerrando una etapa de continuas transferencias y marcando el inicio de una nueva era en la región.

En este tiempo la vida había seguido. Isabel seguía cumpliendo su misión con empeño. Administraba el patrimonio con la diligencia de un secretario de Estado. Había arrendado a Enrique Hirschfeld las dos casas de la calle San Sebastián, había comprado una casa en la calle de Mariblanca y otra en la calle de los Canteros, que ya tenía alquilada. Y así hacía con todo. El patrimonio se mermaba con las dotes y se recomponía con la gestión de la viuda.

En aquel tiempo, había casado a tres hijas. Además de Francisca, Josefa había contraído matrimonio con el intendente y regidor perpetuo de Écija, Francisco Aguilar; y Nisia con Bartolomé, que era hijo del teniente general José Vasallo de Aldea. Luis, Rosario, Francisco, Mariano y Antonia seguían solteros. Todos tenían formaciones excelentes y si había alguien tan orgullosa de su familia como Isabel, era la abuela de todos ellos.

Elisabeth La Roche de Saint-Maxent vivía su vida en la de sus hijos y sus nietos, cosechando sus éxitos como el fruto dulce de su

empeño en crear una saga. Además, había conseguido que una de sus nietas la escribiera.

Francisca mojaba la pluma, enderezaba el papel y escribía despacio. Cada palabra pesaba más que la anterior: «Esta es la historia de las mujeres que gobernaron sin trono».

Cerró el cuaderno, lo envolvió con el lazo azul y lo colocó dentro del cofre que la acompañó desde la infancia. Luego tomó otra hoja, en blanco, y redactó el colofón: «He escrito esto para vosotros, mis hijos, mis sobrinos y todos los herederos de las casas de Gálvez y de Unzaga, para que sepáis quiénes fueron vuestras madres, vuestras tías y vuestras abuelas. Tenéis que conocer cómo hemos sido los Saint-Maxent para que no se pierda su memoria ni se confunda su voz con la de los hombres. Que este libro os acompañe como me acompañaron sus recuerdos a mí».

Dobló la hoja, la introdujo al principio del volumen y dejó el libro sobre la cómoda, junto al retrato de Guadalupe. En la lámpara se apagó la última llama.

Al amanecer, el viento de Archidona levantó las cortinas y dejó entrar el olor de los naranjos. En la portada del manuscrito, con los trazos de su letra, podía leerse: *Las gobernadoras.*

Nota de la autora

Llegar hasta el punto final de esta novela ha sido un camino largo, difícil y profundamente transformador. Hubo momentos en los que pareció imposible continuar. Nunca antes había estado tan cerca de abandonar un proyecto.

Todo comenzó el día que María Sorzano Herrera, mi madrina, con sus ochenta y siete años —ahora tiene noventa—, me mandó un whatssap. Era una publicación sobre Felícitas de Saint-Maxent, la condesa viuda de Gálvez, y me escribió: «Mira qué interesante es esta mujer de la familia». Yo le pregunté qué tenía que ver con nosotros y me remitió a su hijo.

Mi primo Juan Antonio de la Fuente es un gran aficionado a la genealogía. A partir de ese momento comenzó una investigación que me llevó hasta Luis de Unzaga, mi séptimo abuelo, y hacia un periodo histórico tan decisivo como poco recordado y hacia Luisiana, un lugar que no podía imaginar que formara parte de la historia de mi familia.

Cuando hablamos de Luisiana, no podemos identificarlo con el territorio del actual estado. Entonces ocupaba el tercio del espacio que hoy conocemos como Estados Unidos y comprendía Arkansas, Misuri, Iowa, Luisiana, Minnesota, Dakota del Norte y Dakota del Sur, Nebraska, Kansas, Oklahoma, Texas, Colorado, Wyoming, Montana, Alabama y Misisipi.

He investigado mucho y aun así imagino que me habré quedado corta. Afortunadamente, otras personas han trabajado durante años para que sepamos algo más de la figura de Luis de Unzaga. Si pasean en Málaga por la Alameda Principal, en el número 12, hay una placa en la que se lee: «Luis de Unzaga y Amézaga (1717-1793) fue inspirador del nombre de Estados Unidos, capitán general y

gobernador de Luisiana, impulsó la construcción de la Alameda Principal con este edificio, donde vivió y murió».

Cantaba Sabina en su canción que fue con nostalgia al edificio donde vivió un romance apasionado y encontró «en su lugar una sucursal del Banco Hispano Americano». A mí me pasó lo mismo, pero con el Banco Santander heredero del de la canción, como yo de los genes que hace tantas generaciones flotaron en esa casa. En la acera de enfrente está el Archivo Municipal donde mis queridas Vanessa Martín, María Fuensanta Salcedo y María Ubago se dejaron los ojos por encontrar documentos que nos ayudaran a retratar lo mejor posible la historia que he novelado. El equipo del Ayuntamiento de Málaga con Paco de la Torre a la cabeza me facilitó la labor con el afán común de bucear en la historia de Málaga.

Sobre todo, este periodo de casi dos años ha sido un viaje a las mujeres de mi familia. Mi abuela Pelegrina falleció el 10 de febrero de 1981. Me quería y me cuidaba tanto que la he seguido echando de menos todas estas décadas. Cuando necesitaba ayuda del cielo, le pedía en silencio que me *echara un cable*. Mi madre y ella eran uña y carne y mi abuela da para otra novela, pero esa se quedará en mi corazón. Mi madrina es el tercer vértice de ese triángulo.

Los belenes en nuestras casas seguían teniendo espejos, musgo y corcho y la navidad siempre fue un despliegue de sentimientos y tradición. He revivido mis mejores pascuas describiendo la casa de mis antepasados, tomando conciencia de que nuestras tradiciones familiares se remontan a aquellas personas con las que sientes tantas conexiones en cuanto estudias su historia.

Las historias de todas las familias son iguales. Si buceas en el pasado, encuentras personajes mucho más vistosos que otros. En mi caso, lo digo: no pretendo presumir de linaje. No somos una familia aristocrática. En mi árbol genealógico se mezclan orígenes y condiciones, como en el de todos.

Sin embargo, tengo que decir que es un honor para mí descender de ellos y que ha sido terapéutico encontrar en Isabel a una de las fundadoras de la Asociación de Damas y la del cuidado de los niños expósitos de Málaga. Eso me habría encantado hacerlo con ella. También me he visto en ella acabando mi vida en una ciudad que el

destino no tenía prevista para mí y autoexigiéndome siempre con la convicción de que todo podría hacerlo siempre mejor.

Me hace gracia sentir la conexión con Unzaga de la audacia responsable, de esa osadía que muchas veces solamente justifico con un «no pienso en el peligro, sino en lo justo».

Cuando leí *Lejos de Luisiana,* llamé a Luz Gabás y le pregunté si estaba inspirado en los Saint-Maxent. Ella se llevó una alegría y, con toda generosidad, compartió conmigo los datos que tenía de su investigación. Cuando me fui a Nueva Orleans, dejé varios ejemplares de *Lejos de Luisiana* en la Plantación Destrehan, escenario de muchos de los pasajes de su novela ganadora del Premio Planeta. Es otro libro que recomiendo tras la lectura de este, porque la investigación de la época de su autora no tiene parangón.

Allí en Nueva Orleans, en un viaje con mi inseparable Vanessa Martín, conocí a otra de las personas que me ha ayudado con este libro. Daniel Cantoriano, un francés afincado en Nueva Orleans desde hace varias décadas, me explicó minuciosamente toda la documentación española que se conserva en la Fundación Destrehan, consiguió planos de la ciudad de la época y los pocos libros que quedan hablando de la época española en Luisiana. Me ha facilitado otros contactos y me ha dado muchas pistas que he aprovechado con mucho interés. Han borrado el paso por allí, salvo unas placas en cerámica de Talavera con los nombres de las calles en tiempos de los españoles y una fuente en la plaza de España que regalaron nuestros Reyes. Apenas quedan referencias. Es verdad que, en la época de la que hablo, el horrible fenómeno de la esclavitud seguía vigente y son muchos los descendientes de quienes sintieron los látigos de los capataces sobre su espalda mientras trabajaban como animales en las difíciles condiciones climatológicas de la zona.

Después de estar allí y, más aún, con la situación horrible tras el Katrina, comprendí que había cometido una temeridad contactando con la alcaldesa para reclamar su ayuda en la documentación. Gentilmente, me dijo que me escribirían del departamento de cultura, pero nunca lo hicieron.

La ignorancia es osada y, a medida que fui investigando, comprendí que la misma certeza que tengo yo sobre que mi séptimo abuelo fue el gobernador y mi octavo abuelo tuvo al menos cinco plantaciones, la tiene la alcaldesa sobre las condiciones infrahumanas en las que vivieron sus antepasados. Aun así y reconociendo mi craso error en la solicitud, no creo que esta pérdida de parte de nuestra historia, este desconocimiento y el enterramiento de las referencias sea buena para nadie. Borrar las huellas del relato no borra los hechos. Se pueden derribar las estatuas y el culto a algunos personajes pero reescribir la historia es peligroso para la sociedad.

Después de empezar a escribir la novela me di cuenta de que había muchas cosas con las que no contaba. Más allá de la bofetada de realidad que supuso mi intento de bucear en las raíces de Luisiana *in situ* y de la limitación al Cabildo, la casa de los Destrehan, la catedral, las plantaciones, el French Quarter, el Misisipi y los manglares me encontraría con el problema de ser una extranjera frente a la realidad del aniversario de la fundación de Estados Unidos. Si alguien visita Nueva Orleans, cerca de la catedral, en la plaza, hay un restaurante que a día de hoy se llama Muriel's y que era la casa de la ciudad de la primera familia política de Felícitas. Me asustaba terriblemente contar la historia desde allí porque no dispongo del conocimiento general de todo lo que sucedió en cada momento desde la perspectiva de la independencia hace doscientos cincuenta años.

Yo solamente quería contar la influencia española y tenía los personajes idóneos para hacerlo, porque fueron la voz de España *sobre el terreno*. Pero era mejor contarlo desde Málaga. En enero de 2025 dejé de escribir. No fue una pausa planeada: fue un silencio que se instaló sin pedir permiso. Había una pregunta que llevaba tiempo acosándome: qué fue de Felícitas de Saint-Maxent en Aranjuez durante los últimos años de su vida.

Busqué en todas partes. Revisé legajos en Málaga y en Aranjuez, pedí ayuda a Patrimonio Nacional para hablar con sus archiveros, toqué las puertas de parroquias y registros. No hallé la casa donde vivió. No encontré cartas. No encontré nada. Como si el tiempo

hubiera borrado su rastro a propósito. Quizá la ausencia comenzó antes, en 1795, cuando envió a su hija a Málaga. Desde ese año, el vacío. Una habitación cerrada que nadie ha vuelto a abrir. Y ese hueco me hizo pensar que quizá yo no era la persona adecuada para escribir una novela histórica.

Un mes antes, Alejandro Amenábar me había dicho, hablando de su propio trabajo, que él llenaba los espacios con su creatividad. Otros escritores a los que admiro me habían aconsejado lo mismo. Pero yo me resistía. Me dolía inventar lo que no sabía. Había escrito antes con rigor, atando cada dato a su verdad, y esta vez la verdad se escondía.

Pedro J., mi marido, me pedía que no dejara morir lo que había hecho. Jaime Olmedo, el Rector Magnífico de la Universidad Camilo José Cela, a quien respeto como se respeta a un maestro, me dijo que el enfoque era bueno, que la historia merecía ser contada. Todo apuntaba a seguir. Menos yo.

Hasta que, a finales de julio, en Hyde Park, paseando con Pedro J. y Cósima, nos encontramos con Antonio Banderas y su perro Gipsy. Conversamos como se conversa cuando la casualidad decide ser generosa. Y, sin pensarlo, le dije:

—Antonio, últimamente pienso mucho en ti.

Me miró sorprendido.

—¿Y eso?

—Porque hay un malagueño ilustre, mi séptimo abuelo, sobre el que estoy escribiendo, cuñado de Gálvez y cada vez que me desanimo porque me faltan datos, pienso: ¿y si un día le dieras vida tú?

Bromeé diciendo que tendría que *afearse* un poco, porque Luis de Unzaga no era un hombre agraciado. Él sonrió, interesado, hablándome de un proyecto que nunca vio la luz sobre Bernardo de Gálvez. Y entendí, en ese instante, que no podía dejar que esta historia se apagara.

Podía callar o arriesgarme. Y preferí exponerme yo antes que silenciar a quienes vivieron con una valentía que aún atraviesa los siglos. Me pareció que lo más honesto era explicar a los lectores que necesitaba llenar ese vacío para poder contarles lo que había

averiguado. Sobre todo, fue la forma de escaparme de la trampa que me había urdido durante todos esos meses y de la que no había forma de salir.

El problema radicaba en que no sabía por qué Felícitas no podía ir a Málaga, por qué no fue nunca. No sabía lo que implicaba caer en desgracia, una frase que siempre me había parecido coloquial. He intentado que puedan comprender hasta donde yo he llegado a entenderla.

Si quieren saber más cosas sobre Luis de Unzaga y sus hazañas, su entorno, hay tres personas que llevan años de investigación sobre mi séptimo abuelo. Son los doctores Frank Cazorla Granados, Rosa María García Baena y José David Polo Rubio. Yo he novelado los datos de los que disponía —muchos, fruto de su investigación, otros de más investigadores y también muchos de la mía—. El trabajo que han realizado ellos durante años ha derivado en la fundación de la Luis de Unzaga Historical Society y está plasmado en diversas publicaciones, entre las que les recomiendo la obra *El gobernador Luis de Unzaga (1717-1793): precursor en el nacimiento de los EE.UU. y en el liberalismo*, editado por la Fundación Málaga.

Hay otro libro que me sirvió de gran ayuda. Cuesta mucho encontrarlo porque es una edición de Pelican Publishing House de 1968. James Julian Coleman, Jr. hizo una adaptación de su tesis doctoral en una obra titulada *Gilbert-Antoine de Saint-Maxent: The Spanish-Frenchman of New Orleans.*

La canción del capítulo segundo se recoge en un artículo de María Soledad Santos Arrebola, titulado «La proyección de un ministro ilustrado en Málaga: José de Gálvez» (Málaga: Obra Social y Cultural. Caja Sur, 1999).

Hay otros pequeños detalles en los que tuve que elegir de los que dejo un ejemplo: la condesa de la Cadena aparece en algunas fuentes como Ana y en otras como Mariana. He optado por Mariana para ayudar en la lectura con nombres diferentes. He intentado dar vida, sin traicionar su esencia, a quienes vivieron antes que nosotros. Porque la historia no desaparece cuando se silencian sus nombres. Solamente espera a que alguien vuelva a contarla.

Me he permitido una licencia en los hechos que modifica la historia. Realmente, cuando Bernardo de Gálvez recibe la notificación de que su padre ha fallecido, la familia se encuentra en Puerto Rico. Gálvez había regresado a España, pero pidió volver a América y en enero de 1785 parte de nuevo a Cuba. En ese trayecto recibe la noticia. He querido situar ese capítulo haciendo una modificación en la historia para poder explicar con más detalle la partida de la tierra propia en la época.

En la novela, se sitúa la casa del gobernador de Antonio de Ulloa en el centro de Nueva Orleans. Se trata de una decisión narrativa para no distraer la atención de los lectores. En realidad, fue tachado de cobardía por instalarse a unas veinte millas de Nueva Orleans, en el asentamiento de La Balise. Se sentía incómodo por la situación y prefirió refugiarse lejos de la ciudad, según cuentan la mayoría de las fuentes.

Existen discrepancias sobre el hecho de que llegara con su esposa. Algunas fuentes aseguran que, a su llegada, aún era su prometida y que contrajeron matrimonio en La Balise.

Por otra parte, la plantación Chantilly no era propiedad de los Saint-Maxent en aquella época. No la adquirieron hasta 1784. En aquel entonces, eran vecinos en Nueva Orleans del gobernador francés Aubry. Sobre este episodio hay varias versiones. Algunos historiadores defienden que se produjo en su vivienda en la ciudad y otras fuentes dicen que fue retenido en su camino de vuelta de la Costa de los Alemanes, donde fue enviado por el gobernador para aplacar los ánimos. He preferido hacer una adaptación literaria de los hechos para poder mostrar la vida en las plantaciones. Tal vez por eso, parezca que su situación financiera era tan extraordinaria como luego lo sería con los españoles, que fue cuando realmente prosperó más.

Y después de todo este viaje, hay una pregunta que no dejo de hacerme.

¿Conoces quién fue tu séptimo abuelo?

¿Sabes cuánto podrías descubrir de ti mismo si te asomaras a su vida?

¿No tienes curiosidad por saber qué parte de tu carácter es herencia, qué rasgos no nacieron contigo, sino que llevan siglos viajando hasta llegar a vuestra forma de mirar el mundo?

Tal vez, al indagar en sus historias, no solo encontremos nombres o fechas. Tal vez nos encontremos a nosotros mismos.

Las gobernadoras
Cruz Sánchez de Lara

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Marta Zafra

© Cruz Sánchez de Lara, 2026
© Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

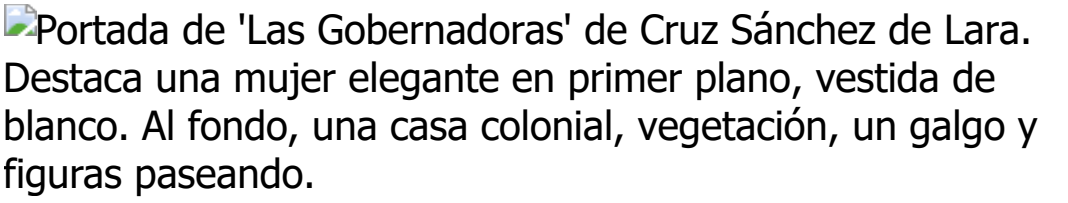
Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los
lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-670-8266-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Carmate Ediciones


Portada de 'Las Gobernadoras' de Cruz Sánchez de Lara. Destaca una mujer elegante en primer plano, vestida de blanco. Al fondo, una casa colonial, vegetación, un galgo y figuras paseando.